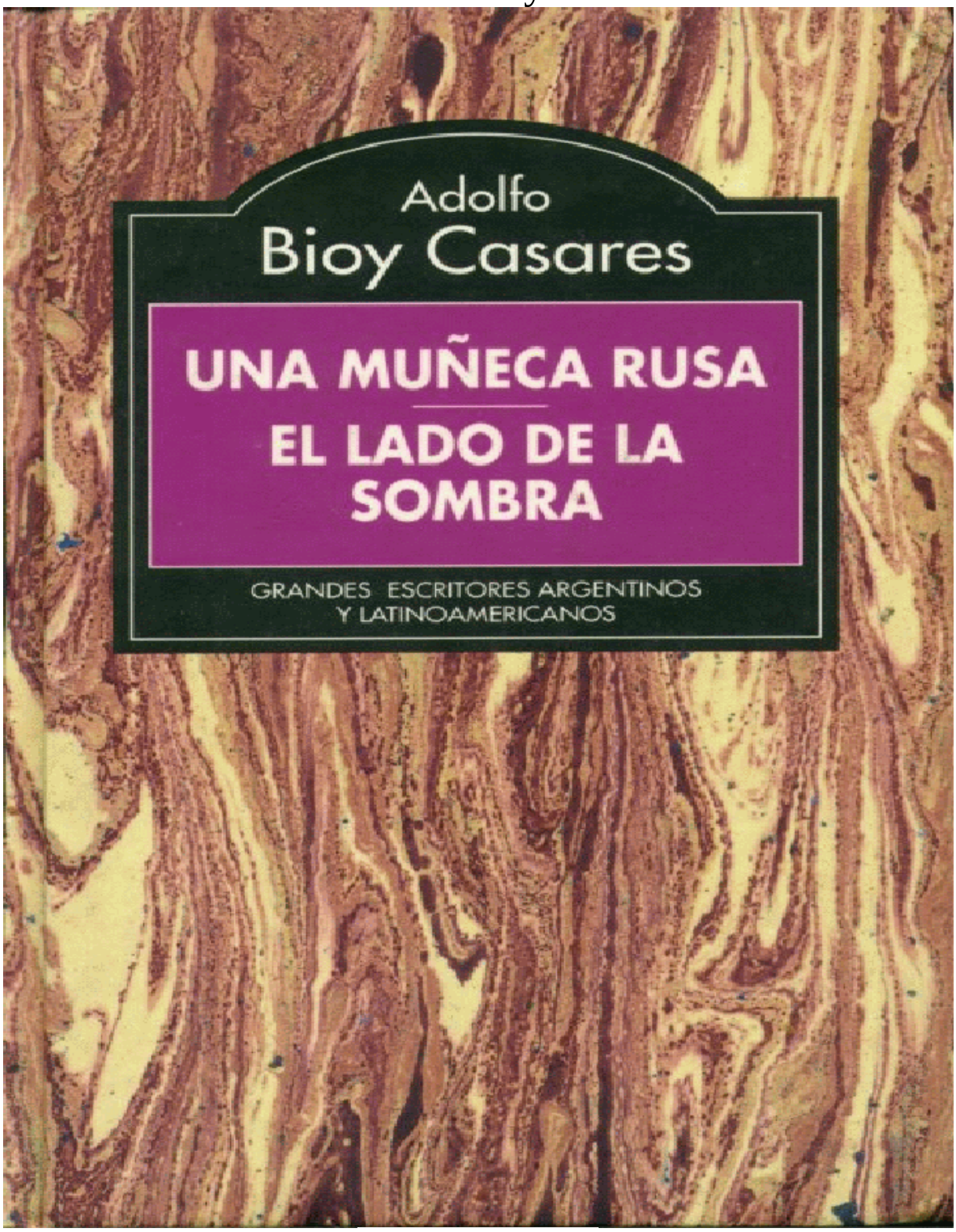
UNA MUÑECA RUSA
EL LADO DE LA SOMBRA
Adolfo Bioy Casares



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

UNA MUÑECA RUSA

Una muñeca rusa

Los males de mi columna me retuvieron en un largo encierro, interrumpido únicamente por visitas a consultorios, a institutos de radiografías y de análisis. Al cabo de un año recurrí a las termas, porque me acordé de Aix-les-Bains. Quiero decir, de su fama de rumbosas temporadas de la gente más frívola y elegante de Europa; y de aguas cuya virtud curativa se admitió desde tiempos anteriores a Julio César. Para que mi estado de ánimo cambiara y para que reaccionara mi organismo, creo que yo necesitaba, más aún que las aguas, la frivolidad.

Volé a París, donde pasé poco menos de una semana; después un tren me llevó a Aix-les-Bains. Bajé en una estación chica y modesta, que me sugirió la reflexión: «Para buen gusto, los países del viejo continente. En nuestra América somos faroleros. Caben cuatro estaciones de Aix en la nueva de Mar del Plata». Confieso que al formular la última parte de esa reflexión, me invadió un grato orgullo patriótico.

Al salir vi dos avenidas: una paralela a las vías, otra perpendicular. Por la primera avanzaba un pescador, con la caña al hombro y una canasta. Ignoré las ofertas de un taximetrero y me acerqué al pescador.

-Le ruego -dije-. ¿Podría indicarme dónde queda el Palace Hotel?

-Sígame. Voy allá.

-¿No me aconseja tomar un taxi?

-No vale la pena. Sígame.

Con temor de que las dos valijas incidieran en mi cintura, obedecí. Doblamos por la otra avenida, cuyo primer tramo es en pendiente empinada. Para no pensar en la cintura, pregunté:

-¿Qué tal le fue de pesca?

-Bien. Aunque pescar en un lago enfermo no es ¿cómo le diré? satisfactorio. Falta la segunda parte del programa, en que el pescador hace valer el trofeo: come lo que pescó o lo regala a sus amigos.

-¿Y aquí no puede hacerlo?

-En esta canasta hay buena cantidad de horribles chevaliers. Si los ve, se le hace agua la boca. Si los come puede pasarle algo molesto. Enfermarse, por ejemplo. Exagero tal vez, pero no mucho.

-¿Es posible?

-Más que posible: probable. La polución, mi querido señor, la polución. Hemos llegado.

Iba a preguntarle a qué, pero comprendí que ya no hablaba de la polución ni de la pesca.

-¿No me diga que éste es el hotel? -exclamé con sincera perplejidad.

-Efectivamente. ¿Por qué pregunta?

-Por nada.

Retrocedí unos pasos y miré el edificio: no era chico, pero tampoco palaciego, aunque a la altura del cuarto piso pude leer, en grandes letras: Palace Hotel.

En el hall de entrada, espacioso y con sillones que parecían desvencijados, me dirigí a la Recepción. Ahí, en lugar del previsible señor de saco negro, me atendió una mujer joven, bonitilla, vestida de gris y de entrecasa.

-Su habitación es la veinticuatro -dijo-. Sígame, por favor.

Era renga. En el ascensor, muy estrecho, de puertas de resorte que parecían dispuestas a golpearnos o atraparnos, la señora, yo y mis valijas apenas cabíamos. Durante la lenta

ascensión pude leer las instrucciones para el manejo y una ordenanza municipal que prohibía el viaje a menores no acompañados. Bajamos en el segundo piso.

Mi habitación era amplia, con cretonas raídas y amarillentas. En el baño, la letrina con su barra de bronce para sostenerse, tenía depósito en lo alto y cadena. Flanqueaba el bidet otra barra de bronce. Las patas de la bañadera concluían en garras sobre esferas de hierro pintado de blanco.

A la una bajé a almorzar. Vino a mi encuentro el maître d'hôtel: era el pescador que encontré al salir de la estación. Le pregunté qué me recomendaba. Ya en su papel profesional, aseguró:

-Los patés de ave de la casa son justamente famosos, pero también puedo ofrecerle unos horribles chevaliers del lago.

Le dije que prefería la carne roja. Una tortilla de papas y después carne roja, bien asada. La comida fue exquisita, aunque las porciones dejaban que desear. Me sirvió la mesa una muchacha ágil y amistosa, llamada Julie.

Con alguna envidia vi, en otra mesa, a un señor a quien solícitamente atendían una muchacha más agraciada que Julie, el maître d'hôtel y el sommeller. Todos parecían festejar sus dichos y apresurarse a cumplir sus deseos. Pensé: «Debe de ser rico». En confirmación de esta hipótesis había, junto a su mesa, un balde plateado, con una botella de champagne. Pensé: «El señor debe de ser muy importante. Quizás el más poderoso industrial de la zona». Las porciones que le servían eran considerablemente mayores que las mías. La circunstancia me irritó y estuve a punto de interpelar a Julie. Le hubiera dicho: «Parece que hay hijos y entenados», pero por no encontrar la palabra francesa para «entenados», callé. Cuando el hombre se incorporó y dio media vuelta para salir del restaurante, mis ojos no podían creer lo que estaban viendo. No era para menos. El hombre importante, con su pelo oscuro, frisado, los grandes ojos de galán de cine, el traje cruzado que lo envainaba, el calzado de charol y puntiagudo, que parecía directamente importado de los años veinte, era el Pollo Maceira, mi compañero de banco en el Instituto Libre. Creo que al verme tuvo una sorpresa no menor que la mía. Abrió los brazos y sin importarle llamar la atención de los comensales franceses, que hablaban en un murmullo, exclamó a gritos:

-¡Hermano! ¡Vos acá! ¡Me caigo y me levanto!

Me abrazó. A Julie, que trajo mi cuenta, le dijo que después él la firmaría. Fuimos a sentarnos en los sillones del hall de entrada. Como no me gusta hablar de mis dolencias, dije que el lumbago fue un pretexto para venir a pasar una temporadita entre el gran mundo... Maceira me interrumpió, para decir:

-Y te encontraste con los viejitos de la Seguridad Social. Es para morirse. A mí me pasó exactamente... Vos me conoces. Pensé: una sólida fortuna francesa, hoy por hoy, es el mejor respaldo para el criollo. Vine con el sueño loco de encontrar lo más granado de la sociedad y porque me tengo fe con las mujeres...

A su tiempo descubrió que la Aix mundana era anterior a la segunda, o tal vez a la primera, guerra mundial.

-Ahora tiene otros encantos -dije.

-Exacto. Pero no los previstos.

-¿Una desilusión?

-Compartida -puntualizó, y volvió a abrazarme.

-Bromas aparte, te veo con aire de prosperidad.

-Es para no creerlo -contestó, sin poder contener la risa-. Encontré lo que buscaba.

-¿Una mujer rica, para casarte?

-Exacto. La historia es bastante extraordinaria. Claro que no debiera contarla, pero, hermano, para vos no tengo secretos.

He aquí la historia que me contó Maceira:

A Aix-les-Bains llegó con la plata que ganó un día de suerte en el casino de Deauville. Traía el firme propósito de encontrar una mujer rica. Sentenció:

-El gran respaldo.

Al tercer día de asomarse a hoteles, comer en restaurantes y oír, por las tardes, en el parque, el concierto de la banda, se dijo: «Esto no da para más» y comunicó a la dueña del hotel su intención de partir al día siguiente.

-¡Es una lástima! -exclamó la hotelera, sinceramente apenada-. Se va el día antes del gran baile.

-¿Qué baile?

Lo daba un señor Cazalis, «fuerte industrial de la zona», para su hija Chantal.

-En el Hotel de los Duques de Saboya, un verdadero palace, de Chambéry.

La señora pronunció con satisfacción la palabra palace.

-¿Chambéry queda lejos?

-A unos kilómetros. Muy pocos.

-No sé para qué pregunto. No estoy invitado y ni siquiera tengo smoking.

La hotelera convino en que no valía la pena gastar en un smoking, para salir una noche, y después guardarlo en el ropero. Explicó:

-Además, en las tiendas de Aix, no conseguirá un smoking de confección y, en la época en que vivimos, tampoco encontrará en toda Francia un sastre dispuesto a hacerle un traje de un día para otro. ¿Quiere que le diga el secreto?: nadie siente amor por su trabajo.

-Es una lástima -murmuró Maceira, para contestar algo.

-Yo, si fuera usted, no descartaría la posibilidad de probarme el smoking del finado, mi marido -observó la hotelera-. ¿O le da impresión? Centímetro más, centímetro menos, era un hombre parecido a usted.

La señora lo llevó a su departamento, una verdadera casa dentro del hotel. Una casa muy bien puesta, imprevisible para Maceira, cuya imagen del Palace de Aix eran las cretonas raídas de su cuarto y los sillones desvencijados del hall. «Esta renga se quiere mucho» pensó. Los muebles del departamento eran antiguos y sin duda hermosos, pero lo que llamó la atención de mi amigo fue una muñeca rusa.

-Un regalo de mi padre -refirió la señora-. Yo debía de ser muy chica o muy sonsa, porque mi padre creyó necesario aclarar: «Trae adentro muñecas iguales, de menor tamaño. Cuando una se rompe, quedan las otras».

Después la señora trajo el smoking y dijo:

-Póngaselo, mientras busco una corbata de moño que tengo por ahí.

Resignadamente se lo puso, pero cuando se miró en el espejo, exclamó:

-No está mal.

-Ni hecho a medida -confirmó, desde la puerta, la hotelera. El sábado fue al baile. Había que presentar la tarjeta de invitación. Dijo que la había olvidado. Según él, entró porque el smoking le daba aplomo.

Para no llamar la atención (por estar solo y por ser tal vez el único desconocido entre toda esa gente) entabló conversación con una vieja señora. Después de bailar dos o tres piezas la llevó al buffet. Levantaban, en un brindis, copa de champagne, cuando una muchacha rubia, muy linda («a lo mejor», pensó, «una de esas belgas, doradas y fuertes, que me gustan tanto») se interpuso y le dijo:

-Ya que usted no me saca, lo saco.

Reía con una alegría irresistible. Mientras bailaban, ella le pidió que no se enojara («mira que me iba a enojar») y agregó que al verlo acaparado «por la señora esa» creyó que su obligación era rescatarlo. Lo llevó después a una mesa donde tenía amigos y se los presentó. Maceira pensó rápidamente: «Cuando deba dar mi nombre, me descubren». Quiso

decir: «Descubren que soy un intruso». No tuvo que dar su nombre y sospechó que ella quería hacerle creer que lo conocía; o a lo mejor, hacer creer a los demás... Me explicó:

-Una mujer que te echa el ojo, no quiere encontrar motivos para soltarte.

-Hombre de suerte -dije.

-Más de lo que te imaginas.

-¿No me vas a decir que era la hija del industrial?

-Exacto.

Admitió entonces que en el afán de halagarla, por poco da un traspié. Parece que le dijo:

-Yo, a su padre, le saco el sombrero. Este baile es el gesto de un gran señor.

Chantal quedó mirándolo, preocupada, como si quisiera descubrir su pensamiento, hasta que echó a reír de esa manera tan alegre y tan suya.

-¡Tramposo! -exclamó-. ¡Me engañó! ¡Creí que hablaba en serio! Esté tranquilo, por más bailes que me dé, mi padre no me compra.

Inmediatamente le explicó, como llevada por una obsesión, que el partido ecologista al que ella y Benjamín Languellerie pertenecían, había emprendido una campaña contra la empresa de su padre, cuya usina contaminaba el lago Le Bourget.

Maceira no echó en saco roto el nombre de Benjamín Languellerie. Malició en el acto que se trataba de un rival. La explicación tranquilizadora llegó poco después: Languellerie, amigo y contemporáneo del padre, era una especie de tío viejo de Chantal. La conocía desde cuando era niña y, a pesar de las edades tan desparejas, la amistad entre ellos nunca flaqueó. Hubo, es verdad, un cambio: al cabo de años (los primeros quince o dieciséis de la chica), Languellerie pasó de protector a seguidor. La había protegido de la severidad paterna y luego la siguió a través de obsesiones pasajeras, como el psicoanálisis, la repostería y el ballet, hasta la última, el ecologismo. El hecho de afiliarse al partido ecologista probaba que si debía elegir entre la hija y el padre, elegía a la hija. Cazalis no podía perdonarle esa afiliación, porque el partido ecologista y la guerra a su fábrica eran por aquella época una misma cosa. Los obreros de la fábrica, en volantes impresos y en torpes inscripciones murales, llamaban Judas a Languellerie; el señor Cazalis, en alguna comunicación a su hija, también.

Ya se disponía Maceira a pedirle a Chantal que si estaba por ahí su padre se lo señalara, «para conocer a mi suegro», cuando recapacitó que debía reprimir la curiosidad: al enterarse de que no conocía al señor Cazalis, la muchacha podía muy bien deducir que no había sido invitado por él y que era un intruso. «Vaya uno a saber», se dijo, «si de repente no pierdo todo lo que voy ganando.»

A la noche del baile la siguieron encuentros diarios entre Chantal y Maceira, encuentros que muy pronto fueron apasionados. El amor que ella le expresaba en palabras y en hechos paulatinamente convenció a Maceira, «un viejo zorro incrédulo», de que se encaminaban al casamiento. «Qué más quiero», se dijo. «Es una muchacha diez puntos y con ella la paso bien.» Me aseguró:

-Nunca le oí una estupidez. Quizá la única estupidez para echarle en cara es la ecología, Y oíme bien: no estoy convencido de que sea una estupidez. Lo más que puedo decirte es que para proteger a esta pobre tierra nuestra yo no movería un dedo. Por otra parte, la actitud de Chantal me probaba su decencia. Era para no creerlo: estaba resuelta a llevar una guerra contra sus propios intereses. Contra nuestros intereses. Desde ya que si por mí fuera no renunciaría a un franco de los millones del señor Cazalis, pero son tantos que aún si clausuraran la fábrica, Chantal y yo podríamos vivir a todo lujo y sin la menor preocupación el resto de nuestra vida. No sé si hablo claro: si a ella no le importaba disminuir la herencia, a mí tampoco, dentro de los límites razonables.

Empezó entonces una temporada que Maceira no olvidaría fácilmente. Aunque todas las noches dormía en su hotel de Aix, la mayor parte del tiempo la pasaba con Chantal, en

Chambéry o en paseos por Saboya, una de las más lindas regiones de Francia. Fueron a Annecy, a La Charmette, a Belley, a Collonge, donde hay un castillo, a Chamonix, a Megève. Después de marcar en un mapa de la región las ciudades y las aldeas donde habían estado. Chantal afirmó:

-Para que uno conozca bien su provincia, nada mejor que tener amores con un forastero.

Solía agregar observaciones como: «Todavía nos falta acostarnos en Évian».

Dentro del grupo de Chantal la situación de Maceira era reconocida y respetada. El solía decirse: «Ando con suerte». Una sola preocupación, de tarde en tarde, lo sobresaltaba: hasta cuándo aguantaría el bolsillo. Chantal, en efecto, no tenía la costumbre de pagar (típica de algunas mujeres ricas y siempre ofensiva para el amor propio masculino). Entre el envidiable ajetreo de las tardes y el bien ganado sueño de las noches, poco tiempo le quedaba a Maceira, para preocuparse. Por lo demás, las cuentas de hosterías y restaurantes, que sumadas podían alarmarlo, por separado halagaban su orgullo.

Desde luego, no pasaban juntos las horas que Chantal dedicaba al partido ecologista; pero después, con toda franqueza, la muchacha le contaba vicisitudes de la campaña contra la fábrica paterna. En una ocasión comentó que activistas del sindicato obrero mandaban cartas amenazadoras.

-¿A quién? -preguntó Maceira.

-A mí, es claro. Y al pobre tío Benjamín, como llamo a Languellerie.

Aunque no faltaban justificadas alarmas, tanto por las amenazas de las cartas como por la acumulación de gastos, aquélla fue una época feliz. Maceira llegó a sentirse un poco asombrado por el desarrollo triunfal de su vida.

-Como comprenderás, yo no podía reconocerlo.

-No comprendo.

-Por superstición, es claro. Soy más supersticioso que un artista y pensé que admitir mi buena estrella iba a traerme mala suerte. Que tuve suerte, la tuve -sentenció, aparentemente olvidado de su código supersticioso-. ¿O te parece que exagero? Querido por una mujer tan linda como rica, dispuesta siempre a darme pruebas de su preferencia y a contar, a quien quisiera oírla, sus planes para cuando nos casáramos... Mi único temor, es claro, era que la boda no llegara a tiempo. Quiero decir, antes de que se me acabaran los francos. Lo cierto es que la pura casualidad me brindó a esa mujer espléndida en todo sentido. Si me dijeran lo que gasté solamente en nafta para el Delahaye de Chantal, caigo muerto.

Compensaciones no le faltaban. La muchacha le prestaba el auto para que a la noche volviera a su hotel. Por tarde que fuera, al volante de ese Delahaye, de doce cilindros, no se apuraba, porque se veía como «el gran favorito del destino» y quería gozar conscientemente de la situación.

Si recapacitaba comprendía que los agradables momentos que estaban viviendo lo llevarían fatalmente al triunfo o a la derrota; al matrimonio o a la falta de fondos y la retirada: lo que llegara primero. Un hecho imprevisto cambió las cosas.

Habían pasado la tarde en una hostería de Saint Albin (o quizá de otro pueblo de nombre parecido). Cuando caía la tarde se asomaron a la ventana, para mirar el lago antes de irse.

-No es tan grande como el de Aix o el de Annecy, pero a mí me gusta más -dijo Chantal-. Por lo salvaje, a lo mejor.

Asintió Maceira, aunque no tenía opinión al respecto. «Debe de ser muy lindo» se dijo «pero me parece menos alegre que los otros.» Lo flanqueaba una montaña a pique y el crepúsculo rápidamente lo sumía en la penumbra.

-Cuando estamos juntos me olvido de todo. No te dije que vamos ganando la partida. Maceira preguntó:

-¿Qué partida?

Explicó Chantal que no solamente se tomarían nuevas muestras de agua de diversas zonas del lago Le Bourget, sino que al día siguiente un zoólogo y un botánico, propuestos por el partido ecologista, bajarían con el propio señor Cazalis al lecho del lago, para recoger especimenes de la fauna y de la flora. Comentó Chantal:

-Lo malo es que mi padre tiene mucha plata.

-¿Qué hay de malo en eso?

-Por plata la gente reniega de sus convicciones -afirmó la muchacha, en el tono grave que empleaba para hablar de ecología-. Por honestos que sean nuestro zoólogo y nuestro botánico...

-¿Tu padre puede comprarlos?

-¿Por qué no? Para estar completamente seguros tendría que bajar yo, o Benjamín. Mi padre se opone a que yo baje. No porque me quiera, sino porque piensa que él y yo no debemos correr al mismo tiempo el mismo riesgo. Si morimos los dos, la fábrica pasa a otras manos, idea que no le entra en la cabeza.

-¿Y a Benjamín no lo acepta porque le tomó rabia?

-La que se opone soy yo. Benjamín es demasiado viejo. Bastan unos granitos de sal para darle un golpe de presión. Si le pasa algo allá abajo y debe subir rápidamente, el pobre viejo estalla.

En la confianza de que no le permitiría bajar, Maceira se ofreció. Su novia se mostró agradecida.

-No quiero forzarte -dijo él-. A lo mejor no confías en mí.

-¡Cómo no voy a confiar!

-Si todo hombre tiene un precio...

-De eso estoy segura, pero sé que hay excepciones y yo te quiero.

Le quedó la satisfacción de que Chantal confiara en él. En todo caso, lo abrazó y lo besó más cariñosamente que nunca. Pidieron champagne.

-Por tu coraje -brindó la muchacha.

-Por nuestro amor.

-Por nuestro amor y la ecología.

Tanto lo mimaron esa noche que después de dejar en Chambéry a Chantal volvió a Aix en una suerte de arrobamiento, sin acordarse de su ingrato programa para el día siguiente. En el preciso momento de entrar en la habitación, en el hotel, el arrobamiento se disipó. Se diría que el miedo estaba esperándolo.

A lo largo de la noche las ganas de fugarse lo acometieron en forma de accesos o arrebatos. Poco antes de las tres de la mañana tuvo un arrebato más convincente que los anteriores; se levantó de la cama y empezó a preparar las valijas. Era curioso: mientras las preparaba, desaparecía la angustia. Lo que no le permitió calmarse del todo fue la excitación de saberse a punto de estar a salvo. Ya empuñaba sus dos valijas, cuando se preguntó: «¿Quiero renunciar a mi casamiento con Chantal Cazalis?». No, no quería. Argumentó a continuación que este descenso al lecho del lago, prueba irrefutable de lealtad y coraje, le daría autoridad para fijar la fecha del casamiento y evitar así el riesgo de quedar sin fondos y verse en la obligación de emprender una retirada poco airosa.

Reflexionó: «En la relación con una mujer rica, en cuanto el hombre se descuida, la mujer es el hombre. Una prueba de coraje varonil tal vez pueda restablecer las cosas».

A lo largo de su noche de insomnio, muchas veces reapareció el miedo y muchas lo reprimió. Hacia la madrugada reflexionó que si el señor Cazalis, un botánico y un zoólogo, se mostraban dispuestos al descenso, el peligro no sería tan grande. Con estos pensamientos tranquilizadores consiguió el sueño. Al despertarse dijo: «Sin embargo, Chantal no quiere que baje Languellerie, ni Cazalis quiere que baje su hija, que es más fuerte que un caballo». La

expresión no probaba que en su fuero interno no quisiera a Chantal. Probaba lo que sabemos todos: el que se asusta, se enoja.

El despertador sonó a las seis. Maceira se asomó a la ventana: era aún de noche; llovía; ráfagas de viento estremecían las copas de los árboles. «Con un tiempo así probablemente suspendan el experimento. Ojalá.»

Se bañó, se peinó con briolina, se vistió. Tardaron un rato para servirle el desayuno. No lo trajo la mujer de siempre, sino un individuo que por lo general trabajaba de changador en el hotel.

-Tengo algo más -anunció el hombre; rápidamente salió del cuarto y volvió con un voluminoso envoltorio-. Lo dejaron en portería. Es para usted.

No bien se fue el changador, Maceira abrió el envoltorio y se encontró con un traje de hombre-rana, con su escafandra. «La confirmación de que el plan se cumple», dijo con un hilo de voz. «Es claro que si el mal tiempo sigue... No, no quiero ilusionarme.» Como para confirmar el aserto, se puso el traje de hombre-rana. Se asomó al espejo. «Prefiero el smoking», murmuró y empezó a desayunar. El café estaba tibio. «Qué importa. Aunque no por mi culpa, voy a llegar después de las siete y a lo mejor a Cazalis no le gusta esperar. No debo hacerme ilusiones.» Cuando mojó la medialuna en el café con leche, tuvo un pensamiento que le pareció ridículo pero que le humedeció los ojos. «Quizá mi última medialuna», se dijo. La miró enternecido.

Cuando entregó la llave, Felicitas -se llamaba así la hotelera- comentó en tono de broma:

-Mire la hora para ir a un baile de máscaras.

-Guárdeme el secreto -contestó Maceira-. Dentro de un rato bajo al fondo del lago, para recoger pruebas de contaminación. La pobre renga se asustó.

-¿Por qué lo hace? ¿Le pagan bien?

-Nada.

-¿Le digo lo que pienso? Yo no bajaría. Usted no se hace una idea de la profundidad de nuestro querido lago. Cientos y cientos de metros. No baje; pero si persiste en ese proyecto estúpido, acuérdese de lo que voy a decirle: baje y suba despacio. Acuérdese: usted se apura y la cabeza estalla.

La cita era en el restaurante que está en el llamado Gran Puerto. Cuando llegó, la única persona a la vista era un marinero, con pipa, saco azul y gorra con borla roja. «Demasiado típico para ser marinero de lago», pensó Maceira. Por la manera de fumar, no parecía contento. Se acercó a Maceira y dijo:

-¿Usted es de la excursión? No lo felicito. El que sale a navegar en un día como hoy no está bien de aquí -se tocó la frente y, al ver que Maceira no respondía en seguida, le previno-: Si naufragamos, le cobro el bote.

-Estaría bueno. Vengo por obligación y me hace responsable.

-Claro que lo hago responsable. Usted mismo se dará cuenta de que el lago está muy picado. No hay visibilidad.

-Le dice todo eso a Cazalis. Él organizó el paseo.

-No va a ser un paseo. Cuando el lago se encrespa, es peor que el mar. Si no, recuerde a la amiguita del poeta. Naufragó en pleno lago, en un día como hoy.

-Hable con Cazalis.

-Claro que voy a hablar. Para salir con un tiempo así, tienen que pagarme tarifa doble.

-Lo que no entiendo es por qué, si la fábrica está en la otra punta, nos embarcamos acá. A mí me conviene porque vivo en Aix.

-¿Vive en Aix? Un punto a su favor. Pero aunque le convenga ¿se da cuenta de lo que es ir de una punta a otra del lago, con este tiempo? Si no zozobramos a la ida, zozobramos a la vuelta.

Maceira repitió que no entendía por qué decidió Cazalis partir de Aix y agregó:

-No creo que haya pensado en mi comodidad.

-Pensó en los obreros. No quiere que se enteren.

El marinero le hizo ver que si el puerto de partida fuera cerca de Chambéry, alguna información «se hubiera filtrado» y los obreros no hubieran permitido que tranquilamente salieran a investigar si existen o no razones para clausurar la fábrica donde ganan el pan.

Maceira se dijo que si Cazalis y los técnicos tardaban diez minutos más, él se volvía al hotel, con la conciencia de haber cumplido. «Cuando ellos tardan es porque no pudieron llegar antes; cuando yo tardo, es porque soy sudamericano.» Apuesto que al ver cómo está el tiempo, Cazalis dejó la excursión para mejor oportunidad.

Aparecieron tres caballeros en traje de hombre-rana, caminando de modo ridículo. Uno de ellos era corpulento, de grandes bigotes rubios, de aire de conquistador vikingo, o siquiera normando; otro, un hombrecito, se movía con tanta lentitud que Maceira se preguntó si estaría enfermo, o resolviendo mentalmente un problema, o drogado; el tercero, de tez bastante oscura, parecía enojado y nervioso. Maceira se apresuró a saludar al de aspecto de conquistador. Dijo:

-Mucho gusto, señor Cazalis.

-Acá tiene al señor Cazalis -contestó el normando y señaló al hombrecito.

-Yo, en cambio, no puedo equivocarme; usted es Maceira. Dicho esto, el hombrecito lo miró fijamente, sin pestañear; después movió la cabeza, con resignación. No le dio la mano.

-Soy Le Boeuf -dijo el que parecía normando.

-Me parece que he oído su nombre -comentó Maceira.

-Seguramente lo vio en frascos de coaltar. El orgullo de mi familia. Le presento al zoólogo Koren.

Tras juntar coraje, Maceira previno a Cazalis:

-El marinero dice que no es prudente salir al lago con este mal tiempo.

-Si usted tiene miedo, no venga.

El marinero llevó aparte a Cazalis y, después de unos cuchicheos, levantó la voz para decir:

-Todo el mundo a bordo.

-El mal tiempo es un excelente pretexto para elevar la tarifa -observó Cazalis, con sorprendente buen humor; después, mirando a Maceira, agregó-: Puede estar seguro de que a mí el experimento no me atrae, pero dije que hoy lo llevo a buen término y tengo una sola palabra.

-¿No viene nadie más? -preguntó el marinero.

-Nadie más -contestó Cazalis-. Ya somos demasiados.

-La primera verdad que dice -declaró el marinero-. El lago está picado y la carga es mucha. Maceira le susurró a Cazalis:

-Si quiere, yo me quedo.

-Como usted representa la otra parte, dirán que me las arreglé para dejarlo -contestó Cazalis y, con una sonrisa, agregó irónicamente-: No, pensándolo bien, no permitiré que por nosotros se prive de este viaje de placer.

Cuando todos se embarcaron, los bordes del bote estaban casi a nivel del agua.

-Señores -dijo el marinero-. Podrán ver que hay una latita a disposición de cada uno de los señores pasajeros. Por favor, úsenla. Deben sacar el agua que entra, sobre todo si no quieren zozobrar. Hasta la otra punta del lago, el viaje no es corto.

«Con un tiempo como éste», pensó Maceira, «¿cómo sabe el marinero que vamos hacia el punto convenido? Lo más probable es que ya no sepa dónde estamos.»

El viento no amainaba; aumentaba más bien y, consecuentemente, la navegación, azarosa desde el principio, se volvía poco menos que imposible. A pesar de todo, el marinero

no paraba de remar. En algún momento Maceira, desesperando de la utilidad de cualquier esfuerzo, pretendió descansar un instante de su tarea con la lata. El marinero en seguida lo increpó:

-¡Eh! ¡Usted! ¡No se haga el tonto! ¡A sacar agua, si no quiere que todos nos ahoguemos!

Maceira reflexionó: «Este hombre trata de convencernos de que es el mago de la orientación. En realidad es un sinvergüenza. No sabe dónde estamos ni hacia dónde nos dirigimos. Cuando se canse, va a decir: "Es acá" y nosotros, como idiotas, vamos a creerle». Con tal de acortar esa interminable primera parte de la excursión, de buena gana hubiera dicho lo que sin duda todos pensaban: «Paremos de una vez... Tanto da un punto del lago como otro». Se contuvo por temor de que Cazalis repitiera sus palabras a Chantal.

-Hemos llegado -anunció el marinero.

-¡Hurra! -exclamó el botánico.

-Lástima que haya que bajar -dijo el zoólogo.

-Es verdad. Lo había olvidado... -respondió sin alegría el botánico.

-Señores, acabemos cuanto antes. Yo bajo primero -anuncio Cazalis.

-Yo, último -se apresuró a decir Maceira.

Cuando se disponía a iniciar el descenso, el botánico dijo:

-Marinero: usted no se distraiga. Si queremos subir, damos un tirón a la cuerda; dos tirones, si queremos subir con rapidez.

-Mejor que no suban con rapidez -comentó displicentemente el marinero.

El descenso fue largo, según Maceira, y al menos para él muy alarmante. Le llegaban de pronto, sin que supiera de dónde, sonidos que le recordaban los del agua que se va por un desagüe. Dos o tres veces, «por nervios nomás», estuvo a punto de tirar de la cuerda. Se preguntó si en algún momento llegaría al fondo y si tendría fondo ese lago.

Por fin sintió bajo los pies un lecho de barro y hojas. Miró hacia delante y pudo ver al grupo de los demás que avanzaba hacia la boca, en forma de arco, de un túnel vegetal, oscuro en el centro y formado por enormes plantas azules, de hojas carnosas, que se entrelazaban arriba. «Si van a meterse ahí son muy valientes», pensó Maceira. Aquello era una verdadera boca de lobo: una superficie oscura, la boca de lobo propiamente dicha, rodeada de plantas que parecían víboras. Víboras no: boas. Para no ser menos que los otros quiso avanzar, pero debió de paralizarlo la desconfianza, porque no dio un paso. Cuando me refirió esto, Maceira dijo: «Del Pollo Maceira se habrá dicho de todo, pero no que es cobarde. Ahora quiero aclarar: una cosa es la vida corriente y otra estar en el fondo del lago Le Bourget».

Cuando por fin iba a dar el paso, aparecieron dos luces de un azul amarillento, en la mitad superior de la boca del túnel. Creyó que eran faros para la niebla. Faros de forma ovalada, como los ojos de un gato enorme. De pronto advirtió, no sin preocupación, que los faros se movían, avanzaban, con extrema lentitud. Tuvo tiempo de imaginar algo inverosímil: un camión «¡allá en el fondo del lago!» que de repente iba a acelerar para atropellarlo. Él se mantenía listo y, en su momento, se haría a un lado y tiraría dos veces de la cuerda. Tuvo tiempo, también, de ver cómo se deslizaba hacia fuera del túnel un larguísimo animal, una enorme oruga azul, con ojos de gato; una enorme oruga que diligentemente, pero sin apuro, devoraba uno después de otro, al señor Cazalis, al zoólogo, al botánico. Quizá porque los hechos ocurrieron en silencio le dejaron un recuerdo que no le parecía del todo real. No impidió esto que se asustara, como una apretada serie de tirones de la cuerda lo evidenciaron. Tan frenéticos fueron que el marinero se alarmó. Por lo menos reaccionó como si estuviera alarmado o irritado: olvidando toda precaución, izó a Maceira lo más rápidamente que pudo. Para exonerarlo de su culpa podría alegarse que si él hubiera sido menos expedito, Maceira no hubiese escapado a la oruga. Llegó enfermo a la superficie, con la cara cubierta de

magulladuras por golpes contra la quilla del bote. No hablaba, no contestaba a las preguntas. Gemía, se llevaba las manos a la cabeza.

En la Asistencia Pública de Chambéry recibió los primeros cuidados, pero muy pronto lo enviaron al hospital de Aix, donde había una cámara de descompresión.

Pasados unos cuantos días, mejoró.

-En todo el tiempo que estuve en este hospital ¿nadie vino a verme? -preguntó a la enfermera.

Era rubia, joven, ojerosa. Su mirada expresaba fatiga o preocupación.

-No sé. Tenemos que preguntar en portería.

-¿Y llamados telefónicos?

-¿Espera alguno ansiosamente? No sé para qué pregunto, si no me va a decir... En verdad no hay ninguna razón para que usted oculte algo a su enfermera. Mientras lo tengamos acá es cariñoso, pero en cuanto ponga un pie en la calle me olvida. Muy triste.

A la enfermera de la noche -voluminosa y maternal- repitió las preguntas.

-Habría que hablar con Larquier.

-¿Quién es Larquier?

-La que se fue hace un rato, la del turno de día. De noche no se aceptan visitas y los llamados que hay son generalmente de urgencias. Sin embargo, me parece que en las primeras noches lo llamó una dama.

-¿Chantal Cazalis?

-Claro. Después lo confirmo. Tengo anotada la llamada.

-¿Ahora puedo recibir visitas?

-Puede recibir a quien tenga ganas.

En la mañana del día siguiente dijo a la enfermera Larquier:

-Si viene una señorita rubia la hace pasar.

A la tarde Maceira recibió su primera visita. Un periodista, que le preguntó:

-¿Está mejor? ¿Cree que podría contestar a unas pocas preguntas? No quiero cansarlo.

-Pregunte -contestó Maceira.

Recapacitó: «Debo pensar a toda velocidad. ¿Cuento o no cuento lo que pasó en el fondo del lago? Si digo que no vi nada y que tiré de la cuerda porque me sentí mal, lo que pasó allá abajo quedará como un misterio, pero yo no habré dado un solo argumento en favor de la clausura de la fábrica y cuando nos casemos y recibamos toda la fortuna del señor Cazalis, menos los impuestos, me sobrarán motivos para felicitarme, pero ¡qué diablos! aunque sea por una vez en la vida quiero ser leal a la mujer que el destino pone a mi lado. Si lo que digo ahora provoca el cierre de la fábrica y un día me arrepiento de no haber mentido, no importa; por una vez quiero ser leal, ciegamente leal».

-La primera pregunta -dijo el periodista- es: ¿Qué vio usted en el fondo del lago? ¿Qué pasó allá, exactamente?

Maceira procuró ser veraz, no callar nada, salvo sus reacciones personales. Quería ser objetivo.

El periodista lo escuchó en silencio. Después le rogó que hablara de nuevo de la oruga.

-¿Era muy grande? ¿Grande para oruga?

-Un animal gigantesco.

-¿De qué diámetro?

-Cuatro metros por lo menos. La última vez que vi a Le Boeuf, un hombre de aproximadamente un metro ochenta, estaba parado en la boca abierta de la oruga.

Después de algunas preguntas de poca importancia, cuando ya se iba, el periodista pasó a cuestiones personales, del tipo: «¿En su familia hubo casos de locura?», «¿A usted lo encerraron alguna vez en un frenopático?».

Por fin se fue el periodista. Maceira preguntó a la enfermera si la señorita Chantal Cazalis había venido a visitarlo o había preguntado por él. Le dijeron que no.

-Me extraña que no haya venido.

-¿Es la rubia que esperaba? Voy a decir que la dejen pasar.

Al día siguiente Larquier anunció que había llegado la joven rubia. Maceira le pidió que pusiera orden en el cuarto y se levantó para lavarse un poco, peinarse y comprobar en el espejo si el piyama estaba presentable. Admiró la rapidez y precisión de malabarista con que su enfermera arreglaba la cama; después de un brevísimo juego de manos, las sábanas y las colchas parecían nuevas.

Entró en su habitación una muchacha rubia, desconocida.

-Soy delegada del personal de la fábrica -dijo-. Me complace que me haya recibido. Ya no podrá alegar que no le avisamos.

Era una de esas rubias, generalmente belgas, que a él le gustaban tanto.

-No entiendo -aseguró.

-Qué importa. Creo que hay asuntos más graves que tampoco entiende.

-¿Qué asuntos?

-Usted sabe de qué hablo. ¿Bajó o no bajó al fondo del lago, como representante del grupo ecologista que pretende el cierre de la fábrica?...

-Si no hubiera bajado no estaría acá. Además, bajó el dueño de la fábrica.

-La verdad es que pensé encontrarlo sano y bueno. Si pudiera levantarse un momento, para venir a la ventana, vería algo interesante.

El tono de la muchacha era hostil. Maceira pensó: «Debo decirle que puedo levantarme, pero que por falta de curiosidad no lo voy a hacer»... Como su curiosidad era más fuerte que su buen criterio, se levantó, se arrimó a la ventana, estuvo mirando la calle y las casas de enfrente.

-No veo nada extraordinario -declaró.

-¿No ve a un hombre, allá, a la izquierda? Ahora, por favor, mire a la derecha. ¿Ve al otro?

-¿Qué hay con eso?

-Están apostados. Cuando salga lo van a recibir. Son del sindicato.

-¿Están ahí para atacarme? ¿Se han vuelto locos?

-No tiene nada que temer si no sigue en su campaña y si no hace declaraciones comprometedoras.

-¿A qué llama declaraciones comprometedoras?

-Ya se va a enterar cuando salga de este edificio.

-Se han vuelto locos.

-Se enoja porque tiene miedo de que le hagan mal -replicó la muchacha y continuó a gritos-: ¿A usted le importa hacer mal a las quinientas personas que de la noche a la mañana pueden quedar sin trabajo por su culpa? ¡Conteste!

Enfermeras y enfermeros entraron en el cuarto, muy alarmados.

-¿Qué pasa aquí?

-Nada -aseguró Maceira.

-¿Una pelea entre novios? -preguntó en tono burlón Larquier. Otra enfermera interpeló a la muchacha:

-¿A usted nunca le dijeron que gritar en un hospital es mala educación? Yo se lo digo.

-Es verdad y lo siento.

-Puedo asegurarle que lo que usted sienta me importa muy poco. Esta visita se acabó.

Minutos después, cuando Larquier le trajo unas píldoras, Maceira dijo:

-¿Sabe para qué vino esa rubia? Para amenazarme.

-¡Qué desastre! -exclamó, apenada, Larquier-. La rubia parecía tan seria que no se me ocurrió que tuviera malas intenciones. Le aclaro que yo sabía perfectamente que no era la señorita Cazalis, pero la dejé pasar, para que usted se llevara una desilusión. Yo soy una idiota y usted no va a perdonarme. Deberíamos llamar a la policía.

-De acuerdo -contestó Maceira-. Pero no desde el teléfono del piso. En el hospital ha de haber una cabina.

-Sí, más de una, en planta baja.

Larquier le dio la razón: cualquiera podría oírlo si hablaba desde el teléfono del piso. Agregó que era muy importante que él hiciera ese llamado y prometió hablar con el médico de guardia, para conseguir un permiso de bajar.

Dijo el médico que había encontrado muy repuesto a monsieur Maceira y que ya era hora de que empezara a circular por los corredores. No se oponía a que debidamente acompañado por la enfermera bajara a las cabinas telefónicas.

En ningún momento Maceira tuvo intención de llamar a la policía. Llamó a casa de Chantal. Le dijeron:

-La señorita partió a París por cuestiones legales; estaba contrariada de no haberlo visto, pero la policía le aconsejó que no fuera al hospital, porque había piquetes de activistas vigilando; por las enfermeras tenía buenas noticias de la salud del señor Maceira.

Buscó después en la guía el número del diario y habló con el periodista. Éste, disculpándose, le anunció que el reportaje saldría al día siguiente. Cuando Maceira preguntó si no habría posibilidad de que él echara una ojeada a sus declaraciones, el periodista le prometió:

-Si me confirman que sale mañana, se lo llevo esta tarde. ¿De acuerdo? ¡Perfecto!

Al dejar la cabina advirtió cierta animación en los ojos de la enfermera que dijo:

-Quiero que me cuente. Me muero de curiosidad.

-Por ahora no hay que hablar del asunto. Podríamos pagarlo muy caro. Con la mano en el corazón le prometo que usted va a ser la primera en saberlo.

Pensó que estaba viviendo horas intensas. Los momentos de satisfacción y los de inquietud se alternaban vertiginosamente. Quieras que no, el reportaje, las amenazas de la rubia, lo habían convertido en uno de los enfermos más importantes del hospital.

Esa tarde el periodista no le llevó el reportaje. A la mañana siguiente la enfermera Larquier entró en su habitación agitando el diario en su mano.

-Mire lo que le traigo. Ocupa una página entera. Tendrá que celebrarlo con champagne; pero no con la rubia. Con nosotras.

Nerviosamente Maceira ojeó sus declaraciones. Mientras por las venas le entraba una sensación de frialdad, pensó: «Ahora sí estoy en peligro». Se lamentó de haber obrado contra sus intereses y llegó a preguntarse si no podría confesar a los sindicalistas que les daba la razón, que había obrado como un estúpido, en perjuicio propio, porque iba a casarse con Chantal. Les prometería luchar, de ahora en adelante, para evitar el cierre de la fábrica y les haría ver que sus intereses coincidían en un todo con los de ellos. Reflexionó luego: «Es inútil. Esa gente es dura. No perdona».

En realidad la entrevista ocupaba menos de media página; en recuadro, eso sí. Leyó: «Una oruga azul, con ojos de gato. Sobreviviente acusa». Siguió leyendo:

«Periodista: ¿A qué profundidad llegaron?

Monsieur Maceira: Por lo menos a un centenar de metros... Digo por lo que tardamos en llegar al fondo.

Acotación del periodista: “Fuentes bien informadas me aseguran que la profundidad alcanzada no pudo exceder los veinticinco o treinta metros”.

Periodista: ¿De qué color era la oruga?

M. Maceira: Azul. Allá todo es azul.

Periodista: En su opinión ¿de qué se alimenta la oruga?

M. Maceira: De los desechos de la fábrica. Parece evidente.

Periodista: ¿Por qué?

M. Maceira: Bajamos para comprobar si había pruebas de polución. Encontramos la prueba más extraordinaria: una oruga de tres o cuatro metros de diámetro. En lagos libres de polución nadie encontró un monstruo así.

Periodista: Antes de que se hablara de polución apareció un monstruo en un lago de Escocia; pero dejemos eso. ¿Qué pasó a quienes lo acompañaron en el descenso?

M. Maceira: Fueron devorados por la oruga.

Periodista: ¿No dijo usted que ese monstruo se alimentaba únicamente de los desechos de la fábrica?

M. Maceira: No creo que antes de Cazalis y los dos expertos otros caballeros le sirvieran de alimento.

Acotación del periodista: “Al oír esta muestra del extraño humor de M. Maceira, di por terminado el reportaje”».

El disgusto que le provocó la lectura del diario fue aumentado por la noticia que le dio el médico:

-Antes de lo que supone abandonará nuestro hospital. Felicitaciones.

Maceira pensó que debía sobreponerse al miedo y alegrarse porque muy pronto vería a Chantal. La llamó por teléfono, para darle la noticia. La secretaria le dijo que la señorita Chantal seguía en París. Maceira pensó: «Mi lugar está en París, junto a la mujer querida y lejos de los activistas de la fábrica».

En la que sería la última noche de hospital, la enfermera Larquier le propuso bajar a la portería, a jugar a los naipes con «el señor del standard» (el telefonista) y el portero. Después de tres o cuatro partidas de un juego parecido a la brisca, Larquier dijo que iría a la cocina a preparar un café para todos y, en especial, para su enfermito, al que debía evitarle un enfriamiento en esa noche destemplada. A pesar de que pretendía expresar alegría, por la manera de mirarlo Larquier expresó ansiedad, tal vez desesperación. Maceira reflexionó que algunos hombres, entre los que desde luego se incluía, aun sin proponérselo enamoraban a las mujeres. El del standard habló de los activistas apostados. Acompañado del portero, Maceira se arrimó a la puerta de la calle. El portero la entreabrió y miró. Preguntó Maceira:

-¿Como siempre?

-No los veo -respondió el portero-. Mire usted.

En cuanto asomó la cabeza, desde afuera lo sujetaron, lo alzaron, lo envolvieron en algo espeso y piloso, que resultó una frazada, y lo metieron en un vehículo.

-No se mueva, no se levante, no hable -le dijo en un murmullo una voz de mujer que no reconoció en el acto, porque estaba confundido y hasta un poco asustado.

A pesar de su desconcierto recapacitó que la enfermera Larquier lo había traicionado miserablemente... «Soy un estúpido», pensó. «Con las mujeres no hay que bajar la guardia.»

Al principio anduvieron a gran velocidad, con frenadas bruscas y neumáticos que rechinaban en las curvas. Después el ritmo de la marcha fue más tranquilo. Una voz que reconoció como la del maître del restaurante del Palace Hotel preguntó:

-¿Está segura de que no nos siguen?

-Completamente -contestó la voz femenina, que ya Maceira reconoció como de Felicitas, la patrona-. Vamos a casa, Julio.

-¿Puedo sentarme? -preguntó Maceira.

-No lo haga hasta que entremos en el garaje del hotel. Yo le avisaré.

Le sacaron la manta. Felicitas le pidió disculpas por cómo había procedido, pero dijo que después de sus declaraciones al diario los obreros de la fábrica estaban furiosos.

-Pasará unos días escondido en el hotel. Lo importante es que ellos no sepan dónde encontrarlo. Cuando se cansen de seguir de facción en Aix-les-Bains, volverán a Chambéry y usted hará lo que quiera.

Maceira no sabía si alegrarse de estar oculto y seguro o lamentarse de postergar su encuentro con Chantal.

Durante los primeros dos días la ansiedad lo dominaba. Por momentos se resolvía a llamar a Chantal; por momentos creía que no debía cometer semejante imprudencia. Finalmente llamó. Le dijeron qué Chantal no había vuelto de París. Al día siguiente volvió a llamar. Cuando pidió por Chantal, lo comunicaron con Languellerie. Éste dijo:

-Quiero verlo.

-No sabe cuánto me alegro de que usted salga al teléfono. Ya perdí la cuenta de las veces que llamé a Chantal.

-Lo sé, lo sé. Tengo para usted un mensaje de ella. Debo dárselo personalmente.

«¿Qué hago?», pensó Maceira. «El amigo y protector de Chantal puede traicionarme.» Preguntó:

-¿Está seguro de que la línea no está intervenida?

-Completamente seguro.

-Estoy en el Palace Hotel de Aix.

-Lo visitaré esta misma tarde.

-No diga que viene a verme y fíjese que no lo sigan. Pasó un rato de agitación. Cuando le anunció a Felicitas que Languellerie lo visitaría, la mujer se enojó. Dijo:

-No merece el trabajo que nos dimos para ponerlo a salvo.

Maceira intentó explicaciones («Languellerie es un fiel amigo, podemos depositar en él toda nuestra confianza», etcétera), pero la renga perdió la paciencia y se fue, dando un portazo.

Maceira recibió con muestras de afecto a Languellerie. Explicó: «Veía en él a un aliado». El viejo, por su parte, lo saludó inexpresivamente y dijo:

-No le ocultaré que sus declaraciones a los diarios causaron una impresión deplorable.

-Lo sé perfectamente. Los activistas...

-No hablo de los activistas -puntualizó Languellerie-. Estoy hablando de nosotros. De Chantal y de mí. Por herencia de su padre, Chantal recibió la dirección de la fábrica y usted, un íntimo en la opinión de la gente, sin consultar a nadie sale con declaraciones extemporáneas. Más aún: inoportunas.

-Las hice por lealtad a Chantal. Yo creía...

-Lo que usted creía, no interesa. Antes de hablar así ¿no se detuvo a pensar que la situación de Chantal sufrió un cambio? De ser una muchacha sin responsabilidad alguna, que a título personal podía permitirse las opiniones menos convencionales, pasó a ser la cabeza de un imperio y la única dueña de una fábrica donde trabajan quinientos obreros. No sé si me explico: ¿En esta nueva situación Chantal puede mirar con buenos ojos a quien brega por la clausura de su fábrica?

-Entiendo -dijo Maceira, con rabia.

-Si entiende -replicó Languellerie- no sé por qué toma ese tono. La clausura significa la desocupación de quinientas personas y la miseria de dos o tres veces ese número. Acepte el consejo de un viejo amigo: estese quieto, no abra la boca, espere que la gente olvide y que Chantal perdone. Le prometo mis buenos oficios.

Hubo un silencio, como si Maceira diera por terminada la historia que me había contado. Pregunté:

-¿Cumplió Languellerie?

-Se casó con Chantal.

-¡No te creo!

-Créeme. Por un tiempo estuve amargado y no sabes cuánto me llevó descubrir que Felicitas mostraba una viva inclinación por mí.

Aunque renga, es pasablemente linda y tal vez a la larga sea más llevadera que la otra. Con las mujeres ¿quién está seguro? ¿Quién prevé cómo van a evolucionar? Admito que entre las dos fortunas no hay comparación, pero el más acreditado hotel de una ciudad francesa famosa por las aguas, en definitiva es un gran respaldo. En cambio como bien sabemos, toda industria puede ser riqueza para hoy y hambre para mañana.

-¿Vas a casarte con Felicitas?

-Ya nos casamos, viejo. Misión cumplida. Estás hablando con el propio dueño del Palace Hotel.

27

Encuentro en Rauch

El jueves, a las ocho en punto de la mañana, debía presentarme en la estancia de don Juan Pees, en la zona de Pardo, para dejar concluida una venta de hacienda, la primera operación importante que iba a llevar a la casa de consignaciones y remates, de la ciudad de Rauch, en que trabajaba. En diciembre de 1929 yo había conseguido el empleo y si al año me mantenía en él, quizá debiera atribuir el hecho a la estima que los miembros de la firma profesaban por mis mayores.

A la hora del desayuno, el miércoles, hablamos de mi viaje del día siguiente. Mi madre aseguró que yo no podía faltar a la cita, aunque el jueves fuera Navidad. Para evitar cualquier pretexto de postergación, mi padre me prestó el automóvil: un Nash, doble-faeton, «su hijo preferido», como decíamos en casa. Sin duda, no querían que yo perdiera el negocio, por la comisión, una suma considerable, y porque si lo perdía podía muy bien quedarme sin empleo. La crisis apretaba; ya se hablaba de los desocupados. Aparte de todo eso, quizá mis padres pensaran que por golpes de suerte, como la venta de vacas a Pees, y por las continuas salidas al campo, que rompían la rutina del escritorio, yo le tomaría el gusto al trabajo. Les parecía peligroso que un joven dispusiera de tiempo libre; desconfiaban de mis excesivas lecturas y de las consiguientes ideas raras.

En cuanto llegué al escritorio hablé del asunto. Los miembros de la firma y el contador opinaron que don Juan, al citarme, probablemente no recordó que el jueves caía en 25, pero también dijeron que si yo no quería perder la venta me presentara el día fijado. Hombre de una sola palabra, don Juan era muy capaz de renunciar a un negocio, por beneficioso que fuera, si la otra parte no cumplía en todos sus detalles lo convenido. Uno de los miembros de la firma comentó:

-Pongamos por caso que se pierda la operación por culpa tuya. Mantenerte en el puesto sería un mal precedente.

-Por mí no se va a perder -repliqué.

Desde que disponía del Nash, por nada hubiera renunciado al viaje. Para empezarlo a lo grande almorcé en el hotel. La patrona agrupó a los comensales en un extremo de una larga mesa. Entre todos llegaríamos a la media docena: un señor maduro, tres o cuatro viajantes y yo. Al señor maduro lo llamaban el señor pasajero. Desde un principio lo tomé entre ojos. Tenía una mansedumbre exagerada, que recordaba las de ciertas imágenes de santos. Lo consideré hipócrita y, para que no ocupara el centro de la atención, me puse a botaratear sobre mi negocio con don Juan. Dije:

-Mañana cerramos trato.

-Mañana es Navidad -observó el señor pasajero.

-¿Qué hay con eso? -dije.

-El campo de don Juan queda en Pardo -dijo o preguntó uno de los viajantes.

-En Pardo.

-Si vas en auto, por Cacharí, te conviene largarte ahora -dijo el viajante y con un vago ademán señaló la ventana.

Entonces oí la lluvia, y la vi. Llovía a cántaros.

-Dentro de un rato por ese camino no pasa nadie. Te juro: ni un alma.

Me dejé estar, porque no me gusta que me den órdenes. Siempre me tuve fe para manejar en el barro, pero soplaba viento del este, quizá lloviera mucho y si no quería que la noche me agarrara en el camino, lo mejor era salir cuanto antes.

-Me voy -dije.

Mientras me ponía el encerado, la patrona se acercó y dijo:

-Un señor me pidió que te pregunte si no sería mucha molestia llevarlo.

-¿Quién? -pregunté. Previsiblemente contestó:

-El señor pasajero.

-De acuerdo -dije.

-Me alegro. Es hombre raro, pero de mucho roce, y en un viaje como el que te espera, más vale no estar solo.

-¿Por qué?

-Un camino maldito. Puede pasar cualquier cosa. Antes de que lo llamaran, mi compañero de viaje apareció. Dijo con su voz inconfundible:

-Me llamo Swerberg. Si quiere le ayudo a colocar las cadenas.

«¿Quién le dijo que yo iba a ponerlas?», murmuré con fastidio. Sacudiendo la cabeza, busqué en la caja de herramientas las cadenas y el criquet, y me aboqué al trabajo.

-Me arreglo solo -contesté.

Minutos después emprendimos viaje. El camino estaba pesado, los pantanos abundaban y la mucha labia de mi compañero me irritó. De tanto en tanto me veía obligado a contestarle, y yo quería volcar mi atención en la huella, de la que no debía salir. Una serie de pantanos, como la que teníamos por delante, aburre, hasta cansa y en el primer descuido lo lleva a uno a cometer errores. Desde luego el señor pasajero hablaba de la Navidad y del hecho, para él poco menos que impensable, de que don Juan y yo nos reuniéramos el 25, para dejar concluida una operación de venta de ganado.

-¿Qué me está sugiriendo? -pregunté-. ¿Que mi negocio con don Juan no es más que una mentira, un invento para darme importancia, o para conseguir un auto prestado y salir de paseo? Lindo paseo.

-No pensé que mintiera. De todos modos le aclaro que no es tan fácil distinguir la verdad y la mentira. Con el tiempo, muchas mentiras se convierten en verdades.

-No me gusta lo que dice -repliqué.

-Siento mucho -contestó.

-Siente mucho, pero da a entender que miento. Una mentira siempre es una mentira.

Creo que el señor pasajero dijo por lo bajo: «Ahí se equivoca». No presté atención. Me concentré en el manejo, en seguir la huella, en tercera velocidad, a marcha lenta. No tan lenta como para exponerme a que el motor se parara ante cualquier resistencia del camino. A una marcha lenta, pero desahogada, que mantuviera las ruedas en la huella, sin nunca rebasarla. «Del manejo en el barro soy un virtuoso», reflexioné. Si me irrité con ese hombre, no fue porque me distrajera de lo que estaba haciendo, sino porque me obligaba a escucharlo y porque hablaba en un tono paternal y untuoso. Declaró:

-En mi Europa nadie concluye negocios el 25 de diciembre.

-Lo sé. En nombre de don Juan, y en el mío, pido disculpas.

-Mencioné el hecho como una prueba de la diferencia de costumbres. En Sudamérica no conocen el espíritu de la Navidad. La fecha pasa casi inadvertida, salvo para los niños, que

esperan regalos. En Alemania y en el norte de Europa, Santa Claus, que algunos llaman Papá Noel, trae juguetes, vestido de colorado, en un trineo tirado por renos. Para la imaginación del niño ¿hay mejor regalo que una leyenda así?

Rápidamente busqué una respuesta que de algún modo reflejara mi hostilidad. Por último dije:

-Como si les contaran pocas mentiras, agregan otra. ¿Qué se proponen? ¿Que no crean en nada?

-Pierda cuidado -contestó-. La gente no se desprende así nomás de sus creencias.

-¿Aunque sepa que son mentiras?

Del otro lado del arroyo Los Huesos, el camino estaba pesadísimo y pronto se convirtió en un pantano interminable. El señor pasajero dijo:

-¿Piensa que vamos a salir de este pantano? A mí me parece muy traicionero. Más adelante vamos a encontrar peores.

-Usted levanta el ánimo.

-Los pantanos viejos son traicioneros. Cómo serán de viejos los de este camino, que figuran, con nombre y todo, en un mapa de la zona.

-¿Vio el mapa?

-Lo vio, con sus propios ojos, el representante de los molinos Guanaco. Un hombre así no habla por hablar.

Llegamos a un tramo en que el piso, aunque barroso, estaba más firme. Dije:

-¿Salimos o no salimos?

-Se tuvo fe y triunfó. Después usted niega la fe.

-Si no me equivoco, lo que menos importa es manejar bien.

Me fastidia que no reconozcan mi habilidad para el manejo.

Sin que amainara la lluvia, hubo una sucesión de relámpagos. Los más fuertes iluminaban, por segundos, grandes cuevas que se abrían entre las nubes. El señor pasajero aseguró:

-Cuando relampaguea como hoy, la gente mira el cielo por si en uno de esos huecos sorprende a Dios o a un ángel. Hay quienes dicen que los vieron.

-Y usted les cree. Como al representante de Guanaco.

-Yo doy vuelta el refrán. Creer para ver.

-¿Vio mucho?

-Más que usted, mi joven amigo, un poco más. Por lo que he vivido. También por lo que he viajado.

-Argumentos de autoridad.

-Y de peso.

-¿Qué vio en sus viajes que valga la pena? ¿Lo vio a Dios, entre las nubes?

-Si me pregunta por el creador del cielo y de la tierra, desde ya le contesto que a ese no lo vi.

-Menos mal.

-Se retiró, después de la creación, para que los hombres hagamos con nuestra tierra lo que se nos dé la gana.

-Apuesto que lo sabe de buena fuente. ¿El cielo está vacío?

-¿Cómo se le ocurre? Desde que el mundo es mundo, lo poblamos con nuestros dioses. Dígame la verdad: ¿ahora empieza a entender la importancia de las creencias?

Le contesté, quizá de mal modo:

-Para mí, ahora, lo único importante es el pantano que atravesamos.

Era espeso, profundo y, como algunos anteriores, parecía no tener fin.

-Está pesadísimo -dijo el señor pasajero-. Yo, en su lugar, pondría segunda.

-No pedí consejo.

-Lo sé, pero sospecho que vamos a empantanarnos. Yo no lo desanimo. Siga, mientras pueda.

-Claro que voy a seguir.

Fue aquélla una larga travesía en la que abundaron vicisitudes de suma importancia en el momento y que olvidé muy pronto.

-¿Está enojado? -preguntó.

-Usted marea a cualquiera con la charla. ¿Se da cuenta?

-Me doy cuenta que maneja bien. Por eso, en lugar de preocuparme por los pantanos, le voy a hablar de cosas más elevadas. Empiezo por repetirle una buena noticia que le di. El cielo no está vacío. Nunca estuvo.

-Qué suerte.

No me pregunten qué sucedió. Me habré hartado de manejar cuidadosamente, o de la interminable sucesión de pantanos, o de las inopinadas informaciones del señor pasajero. Muy seguro, emprendí un manejo despreocupado, que respondía a impulsos ocasionales y que me sirvió como desahogo. El señor pasajero no paraba de hablar. Explicaba:

-El cielo, escúcheme bien, es una proyección de la mente. Los hombres ponen allá los dioses de su fe. Hubo períodos en que los dioses egipcios reinaban. Los desalojaron después los griegos y los romanos. Ahora gobiernan los nuestros.

-Maldición -dije y, al ver la cara de asombro del señor pasajero, agregué-: Ahí tiene lo que sucede por meter charla al pobre diablo que maneja.

Estábamos empantanados. Traté de salir, marcha adelante primero, marcha atrás después, pero fue imposible. Comprendí que más valía no insistir.

-No se impaciente -dijo.

Repliqué:

-Usted no tiene que estar mañana en Pardo.

-A lo mejor aparece alguno y nos saca.

-¿Vio otros coches en el camino? Yo, no. Por acá ni pasan los pájaros.

-Entonces permítame que ayude.

-¿Va a empujar?

-No conseguiríamos nada.

-Entiendo. Llueve, hay barro.

-Temo que mi proposición no le guste. Hizo lo posible por salir y no pudo ¿de acuerdo? Deje que yo pruebe.

-¿Maneja mejor?

-No se trata de eso.

-¿De qué se trata?

-De que otro pruebe la suerte. Total ¿qué hacemos ahora? Esperar y, según usted, inútilmente, porque por acá no pasa nadie. Es claro, a lo mejor no desea estar mañana en Pardo.

-No estar mañana en Pardo sería para mí un desastre.

-Entonces, déjeme que pruebe.

Tal vez por ofuscación pregunté:

-Para darle mi lugar ¿abro la puerta y me tiro al pantano? Está claro que usted no quiere mojarse ni embarrarse.

-No es necesario -dijo y por encima del respaldo pasó al asiento de atrás-. Córrase, por favor.

Ocupó mi lugar, apretó el arranque eléctrico y antes que yo atinara a formular un consejo avanzamos con lentitud, pero inconteniblemente y muy pronto llegamos a una

inesperada zona de piso firme, donde sin duda había llovido poco. El señor pasajero aceleró. Miré, con alarma, el velocímetro y oí el repetido golpear de una cadena contra el guardabarro.

-¿No oye? -pregunté secamente-. Pare, hombre, pare. Voy a sacar las cadenas.

-Lo hago yo, si quiere.

-No -dije.

Bajé del coche. Había esa luz del atardecer después de la tormenta que infunde intensidad a los colores. Vi a mi alrededor campo tendido, marrón donde estaba arado, muy verde el resto; el alambre, azul y gris; unas pocas vacas coloradas y rosillas. Cuando desprendí las cadenas ordené:

-Avance.

Avanzó un metro o dos. Recogí las cadenas, las guardé en la caja de herramientas y levanté los ojos. El señor pasajero no estaba en el coche. Como en ese campo desnudo no había donde ocultarse, me sentí desorientado y con exasperación me pregunté si había desaparecido.

Catón

Durante años dije que Jorge Davel era un galán de segunda, imitador de John Gilbert, otro galán de segunda. A mi entender, el hecho de que tuviera tantos admiradores probaba la arbitrariedad de la fama; que lo llamaran El Rostro, la ironía del destino. Yo solía agregar, como quien señala una consecuencia: «Al aplicar el apodo, nuestro público se limita a copiar a un público más vasto, que llama El Perfil a no sé qué actor de Hollywood».

Olvidé para siempre este repertorio de sarcasmos la noche en que lo vi en el Smart, con Paulina Singerman, en El gran desfile, una adaptación para las tablas, de la vieja película de King Vidor. Mientras duró la función olvidé también la nota que debía escribir para el diario y aun mi presencia en la sala. Mejor dicho, creía que estaba, con los héroes de El gran desfile, en el barro de las trincheras, en algún lugar de Francia, oyendo silbar las balas de la primera guerra mundial.

Un tiempo después dejé el periodismo y conseguí un empleo en el campo, para el que me creyeron apto, por antecedentes de familia. Sobre el punto no me hice mayores ilusiones, pero pensé que en la soledad quizás escribiera una novela que varias veces había empezado con fe y abandonado con desaliento.

En la estancia donde trabajaba, La Cubana, a la hora de la siesta leía el diario. Frecuentemente buscaba noticias de Davel; en los tres años que pasé allá encontré pocas. Davel había participado en la función en beneficio de una vieja actriz; lo habían visto en el entierro de un actor y, si no me equivoco, en el estreno de una comedia de García Velloso. Recuerdo esas noticias, porque las leí con la atención que uno pone en cosas que le conciernen. Me pregunto si no trataba de reparar, siquiera ante mí mismo, la injusticia cometida con nuestro gran actor.

A mi vuelta a Buenos Aires publiqué la novela. Acaso porque tuvo algún éxito y porque fui un escritor conocido (mientras aparecieron críticas y el libro estuvo en las librerías), o porque la gente aún recordaba que yo había trabajado en la Sección Espectáculos del diario, me nombraron miembro del jurado que debía premiar a los actores del año. En las reuniones del jurado entablé amistad con Grinberg, el autor del sainete La última percanta. La noche de la votación, pasamos un rato en el café de Alsina y Bernardo de Irigoyen. Recuerdo un comentario de Grinberg:

-Premiamos a los mejores. De todos modos ¡qué lejos de un actor como Davel! Y fíjese, hoy en día, Davel no trabaja. Nadie lo llama.

Pregunté por qué. Me contestó:

-Dicen que está viejo. Que nunca tuvo más capital que su cara, que la ponía y listo. Que ya no sirve para galán.

-Este país no tiene arreglo.

-Hay un gran actor y nadie se da cuenta.

-Usted y yo nos damos cuenta.

-Y algunos otros. Para Quartucci, Davel es un milagro del teatro, uno de esos grandes actores que de tanto en tanto aparecen. Me dijo: «Si tengo un rato, voy a verlo cuando trabaja, porque lo hace con tanta naturalidad que usted queda convencido de que ser actor es lo más fácil del mundo».

-Ya somos tres los partidarios de Davel.

-Cuéntelo también a Caviglia. Una tarde había estado con Davel, charlando en el café. Al rato lo vio en escena, en Locos de verano. Creo recordar las palabras de Caviglia: «Me sorprendí pensando que Enrique iba a engañar a su prima». ¿Se da cuenta? Pensó que el hombre que tenía ante los ojos era Enrique, uno de los personajes de la comedia, no Davel. Dijo que nunca le sucedió algo parecido. Que él era un profesional, que si veía teatro estaba atento al oficio y que además conocía de memoria la pieza de Laferrère. Sin embargo, en aquel instante, la ilusión dramática lo dominó por completo. Pensaba que sólo Davel era capaz de ejercerla tan eficazmente.

Después de esta charla con Grinberg pasaron cosas que por largo tiempo acapararon mi atención. A pesar de las mágicas palabras repetidas por los amigos libreros, «Tu novelita se vende bien», lo que sacaba del libro no me alcanzaba para nada. Busqué un empleo y cuando estaban por agotarse los ahorros que junté en el campo, lo encontré. Fueron años duros o por lo menos ingratos. Cuando llegaba a casa, tras el día en la oficina, no me hallaba con ánimo de escribir. Ocasionalmente me sobreponía y al cabo de un año de esporádicos esfuerzos que repetía todas las semanas, logré una segunda novela, más corta que la anterior. Entonces conocí un lado amargo de nuestra profesión: la ronda para ofrecer el manuscrito. Algunos editores parecían no recordar mi primera novela y oían con incredulidad lo que yo decía de su éxito. Quienes la recordaban, argumentaban que ésta era inferior y para dar por terminada la entrevista sacudían la cabeza y declaraban: «Hay que jorobarse. El segundo libro no camina».

Un día encontré a Grinberg en el café y bar La Academia. En seguida me acordé de Davel y le pedí noticias. Dijo:

-Es una historia triste. Primero vendió el coche; después, el departamento. Vive en la miseria. Otro actor, que está en situación parecida, me contó que hicieron una gira por el interior del país. Paraban, prácticamente, en la sala de espera de las estaciones y se alimentaban de café con leche y felipes. Ese actor me aseguró que las privaciones no afectaban el buen ánimo de Davel. Si trabajaba, estaba contento.

En la época de la dictadura las giras mermaron, para finalmente cesar. El país entero se detuvo, porque la gente si podía se retiraba, para que la olvidaran. El olvido parecía entonces el mejor refugio. Por su parte, Davel encontró el olvido sin buscar la seguridad. No tenía por qué buscarla, ya que nunca había actuado en política, ni siquiera en la política interna de la Sociedad de Actores. Como ayudarlo no retribuía el apoyo de un correligionario ni aseguraba la gratitud de un opositor, nadie le tendió una mano. Davel pasó buena parte de ese período sin trabajo.

Llegó después el día en que agradablemente sorprendido leí, no sé dónde, que Davel iba a tener el papel principal en Catón, famosa tragedia cuya reposición anunciaba el teatro Politeama, para la temporada próxima. Una noche de esa misma semana comenté con Grinberg la noticia.

-A veces lo inesperado ocurre -sentenció.

-A eso voy -dije-. Parece raro que en nuestro tiempo un empresario se acuerde de esa joya del repertorio clásico y es francamente increíble que tenga el acierto de llamar a Davel, para el papel de Catón.

-No todo el mérito le corresponde.

Pasó a explicarme que el empresario, un tal Romano, eligió la tragedia de Catón porque el autor, muerto doscientos años atrás, no reclamaría el pago de derechos.

-Siempre le queda el mérito de elegir a Davel -comenté.

-Su mujer, que antes fue amiga del actor, se lo recomendó. Mi cara habrá expresado alguna contrariedad, porque Grinberg preguntó qué me pasaba.

-Nada... Siento admiración, casi afecto por Davel y me gustaría que la historia de este golpe de suerte fuera totalmente limpia.

A pesar de la escasa estatura, de la profusión de tics nerviosos y de su aspecto de negligencia general y debilidad, Grinberg infunde respeto por el poder de la mente.

-Lo que a usted le gustaría importa poco -me aseguró-. Una mujer que intercede ante el marido por un viejo amante en desgracia, es noble y generosa.

-Admito que ella...

-Admita que todos. Davel, por no pedir nada y por merecer que una ex amante salga en su defensa cuando la pasión ha pasado. El empresario, por actuar como profesional serio. Le proponen un buen actor, lo toma y no se preocupa por situaciones de la vida privada. En la noche del estreno, el Politeama estaba casi repleto. Recuerdo claramente que al empezar la obra tuve unos minutos de expectativa, en que me dije: «Todavía esto puede ser el triunfo o el fracaso. Pronto sabré cuál». La verdad es que no hubo que esperar mucho. No digo que la pieza me pareciera mala. Sin negar que abunda en momentos de elevación épica, opiné que era menos una tragedia que un poema dramático, muy literario sin duda y bastante aburrido. Desde luego la situación del héroe provocaba ansiedad, pero el nudo argumental perdía fuerza cuando el autor, inopinadamente, intercalaba una historia de amor, tan increíble como boba. Es curioso, mientras reflexionaba: «Ya que Davel tuvo la suerte de conseguir trabajo, debió tener más suerte con la obra», miraba a Catón, quiero decir a Davel en el papel de Catón y hubiera dado cualquier cosa porque venciera a César y salvara a Útica. Sí, hasta por la suerte de la ciudad de Útica yo estaba ansioso, y en esos momentos llegué a desear el poder, que no tuvieron los dioses, de cambiar el pasado. En la cara de Davel (alguna vez la califiqué de trivial), una de esas caras que la vejez mejora, vi claramente expresada la nobleza del héroe dispuesto a morir por la libertad republicana. Cuando uno de los hijos de Catón -un actor nada convincente- dijo: «Nuestro padre combate por el honor, la virtud, la libertad y Roma», apenas reprimí las lágrimas.

A esta altura, es probable que el lector considere fuera de lugar mis reparos críticos. El éxito, la repercusión de la obra, aparentemente le dan la razón. Desde la tercera o cuarta noche el teatro estuvo lleno. Había que reservar localidades con una anticipación de quince o veinte días, algo insólito en el Buenos Aires de entonces. Otro hecho insólito: los espectadores unánimemente interpretaron las invectivas contra César, como invectivas contra nuestro dictador y el clamor por la libertad de Roma como clamor por nuestra libertad perdida. Estoy seguro de que llegaron a esa interpretación por el solo hecho de desearla. Si como alguien sostuvo, en cualquier libro el lector lee el libro que quiere leer, estas funciones del Politeama prueban que podemos decir lo mismo del público y de las obras de teatro. No supongan que al hablar del público me excluyo... De nuevo sentí lágrimas en los ojos cuando Catón dijo: «Ya no hay Roma. ¡Oh libertad! ¡Oh virtud! ¡Oh mi país!».

El éxito fue noche a noche más ruidoso y desordenado. En alguna ocasión me pregunté, por qué negarlo, si los tumultos del Politeama, aunque inspirados en las mejores intenciones, no perjudicarían nuestra causa. Bien podría el gobierno clausurar el teatro y, encima, sacar una ventaja política. En efecto, no parecía improbable que sectores moderados, tan contrarios a la dictadura como nosotros, apoyaran tácitamente la medida, por un ancestral temor a los desmanes.

Para muchos la identificación de Davel con Catón fue absoluta. En la calle, la gente solía decirle: «Adiós Catón» y, a veces, «¡Viva Catón!».

Quienes de un modo u otro estamos vinculados con el teatro, probablemente exageramos la influencia de las representaciones del Politeama en los acontecimientos ulteriores; pero la verdad es que también los conspiradores creyeron en esa influencia. Lo sé porque a mí me encargaron que hablara con Davel y lograra su adhesión a nuestra causa. Queríamos decir, en la hora del triunfo, que nuestro gran actor estuvo siempre con la revolución. Queríamos decirlo sin faltar a la verdad y sin exponernos a que nos desmintiera.

Lo cité en el café de Alsina y Bernardo de Irigoyen. Pensé que el tango tenía razón, que eran extraños los cambios que traían los años y que la cara de Davel ahora casi no recordaba a la de John Gilbert, lino más bien a la de Charles Laughton. Su expresión era de tristeza, de cansancio y también de resolución paciente y sin límites. De todos modos, cuando le dije que mi admiración por él empezó la noche que estrenaron El gran desfile, en el Smart, juraría que rejuveneció y que volvió a parecerse un poco a John Gilbert. Preguntó con insistencia:

-¿De veras encontró que estuve a la altura de mi papel?

-Competir con la película, de antemano parecía difícil. Sin la ayuda de las escenas que mostraba el cine, el público del Smart creía que usted estaba en el frente de batalla. Le digo más: usted nos llevó al frente.

Después de un rato me atreví a preguntarle si nos daba su adhesión.

-Es claro -contestó-. Yo estoy contra la tiranía. ¿No recuerda lo que digo en el segundo acto?

-¿En el segundo acto de Catón!

-¿Dónde va a ser? Oiga bien. Yo digo: «Hasta que lleguen tiempos mejores, hay que tener la espada fuera de la vaina y bien afilada, para recibir a César».

Primero la contestación me gustó. Interpreté lo que había en ella de fanfarronada, como una promesa de fidelidad y coraje. Después, por alguna razón que no entiendo, me sentí menos conforme. «De cualquier modo, la contestación es afirmativa», me dije. «Ya es algo.»

El gobierno debió de tomar en serio las tumultuosas funciones del Politeama, porque una noche la policía llevó presos al empresario, al director, a los actores y cerró el teatro. A la mañana siguiente todos quedaron libres, salvo el empresario y Davel. Por último soltaron al empresario. Al actor, unos días después. Sospecho que no le perdonaban su papel de enemigo de la dictadura y que lo soltaron porque ellos mismos comprendieron que no era más que un actor.

En contra de mis previsiones, la clausura del Politeama perjudicó al gobierno. Tal vez la gente pensara que si el gobierno daba tanta importancia a una pieza de teatro, debía estar asustado y debilísimo.

Interpretamos esta conjetura como realidad y, desde entonces, conspiramos abiertamente. En casas particulares primero, luego en restaurantes, menudearon banquetes muy concurridos, a los que nunca faltaron los cabecillas del movimiento y donde los oradores reclamaban y prometían la revolución. En esas largas mesas tuvo siempre Davel un lugar de preferencia; no, desde luego, la cabecera, pero siempre el asiento a la derecha de algún personaje prestigioso.

Un día me llamó por teléfono una señora, que me dijo:

-No me conoce. Yo soy la señora de Romano. Luz Romano. Tengo que hablar personalmente con usted.

Por falta de imaginación, o porque dejo que me lleve la costumbre, la cité en el café de Alsina y Bernardo de Irigoyen.

Era una mujer muy atractiva, no demasiado joven, alta, serena, de pelo negro, tez blanca y hermosos ojos, que lo miraban a uno de frente. Me dijo:

-Lo están usando a Davel. Que los políticos lo hagan, no me extraña. Son naturalmente inescrupulosos. Pero usted es un escritor.

-Eso ¿qué tiene que ver?

-No solamente lo están usando: lo están exponiendo.

-Davel se expuso desde el momento del estreno de Catón -le repliqué sin faltar a la verdad.

-De acuerdo. Por culpa mía.

-No digo eso.

-No lo dice, pero es cierto. Sin embargo hay una diferencia. Yo lo mandé llamar para que trabajara en el teatro. Usted lo buscó para usarlo en política. Un destino que Davel no eligió.

-Pero que no le parece impropio. Se ha identificado con su personaje. Quiere combatir la dictadura.

-Esa convicción, en él, no es igual a la suya, ni a la de un político, ni se formó del mismo modo. Davel sigue actuando.

Para defenderme, dije:

-Todos actuamos.

-Sí, pero ahora usted habla de mala fe. ¿Sabe lo que hacen?

-Invitamos a un ciudadano a participar en nuestra lucha.

-Diga más bien que mandan a un inocente a que lo maten.

-Exagera y es muy dura conmigo.

-Usted es duro con Davel.

Hasta que Luz me habló, esas verdades, que siempre supe, no me preocuparon. Después, la conciencia de obrar indebidamente me sumió en la desazón. No hubo, por suerte, motivos de mayores remordimientos, porque la revolución triunfó, sin que nada ocurriera a Davel.

No lo olvidamos. En todos los actos celebratorios tuvo un sitio de honor. Le ofrecí, por indicación de las nuevas autoridades, cargos en la Dirección de Cultura y en otras reparticiones. No los aceptó. Dijo que sólo quería trabajar en el teatro. Directores de teatros oficiales me prometieron la mejor voluntad para dar satisfacción a ese deseo.

Una noche encontré a Davel en la comida del Círculo de la Prensa. Como dos veteranos de una misma campaña, recordamos hechos de la época de la dictadura. En algún momento dije:

-Parece increíble que pasara todo eso. También parece increíble que haya concluido. Fue una pesadilla. -Después de una pausa, agregué-: El país está en deuda con usted por lo que hizo.

-Cada cual cumplió su parte.

-Probablemente, pero no hubo foco de agitación como el teatro Politeama. Sé muy bien cuánto le debemos.

-¿Qué más puede pedir un actor que la aprobación del público? El teatro se venía abajo con aplausos. Nunca voy a olvidarlo.

La conversación continuó por carriles paralelos. Davel me hablaba de su trabajo de actor y yo, de su trabajo por la causa. Finalmente confesó:

-Cuando convenimos en que esa época fue horrible, siento la tentación de agregar: «No para mí». Fíjese: yo tenía un papel que me daba toda clase de satisfacciones, en una obra que me gustaba y que alcanzó gran éxito. No se lo diga a nadie: para mí esa época terrible fue maravillosa.

-Es claro -dije pausadamente, para que mis palabras llegaran a su conciencia- ¿qué más puede uno pedir? Trabajar con éxito, por una causa noble.

En tono de asentimiento respondió:

-Sí. Tuve éxito en mi trabajo, que es lo principal.

Ya estaba por abandonar la partida, cuando en un acceso de irritación me pregunté: «¿Por qué no logro que esta cabeza dura me entienda?».

-De acuerdo -dije-. Entretener al público está bien, pero.... ¿No pretenderá que nada es más importante que el teatro?

-Si no creyera eso no sería buen actor.

-Entonces ¿cree porque le conviene?

-Por convicción, más bien.

-Qué soberbia.

-El mundo no funciona como es debido si cada cual no cree en la importancia de lo que hace.

-Por ese lado podemos entendernos.

-No quiero que se llame a engaño. El teatro es para mí lo más importante. ¿Se acuerda de lo que dice Hamlet? Yo sí, porque hice un Hamlet. -Se calló por un instante y cuando volvió a hablar, sin levantar la voz dijo-: «Mi buen amigo, has de atender bien a los actores, porque son el compendio y la breve crónica de los tiempos».

Su talento histriónico era tan extraordinario que en ese momento me pareció que Davel hablaba desde un escenario y que yo estaba en la platea.

Nunca asistí a tantas comidas como en aquel tiempo. En una, organizada en beneficio de la Casa del Teatro, me tocaron de compañeros de mesa el gordo Barilari, tesorero del partido, «un electoralista impenitente», según su propia confesión, y un muchachito flaco y nervioso, que resultó ser Walter Pérez. En los años de conspiración, el nombre de este último aparecía con frecuencia, por lo general precedido o seguido de la palabra activista. Vinculo también con él, no sé porqué, la expresión Fuerza de choque. Barilari describió a Walter como «el más intolerante de los partidarios de la libertad». Confieso que al gordo y a mí nos hizo reír a lo largo de toda la comida, con relatos de los encontronazos de su grupo con muchachos de otros partidos. Ahora esos relatos me parecen menos graciosos.

En el extremo opuesto de la mesa, conversaban Luz Romano y Davel. De buena gana me hubiera sentado junto a ellos. Esa noche estaba Luz particularmente atractiva. Cuando nos levantamos, se me acercó y murmuró:

-Felicitaciones por el amiguito.

-¿Por quién lo dice?

-Por quién va a ser. Por Walter.

-Un elemento útil -argumenté, repitiendo la expresión de correligionarios- que siente la causa de la libertad.

-La siente demasiado. Cree en las ideas y no le importa la gente.

-Un filósofo, entonces.

-Un fanático.

-El partido lucha por ideas sensatas. Mejor dividendo nos daría apelar a la envidia y al rencor.

-¿Admite que Walter está fuera de lugar entre ustedes?

-Sólo trato de decir que todo partido requiere a veces una gota de dogmatismo y aun de extremismo. Mozos como Pérez, en más de una oportunidad, son útiles.

Cuando Romano se acercó, Luz lo tomó del brazo y como quien arremete se fue con él. Esa actitud me provocó cierta confusión.

En cuanto a Davel, pasó de nuevo años sin trabajo, en la miseria. Como ya dije, en los teatros oficiales recibieron con la mejor voluntad mis recomendaciones, pero por una razón u otra no le contrataron.

Tampoco se acordaron de él los empresarios de los demás teatros. Nosotros, por fortuna, le dimos prueba de gratitud. Fue nuestro invitado de honor en infinidad de ceremonias oficiales y en no pocos banquetes. Desde luego, al verlo siempre con ese traje apenas decoroso y muy viejo, sentíamos una mezcla de fastidio y culpa.

Como en la vida todo se repite, un día tuve la buena noticia de que Romano había contratado a Davel, para reponer Catón. En esta ocasión el teatro sería el Apolo.

Al poco tiempo, una tarde, cuando salía de mi despacho, llamó el teléfono. Reconocí la voz de Luz Romano, a pesar de que me llegaba en susurros. Entendí: teníamos que vernos para que me pidiera algo. La comunicación se cortó. Mi reacción fue contradictoria: sentía ganas de verla, curiosidad, y temor de pedidos molestos. Llamó después, en diversas oportunidades. Mi secretaria invariablemente alegó que yo estaba ausente o en reunión. Esas breves pero numerosas conversaciones las llevaron a una suerte de amistad y por último Luz explicó para qué llamaba.

Cuando la secretaria me dio el mensaje, atiné a murmurar: «¡Las cosas que se le ocurren a una mujer!». En efecto, Luz Romano pedía que nuestro gobierno prohibiera la reposición de Catón. Ni más ni menos.

Supuse que por distraído e ingenuo Davel habría herido susceptibilidades y cambiado en odio el afecto que siempre le tuvo Luz.

Tras la reposición de Catón, los hechos probaron que el pedido de la mujer no estaba desprovisto de fundamento. Noche a noche el público se mostraba más entusiasta y amenazador. Confieso que al principio nos costó entender que aplaudía contra nosotros. Parecía imposible que se valieran de esa tragedia para atacar a un gobierno cuyo mérito principal era el restablecimiento de libertades.

En una reunión en casa de amigos comunes, Luz me dio la explicación. La gente que aplaudía en el Apolo eran funcionarios y partidarios de la dictadura. Reclamaban su libertad perdida.

-Ellos también tendrán un Walter Pérez -dijo.

-¿Cómo un Walter Pérez? -pregunté.

-No se haga el que no entiende.

-No entiendo.

-Es bastante claro. Si ustedes mandaron a Walter como bastonero de los revoltosos del primer Catón...

-Lo del Politeama fue espontáneo -protesté.

-Con Walter al frente. Esté seguro de que los de ahora contarán con un energúmeno como ése.

-No me parece justo poner en el mismo plano a un joven defensor de la libertad y a un secuaz de la dictadura.

-Habla como un político hecho y derecho; pero, convenga conmigo ¿de qué le vale a Walter Pérez una causa noble si es un matón? Sin decirle que hablaba como una maestrita, le contesté, dirigiéndome también a los demás:

-A mí me duele que un actor con el que tuvimos tantas atenciones, ahora se preste a que lo usen contra nosotros.

-Una traición -exclamó alguien.

-No iría tan lejos -puntualicé-. Yo digo, simplemente, que veo su proceder con cierta amargura.

A la semana, o poco más, en la mitad de la noche, me despertó el teléfono. Una voz de mujer preguntó:

-¿Ahora está contento?

Lo que estaba era dormido, así que me costaba entender. Repetí la pregunta como un idiota:

-¿Quién es?

Una pregunta inútil, porque había adivinado quién llamaba.

-Dígame si está contento -insistió, para agregar después de un silencio-: ¿O no se enteró?

-No sé de qué me habla. Luz dijo:

-Entonces más vale que espere.

-Que espere ¿qué?

-Lo va a saber mañana.

Cortó. Estuve por llamarla, pero desistí. Sabía lo que había sucedido, aunque murmuré varias veces: «No puede ser».

Al otro día supe todo. Es curioso: estaba preparado para la noticia, pero me sentí desorientado. Tan desorientado como a la noche, cuando la adiviné, y muy triste. Como si hubiera muerto un viejo amigo, en previsión, tal vez, de una nota o de un discurso, me dije que esa muerte marcaba el término de la época más brillante del teatro argentino.

A la información de los diarios, bastante amplia, la completaron mis amigos del ministerio del Interior. El hecho ocurrió hacia el fin del último acto de la función de la noche. Después de clavarse la espada, Catón, moribundo, se preocupa de la suerte de los que participaron con él en la resistencia contra César, escucha sus planes de fuga, los aprueba, se despide y muere. En ese momento sonó un disparo. Hubo un gran revuelo en la sala. Algunos señalaron un palco. De otro palco alguien salió precipitadamente. Primero nadie sabía qué había pasado. Todos, al rato, supieron que Davel había muerto de un balazo, probablemente disparado desde un palco balcón. La policía encontró allá a Walter Pérez, con dos de sus hombres. Ninguno tenía armas. Por su parte el que huyó del otro palco logró desaparecer.

Me pidieron que hablara en la Chacarita. Me negué porque estaba conmovido y porque entendí que debía hacerlo alguien más conocedor del teatro y del alma de los actores. Romano, en su discurso, dijo que el mejor final para un actor era morir en escena, en el momento de la muerte de su personaje. Habló también un representante del gobierno. Grinberg, que apareció de no sé dónde y me sobresaltó al tocarme de un brazo, comentó en un murmullo:

-Es tarde para mostrar respeto.

El navegante vuelve a su patria

Creo que vi Pasaje a la India, porque en el título de la película estaba mi país. Al salir del cine, tomé el subterráneo -o Metro, como acá lo llaman- para ir a la embajada, donde todos los días trabajo un par de horas. Lo que así gano me permite ciertas extravagancias que dan un poco de animación a mi vida de estudiante pobre. Sospecho que por culpa de esas extravagancias, recaigo últimamente en una suerte de sonambulismo que suele provocar situaciones molestas. Un ejemplo: al recordar el viaje en subterráneo, me veo cómodamente sentado, aunque tengo pruebas de haber permanecido de pie, cerca de las puertas, asido a una columna de hierro y a punto de caer cuando el tren se detiene o se pone en movimiento. Desde ahí miro, con una mezcla de conmiseración y de censura, a un estudiante camboyano, muy mal entrazado, que en un asiento, a la mitad del vagón, dormita con la cabeza reclinada contra el vidrio de la ventanilla. Su pelambre, tan abundante como sucia, deja ver un redondel calvo y arrugado; la barba es rala y de tres o cuatro días. Dormido sonríe, mueve los labios rápida y suavemente, como si en voz baja mantuviera una amena conversación consigo mismo. Pienso: «Parece contento, aunque no hay razón para que lo esté. Vive, como yo, entre europeos hostiles, por más que lo disimulen. Hostiles a quienes juzgan diferentes. En tal sentido los indios tenemos alguna ventaja, por ser menos diferentes; pero a este muchacho, con su traza tan particular ¿quién no le lleva ventaja? Aunque fuera occidental y del Norte, se

lo vería como a un representante de la escoria del mundo. Ni siquiera yo, que me considero libre de prejuicios, me atrevería así nomás a confiar en él».

Bajo en la estación La Muette y en seguida me encuentro en la calle Alfred-Dehodencq, donde está la embajada. Por increíble que parezca, el portero no me reconoce y se niega a dejarme pasar. Mientras forcejeamos a brazo partido, el hombre grita: «¡Fuera! ¡Fuera!» varias veces. En una de las últimas, el grito se convierte en un amistoso: «Sour-sday», que en camboyano significa: «Buenos días». Abro los ojos y aún perplejo, veo a mi amigo el taxista, un compatriota, que mientras me zamarrea para despertarme, repite el saludo y agrega:

«Tenemos que bajar. Llegamos al barrio». Me incorporo, casi doy un traspié al salir del vagón; sigo al compatriota por el andén, sin preguntar nada, por temor de equivocarme y de que me crea loco o drogado. Antes de subir la escalera, cuando pasamos frente al espejo, tengo una revelación, no por prevista menos dolorosa. Quiero decir que el espejo refleja mi pelambre sucia, mi barba rala, de tres o cuatro días; pero lo que francamente me fastidia es comprobar que también en ese momento muevo los labios y, peor todavía, sonrío hablando solo, como un imbécil.

Nuestro viaje (Diario) Selección, prólogo y epílogo de F.B.

PRÓLOGO

El gerente de la casa Jackson me había dicho que estaba preparando una colección de diarios de viaje y que si yo tenía alguno se lo mandara. Cuando releí los míos del 60 y del 64, por motivos que no sabría explicar, me faltó ánimo para publicarlos. Propuse entonces Nuestro viaje de Lucio Herrera. A decir verdad temí que lo rechazaran, tal vez por no corresponder a las expectativas de lectores de obras de ese género. Lo aceptaron e integró uno de los hermosos volúmenes, encuadernados en cuerina roja y con letras doradas, de una de las tantas colecciones que la casa Jackson vendía con su correspondiente biblioteca de madera lustrada. Como parece probable que el diario de viaje de mi amigo Herrera duerma en la salita de gente que no lee, junto al Libro de los Oradores de Timón, los volúmenes de Willie Durant, la edición ilustrada del centenario de Don Quijote y un Martín Fierro encuadernado en cuero de vaca overa, decidí publicarlo en este volumen, de venta en las buenas librerías.

F.B.

NUESTRO VIAJE (Diario de Lucio Herrera)

Buenos Aires. Puerto Nuevo. Enero 3, de 1968. Con agradable sorpresa descubro en el gentío la cara de Paco Barbieri, redonda, de color ladrillo, con ojos redondos, oscuros. «¿Vos también viajas en el Pasteur?», le pregunto. Qué bueno tenerlo de compañero de viaje. Le presento a Carmen. Un rato después, cuando subimos por la escalerilla, Carmen pregunta: «¿Viaja solo?». «Creo que sí.» «¿No será raro, tu amigo?» «En el sentido que pensás, no.» «¿En qué sentido?» «¿Para qué vamos a meternos en eso? Cada cual es como es.» «Qué estúpida. Nunca pensé que tuvieras secretos para mí. Creí que me querías como yo te quiero.» Para no empezar el viaje con una pelea, sacrifico al amigo. «Mirá», contesto. «No sé cómo explicarte. Barbieri es un tipo nada convencional. Dice que las mujeres son el impuesto que pagamos por el placer.» «Y porque dice esa pavada ¿te parece que no es convencional? Yo diría que es un verdadero machista, lo que en este país no es de una originalidad extraordinaria. Para no viajar con una mujer ¿el imbécil viaja solo?» «Sí, aunque él diría que no.» «¿Mentiroso además? Machista y mentiroso. Te participo que empiezo a cansarme de tu amigo.» «Viaja con una muñeca inflable.» «¡No te creo! Si es verdad, está muy enfermo. Ya

mismo hay que hablarle. Si no le hablas vos, le hablo yo.» «Te pido que no lo hagas. Por favor, no intervengamos.» «De acuerdo. Es tu amigo. Lindo amigo. Pensándolo bien, a lo mejor estás en lo cierto. A un degenerado así más vale no tocarlo, ni con pinzas.» Le aseguro que Paco es buena persona. Me contesta en tono de burla, pero con mucho enojo: «¿Fuera de eso es buena persona? No digas pavadas. Ya que no debemos intervenir, me harás el favor de mantenerlo a distancia durante todo el viaje». «¿Sabes lo que me estás pidiendo? Paco es mi mejor amigo.» «Quédate con tu mejor amigo. Yo voy a morirme de tristeza, pero eso ¿qué importa? El consuelo es que no vas a tener por mucho tiempo a tu Paco tan querido. Para mí, un enfermo con semejante neurosis revienta pronto.»

A bordo del Pasteur, en alta mar. Enero 14. No sólo Paco Barbieri despierta su animosidad... A cuanto amigo menciono, Carmen, sin prisa pero sin pausa, procede a desmenuzar con toda suerte de imputaciones caricaturescas o calumniosas. Procuro no hablar, ante ella, de personas por las que siento afecto.

Roma. Febrero 8. Habíamos quedado en comer temprano, para llegar a tiempo al concierto, que empieza a las nueve. Celia me dice que la molesto si la miro mientras se viste y se peina. Bajo al salón del hotel. Hojeo revistas, me aburro y después de un rato, cansado de esperar, llamo al ascensor, para ir a buscarla. Cuando se abre la puerta aparece Celia, tan deslumbrantemente hermosa, que olvido los reproches preparados durante la espera, la tomo en brazos, le doy un beso en la frente y le digo: «Gracias por ser tan linda». Nos encaminamos al restaurante Archimede, para comer allá, como todas las noches, pero antes de llegar a la placita de los Caprettari nos detenemos a leer el menú de un restaurante francés. Como veo que el postre del día es Baba au chocolat pregunto a Celia: «¿Qué tal si entramos?». «No puedo creer», exclama. «Pensaba que nunca me llevarías a otro restaurante, que para vos el único era el Archimede.» Ya se sabe: Celia me reprocha una supuesta manía de volver siempre al mismo restaurante; pero no es por manía que la llevo, dos veces diariamente, al Archimede. Si en un lugar nos dan bien de comer y nos tratan como a clientes de la casa, ¿no sería absurdo probar otros y resultar intoxicados? Celia toma entre ojos los restaurantes que prefiero. Como si yo no advirtiera la censura implícita que había en su respuesta, le explico: «Lo que pasa es que aquí tenemos de postre Baba au chocolat, y vos sabes cuánto me gusta». Entramos, pedimos la comida, que por suerte mereció la aprobación de Celia. Concluido el segundo plato, el mozo nos pregunta qué desearíamos de postre. Contesto: «Dos Babas au chocolat». «Siento mucho. No hay tiempo», declara Celia y ordena al mozo que traiga la cuenta. No sé qué le ha dado: su más inveterada costumbre es llegar tarde a todas partes, pero hoy quiere que salgamos para el concierto con media hora de anticipación. Cómo el teatro no queda lejos, llegamos en seguida. «Teníamos tiempo de comer nuestro Baba au chocolat», observo. Me da la razón, pero agrega: «No vamos a llorar por eso». Claro que no, pero tampoco he de ocultar algún fastidio y ¿por qué negarlo? algún resentimiento. Reflexiono: «Por algo a los chicos no les gusta que los dejen sin postre». El concierto de Pavarotti es largo. El público aplaude a más no poder. Admito que yo no entiendo mucho de música, pero hacia el final hay una canción que me gusta de veras y hasta me da ganas de marcar el compás con movimientos de la cabeza, de las manos y de todo el cuerpo. Descubro que se llama Sole mio o algo así.

Roma. Febrero 9. Hoy vamos al cine. Dan una vieja película, El hombre que hacía milagros. A mí me divierte mucho. A Celia, no. Sospecho que no sólo la película la irrita; por increíble que parezca, sospecho que yo también la irrito con mis incontenibles risotadas. Confieso que al advertir su insensibilidad a los méritos de esta película me entristezco, y hasta me ofendo. Llego a pensar que ahí sentados, uno al lado del otro, estamos separados por un abismo. Hay una escena irresistiblemente cómica, en la que el protagonista, en el salón de un club de Londres, hace aparecer un león, ante sus consocios, que pasan del escepticismo sobre los milagros, a un auténtico estado de alarma. ¿Cuál es el comentario de Celia sobre esta situación? «Yo no aguanto más. La escena no está en el cuento de Wells.» No puedo creer que diga en serio semejante pedantería. Continúa: «¡Qué falta de respeto al autor! ¡Qué falta de seriedad!». Se oyen vehementes chistidos del público. «Esta película es del todo estúpida», afirma Celia, sin acobardarse. «Vámonos.» Muy ingratamente sorprendido, casi diré asombrado de mi mala suerte, salgo del cine, detrás de ella. Una hora después, mientras nos desvestimos en nuestro cuarto del hotel, se vuelve hacia mí y como si de repente se le ocurriera una idea muy extraña, pregunta: «¿Te molestó salir antes de que acabara la película?». «Bastante», le digo. Como hablando sola, reflexiona: «No comer el Baba au chocolat te contrarió. No ver el final de esa película estúpida te contrarió. Todo hombre es un chico».

Verona. Febrero 11. Mientras hojea displicentemente la Guía Azul, Pilar comenta: «Habría que ver la tumba de los Scaligero». De pronto la cara se le ilumina y exclama: «¿Cómo pude olvidarlos?». «¿A quiénes?», pregunto. «¿A quiénes va a ser? ¡A los amantes!» Acto seguido me obliga a seguirla hasta la tumba de Julieta, que no está lejos, pero tampoco cerca. Me dice que me ponga de un lado, se pone del otro, estrechamos nuestras manos sobre la tumba y juramos amor eterno. «Y verdadero», dice Pilar. «Y verdadero» repito, a lo que agrego: «Es claro que no estoy seguro de que el mejor sitio para jurar amor verdadero sea una tumba falsa». «¿De dónde sacas que es falsa?» «De tu misma guía. Cuando la leas un poco más detenidamente verás que dice: la supuesta tumba de Julieta. En cuanto al famoso amor de la mujer, que no está enterrada acá, y de su Romeo, figúrate lo que habrá sido: un amor cualquiera, exagerado por los escritores, y al que la afición del pueblo por los prodigios convirtió en sublime.» Si hubiera sabido cómo la afectarían mis observaciones, me callo. Declara que nada me gusta como destruir ilusiones («Lo mejor que puede uno tener»), que soy «desagradablemente negativo» y que tal vez lo que trato de decirle es que no la quiero.

París. Febrero 15. Una noche tibia, para esta época del año. Por la calle Galilée volvemos del cine, rumbo al hotel. Mentalmente me digo: «Tranquilo. No te impacientes. Para lo que más te gusta ya falta poco». Tan abstraído estoy, o tan silenciosa y vacía está la calle, que la voz de Justina me sobresalta. «¿En qué pensás?», pregunta. «No sé...» «¿Cómo no vas a saber? Debió de ser algo muy lindo, porque sonreías.» «Pensaba», digo mientras miro su cara expectante, confiada y tan hermosa que por unos segundos olvido lo que voy a decir... Me recobro y sigo: «Pensaba que por suerte ya falta poco para que hagamos lo que más nos gusta y que un bienestar incomparable vendrá después, una verdadera beatitud por la que sin darnos cuenta vamos a deslizamos en el sueño». Me siento inspirado, poéticamente inspirado, al decir mi discursito. Juntos, de noche, en París, tan lejos del mundo de nuestras rutinas: ¿no será como casarnos de nuevo y alcanzar otra culminación en nuestra vida? La voz de mi mujer me sobresalta, esta segunda vez, de manera diferente. «Yo creía que te acostabas conmigo porque me querías», dice. «Pero no: es para sentirte bien, para dormir mejor. Para eso los hombres buscaron siempre a las prostitutas.» «Qué agradable sería descubrir que habla

en broma» pienso. Habla en serio. «Lo más cómodo: estar casado con la prostituta. Más cómodo todavía si no se ofende. Yo me ofendo.» Mi única esperanza es que se le pase el enojo. No se le pasa. En silencio llegamos al hotel, subimos al cuarto, nos metemos en cama. La oigo respirar. La miro: se ha dormido, con un ceño que expresa furia. Hay que buscarle una salida a la situación. Intento el recurso que no falla. Muy suavemente la pongo de espaldas, le aparto las piernas, la abrazo. Me empuja, sin enojo tal vez, pero con tristeza. Me dice: «No me entendiste. Me has ofendido. La gente frívola olvida las ofensas. Yo no». Me da la espalda y apaciblemente retoma el sueño.

París. Febrero 16. Mientras espero a Justina, converso, en la Recepción del hotel, con la rumana que ahí trabaja. Me refiere que un argentino muy correcto y agradable estuvo en el hotel, hace poco: un señor Paco Barbieri. Cuando aparece Justina, la rumana está contándome que Paco había estado bastante enfermo, con gripe. Al oír esto Justina comenta: «Ya te lo previne. Va a reventar pronto».

París. Febrero 17. En un Sport-Dimanche que alguien dejó en la del hotel de Roma pude enterarme de que hoy juega Reims con Paris-Saint Germain un partido que por nada quiero perder, porque el 9 de Reims -el centro forward, como decíamos en mi tiempo- es nada menos que Carlitos Bianchi. Desde que leí eso, no pierdo ocasión de recordar mi firme propósito de ir el domingo 17 al estadio del Park aux Princes: táctica de ablandamiento, para que Justina comprenda que no voy a estar a su disposición para ir al museo del Louvre o a un concierto en la sala Pleyel. En lo relativo al propósito, mi táctica dio buen resultado. Justina sabe que voy al partido. Lo que no previ es que al darle tiempo para pensar en la cuestión, podría ocurrírsele la insólita idea de acompañarme a la cancha. Desde luego se le ocurrió y desde luego acepté complacido. En cualquier lugar, a su lado me siento feliz. El hecho de que sea tan linda ayuda. No negaré que, por lo menos mentalmente, me pavoneo... Tampoco debo ocultar que por regla general soy contrario de ir a la cancha con mujeres. Hoy compruebo que tengo razón. Al comienzo Justina finge interés y pide explicaciones que estorban mi concentración en el partido. «¿Qué es un penal?» «¿Qué es un córner?» «¿Por qué se interrumpió?» Después, en medio de una extraordinaria jugada de Carlitos, que sortea las defensas de Paris-Saint Germain y mete un gol para la historia, contesto: «De acuerdo, de acuerdo, pero convendrás conmigo que no hay un goleador como Bianchi». He de ser un gran iluso porque imagino que puedo hablar de fútbol con la mujer amada. Ella responde con una pregunta: «¿Bianchi? ¿Quién es ése? ¿Otro amigo tuyo?». En el segundo tiempo se impacienta, de tan aburrida que está, y antes de que el partido concluya, con el pretexto de que debemos evitar la aglomeración, me toma de una mano, se levanta, me dice: «Vamos, vamos». No queda otro remedio que seguirla. Me indigna pensar que nunca sabrá el sacrificio que me impone. En mi fuero interno soy un mártir, porque me voy de la cancha en este momento, y un faquir, porque no tengo una palabra de queja.

París. Febrero 20. Justina cayó en cama con un fuerte resfrío, que pronto se transformó en gripe. «Lo pesqué en ese partido que no acababa nunca», se lamenta. Voy al cine, paso un rato agradable; sin embargo la extraño. Recapacito: «No debo extrañarla. Una mujer así, primero te arruina el ánimo, después la salud. La única solución es el divorcio». Lo sé, pero no me resuelvo... A veces, para darme coraje, apelo a reflexiones un poco absurdas. «Es cuestión de vida o muerte», digo, como si lo creyera. Ando solo por las calles de París. Como alma en pena, aunque tranquilo.

Manresa. Montserrat. Febrero 24. Pasamos por Manresa, una ciudad rodeada de viñedos. Luisita me pide: «Pará frente a ese café». «Vamos a llegar tarde.» «No importa. Quiero tomar un carajillo. Para tonificarme ¿sabes? ¡Quién te dice que lo de Montserrat no resulta cuesta arriba!» «Va a resultar.» Entramos en el café. Por si acaso, yo no hablo; Luisita ordena: «Por favor, dos carajillos». El hombre pregunta: «¿De ron o cognac?». «De cognac.» Nos traen dos tacitas de café a medio llenar, en las que echan un buen chorro de cognac. Estamos en eso cuando, sin poder creerlo (¿ya me emborrachó el carajillo?), veo a Paco Barbieri, que va hacia el mostrador. Me levanto, nos abrazamos. Lo noto cansado, como envejecido, con la cara menos colorada que de costumbre. Me acompaña hasta la mesa. Tal vez porque está cansado o porque Luisita no se esfuerza en retenerlo, se va en seguida. Pensando en voz alta murmuro: «Lamento que se vaya tan pronto». «Yo no», contesta Luisita. «¿Viste cómo está?» «Admito que me pareció algo cansado.» «¿Algo cansado? ¡Está deshecho! El muerto que camina.» «Cruz diablo» le digo. Replica: «Te apuesto lo que quieras que no volvés a verlo. Vivo, se entiende». En el trayecto a Montserrat no abro la boca. Si debo contestar algo, me limito a monosílabos. Luisita no pregunta qué me pasa. Al llegar a Montserrat, dice: «Dejemos el coche aquí». «¿Vamos a subir a pie?» «A pie.» Emprendemos la cuesta, pero muy pronto confiesa que no puede subir un metro más. «Yo tampoco», digo. Por una vez, con Luisita, estamos de acuerdo. Paramos un autocar. En él vamos hasta la cima; un rato después bajamos. Estamos tan cansados que, al pasar por donde dejamos el automóvil, por poco nos olvidamos de pedirle al chofer que pare. En Manresa, Luisita me dice: «Quiero tomar otro carajillo». Cuando entramos en el café ocurre el segundo encuentro con un amigo: Mileo, un compañero de quinto año del colegio Mariano Moreno, que antes de alcanzar la mayoría de edad había montado un taller para fabricar faros de automóviles, lo que provocaba mi admiración. Le pregunto: «¿Seguís copiando los faros Marshall?». «¿Te acordás?» me dice. «Fue un sueño de juventud que no duró mucho. De un día para otro desaparecieron los guardabarros, los estribos, los faros a la vista, y yo me encontré fabricando accesorios para automóviles inexistentes.» Le digo: «¿A que no sabés con quién estuvimos hace un rato? Con Paco Barbieri». «Yo también. ¿Y sabes la brillante idea que tuvo? Subir a pie a Montserrat. Quedó deshecho.» «Aquí hay una conocida mía que tuvo la misma idea» digo, señalando a Luisita. «Por suerte no tardó en pedir la toalla y seguimos la cuesta en autocar.» En cuanto se va Mileo, observa Luisita: «No sé con cuál quedarme. Con el degenerado o con el soñador de accesorios para automóviles en desuso. Lindo muestrario de amigos». Creo que en todo el trayecto a Barcelona no volvimos a hablar.

Río de Janeiro. Marzo 15. Parece que el barco va a recoger mucha carga y que no zarparemos hasta mañana por la mañana. Propongo un paseo a Petrópolis. Margarita quiere ir a la playa de Copa Cabana. Le doy la razón: el baño de mar es agradable y menos cansador que un viaje en auto. Almorzamos en un hotel. Después acompaño a Margarita en sus compras. No sé cómo consigue que tres o cuatro compras le lleven toda la tarde. Puedo decir, nos lleven. Felizmente la convenzo de comer en el barco. Los plantones en diversos negocios me cansaron extraordinariamente. Lo que más deseo es meterme en cama. Para mi desgracia la camarera dio a Margarita una dirección donde esta noche podremos ver una macumba muy interesante. «El artículo auténtico. No esas macumbas para turistas, que todo el mundo ha visto.» Argumento como puedo, pero en vano: le digo que toda macumba es una impostura. Margarita se enoja, me llama cobarde y se aflige por mi falta de curiosidad. Encaro el programa de esta noche ¿por qué negarlo? con la falta de curiosidad más absoluta y con una pereza próxima al miedo. Después de comer en el barco, salimos en taxi en dirección a un

barrio llamado Ciudad Vieja: muy pobre, muy poblado. Las casas -la palabra es casuchas- son de madera. Nos detenemos frente a una de piso alto. Subimos la empinada escalera y nos internamos en un estrecho corredor hacia una puerta. Margarita la abre, sin decir «permiso» y entramos en un saloncito redondo. Creo poder afirmar que los que están ahí nos miran con desaprobación. En el centro algunas mujeres bailan, más bien giran y por último caen en medio de convulsiones epilépticas. Muchachas de amplias faldas, con volado, las recogen. Hay un señor, una suerte de jefe, mulato, que viene a ser el sacerdote. No sé por qué, tal vez por nerviosidad, Margarita se tienta de risa. Mujeres furiosas se arremolinan y un hombre insinúa el ademán de sacar un arma. Si el macumbero no nos toma bajo su protección, cualquier cosa puede pasarnos. El hombre nos dice: «Ahora es mejor que se retiren. Si les ofrecen un charuto o una bebida, no acepten. No entren en ningún café. No tomen el primer taxi que vean, sino el que voy a llamar para ustedes». Mientras bajamos los crujientes escalones, Margarita me susurra: «Hay que desconfiar de ese brujo. No esperemos el taxi que llamó. A lo mejor nos quiere secuestrar». Antes de que pueda impedirlo, Margarita cruza corriendo la calle y se mete en un taxi. El taxista cierra la puerta y, haciendo rechinar las gomas, a toda velocidad, se lleva a Margarita, para robarla, para secuestrarla, para violarla o para matarla ¿qué sabe uno? Miro hacia todos lados con desesperación y veo que llega un taxi, seguramente el del candombero. Lo tomo, como puedo explico y emprendemos una carrera tan alocada que me pregunto si el chofer no trata de asustarme para que no advierta que la persecución ya es inútil. No bien formulo ese pensamiento, veo que damos alcance al otro coche, cuyo chofer abre una puerta y de un empujón arroja a Margarita. Faltó poco para que la atropelláramos. La recogemos temblorosa, tumefacta y sollozante. Con gran dificultad persuado al taxista de renunciar a la persecución. «La señora está muy asustada», explico. Debe de estarlo porque al oír esta afirmación no protesta.

A bordo del Pasteur. Marzo 17. Por la tarde. Últimamente el carácter de Emilia empeoró. A su lado padezco un régimen de contrariedades y vejaciones capaz de acabar con la salud de cualquiera. Tengo que dejarla. Se pondrá triste cuando se lo anuncie: de eso estoy seguro; y también de que al ver su tristeza, mi determinación va a debilitarse. Para no volverme atrás, desde el barco, telegrafío a un abogado, el doctor Sívori, y le pido que tramite mi separación.

19 de marzo, a la noche. A bordo del Pasteur. Golfo de Santa Catalina. Mar picado. En piyamas, descalzos, preparamos las valijas. En la de Emilia no caben las cosas compradas en Río y en la tienda de abordo; cuando quiere ponerlas en mi valija, le digo: «Por favor, en la mía no pongas nada. Yo no voy a casa». «¿A dónde vas?» «A un hotel.» «¿Qué me estás diciendo?» «Que no voy a casa.» «¿Por qué?» «Porque me separo. Ya telegrafié al doctor Sívori.» Este anuncio la afecta más de lo que pude prever. Palidece tanto que me alarmo. No pestañea, mantiene los ojos muy abiertos, abre la boca. Antes de que yo pueda evitarlo, se tira a mis pies, los besa y repite ininterrumpidamente: «Nunca volveré a ser mala. Perdón. Nunca volveré a ser mala... Perdón»... Para que se calme, la tomo en brazos y, cuando quiero acordarme, nos acostamos. Después retoma el llanto y el pedido de que la perdone. Me avengo a perdonarla, por último, y a seguir con ella y a telegrafiar a Sívori («Nos reconciliamos»). Emilia me susurra al oído: «Para los que se quieren, no hay nada que no se arregle entre las sábanas». De verla tan contenta me creo feliz.

EPÍLOGO

Sin pensarlo mucho me largué al departamento de la calle Chilavert, que mi amigo alquiló después de la segunda ruptura. Como en la entrada no había nadie y arriba no me abrieron, deduje que no era ahí. Tuve que buscar un rato, para encontrar al encargado. «No», confirmó el hombre, «no es acá», y siguió conversando con unos electricistas. Antes de que le preguntara nada, desapareció con los electricistas por una escalera que baja al sótano.

Yo no sabía qué hacer. Desde un teléfono público llamé a Mileo. Me dijo: «Está en la casa de ella. Por eso no voy». Le contesté: «Yo sí, aunque te entiendo perfectamente».

La casa de la mujer queda en Palermo Chico. Al entrar, casi digo en voz alta: «Qué velorio más triste». Una reflexión absurda. Conversaban animadamente la mujer y unas parientas o amigas. Callaron al verme; la mujer sollozó. Recuerdo tan sólo que atravesé el cuarto, para despedirme de Lucio. Pobre, me pareció que descansaba a gusto, en su ataúd.

F.B.

Bajo el agua

Cuando sané, por fin, de la hepatitis, el médico me recomendó que por unos días me fuera a las sierras, a la costa o al campo, a cualquier parte donde estuviera tranquilo y respirase aire puro. Tomé el teléfono y anuncié a la señora de Pons que sólo el 20 de mayo tendría lista la escritura. Thompson me dijo:

-Pero, Martelli, ¿por qué te comprometes a estar acá en una fecha determinada? Yo me ocupo de la escritura...

-¿Sabes lo que pasa? La señora...

-¿Es de tu ramillete de viejas exclusivas? Entre la clientela de la escribanía Thompson y Martelli hay unas cuantas señoras que sólo confían en mí.

-El 20 estoy de vuelta. Mientras tanto ya veré.

-Si no te asusta la soledad, podrías ir a mi casa en el lago Quillén: un lugar bastante lindo. No pasarás hambre porque la casera, una señora Fredrich, tiene buena mano para la cocina. Lo que lamento es no acompañarte.

-¡Un lago en el Sur! -exclamé-. ¡Ha de ser maravilloso! pero, perdoname, voy a hacer mi pregunta de maniático: ¿hay pesca?

-Varias clases de salmones y de truchas, cavas, hasta pejerreyes...

Una tarde, poco antes del crepúsculo, llegué al Quillén. Me sentía cansado, algo débil y con frío. Los Andes, el lago, el bosque, la vegetación verdísima, me comunicaron un estado de jubiloso recogimiento; pero el aire fresco, a pesar de la mucha ropa, destemplaba mi piel, así que no tardé en golpear a la puerta de una casa (la única a la vista) hecha de troncos y que parecía meterse en el lago. Se asomó una señora, peinada con raya al medio y de abultados pechos, que plácidamente dijo:

-¿El escribano Aldo Martelli? Estaba esperándolo.

Entramos en un cuarto amplio, donde había una chimenea encendida. Con verdadera ansiedad me arrimé al fuego y extendí las manos abiertas. De buena gana hubiera seguido mirando cómo ardían los troncos, pero la señora preguntó:

-¿Llevo su valija a la pieza?

Le dije que no se molestara, empuñé la valija y seguí a la señora. Al ver en mi cuarto una piel de puma junto a la cama, un escritorio, una ventana que daba al lago, me dije: «Voy a estar bien». Me acerqué a la ventana, eché una mirada al paisaje y, como sentía un poco de frío, volví al living. Al rato la señora me sirvió una excelente comida, que me reanimó. Todavía recuerdo nuestra conversación. Le dije:

-Desde la ventana de mi cuarto se ve, sobre el lago, bastante lejos, una casa de troncos, parecida a ésta, pero con piso alto. Está habitada, o por lo menos de la chimenea sale humo. ¿Quién vive ahí?

-El doctor Salmón -contestó-. Un médico.

-Excelente noticia. Un médico a mano siempre es una tranquilidad. Un médico rural, mejor todavía, porque en lugar de ordenar placas y análisis, lo cura a uno.

-A éste lo tienen por eminencia -la señora hizo una pausa-, pero practicar no practica.

-Hay poca gente a la redonda.

-No es ésa la cuestión. Para este médico la gente no cuenta. Cuentan los salmones.

Me apresuré a contestar:

-Para mí también. ¿Hay pesca?

-Claro, y un bote a motor.

Al rato me acosté, porque el sueño me cerraba los ojos. Ya en cama, me pregunté si tenía suficientes mantas. Pensé que sí, que no valía la pena buscar a la señora, para que me diera un refuerzo. Esperaba que paulatinamente el cuerpo entrara en calor. Esto ocurría, aunque no de un modo tan indudable como yo deseaba. Me pregunté si esa leve falta de calor no acabaría por resfriarme y engriparme. También me pregunté: «Alejarme tanto de la civilización, después de mi enfermedad ¿no habrá sido un error gravísimo? Lugares como éste son para individuos jóvenes, con salud de hierro». Desde luego, la señora Fredrich no tenía nada de joven, pero una cosa era el recién llegado y otra el habitante que estuvo siempre en el lugar. «Qué error morirme en el Quillén.»

Las cavilaciones me desvelaron; a decir verdad, todavía me pregunto si me desvelé porque pensaba o si pensaba porque el frío -moderado, por cierto, pero frío al fin- no me dejaba conciliar el sueño.

Al otro día, cuando desperté, no había entrado en calor: seguía cansado, pero milagrosamente, no estaba enfermo. Para no enfermar, pasé todo el día junto a la chimenea.

A la noche, en mi cama, me dije: «Francamente, este lugar maravilloso no es para mí. Después de la interminable soledad de la hepatitis, me largo hasta acá, a estar solo. Yo, sin un prójimo para hablar, estoy atento a mí mismo, descubro síntomas alarmantes, preveo enfermedades, me enfermo. He de ser de esas personas que si no viven rodeadas de gente, decaen y mueren».

Pensé también que para dormir a la noche, debía cansarme durante el día. Si tomaba el camino que bordea el lago, tendría por meta de mis caminatas la casa del doctor Salmón. Una meta al principio inalcanzable, pero que alcanzaría en cuanto recuperara las fuerzas. El propio camino, entre el despliegue de la belleza del lago, a la derecha, y el reparo de los árboles a la izquierda, sería el mejor estímulo para seguir andando.

Desde la segunda mañana cumplí fielmente mi plan de caminatas diarias. Salvo algún indio, con zapallos o ponchos para ofrecer en trueque de tabaco, de yerba o de azúcar, y algunos chicos de guardapolvo, apurados por llegar a la escuela, no encontré nunca a nadie, hasta la tarde en que divisé a una mujer sentada en los escalones que bajan al lago, en el embarcadero de la casa del médico. Mientras me acercaba, advertí que la mujer era pelirroja; vestía ropa deportiva, holgada y blanca; tenía las manos cruzadas sobre la rodilla; era muy hermosa.

Sin mayor esfuerzo, llegué a la casa del médico. La mujer, que parecía abstraída en la contemplación del agua, de pronto se incorporó, subió corriendo los escalones. No me atreví a detenerla con un grito y pude ver cómo desaparecía en la casa. ¿Por qué se había ido tan precipitadamente? No estaba seguro de que me hubiera visto. En todo caso, en ningún momento miró hacia donde yo estaba.

Para salir de la duda, sobre todo para ver a la mujer, llamaría a la puerta. En seguida recapacité: si por cualquier motivo no quería verme, presentarme ante ella sería un error. A

nadie le gusta que lo fuercen. Más me valía irme; con un poco de suerte despertaría su curiosidad.

Toda la tarde pensé en la desconocida. Me dije que estaba portándome como un chiquilín estúpido y que tal vez la hepatitis me hubiera traído la juventud, o más probablemente, la segunda infancia. ¿Por qué tanta agitación? ¡Ni que hubiese visto una diosa! «Que yo sepa», «dije hablando solo, «el único ser fuera de lo común, en esta zona, es el plesiosauro.»

Afortunadamente logré dominarme. Si mal no recuerdo, al anochecer, estuve leyendo revistas viejas y, tras una agradable comida, dormí de un tirón. No negaré que a la mañana siguiente mi primer impulso fue correr a la ventana y mirar la casa del médico. Lamenté no tener un anteojo de larga vista.

Después del desayuno emprendí la caminata con el pensamiento puesto en la mujer. Jugando un juego en el que no creía, mentalmente la llamé. No tardé en ver, a lo lejos, algo que me pareció extraordinario: la desconocida salía de su casa y tomaba el camino que la traería a mi encuentro. Un rato después, cuando nos encontramos, sonrió y por algo en su actitud sentí que había una suerte de acuerdo entre nosotros. Me dijo que se llamaba Flora Guibert; a manera de explicación agregó que era sobrina del profesor Guibert. Yo dije:

-Soy el escribano Aldo Martelli. Estoy parando en casa de mi amigo Thompson.

Mientras pensaba que el buen sentido me aconsejaba disimular la ansiedad por alargar la entrevista y retener a Flora, advertí que ella no disimulaba una ansiedad parecida. Tuve ganas de invitarla a almorzar en casa, pero me abstuve porque el hombre que precipita las cosas molesta a las mujeres. Flora me preguntó:

-¿Mañana nos vemos?

-Nos vemos -dije.

-¿A eso de las nueve, acá mismo?

-Acá mismo.

El resto del día estuve contento, pero ansioso. A la mañana siguiente lamenté que la cita no fuera para un poco más tarde, porque no hay nada peor que bañarse y desayunar con el tiempo justo. Cuando salía pregunté a la señora Fredrich si le molestaba que invitase a almorzar a la sobrina del doctor Guibert.

-¿Cómo va a molestarme? -preguntó-. Prácticamente la vi nacer a esa chica. Se llama Flora.

Sentí afecto por la señora Fredrich y hasta un impulso de darle las gracias por haber pronunciado el nombre de mi nueva amiga.

Para seguir hablando de ella observé:

-Es una persona muy agradable. Lo que oí en seguida no me gustó.

-Muy buena chica ¡y tan formal! pero, créame, no tiene lo que se llama suerte. Con decirle que anda noviando con un hombre que le lleva más de veinte años. Un atorrante sin título universitario.

Por unos segundos, mientras la señora Fredrich hablaba, temí que se hubiera enterado, no me pregunten cómo, de nuestro encuentro y que el atorrante en cuestión fuera yo. Me tranquilizó un poco lo del título universitario. En cuanto a la edad, me dije que por joven que pareciera Flora, yo no debía de llevarle más de diez o quince años.

Emprendí el camino, con un temor supersticioso. Por estar tan seguro de que íbamos a encontrarnos, tal vez no la vería esa tarde, ni nunca. Todavía procuraba sacar de la mente el mal presagio, cuando creí verla entre los árboles, que en ese lugar forman un bosquecito muy tupido. No me había equivocado: ahí estaba Flora, oculta por ramas entrecruzadas, sentada en el suelo, recostada contra un árbol, más linda que en mi recuerdo. Extendió hacia mí una mano y moviendo el índice me llamó. Dije:

-Qué desastre si pasaba de largo.

Con disgusto pensé que mi exclamación parecía un reproche.

-Yo lo veía -contestó.

Tuve en ese momento la convicción de que todo -la belleza de la mujer, el silencio del paraje, el reparo del bosque- se concertaba para sugerirme la idea de abrazarla inmediatamente. Desde luego, no sabía cómo proceder. Mientras tanto Flora, de manera al principio casi imperceptible, se apartó del árbol, se echó boca arriba, me tendió los brazos. En pleno vértigo reflexioné que debía contener un poco la ansiedad, porque nada es más desagradable que las torpezas de un hombre fuera de sí; pero inmediatamente comprobé que la ansiedad de Flora, por abrazarme, era mucho mayor.

Después la invité a almorzar. Le dije que podía estar segura de que en ese preciso momento la señora Fredrich se esmeraba en la cocina, porque la quería y tenía ganas de verla.

-Yo también la quiero -contestó-. Vamos a ir, pero antes pasemos un momento por casa, porque tengo que avisar a mi tío que no almuerzo con él.

-Vamos yendo -dije-. A la señora Fredrich no le gusta que uno llegue tarde a la mesa.

Entramos en la casa del doctor Guibert. Flora me hizo pasar a un cuartito atestado de libros, me indicó una silla y dijo:

-Vuelvo en seguida.

En la pared que tenía enfrente había un cuadro. Lo miré sin curiosidad. Consistía en una ancha raya roja, vertical, que se abría, como una y griega, en dos rayas más finas, oblicuas, con vetas rojas y blancas. Pensé: «Hasta yo, si me lo propongo, pinto un cuadro como éste».

Por donde había salido Flora, poco después entró un hombre de guardapolvo blanco. Era bastante viejo, de cara rojiza, de ojos azules y manos temblorosas. Preguntó:

-¿Martelli, supongo?

-¿El doctor Guibert?

-Florita me habló de usted. ¿Le gusta la región? ¡No tanto como a mí!

-Me gusta mucho.

-¿Va a quedarse un tiempo?

-Unos días. Vine a reponerme...

-No me diga que está enfermo.

-Estuve.

-¡Y yo que suponía que vendía salud! ¿Qué le pasó?

-Una hepatitis.

-Casi nada. ¿Quedan secuelas? Apuesto que no es el de antes. Fastidiado contesté:

-Estoy perfectamente. -Al ver que le temblaban las manos, me di el gusto de agregar-: Y, lo que no todos pueden decir, libre de Parkinson.

-¿Cómo se le ocurrió venir al lago Quillén?

-Mi amigo Thompson me ofreció la casa. Yo quería respirar aire puro y no tener preocupaciones.

-Diga, más bien, para cambiar de preocupaciones... ¿o no sabe que donde uno va las encuentra?

Pensé que por viejo y sabio que fuera no tenía por qué tratarme con ese tonito superior. Para pagarle en la misma moneda, apunté al cuadro y pregunté:

-¿De dónde sacó esa belleza? Con una sonrisa contestó:

-Yo tampoco entiendo de pintura. Es un Ave Fénix de Randazzo.

-Un ¿qué?

-Un cuadro de Willie Randazzo. Un pintor bastante conocido y, además, amigo de Florita. ¡Pero acá está ella!

La muchacha le anunció:

-Me voy a almorzar con Martelli.

Poniendo una mano sobre mi hombro, dijo Guibert:

-Se lleva a mi sobrina. Cuídela. Es una persona maravillosa.

De esto último yo estaba seguro y el pedido me conmovió. Pensé: «Hay que ser precavido. Esta chica me gusta demasiado». Cuando salimos de la casa, Flora me tomó de una mano y me obligó a correr. Dijo:

-Vamos por detrás de los árboles. El camino es tan lindo como por el borde del lago.

«Pero lleva más tiempo», me dije.

No llegamos tarde. La señora Fredrich recibió a Flora con grandes muestras de alegría y afecto, que fueron breves porque su verdadera preocupación era que la comida no se pasara. Toda comida de la señora Fredrich es única, provoca comentarios elogiosos y le deja a uno de buen ánimo.

Cuando la señora se retiró, nos besamos junto a la chimenea. Tomé de la mano a mi amiga y la llevé al dormitorio. Como en el bosque, la abracé con tanta avidez, que pensé: «Debo controlarme. He de parecer loco», pero no tardé en advertir que la avidez con que me abrazaba Flora era tan extrema que me pregunté si no debía cuidarme, porque todo exceso a la larga perjudica la salud.

A eso de las cuatro, Flora dijo que tenía que irse. Encontramos a la señora Fredrich en el living y Flora se puso a conversar con ella. Como yo tenía la intención de acompañarla hasta su casa, recapacité que tal vez refrescara y que más valía llevar un pañuelo para el cuello. Fui a buscarlo a mi cuarto y allí, colgado en la percha, vi el sobretodo. En un segundo arrebato de prudencia me lo puse y entonces oí, sin querer, la conversación de las mujeres.

-¿Con Randazzo todo sigue igual? -preguntó la señora.

Flora contestó:

-Igual, no.

-¿Pero sigue?

-No sé. No sé nada. Estoy confundida.

-Pobrecita.

Soy muy celoso. No exagero: la sangre se me heló. El corazón me palpitaba audiblemente. Como temía que se me notara el sobresalto, me recosté en la puerta y, antes de salir, conté hasta cien.

La señora Fredrich nos acompañó por el jardín, nos abrió la tranquera. Apenas nos habíamos alejado tres o cuatro pasos, cuando Flora exclamó:

-Ahora sé cómo te quiero -para comunicarme en seguida, en tono levantado y triunfal-: Me vas a llevar por el borde del lago.

-Bueno -contesté, con una vocecita que a mí mismo me pareció desagradable.

Resueltamente me tomó de la cintura y me obligó a correr a su lado.

-Ni se te ocurra que tengo apuro por llegar. Corro porque estoy feliz.

-Se hace tarde -señalé.

Flora no oyó, o no hizo caso. Dijo:

-Qué día maravilloso. Te quise entre los árboles y te quise más después de almorzar.

La idea de que Flora tuviera otro hombre me perturbaba, y que fuera tan linda me provocaba despecho. Yo he de ser demasiado sensible, demasiado franco. Me dije que si estaba ansioso por aclarar las cosas, tal vez lo más expeditivo fuera pedir una explicación. Me exponía, desde luego, a irritarla y a que mintiera. No debía prevenirla, si quería descubrir la verdad.

-¿Te pasa algo? -preguntó.

-No estoy bien -contesté.

De nuevo me había salido la vocecita desagradable e hipócrita.

-Si no estás bien, no me acompañes. Yo siempre ando sola por acá. Te hago una recomendación: no te acerques mucho al borde del lago. Es peligroso.

Pensé: «Ha de creer que estoy mal de salud, que voy a perder el equilibrio y caer al agua». Por poco le aclaro las cosas. Me ofendía bastante que no entendiera que ella tenía la culpa.

Creí que no bien la dejara me sentiría más tranquilo. Me equivoqué. En cuanto estuve solo, me encontré ansioso y contrariado. Felizmente la señora Fredrich me sirvió un té con scones, tostadas y mermelada de frambuesas. Comí copiosamente y recuperé el bienestar. Alguna parte en esto habrán tenido los dos amores del día. Después de larga abstinencia, el amor físico entona. Repetirlo fue quizá un exceso; me cuidaría la próxima vez.

De Flora recibiría cuanto me diera de bueno, sin comprometer el alma. Creo que me dije: «Pruebas no me faltan de que es una mujer fácil; de fácil a promiscua no hay más que un paso... Debo defenderme, porque soy muy sensible y no quiero sufrir».

Pasé las últimas horas de la tarde, con un libro, junto a la chimenea. Después de una comida exquisita, a la que celebré como corresponde, dormí hasta el día siguiente.

Desperté en admirable estado de ánimo y mejor estado físico. Reprimiría las ganas de ver a Flora, así como la impaciencia por averiguar la verdad sobre mi rival. Para conseguir una cosa y otra, seguiría literalmente su recomendación: en mis caminatas evitaría el borde del lago; me alejaría en dirección contraria, hasta llegar al pueblo. A la tarde, en el bote, me daría el gusto de pescar. De todos modos consideraba el día que tenía por delante como un experimento duro, del que esperaba salir fortalecido. ¡Qué hubiera dado por ver inmediatamente a Flora!

El paseo de la mañana fue llevadero. La gente de la zona me pareció bastante afable. Compré, en el pueblo, un poncho tejido por los indios y Licor de las Hermanas, que según comprobé en más de una oportunidad contrarresta desórdenes estomacales, frecuentes en todo hombre goloso, como yo. Procuro siempre tener una botellita en mi botiquín.

Durante el almuerzo, la señora Fredrich no habló de Flora y, por mi parte, me privé de mencionarla, para no parecer ansioso. Me hubiera gustado que la señora me dijera que en algún momento de la mañana mi nueva amiga había llegado hasta la casa, para preguntar por mí. La sola idea de que tendría que pasar toda la tarde y toda la noche antes de estar de nuevo con ella, me provocaba una suerte de vahídos; pero recapacité que no debía flaquear, si quería que el sacrificio de no verla sirviera de algo.

Mientras preparaba carnada y moscas, recordé una frase que suelo decir a quien quiera oírme: para mí no hay otro paraíso que una tarde de pesca. No falto a la verdad, sin embargo, sí confieso que al poner en funcionamiento el motor del bote, sentí más resignación que expectativa: en verdad todo lo que no fuera ver a Flora me irritaba como una imperdonable pérdida de tiempo.

Dejé correr la línea, de modo de arrastrar la mosca bien lejos del bote: avancé con extrema lentitud, para que el ruido del motor no espantara la pesca. En cuanto llegué al medio del lago, el bote comenzó a hamacarse como si, desde abajo, algún monstruoso animal lo sacudiera, empeñado en tirarme al agua. Atiné a manotear el acelerador: con un sacudón el bote se liberó. Miré hacia atrás, por temor de que me persiguieran. Vi por un instante, o creí ver, en el blanco de la estela, una mancha de sangre. Aunque iba a toda velocidad, el trayecto hasta el embarcadero me pareció interminable. Desde tierra firme eché una mirada al lago, que estaba tan sereno como siempre, y entré en la casa. Puedo afirmar que tuve que cerrar la puerta para sentirme seguro. La señora Fredrich calmosamente exclamó:

-Volvió pronto. Uno se aburre pescando.

-Yo no, pero me llevé el susto de mi vida.

-¿El bote hacía agua?

-Ni una gota, señora, pero empezó a hamacarse. No sé qué animal habrá sido: le juro, si no acelero, me lo da vuelta.

-No se haga problema. La única vez que salí a pescar me pasó lo mismo.

-¿Quisieron darle vuelta el bote?

-En el medio del lago tuve miedo. Quise volver cuanto antes.

-¿No le sacudieron el bote?

-No, pero igual tuve miedo.

-Yo me voy al cuarto, a leer un poco.

-Lea algo lindo, que le saque de la cabeza...

Creo que dijo: «esas cosas que soñó». Yo sé cuándo voy a tener un ataque de furia y sé también que no son buenos para la salud, de modo que sin contestar me fui al cuarto.

El día siguiente amaneció con lluvia y frío. Como el mal tiempo duró hasta la noche, quedé en casa, para no exponerme.

A la otra mañana salí a caminar. Es curioso: dos días de inactividad habían bastado para que perdiera la resistencia ganada en mis caminatas anteriores. No había hecho más de la mitad del camino y tuve que sentarme, en una piedra, a descansar.

Estuve mirando el lago. De pronto creí ver, bajo el agua, un cuerpo largo, quizá de color rosa, que no me dio tiempo a fijar la atención y desapareció en la profundidad, como un reflejo irisado. Podría ser un animal, o un nadador; pero como no salía a la superficie, me dije que sería un animal... Un monstruo del lago, que se movía como un hombre que nada. Otra hipótesis: un cadáver llevado por corrientes de las aguas profundas. Pensé: «Es posible que haya corrientes, porque este lago se comunica, no sé cómo, con el océano Pacífico. A lo mejor fue un pescador que tuvo menos suerte que yo. O, a lo mejor, el monstruo que por poco me da vuelta el bote». Recordé entonces que Flora me previno de no acercarme al lago; en el acto me incorporé, retrocedí unos pasos mientras llegaba a la conclusión de que si el animal merodeaba, lo haría en la esperanza de atraparme.

Proseguí el camino. Ensayaba la conversación que tendría con Flora sobre este animal que vi, o creí ver, cuando me pareció que algo, de color blanco, se movía en el agua. La curiosidad pudo más que la prudencia; me arrimé a la orilla. Entreví ¿cómo diré? un cuerpo blanco, o tal vez un objeto que se alejaba, y que interpreté como perro foxterrier, o más absurdamente aún, como cordero. Quedé a la espera de que saliera a respirar. Muy pronto se perdió de vista.

En cuanto llegué a la casa, Flora me hizo pasar y me llevó al cuartito, atestado de libros, de otras veces. Ahí me indicó la silla frente al cuadro, lo que me pareció de mal augurio.

Estaba serena, un poco distante. La posibilidad de encontrarla así, en las anteriores cuarenta y ocho horas, no me preocupó; en aquel momento hubiera dado cualquier cosa por sentirla cariñosa y alegre. Los celos y la vergüenza de confesarlos me habían inducido a estrategias que la disgustaron. La pobre, al principio, creyó ciegamente en nuestro amor, pero no se engañó al interpretar mi ausencia y se llevó una desilusión bastante amarga. Si yo hubiera reconocido que obré por celos, quizá me habría perdonado: el amor propio impidió la confesión. Flora dijo:

-Antes de conocerte, yo estaba enamorada de otro hombre. A lo mejor por cobardía no me animaba a seguirlo. Cuando te vi, estuve segura de encontrar el verdadero amor, el indiscutible ¿me entendés?

-Claro que entiendo. Yo sentí lo mismo.

-Pensé que a tu lado podría olvidarme de Willie.

-¿Willie? ¿Quién es Willie?

Casi digo: «¿Quién diablos es Willie?». Flora contestó:

-Randazzo. El gran pintor.

Las palabras «el gran pintor» me parecieron la primera tontería que le había oído. Este indicio de que no era una persona libre de errores no me llevaba a quererla menos. Al contrario, me provocaba ternura y me permitía adoptar el papel de hombre protector, siempre grato.

-¿Así que no pudiste olvidar al tal Willie? -pregunté.

-No, no pude. Tal vez no me ayudaste demasiado... Anteayer, a la mañana, no me viste y a la tarde saliste a pescar.

-A mí la pesca me gusta...

-Es evidente. Al otro día...

-Hacía frío, nevaba. Por eso me quedé en casa.

-Está bien... Sólo te pido que trates de entender. Para dejar a Willie, yo necesitaba que me quisieras mucho.

-Te quiero mucho.

-Ya sé, pero no bastante. Por favor, no saques una conclusión falsa...

-¿Por qué voy a sacarla?

-Porque te dije que no me animaba a seguir a Willie. No creas que es mala persona. Es violento, quizá, pero muy leal y, en el fondo, comprensivo.

Cada vez que Flora decía «Willie», yo me irritaba.

-Una bellísima persona pero con tal de no irte con él te colgaste del primer estúpido...

-No hables así... Es claro que si no te explico, no vas a entender. ¿Te acordaste de no acercarte al lago?

No sé bien por qué no quise mencionarle el perro blanco, o más bien el cordero. Contesté:

-A medias; pero antes de que me dijeras nada tuve una experiencia terrible.

Le referí el episodio del bote. Se alarmó en serio; qué diferencia con la señora Fredrich: me creyó, no salió con interpretaciones irritantes. Pensé: «Esta mujer me quiere». Como no me quedaba mucho por decir y ella pedía detalles, continué con lo que vi en el agua cuando me senté a descansar. Preocupada, Flora me recordó:

-Te dije que no te acercaras.

A lo mejor pensé que si despertaba su compasión, llegaría a quererme de nuevo. Pregunté:

-Si me vas a dejar, ¿para qué voy a cuidarme?

Dije esto como un actor, como un embaucador al que sólo importa lograr su propósito. No creí que fuera a entristecerse tanto. Cuando me miró a los ojos, los suyos, que son lindísimos, expresaron alarma y pena. Me sentí casi avergonzado. Flora dijo que me explicaría todo, porque estaba segura de que si ella me lo pedía, yo no hablaría de estas cosas. Asentí. Observó entonces:

-Es para mí una gran responsabilidad, porque no consulté a mi tío.

Estuve a punto de preguntarle qué tenía que ver el doctor Guibert en nuestro asunto, pero no me dio tiempo y empezó la explicación.

Dijo que siempre había sido ayudante de laboratorio de Guibert, salvo por un período, a fines del año último. Como la cosa más natural del mundo contó que se fue entonces a Buenos Aires, por una semana, con Randazzo, y que la semana se prolongó hasta cuatro meses. Cuando volvió temía que Guibert le reprochara la demora. No lo hizo, ni tampoco le preguntó cómo le había ido. El viejo, con la cara radiante y los brazos en alto, exclamó:

-Tengo una buena noticia. O mucho me equivoco o encontré la fuente de Juvencia.

-¿Dónde?

Su respuesta fue asombrosa:

-En el salmón.

Como si me hubieran dado un mazazo, desde el momento en que Flora dijo que había pasado una temporada con ese hombre sentí que la cabeza me daba vueltas, y escuché a medias; cuando mencionó al salmón, reaccioné. Por suerte, porque lo que Flora dijo en seguida es importante para entender el asunto: en los salmones hay una glándula que los

rejuvenece cuando están por emprender su viaje por el mar. La glándula funciona una sola vez. Funciona para que emprendan su periplo en la flor de la edad. Aclaró:

-Si en lugar de ser un salmón fuera un hombre, la glándula le devolvería la juventud de los veinte años.

Ignoro a santo de qué me puse a discutirle y sostuve que el mejor momento de la vida llegaba a los hombres después de los treinta y quizá después de los cuarenta. Como no me contestó, ensayé una pregunta:

-El salmón ya viejo ¿vuelve a morir en el río o lago natal?

-Desde luego, pero eso no viene al caso -dijo y continuó la explicación.

Injertar la glándula de un pez en organismos de otra especie trajo dificultades que fueron superadas. Flora dijo que escuchaba con atención las explicaciones de su tío y que después las comentaba con Randazzo. Tiempo atrás, Randazzo le había dicho: «La suerte de encontrarte me llegó junto con la desgracia de cumplir sesenta años». Al enterarse de las investigaciones de Guibert, le pidió a Flora que lo pusieran en la «lista de espera de conejitos de la India». Por su parte Guibert, al principio, alegó que el margen de seguridad de su procedimiento aún no permitía ensayos con personas. De todos modos, como no era mayor la ansiedad de Randazzo porque lo rejuvenecieran, que la de Guibert por intentarlo, este último se dejó convencer, aunque previno que recién implantada la glándula no produciría rejuvenecimiento; que esto llevaría algún tiempo, como en el salmón... «Si le entendí bien», habría dicho Randazzo, «el salmón no rejuvenece hasta que sale al mar.» «No, es al revés: el salmón no sale al mar hasta que rejuvenece. Emprende la gran aventura cuando siente la renovación de su juventud. Para su tranquilidad, recuerde que todo salmón sale al mar. Es decir que la glándula nunca falla.»

Contó Flora que en el laboratorio de su tío, en la misma casa donde estábamos conversando, le injertaron a Randazzo cuatro glándulas, porque el cuerpo humano es mayor que el del salmón. No hubo rechazo. Se recuperó el hombre y tan bien lo encontraron tío y sobrina que muy pronto creyeron descubrir síntomas de un incipiente rejuvenecimiento. Se presentaron, sin embargo, a los pocos días, una complicación respiratoria y una suerte de irritación en la piel. Randazzo tuvo ahogos repetidos, crecientes. Guibert le sacó una radiografía de tórax que mostró los pulmones seriamente disminuidos. A pesar de los remedios vasodilatadores, la afección se agravaba. En cuanto a la piel, lo que hubo fueron escamaciones.

A los pocos días, en una segunda radiografía, los pulmones parecieron marchitos. Flora creyó ver la aparición de otros nuevos. Esto reavivó sus esperanzas, pero Randazzo tuvo un principio de asfixia. El doctor Guibert actuó. Ante los ojos espantados de Flora y sin decir palabra, lo llevó hasta el borde del lago, le dio un empujón y, ya en el agua, lo tomó de la cabeza y lo mantuvo sumergido. Flora trató de rescatar a su amante, pero sorprendida vio que nadaba bajo el agua. Lo que ella había tomado por nuevos pulmones eran branquias. A cada rato, Randazzo emergía del agua, tapándose la nariz, y con voz apagada gritaba: «Nunca le perdonaré lo que me hizo». «Me las va a pagar.» «O me manda a Flora o lo mato.» Ella no se resignaba a dejarlo en el agua y tuvo con él una larga conversación, que lo fatigó notablemente. Cuando Flora le dijo: «Mi tío no podía saber que en lugar de pulmones tendrías branquias», Randazzo repetidamente se asomó para gritar: «Lo sabía, lo sabía. Probó con animales». Flora le preguntó si tenía frío; parece que en el primer momento, sí, pero que pronto se acostumbró. «¿Te acordás de que se me escamaba la piel? ¡Ahora tengo escamas! Te aseguro que si algún día salgo del lago, la única esperanza de tu tío es desaparecer.» «Físicamente no sufro», decía Randazzo. «Pero no veo cómo voy a resignarme a no pintar.» Esta consecuencia, que conmovía mucho a Flora, no sé por qué me daba ganas de reír. Parece que una de las causas más permanentes de la furia de Randazzo fue mi relación con Flora. Dijo que a ella no le haría nada, pero que mataría a Guibert y a mí. ¿Por qué a mí, que ni

siquiera sabía de su existencia, que nunca tuve intención de perjudicarlo y que si le robé el amor de Flora, fue obedeciendo a leyes de la naturaleza, que no dependen de nuestra voluntad? Flora le hizo ver que si lo mataba a su tío, jamás podría ella reunirse con él. «El día que vengas al lago, a ése lo perdono. Te lo juro.» Se metió en el agua; cuando se asomó de nuevo, gritó: «Para el otro no hay perdón». Volvió a sumergirse; se asomó trabajosamente para gritar lo que ya habían oído: «No hay perdón». ¿Para qué negarlo? Me felicité de que el majadero estuviera donde estaba.

Según Flora, Randazzo no dudaba de que ella convencería a Guibert de operarla.

-Cree en mi amor -dijo, moviendo la cabeza y estuve por creer que a último momento calló las palabras: «No como otros»; siguió diciendo-: Y lo peor es que dudé al principio. Todo me asustaba. La frialdad del lago y el cambio de vida. Vivir entre animales que aborrezco. A mí no me gustan los pescados.

Cuando le llegara el rejuvenecimiento a Randazzo ¿tendría que acompañarlo en la excursión por el mar? La idea la asustaba. Sin embargo, habló con su tío, para convencerlo de que le injertara las glándulas. Al principio no quiso oírla. Exclamó: «¿Cómo se le ocurre a Randazzo que voy a salmonizar a mi sobrina más querida? Por tu edad no tiene sentido el injerto y todavía el experimento no está suficientemente probado. Cuando operé a Randazzo no sabía que la glándula tuviera esos efectos sobre el sistema respiratorio. Cometer una vez un error así es imperdonable. La segunda vez no sería error». En un arranque de curiosidad pregunté a Flora de qué se alimentaba Randazzo. Contestó en seguida:

-Supongo que de pescados más chicos.

Se ruborizó y explicó que al principio le daban comida habitual, que resultaba trabajosa, porque se dispersaba en el agua. El alimento de pescados fue bien recibido, pero venía en dosis insuficientes. Tal vez por esto Randazzo, que se impacientaba pronto, un día le dijo que no se molestara más en traerle comida. «Desde entonces, el pobre tuvo que imitar las prácticas de los demás habitantes del lago.»

Flora sostuvo que Randazzo era un hombre fuerte, que siempre lograba lo que se proponía. A continuación me confesó que el día en que nos conocimos ella apostó por mí, como un jugador que pone todas sus fichas, toda su fortuna, a un número. El número no se dio.

-No te culpo -dijo-. Me aferré a vos como a una tabla de salvación. Creí que el destino te había mandado, que había una prodigiosa afinidad entre nosotros.

-La hay -protesté.

-Hasta cierto punto... Mi aspiración era un poco absurda. Yo quería encontrar el amor de mi vida, un amor que me permitiera, sin remordimientos, dejar a Randazzo en ese mundo tan distinto, que ahora es el suyo.

Dijo que mi conducta le provocó un doloroso, pero en definitiva deseable, despertar. Fue para ella evidente que yo no la quería como Randazzo.

Le pregunté por qué Randazzo había intentado volcar mi bote.

-Porque te vio conmigo. Porque es celoso como vos, pero muy violento. Dice, además, que le lastimaste un brazo con la hélice.

-Quiso dar vuelta el bote. Ha de tener la ferocidad instintiva de los bichos que viven bajo el agua.

-De ningún modo. Si comprende que alguien obró bien, es capaz de dejar de lado cualquier resentimiento. Es muy noble y muy comprensivo. Te aseguro que si mi tío me opera, Willie lo perdona. Como oís, lo perdona.

En este punto, Flora prescindió de cierta dureza, mínima pero aparentemente irreductible, con que hasta entonces me trataba y al continuar su argumentación declaró que si yo la quería como aseguraba, Guibert podría operarnos. Con tremenda sorpresa oí esa palabra.

-¿Operarnos? -pregunté.

-Si crees un poco en mí (yo no te fallé) debes creer en lo que te digo: podemos vivir los tres en armonía, porque Randazzo me quiere suficientemente para compartirme con otra persona.

No niego que mi primera reacción fue de auténtica alarma. Instintivamente la disimulé, pero obré con la íntima convicción de que debía, ante todo, sujetarme con uñas y dientes a este mundo nuestro, para no dejarme arrastrar a ese otro, misterioso y amenazador, donde estaba el infeliz Randazzo. En segundo término, pero no con menos determinación, yo debía retener a Flora. Me mostré escéptico en cuanto a las probabilidades de que Randazzo me tolerara. Flora dijo que lo conocía mejor que yo. Pedí entonces que postergáramos un poco nuestra operación, ya que el 19 me iría por dos días a Buenos Aires, por una escritura de mi vieja clienta la señora de Pons. Insistí en que no estaría allá más de dos días. La reacción de Flora fue curiosa. La excusa -porque así tomó mis palabras, como una excusa- le pareció cómica, no entiendo bien por qué, y sin embargo la entristeció, lo que sí me pareció comprensible, porque una separación siempre es dolorosa. Como no la convenció nada de lo que dije, recurrí al argumento de que por más que se aviniera Randazzo, yo no me avendría a compartirla. Mientras alegaba esto, temía que Flora me dijera: «Entonces tu cariño por mí es menor que el suyo» pero no dijo eso y, asombrosamente, pareció conmovida. La vida es una partida de ajedrez y nunca sabe uno a ciencia cierta cuándo está ganando o perdiendo. Creí que había logrado un punto a mi favor; lo logré, pero me acercó al peligro. En efecto, Flora me dijo que yo debía sobreponerme, que no debía permitir que los celos impidieran que viviéramos juntos y que la idea de compartirla, por intolerable que ahora me resultase, con el tiempo sería llevadera y entonces realmente los tres alcanzaríamos la felicidad.

-Puede haber un obstáculo -me apresuré a decir-. Quién sabe si tu tío se aviene...

-¿Cómo se te ocurre? -preguntó, para agregar en un tono más alegre-. Mi tío está deseando conseguir conejitos de la India.

-Puede ser que tengas razón. Al principio, el día que nos conocimos, parecía muy interesado en mí, pero cuando se enteró de que estuve enfermo, por poco se enoja. Habrá pensado que no le servía.

-Cómo se te ocurre. Estás más fuerte que nadie.

-Qué sabe uno. A lo mejor los que tuvieron hepatitis no sirven para la operación.

-Yo te aseguro que nadie pondrá inconvenientes para que te operen. Pobre mi tío. Su única voluntaria soy yo y, si me manda al lago, queda solo. Pero ya verás que lo convenzo. Como Randazzo no le gusta, estará muy contento de mandarte conmigo al lago.

Me tomó de una mano, me llevó a su cuarto, nos acostamos. Al principio yo me mostraba un poco preocupado por la posibilidad de que Guibert apareciera de pronto, pero vi a Flora tan aplicada en lo que hacíamos, que seguí su ejemplo. La mujer guía y el hombre sigue.

Nuestra separación fue desgarradora. De nuevo me quería como antes, pero aceptaba con reservas mis promesas de pronto regreso. Por esa incredulidad, casi no me atreví a recordarle la segunda promesa, la de permitir que me operara Guibert. «En todo esto», pensé, «debo ver la prueba de amor que me da Flora. Me quiere aunque no cree en mis palabras. Qué diferencia conmigo».

En Buenos Aires, al principio, todo se cumplió como estaba previsto. Thompson parecía orgulloso de mi entusiasmo por la zona del Quillén y de acuerdo en que volviera cuanto antes, para prolongar un poco mi temporada de descanso. La señora de Pons firmó la escritura. Al día siguiente, cuando pregunté por Thompson, me dijeron: «Anunció que no viene». «Ayer lo encontré bastante resfriado» comenté. Lo llamé a su casa. Me dijo que estaba con gripe, pero que en veinticuatro horas volvería a la escribanía. Tuvo mucha fiebre, no volvió por más de una semana y no me quedó otro remedio que postergar el regreso al Quillén. Tuve que sustituir a mi socio en dos escrituras. La secretaria, que no es

particularmente amable conmigo, me dio la satisfacción de comentar: «Yo siempre digo, usted es irremplazable en Thompson y Martelli». Confieso que pensé: «Tiene razón». Pensé también: «Esta postergación de mi vuelta, que no he buscado, me angustia un poco, pero tal vez dé tiempo a Flora para recapacitar y desechar una idea que por momentos me parece tan absurda, tan desagradable».

Cuando por fin llegué al lago Quillén -una tarde poco antes del crepúsculo- la señora Fredrich me recibió como a un viejo amigo. Pregunté:

-¿Novedades?

-Ninguna. Todo sigue igual.

-¿La visitó Flora?

Contestó que no. Me dije, con amargura, que mi retraso no debió de inquietarla demasiado, ya que no se molestó en pedir noticias. Es curioso: tardé en comprender que era yo quien estaba en falta. Cuando lo entendí, a toda costa quise evitar que mi demora se prolongase. Faltó poco para que me largara a la casa del doctor Guibert; la noche, el frío, la nieve, me disuadieron. Miré por la ventana y no vi luces. O la noche era muy oscura o el doctor y su sobrina se habían acostado temprano.

Por efecto de la copiosa comida y del cansancio, dormí más de la cuenta. No bien desperté corrí a la ventana. Con aflicción noté que por la chimenea de la casa de Guibert no salía humo. Esto, agregado a la falta de luces de la noche anterior, me alarmó. «Qué desastre», me dije, «si he vuelto acá, para descubrir que Flora y su tío se fueron a Buenos Aires. Y si me voy a Buenos Aires ¿cómo los encuentro?».

Después de un frugal desayuno me encaminé a casa de Guibert, manteniéndome, desde luego, lejos de la orilla. Cuántos maravillosos recuerdos evocaba el trayecto. Qué cercanos y ¡ay! qué lejanos. Llegué por fin y llamé a la puerta. Nadie respondió. Traté de abrir. No pude. Probé una ventana tras otra y cuando ya desesperaba, una cedió a la presión de mi mano.

Sobre el escritorio encontré una carta. Decía:

«Querido Aldo: Me operó mi tío. Desgraciadamente no podrás operarte, porque Willie, cuando yo estaba en cama, reponiéndome de la operación, pensó que él me había mandado a Buenos Aires con vos y, en un momento en que mi tío estaba en los escalones del embarcadero, como una tromba salió del agua y tuvieron una discusión agitada. Mi pobre tío perdió el equilibrio y se ahogó en el lago. Por mí no te preocupes. Te aseguro que a pesar de mi dolor, por él y por vos, me alegro de que me haya operado antes de ahogarse. Ahora tengo que entrar al lago porque ya empiezo a sentir la asfixia. Perdóname de no esperarte. Siempre te quiere tu Flora».

Desolado comprendí que mi conducta fue absurda; ¡perder a Flora por la escritura de una clienta! Yo merecía el peor castigo, aunque, a decir verdad, no creo que nadie acepte de buenas a primeras un plan tan extraño como el que Flora me propuso. Desde luego, si en lugar de cumplir, como autómata, mis obligaciones de escribano, me hubiera quedado con la única persona que me importaba, habría impedido que la operaran o, en último caso, le hubiera pedido a Guibert que me operara a mí también y ahora estaría con ella, en el lago, en el mar, en el fin del mundo. «¿Por qué me quedé tantos días en Buenos Aires?» me dije con desconsuelo. «Si hubiera vuelto en la fecha prometida habría impedido esta locura, este verdadero suicidio.» Como sonámbulo salí del cuarto, llegué al borde de los escalones del embarcadero. Tardé un momento en reparar en Flora y Randazzo que, muy juntos, bajo el agua, me sonreían y agitaban manos en un reiterado saludo, aparentemente alegre.

Tres fantasías menores

MARGARITA o EL PODER DE LA FARMACOPEA

Tus triunfos, pobres triunfos pasajeros.
(Mano a mano, tango)

No recuerdo por qué mi hijo me reprochó en cierta ocasión:

-A vos todo te sale bien.

El muchacho vivía en casa, con su mujer y cuatro niños, el mayor de once años, la menor, Margarita, de dos. Porque las palabras aquellas traslucían resentimiento, quedé preocupado. De vez en cuando conversaba del asunto con mi nuera. Le decía:

-No me negarás que en todo triunfo hay algo repelente.

-El triunfo es el resultado natural de un trabajo bien hecho -contestaba.

-Siempre lleva mezclada alguna vanidad, alguna vulgaridad.

-No el triunfo -me interrumpía- sino el deseo de triunfar. Condenar el triunfo me parece un exceso de romanticismo, conveniente sin duda para los chambones.

A pesar de su inteligencia, mi nuera no lograba convencerme. En busca de culpas examiné retrospectivamente mi vida, que ha transcurrido entre libros de química y en un laboratorio de productos farmacéuticos. Mis triunfos, si los hubo, son quizá auténticos, pero no espectaculares. En lo que podría llamarse mi carrera de honores, he llegado a jefe de laboratorio. Tengo casa propia y un buen pasar. Es verdad que algunas fórmulas mías originaron bálsamos, pomadas y tinturas que exhiben los anaqueles de todas las farmacias de nuestro vasto país y que según afirman por ahí alivian a no pocos enfermos. Yo me he permitido dudar, porque la relación entre el específico y la enfermedad me parece bastante misteriosa. Sin embargo, cuando entreví la fórmula de mi tónico Hierro Plus, tuve la ansiedad y la certeza del triunfo y empecé a botaratear jactanciosamente, a decir que en farmacopea y en medicina, óiganme bien, como lo atestiguan las páginas de «Caras y Caretas», la gente consumía infinidad de tónicos y reconstituyentes, hasta que un día llegaron las vitaminas y barrieron con ellos, como si fueran embelecos. El resultado está a la vista. Se desacreditaron las vitaminas, lo que era inevitable, y en vano el mundo recurre hoy a la farmacia para mitigar su debilidad y su cansancio.

Cuesta creerlo, pero mi nuera se preocupaba por la inapetencia de su hija menor. En efecto, la pobre Margarita, de pelo dorado y ojos azules, lánguida, pálida, juiciosa, parecía una estampa del siglo XIX, la típica niña que según una tradición o superstición está destinada a reunirse muy temprano con los ángeles.

Mi nunca negada habilidad de cocinero de remedios, acuciada por el ansia de ver restablecida a la nieta, funcionó rápidamente e inventé el tónico ya mencionado. Su eficacia es prodigiosa. Cuatro cucharadas diarias bastaron para transformar, en pocas semanas, a Margarita, que ahora reboza de buen color, ha crecido, se ha ensanchado y manifiesta una voracidad satisfactoria, casi diría inquietante. Con determinación y firmeza busca la comida y, si alguien se la niega, arremete con enojo. Hoy por la mañana, a la hora del desayuno, en el comedor de diario, me esperaba un espectáculo que no olvidaré así nomás. En el centro de la mesa estaba sentada la niña, con una medialuna en cada mano. Creí notar en sus mejillas de muñeca rubia una coloración demasiado roja. Estaba embadurnada de dulce y de sangre. Los restos de la familia reposaban unos contra otros con las cabezas juntas, en un rincón del cuarto. Mi hijo, todavía con vida, encontró fuerzas para pronunciar sus últimas palabras.

-Margarita no tiene la culpa.

Las dijo en ese tono de reproche que habitualmente empleaba conmigo.

A PROPÓSITO DE UN OLOR

En la noche del jueves el profesor Roberto Ravenna suspiró varias veces, pero a la una de la madrugada lanzó un quejido. Después de leer el último trabajo había encontrado, en la maraña de su mesa, una pila con otros diez.

Hombre de humor excitable, necesitaba, para reponer el desgaste cotidiano, largas noches de sueño; todas las de aquella semana, por diversos motivos, fueron demasiado cortas. Estaba cansadísimo. La lectura de las monografías reavivó, como siempre, su rencor por los estudiantes. «No es para menos» decía. «Están los que no saben nada y está el que sabe algo pero redacta de un modo que da ganas de corregirlo a patadas.»

A las tres y media había concluido. Tambaleando llegó al borde de la cama, donde se desplomó, sin quitarse la ropa.

Destemplados golpes en la puerta lo despertaron. Tras un momento de perplejidad, comprendió que para acallarlos no le quedaba otro remedio que levantarse e ir hasta la puerta.

-¿Quién es? -preguntó.

-Abra.

-¿Quién es?

-Abra, abra. Soy Venancio. Venancio, el payaso.

«El 6.º B» recapacitó Ravenna. En la casa, todo el mundo se conocía por el número del piso y la letra del departamento. Doña Clotilde, la portera, así los llamaba y ellos, bajo su ascendencia, adoptaron la modalidad. Sin abrir preguntó:

-¿Qué le sucede?

-Pero ¿cómo «Qué me sucede», doctor Ravenna? Lo mismo que a usted y al resto del edificio. ¿No siente el olor?

«Con tal que no haya un incendio», pensó Ravenna, que vivía en el 7.° A, el único departamento del último piso y ya se imaginaba corriendo escaleras abajo, sofocado por el humo. Resignadamente entreabrió y en el acto debió apelar a toda su fuerza para rechazar los embates del 6.º B que, empleando el hombro como palanca, intentaba abrirse paso. A tiempo manoteó el picaporte, con la otra mano se afirmó en el marco de la puerta y pudo recuperar, a golpes de pecho, los centímetros de su departamento que el payaso había invadido. Jadeante, pero con la satisfacción de la victoria, exclamó:

-No le permito.

-Le juro, no soporto más el olor. Tengo que averiguar de dónde viene.

-No huelo nada, y en casa no hay ningún incendio, le aclaro.

-¿De qué incendio me habla?

Al oír esto Ravenna se tranquilizó. Ya no tuvo más preocupación que la de volver a la cama. En tono casi amistoso dijo:

-Entonces usted se va y me deja dormir. Yo me caigo de sueño.

-Sin ánimo de ofender, doctor, ¿me cree estúpido?

La pregunta lo sorprendió por venir de un hombre tan extremadamente cortés que en los encuentros en el ascensor podía volverse engorroso. Ravenna replicó:

-Y usted ¿qué me está sugiriendo?

-Según informaciones de buena fuente, el doctor da clases en la Facultad de Veterinaria. Para ser exacto, en la Clínica de Animales Pequeños.

-Exacto.

-¿No habrá traído algún animalito, llámelo perro o gato, en completo estado de putrefacción?

-Está mal de la cabeza.

-¿Pretende que el olor no viene de ninguna parte?

-Le repito: no siento el más mínimo olor.

-Porque se acostumbró. Cuando uno tiene la osamenta en casa, prontito se acostumbra al mal olor. Usted trabaja, no le discuto, en experimentos útiles para el género humano.

Permítame que entre y dé una ojeada. Le prometo, doctor Ravenna: si pensé lo que no es, no vuelvo a molestarlo.

-Estaría bueno que yo deje entrar en mi casa al primer loco que alega un olor imaginario. El 6.° B contestó:

-No diga «imaginario», cuando no aguanto ese inmundo olor en las narices. Si no descubro de dónde viene me vuelvo loco.

-¿Por qué no prueba con la señora Octavia, del 6.° A?

-¿Le parece? Una señora tan altanera, señorona es la palabra, que impone respeto. Créame doctor: yo no me atrevo.

-Atrévase. A lo mejor tiene suerte.

Cerró con llave y colocó la tranca. Miró el reloj. «Qué desastre», dijo. Eran las cuatro y cinco de la madrugada. Esa noche había dormido un cuarto de hora. Aunque sentía dolorosamente el peso del sueño, la curiosidad prevaleció: tratando de no hacer ruido volvió a abrir, salió al rellano en puntas de pie, bajó por la escalera hasta promediar la curva y, parapetado en la baranda, observó cómo el 6.° B golpeaba la puerta del 6.° A, primero con timidez, luego frenéticamente. Al rato, la señora asomó la cabeza con lo que parecía una corona de espinas; eran ruleros. El 6.° B se apresuró a explicar:

-Es por el olor, señora. El olor que viene de acá, de su departamento.

La señora lo apartó de un empujón, o puñetazo, en el pecho y, antes de cerrar, exclamó:

-¡Cómo se le ocurre!

En puntas de pie Ravenna subió los peldaños que había bajado, entró en su departamento, cerró la puerta y se tiró en la cama, con una sensación de alivio parecida a la dicha. En algún momento soñó con los hechos que un rato antes habían ocurrido. Cuando oyó de nuevo los golpes, astutamente se dijo que podía no hacer caso, porque sólo eran parte de un sueño; entonces la violencia de los golpes lo despertó. Se dijo:

-Tengo que parar a ese animal antes de que me rompa la puerta.

Salió de la cama, corrió y, al abrir, recibió un puñetazo en la nariz. Mientras la palpaba, para cerciorarse de que no estaba sangrando, el 6.º B se excusó:

-No quise pegarle, doctor. Golpeaba para que me abriera y usted apareció tan de golpe...

-Lo que usted realmente quiere es que yo no duerma.

-No, no señor. En ese punto se equivoca. Yo quiero entrar para retirar el animal muerto.

-¿Qué animal muerto? -preguntó Ravenna, que a pesar, o tal vez a causa, de la trompada seguía medio dormido.

-El que despide el olor. No puedo vivir un minuto más con este olor espantoso.

-No lo dejo entrar. Bajo ningún concepto.

-No me fuerce, doctor Ravenna, que sin la menor intención ya lo he golpeado una vez. Retiramos el bichito en mal estado o yo no respondo.

El forcejeo entre el que pretendía entrar y el que procuraba impedirlo progresó con violentísima prontitud. Los contendientes cayeron. Cada uno, varias veces tuvo al otro de espaldas contra el piso. En una de esas oportunidades Ravenna se golpeó la nuca y por instantes quedó anonadado. Sin demora el 6.° B se incorporó. Tras cumplir una veloz recorrida por el departamento, reapareció cuando Ravenna se despabilaba.

-Tenía razón -dijo el 6° B, muy triste-. No encontré el cadáver, doctor Ravenna, no encontré el cadáver.

-Lo que es yo, voy a encontrar mi revólver marca Eibar para pegarle un balazo.

-Si usted supiera lo que estoy pasando, no hablaría así. Nadie puede vivir con semejante olor en las fosas nasales. Le juro: o me lo saco de encima o salto por la ventana.

Mientras Ravenna empujaba afuera al intruso, le decía:

-Ahora quiere que le tenga lástima. Usted se va antes que lo agarre a patadas.

Cerró la puerta, se tiró en la cama y cuando la campanilla del teléfono lo despertó, vio en el reloj de la mesa de luz que eran las ocho y media. No se enojó, porque lo llamaba el doctor Garay, un amigo de toda la vida. Aunque siguieron carreras distintas (Garay era psiquiatra), nunca dejaron de verse. Garay le propuso:

-Hoy a las siete y media te paso a buscar. Dormimos en el recreo de siempre y mañana y pasado pescamos el santo día. ¿De acuerdo?

-De acuerdo. Me vendrá bien un poco de calma después de lo ocurrido.

Refirió los episodios de la noche y describió cómicamente el frenesí del 6.° B por el supuesto olor. Preguntó Garay:

-¿Cómo se llama el 6.° B?

-Venancio. Creo que Venancio Aldano.

-Por lo que me contaste y para evitar males mayores, lo mejor es que lo mande buscar.

-¿Que lo mandes buscar?

-Con una ambulancia, para que me lo traigan al Borda. Quédate tranquilo; yo me ocupo de él.

En todo hombre sobrevive un chico. En los años del Nacional, Garay y Ravenna, más de una vez, habían organizado bromas que se hicieron famosas. Aquella mañana, cada cual junto a su teléfono, echaron a reír, sintiéndose superiores a todo el mundo, por las ocurrencias que tenían.

La entrevista en la Facultad con los estudiantes fue desagradable. Al oír las notas se disgustaron. Por su parte Ravenna sentía compasión y furia. Se dijo: «Lo peor es que no saben que no saben».

Almorzó en un restorancito del barrio y sin demora volvió a la casa: el cuerpo le pedía una siesta. Cuando iba a tomar el ascensor, la portera se interpuso para anunciarle:

-Al 6.º B se lo llevaron al Borda. Alguien habrá pasado la denuncia. ¿No oyó el alboroto que metió anoche? Para que un hombre como él se porte así, tiene que estar loco.

-Dos veces me despertó. Se da cuenta: a mitad de la noche quería entrar en casa.

-Un desubicado.

-Un demente. ¿Sabe por qué pretendía entrar? Según él, yo tenía un animal muerto.

-Una locura.

-Le cuento otra. Porfiaba que había un olor asqueroso. ¿Usted lo olió?

-Yo no.

-Yo tampoco.

-Más que locura, calumnia. ¿Cómo puede haber mal olor en esta casa donde una se desloma para tener todo limpio?

Fernanda, la del 5.° B, entró de la calle, con los trillizos y los gemelos. Era joven, rubia y divorciada. Dio las buenas tardes a Clotilde y partió hacia arriba en el ascensor. «Qué poca suerte» pensó Ravenna. «No existo para la mujer que me gusta.»

-La gente es muy rara -comentó doña Clotilde-. El mismo Venancio, que a usted le estropeó la noche, a la hora del chocolate divirtió a chicos y grandes en el cumpleaños de los gemelos.

-No me diga que también se desmandó en casa de la señora Fernanda -preguntó Ravenna, que apenas escuchaba y estaba dispuesto a indignarse.

-Ni soñarlo. Para su gobierno le aclaro que Venancio es buena persona. Un pan de Dios que trabaja de payaso en fiestas infantiles.

Finalmente pudo Ravenna tomar el ascensor. Al promediar el 6.° piso notó que había un olor nauseabundo. En el 7.° revisó el lavadero. No encontró nada. A toda velocidad entró en su departamento, corrió al baño, se empapó la cara con una loción para después de afeitarse. Reflexionó: «En otro tiempo tenía siempre a mano agua de Colonia. Una buena costumbre que hemos perdido». Se dijo que el perfume de la loción no valía nada; en todo caso, parecía

impregnado del horrible olor que había en la parte alta del edificio. Mientras tuviera ese olor en la nariz no le sería posible llevar una vida normal. «Con cuánta razón el 6.° B pensaba que en uno de estos departamentos tiene que estar la causa del olor» recapacitó. «Mi nariz no me engaña: hay por acá un animal muerto o el cadáver de un ser humano. ¿Un crimen? Tal vez porque sospechaba eso porfiaba tanto el 6.° B. No; simplemente porfiaba porque no aguantaba el olor. Yo tampoco lo aguanto.»

Estas consideraciones provocaron en el profesor Ravenna, que en el fondo era buena persona, alguna simpatía, no libre de remordimiento, hacia el 6.° B. Llamó al Borda y pidió a Garay:

-Por favor te pido que lo sueltes. He descubierto que no está loco. En esta casa hay un olor inmundo. Yo mismo lo huelo. Garay respondió:

-Me sacas un peso de encima. Aquí no se quejó nunca del mal olor. No creo que sea menos cuerdo que nosotros.

Arrebatado por un impulso incontenible corrió a golpear la puerta del 6.° A. La señora Octavia, reluciente en su escultural vestido de raso negro, apareció muy pronto. Sin perder el aplomo, Ravenna dijo:

-¿Puedo entrar?

Tal vez porque no había pasado bastante tiempo desde el episodio con el 6.° B, la señora replicó:

-Cómo se le ocurre.

-Pero soy el 7.° A, su vecino.

Hablando con marcado movimiento de labios, preguntó la señora:

-¿Podría explicarme qué derecho le confiere eso? -le dio la espalda, miró hacia arriba, exclamó-: Ni que fuera mi amante.

Como si a influjo de esas palabras entrara en funcionamiento en su cabeza el mecanismo de una máquina tragamonedas a punto de soltar el premio, Ravenna reflexionó y llegó a una conclusión. Dijo:

-Con todo respeto, es lo que más deseo en el mundo.

-No calla lo que siente y es fino -comentó la señora-. Una actitud que me gusta.

Ravenna vio que los labios de la señora Octavia temblaban, se mojaban.

-Permítame -dijo.

La besó, la abrazó, empezó a desvestirla.

La señora observó:

-Mejor cerrar la puerta -y mientras repetía, gimiendo-: No tan pronto, no tan pronto -lo llevó a la cama.

Tardó poco Ravenna en levantarse y revisar la casa. Como no encontró ningún animal muerto, tiró un beso a la señora y salió a continuar la investigación. Precipitadamente bajó por la escalera al 5.° piso y golpeó a la puerta marcada con la letra A. Vivía ahí el doctor Hipólito Reiner, especialista en nariz, garganta y oído. «En estas circunstancias, muy adecuado», pensó Ravenna, un poco en broma. Se abrió la puerta.

-¿Qué lo trae por aquí, doctor? -preguntó Reiner. No era joven, estaba despeinado, tenía la mirada vaga, parecía débil.

Ravenna miró como si fuera a contestar, pero calló, por encontrarse de repente desprovisto de la razón que lo llevó a llamar a la puerta. En efecto, con incredulidad, con júbilo, advirtió que el olor había desaparecido. Dijo lo primero que se le ocurrió:

-Quería avisarle que no es imposible que aparezca algún vecino y le pida permiso para entrar en su departamento, a causa de un olor nauseabundo.

Reiner declaró que no entendía. Con escasos cambios repitió Ravenna lo que había dicho, manteniendo por cierto la referencia al olor nauseabundo.

-¿Qué insinúa? -preguntó Reiner, sofocado por la indignación-. ¿Que tengo mi departamento sucio?

La dificultad de explicar verosímilmente los hechos de antemano cansó a Ravenna y muy pronto lo exasperó. Dijo:

-No insinúo nada, pero como estoy un poco harto me voy.

Todavía subía hacia el 1° piso cuando vio, a través de la puerta enrejada del ascensor, a la señora Octavia, que bajaba.

Tras vacilar un momento, salió del ascensor y procuró seguir por la escalera a la señora. Ésta había desaparecido. «Tiempo de llegar abajo no tuvo» pensó. «Entró en el 5.° A o en el 5.° B.» Dominado por la curiosidad, esperó en un recodo. No bien oía el funcionamiento del ascensor, o pasos en alguna parte, bajaba o subía un tramo, para que no lo sorprendieran espiando. Sus movimientos le recordaban las idas y venidas de una fiera enjaulada.

Por último Octavia salió del 5.° A; al verlo, exclamó:

-Si todavía te sigue la molestia nasal, el doctor Reiner es tu salvación. Te confieso: cuando apareciste en casa, creí que todo era un pretexto. Al rato nomás empecé a oler. Qué castigo.

-¿Todavía te molesta?

-Me curó el doctor Reiner. Un brujo. Tendrías que verlo.

-Yo estoy sano. Me sané al contagiarte.

-Fuiste malísimo, pero ahora no importa, porque el doctor Reiner me curó. Es un brujo. No me dio ningún remedio. Yo creía todo el tiempo que estaba auscultándome con sus cornetines de metal. Me miró la nariz por dentro y me examinó la boca en sus últimos detalles.

-¿Para qué?

-El lo sabrá, porque es un brujo. Bastó una visita para que me sanara.

Ravenna dijo:

-Bueno, me voy.

Subió a su departamento. Pensó que debía arreglar los papeles de la Facultad, antes que se le extraviaran en el desorden de la mesa. «No puedo mantener los ojos abiertos» murmuró. Se dejó caer en la silla, miró la ventana, el azul del cielo, y cuando hizo el ademán de recoger los papeles quedó profundamente dormido.

Despertó renovado. Se arrimó a la ventana y más allá de infinidad de casas desparejas vio una portentosa puesta de sol. Como quien saca una conclusión, pensó que si la tuviera a mano a Fernanda, la del 5.° B, la de los trillizos y los gemelos, la convencería. Seguro de que había llegado la hora de actuar, corrió escaleras abajo. Se encontró con Fernanda -lo que interpretó como buen augurio- que salía del 5° A -un augurio menos auspicioso. Sin darle tiempo a reaccionar, Fernanda dijo: -Qué suerte encontrarlo. «Por primera vez me habla» pensó Ravenna. Contestó: -Para mí también es una suerte.

-Quiero que me felicite. Me caso con Hipólito. El doctor Reiner, usted sabe. Es para morirse de la risa. Llegó fuera de sí, desesperado por el mal olor, y a los pocos minutos nos queríamos con locura.

Sintió un cansancio muy grande. Procuró sobreponerse, para intentar una última defensa, y argumentó:

-Ese olor es contagioso.

-¡A quién se lo dice! Parece evidente que yo traje el morbo a la casa. Ahora he de estar inmunizada.

Interrumpió este diálogo la llegada del ascensor, con doña Clotilde, que anunció:

-Doctor Ravenna: el doctor Garay lo espera abajo.

-Me había olvidado -exclamó con desconsuelo.

Se despidió, se cuadró y partió a enfrentar su largo fin de semana.

AMOR VENCIDO

-Cuente -dijo.

-No sé muy bien cómo empieza ni dónde estamos. Cuando Virginia pregunta: «¿Recuerdas lo que prometiste?», me falta valor para anunciarle, una vez más, que la semana siguiente almorzaremos juntos, pero que hoy me esperan mis padres. Para sobreponerme a una inopinada congoja, como si quisiera marearme con palabras, me largo a hablar. Probablemente por asociación de ideas hablo del restaurante que el invierno pasado un cocinero francés inauguró en una vieja quinta -¿de San Isidro? ¿de San Fernando?- llamado Fierre. ¿O Pierre queda realmente en el barrio sur? Tras algún tartamudeo soslayo el nombre y la dirección -mis olvidos podrían sugerir que por darme importancia elogio un restaurante que apenas conozco- y para demostrar que no soy un botarate emprendo la detallada descripción de manjares que allí sirven; descripción a la que tal vez un hombre de paladar simple, como yo, no tenga derecho. De modo que por cobardía o por abulia no invento una excusa y por jactancia doy a entender que acepto el compromiso. Estoy acongojado, supongo, porque obro en contra de mi voluntad.

Como no hago nada por librarme de Virginia, debo encontrar el modo de avisar a mis padres que no almorzaré con ellos. Para peor, mi madre ya me espera en el Rosedal. La imagino sentada en un banco, sonriente y animosa, como está en una desvaída fotografía que hace tiempo le sacaron en esos mismos jardines y que ahora me parece patética.

Por el corredor de la casa de campo llego al viejo escritorio, de revoque descascarado. Con alguna dificultad despierto a mi padre que descansa, extrañamente encogido en el diván. «No dormí bien anoche», dice, para disculparse. Está muy contento de verme. En seguida le digo: «No voy a almorzar con ustedes». Mi padre tarda en entender, porque no despertó del todo, y yo me apresuro a pedirle: «Avisale a mamá». Quiero irme antes de que se despabile, porque todavía está contento y sé que muy pronto él también va a entristecerse.

Inflijo ese dolor y me lo inflijo para no defraudar a una mujer para quien la salida conmigo vale (¿cómo decirlo sin mezquindad?) exactamente un almuerzo.

Me dio su interpretación:

-Lo que sucede es que ahora no quiere verlos.

-Fuimos tan amigos -le dije.

Me faltó ánimo para explicar.

EL LADO DE LA SOMBRA

El lado de la sombra
En cuanto cruzas la calle
estás del lado de la sombra.

(Más acá, más allá, milonga de Juan Ferraris, 1921)

Tan acostumbrado estaba a los crujidos de la navegación, que al despertar de la siesta oí el silencio del buque. Me asomé por un ojo de buey. Vi abajo el agua tranquila y a lo lejos, pródiga en vegetación verde, la costa, donde identifiqué palmeras y probablemente bananos. Me puse el traje de brin y subí a cubierta.

Habíamos atracado. Al babor estaba el puerto, con negros hormigueando por el empedrado, entre los rieles, las altas grúas y los interminables galpones grises; más allá se desparramaba la ciudad, cercada por cerros de empinada ladera selvática; diligentemente, según advertí, entraba carga en el barco. Al estribor -si estribor es el lado derecho, cara a proa- encontré la costa que había observado por el ojo de buey; una isla que me recordó factorías donde nunca estuve, parajes de novelas de Conrad. Algo he de haber leído sobre un personaje que por paulatina muerte de la voluntad, contra el anhelo de su alma, va quedándose en un lugar así, en la Península Malaya, en Sumatra o en Java. Me dije que ni bien desembarcara entraría en el mundo de tales libros y tuve un escalofrío de júbilo y miedo: una gota de cada uno, porque la credulidad no era mucha. Estampidos monótonos del motor de una suerte de canoa que navegaba rumbo a la isla atrajeron mi atención. Tripulaba la canoa un negro que levantaba en alto una jaula de mimbre, con un pájaro azul y verde; riendo nos gritaba a los del barco palabras que no entendí, apenas audibles.

Al entrar en el salón de fumar (una placa sobre la puerta así rezaba, amén de «Fumoir» y «Smoking Room») noté con alivio la penumbra, la frescura, el silencio. El hombre del bar preparó mi habitual vaso de menta.

-Es increíble -comenté-. Voy a dejar esto para meterme en el infierno de allá abajo. Todo sea por el turismo.

Laboriosamente emprendí una tirada sobre el turismo como única fe universal, cuando el barman me interrumpió:

-Ya bajaron todos -dijo.

-Hay excepciones -objeté.

Miré significativamente hacia la mesa donde el viejo general Pulman, un polaco exilado, se tiraba las cartas.

-La vida acabó para él -apuntó el hombre del bar-, pero el general no se cansa de probar la suerte en la baraja.

-Sólo en la baraja -respondí.

Sorbí la menta hasta que el granizado del fondo cambió de verde a cristalino, murmuré: «Me la anota» y me dispuse a bajar. Junto a la planchada, en letras de tiza, en un pizarrón, leí que zarpábamos al día siguiente, a las ocho de la mañana. «Sobra tiempo. Por una vez», me dije, «estaré libre del temor de perder el barco».

Cubriéndome los ojos con una mano, porque afuera la luz era demasiado blanca, pisé tierra firme. Más allá de la aduana, mientras buscaba en vano un automóvil de alquiler y un negro repetía la palabra taxi y ademanes negativos, un chaparrón se desató. Bordeando los almacenes apareció un antiguo tranvía descubierto (descubierto a los lados, pero con techo, se entiende). Para no empaparme lo tomé. Tampoco el boletero, un negro descalzo, quería mojarse y para vender los boletos no empleaba el estribo; pisando asientos y saltando respaldos, por el interior recorría el vehículo. El aguacero acabó muy pronto. La luz lechosa en ningún momento se había alterado. Por una callejuela lateral bajaba a pique un negro con un cargazón de colores en la cabeza. Atraído, miré: la carga consistía en un ataúd recubierto de orquídeas. El negro era un cortejo fúnebre.

El griterío de la calle me tenía apabullado (sin duda yo lo notaba tan particularmente por ser extraños para mí el acento y el idioma). Populosa en todo el trayecto, ahora la ciudad rebosaba de gente. -¿El centro, verdad? -pregunté al boletero.

Vaya uno a saber qué explicó. Me descolgué del tranvía porque vi una iglesia e imaginé que adentro haría fresco. A la entrada me rodearon pordioseros con la cara empavesada de lacras azules, blancuzcas y rojas. Llegué por fin al fondo del templo, a un altar cargado de oro. Vagué por las naves; torpemente descifré epitafios. A despecho del mármol, los muertos de aquel lugar me persuadían de la soledad y pobreza de la muerte. Para no deprimirme los comparé a los habitantes de pueblos que uno ve desde la ventanilla del tren que se aleja.

De nuevo en la calle, retomé a pie el rumbo de mi tranvía. Algún encanto tenía la ciudad, con sus edificios Victorianos, tan de otra época. Ni bien formulé la idea, enfrentó mi vista un pabellón moderno, de volumen considerable y catadura de pacotilla, no terminado del todo y ya viejo. Para mis adentros opiné que se trataba de un tinglado levantado para alguna exposición, una de tantas obras provisorias que perduran por negligencia burocrática. Frente al pabellón, círculos y semicírculos verduscos, en un pedestal de piedra, conformaban un monumento de bronce y de huecos, vagamente triste. Me entró ladesazón y, para echarla a la broma, jugué a que yo era un vecino. «Escribiré una carta al diario», me dije, «para que por fin retiren estas reliquias de la Exposición de nuestro Primer Aniversario de Independencia y Dictadura, que no se avienen con el estilo de la ciudad». Tan incalculable es el alma que esta broma anodina ahondó mi abatimiento.

Me detuve frente a un escaparate que exhibía, entre sapos, lagartos y escuerzos, una admirable colección de serpientes embalsamadas.

-¿Dónde las obtienen? -pregunté a un señor que tenía todo el aire de pertenecer a la colectividad británica.

-En cualquier parte -contestó en inglés-. Por aquí no más.

Me envolvieron los acordes de una animosa marcha. Divisé gente reunida, y sin pensarlo, por los senderos de una plazoleta con macizos ferazmente floridos, me encaminé hacia allá. Desde un puente rústico, sobre un arroyuelo que serpenteaba entre rocas de manmpostería, plantas y pasto, miré burbujas amarillentas en el agua verdosa y opaca. «Esto no es para mí», reflexioné. «Demasiadas víboras, demasiadas flores, demasiadas enfermedades. Qué miedo si algo lo agarra y uno se queda.» Caminé rápidamente. Una banda militar, de la que no olvido las polainas blancas, vapuleaba bronces y bombos frente a un busto diminuto. Pensé: «Lo mejor es volver al barco y tirarme en un diván con la novelita de Rider Haggard que descubrí en el salón de lectura».

Fue entonces cuando me entró la duda de haber visto o haber recordado un rato antes a mi amigo Veblen. Con su amalgama de selva, las clamorosas calles, cambiantes y alucinatorias como un calidoscopio, bajo aquel sol febril podían deparar, desde luego, cualquier visión, pero la del Inglés Veblen parecía la menos probable. «Nadie tan fuera de lugar», me dije. «Lo habré recordado; su presencia aquí sería absurda.» Quería volver al barco, pero me hallé un poco desorientado. Busqué alrededor a algún gendarme. Había uno -

por lo holgado, el uniforme tenía algo de disfraz de alquiler- fuera de alcance, en un punto donde los vehículos convergían rápidamente.

-¿El puerto? -pregunté al diariero.

El hombre miró perplejo. Niñitas -quizá fueran mujeres y prostitutas- riendo me indicaron un rumbo. Pensar que volvía al barco bastó para entonarme. No había caminado cuatrocientos metros cuando pasé frente a un cinematógrafo cubierto de carteles que anunciaban El gran juego. Minutos antes hubiera seguido de largo, pues la verdad es que en la plazoleta me asusté. No debía de estar bien; atribuí al trópico una irreprimible actividad envolvente contra presas marcadas, entre las que fatalmente me encontraba yo.

Por ser de nuevo un hombre normal, me detuve a leer los carteles. Un tanto azorado, me enteré de que esa misma tarde pasaban la primera versión de El gran juego cuyos protagonistas eran Françoise Rozay, Fierre Richard Vilm, Charles Vanel. Me comparé con un bibliófilo que por azar encuentra en una librería de mala muerte el precioso libro largamente buscado. Por algún motivo oscuro, o por haberla visto sin que mis amigos la vieran, la película fue, durante años, la muletilla que en nuestras conversaciones yo esgrimía. Si querían de noche arrastrarme al cinematógrafo, petulantemente preguntaba: «¿Van a mostrarme otro Gran juego?». Cuando llegó la nueva versión, lo reconozco, perdí los estribos, me enconé contra una obra que no carecía, posiblemente, de méritos, la denuncié como ejemplo de la decadencia de todo.

La función empezaba a las seis y media. Aunque eran apenas las cinco, tenía ganas de esperar, pues de esa película, recordada como un momento feliz de mi vida, había olvidado gran parte de la trama (dirán algunos que la circunstancia de figurar entre nuestros mejores recuerdos una película cinematográfica arroja sobre la vida una curiosa luz; tienen razón). Mientras dudaba entre quedarme o no, retomé el camino. Enfrenté luego otro cinematógrafo, llamado Myriam, donde exhibían una película que debía de tratar, a juzgar por los cartelones, de gente pobre, de abrigos viejos, de máquinas de coser y de un montepío. Como había recuperado mi buena voluntad de turista, lo examinaba todo y advertí un hecho anómalo: el local tenía dos entradas, la del frente y una lateral, sobre el café contiguo. Me introduje en este último, porque de nuevo me apretaba la sed; me dejé caer en la silla, ante una mesita de mármol y, a la larga, cuando me atendieron, pedí una menta. En la pared de la izquierda se abrió la entrada, sobre la penumbra del cinematógrafo, tapada en parte por un cortinado de raído terciopelo verde. De tanto en tanto ondeaba el cortinado, azotado por el ir y venir de mujeres, por lo general negras, que entraban solas, para volver de allí acompañadas. Junto al mostrador, sobre la pared de la derecha, dos o tres mujeres conversaban con un papagayo, que inopinadamente replicaba con graznidos. Al fondo prolongábase el local en un nítido patio de baldosas anaranjadas, descubierto al cielo, limitado por tres paredes moradas, con estrechas puertas que llevaban, sobre la bandolera, un número. Regadera en mano, entre las mesas de café circulaba muy calladamente un hombre aparentemente jardinero, vestido con un enorme sombrero de paja, un trajecito de dril azul y alpargatas; con fluido de acaroína rebajado regaba los flojos tablones del piso, dejando negro lo que era polvoriento y gris. Francamente, la menta que me sirvieron resultó inferior a las del barco.

Volví a recordar al Inglés Veblen. Yo no lo imaginaba sino en lugares muy civilizados -Nueva York para él configuraba la jungla-, en termas, como Aix-les-Bains o Évian, en Montecarlo, en la Via Veneto de Roma, en el octavo arrondissement de París o en el West End de Londres. De mis palabras nadie infiera que Veblen fuera snob, aunque algo de ello debía tener, pues fingía aborrecimiento, en broma desde luego (no de otro modo se manifiesta, salvo en ejemplares raros, el snobismo), por cuanto se apartaba del canon de sus costumbres. La verdad es que llevó siempre una suerte de doble vida, una de cuyas mitades resulta, si no la atribuimos a un veleidoso snobismo, relativamente inexplicable: mi amigo entendía de gatos y más de una vez lo vi, en increíbles fotografías periodísticas, rodeado de

las viejas que lo secundaban en su tarea de jurado de la Real Exposición de Gatos de tal o cual paraje. Esta actividad no contaminaba el resto de su vida; Veblen era un hombre leído, en cuya educación, más que la voluntad, intervino el agrado, conocedor de la rama profana de la arquitectura y de las artes decorativas francesas del siglo XVIII, versado en las obras de Watteau, de Boucher y de Fragonard. Según quieren algunos, no carecía de discernimiento para la pintura moderna del mil novecientos veintitantos, que perduró hasta bien entrada la decena del sesenta.

El hombrecito del sombrero de paja había cumplido una vuelta de riego por el salón y ahora descansaba en una silla, junto a una de las mesas. De pronto vi entre sus piernas un gato sentado, gato casero a mi entender, de pelaje blanco en el fondo, con grandes manchas café con leche y negras. Nos miramos con ese gato; tenía la máscara en dos mitades, un ojo en la mitad negra, otro en la blanca. «Esto es un jardín zoológico», me dije. «Un papagayo, un gato, un cisne.» Yo había dicho «un cisne», porque el hombrecito, al sacar el pañuelo para enjugarse la frente, descubrió en el lado izquierdo de la camisa un monograma que representaba aquel animal. «Cuántos recuerdos», murmuré sin comprender nada. Perceptibles, aún indefinidos, agolpábanse recuerdos de toda una época de la juventud. Sí, reflexioné, yo estaba seguro de que Veblen tenía un monograma idéntico. Porque el gato seguía mirándome como si quisiera comunicarme una noticia, bajé los ojos. Cuando los levanté, en la mesa estaba el sombrero de paja, en el hombrecito la cara del Inglés Veblen. Consideré que era extraño encontrar en un individuo la cara de otro. Los azares del viaje me revelaban, quizá, que había varios ejemplares de una misma cara, perdidos por el mundo.

-¡Hermano! -gritó Veblen, viniendo, los brazos abiertos, a mi encuentro.

-¡Hermano! -contesté.

Nos abrazamos conmovidos. Tenía olor acre.

Yo lo miraba atónito, inseguro todavía, un poco mareado ante el misterio vertiginoso que ocultaba aquella cara familiar. Identificamos la cara con la persona; ante mí tenía la cara de Veblen, no las otras circunstancias de Veblen. Recapacité: en mi amigo, tales circunstancias -ropa, atildamiento corporal, lugares en que se movía, actitud un poco pedante y petulante- eran los elementos principales de la personalidad. (Cambiadas las circunstancias, algo análogo acaso ocurra con cualquiera.) Había que vernos, dos hombres medio viejones, uno en brazos del otro, a punto de lagrimear. Cuando dije la majadería de que él estaba muy bien, replicó sonriendo:

-Tienes razón, doy envidia, pero te aseguro que me preguntas, con los ojos redondos, qué me ha pasado.

-Y, no es para menos -respondí-. No esperaba encontrarte acá.

-Parece novela ¿no es cierto? ¿Quieres que te diga qué me pasó?

-Naturalmente, Inglés.

-Entonces -continuó-, como en las novelas, me pides una copa y yo te cuento la historia mientras me emborracho.

-¿Qué quieres? -pregunté, después de llamar al mozo.

-Para mí todo es igual -dijo.

Quedó mirándome. El mozo trajo un vaso y una botella.

-¿La dejo? -preguntó en su lengua.

-La deja -respondió Veblen.

Tomé la botella entre las manos; la olí por el cuello. Tenía un olor muy alcohólico, que por momentos me pareció dulzón y por momentos amargo; examiné la etiqueta, con un paisaje de montañas nevadas, la luna y una araña en su tela; leí el nombre: Silvaplana.

-¿Qué es esto? -pregunté.

-Un brebaje que te sirven aquí -contestó-. No te lo recomiendo.

-¿Pido otra cosa, Inglés!

-Ni soñarlo. Para mí todo es igual -repitió-. El episodio empezó en Évian, hará cuestión de tres años. O un poco antes, en Londres. Por aquel tiempo yo era un hombre afortunado, y Leda me quería. ¿Supiste mi historia con Leda?

-No -dije-. No la supe. Mi respuesta no lo alegró.

-La conocí en Londres, en un baile. Me deslumbré en seguida y, mirando sus largos guantes blancos, le dije (yo no debería contar estas idioteces) que ella era el cisne y era Leda. Rió sin entender. Te aseguro que era la más joven y la más linda de la fiesta. ¿Cómo describirla? Muy correcta e impecable, con graves rulos rubios y ojos azules. Ella misma me reveló algún límite de su perfección: tenía sucias las rodillas. «Cuando las lavo (o cuando me pongo la mejor ropa interior) me persigue la mala suerte con los hombres.» (La verdad es que habló con mayor crudeza.) Era muy alegre. No conocí mujer a quien la vida divirtiera tanto. Digo mal la vida: su vida, sus amores y engaños. No hay duda de que estaba notablemente centrada. No tenía paciencia con los libros, y de lo que se llama cultura no sabía una palabra; pero si te imaginas que era tonta, te equivocas. A mí, por lo menos, me daba veinte vueltas. Entendía su especialidad. Había pensado en el amor, en los amores, en el amor propio de hombres y mujeres, en engaños, en intrigas, en lo que la gente dice y en lo que la gente calla. Te aseguro que oyéndola, yo recordaba a Proust. A los dieciséis años la habían casado con un viejo diplomático austriaco, un hombre culto, astuto y desconfiado, a quien engañaba con entera facilidad. Parece que el hombre creyó que se casaba con una suerte de gatito y desde el principio la trató como amo, pretendió educarla y dirigirla; desde el principio ella procuró conformarlo, sobre todo con engaños. Como los padres pensaban que el marido no era rival para Leda (en esta guerra de sustraerse ella, de sujetarla él) la vigilaban como otros dos maridos celosos. No te imagines que en estos afanes ella perdía la alegría o el afecto por los padres o por el austriaco. Quería a todos, mentía a todos. Era admirable el júbilo con que planeaba sus complicados embustes.

»Antes de que me presentara al marido (después lo traté bastante), al comienzo de nuestros amores, una noche le pregunté: “¿No desconfiará? Siempre nos encuentra juntos”. Recuerdo que contestó: “No te preocupes. Mi marido es de ese tipo de hombres muy masculinos, buenos fisonomistas de mujeres, que jamás recuerdan una cara de hombre, porque no la ven”.

»Lo que deslumbraba -además de su belleza, de su juventud, de su encanto, de su inteligencia (particular y limitada, pero finísima, mucho más lúcida que la mía)- era el hecho increíble, repetidamente probado, de que estaba enamorada de mí. Me contaba todo, no me ocultaba nada, como si estuviera segura -yo la respetaba, admitía la madurez de su criterio, no me permitía dudar (pero dudaba un poco)-, como si estuviera segura de que nunca emplearía contra mí aquella prodigiosa máquina de embustes. Yo agradecía la generosidad del destino, y una noche, en una especie de borrachera de amor y vanagloria, le dije: “Aunque me engañaras a mí, no podría menos que admirarte”. De buena fe me suponía dotado del requerido temple filosófico. Por otra parte, no había mala acción ejecutada por Leda que no fuera principalmente graciosa.

»Me olvido de Lavinia -dijo el Inglés Veblen, palmoteando la cabeza del gato sentado entre sus piernas-. Lavinia, la gatita de Leda, era una gata casera, de pelaje muy suave, con manchas café con leche y negras, con la máscara en dos mitades, una negra y una blanca. Con ese aire de gato de pobres, tenía el alma de Leda. No sabes cómo se parecían. Muy compradora y falsa, te embaucaba siempre, y cuando descubrías el engaño te deslumbraba el animalito. Era delicada, enemiga de la suciedad. Después de comer la señorita tenía que limpiarse, como toda gran dama, los bigotes. Un día me recibió con pruebas de afecto, lo que me halagó sobremanera, porque entendí que Lavinia me extendía un certificado de admisión en la casa. En ocasión de mandar el traje azul a la tintorería, comprendí que la gata me engañó

con su cordialidad para usar mi pantalón como servilleta. De nadie le importaba a Lavinia, salvo de Leda. A lo mejor Leda fue igual, también tuvo un solo amor.

»No recuerdo quién, Leda o yo, habló primero de pasar juntos unos días en algún paraje de Francia. Estoy seguro, eso sí, de que Leda eligió a Évian. Esta elección me sorprendió, pues yo creía conocer a Leda y descontaba que optaría por un lugar extremadamente mundano; también me defraudó un poco, porque me había imaginado del brazo de mi amiga, en pleno brillo de Montecarlo y de Cannes. Lo pensé mejor y me dije: "¿Qué más quiero? No andaremos de fiesta en fiesta, yo angustiado por sus inevitables conquistas. La tendré para mí solo".

»Contarnos el viaje que haríamos era uno de los agrados de aquella época; sin embargo, cuando hubo precisiones y fechas, cuando todo fue real, me encontré mal dispuesto a interrumpir nuestra vida en Londres. Como ni yo ni nadie resistía los deseos de Leda, muy pronto se reanimó en mí el ánimo de partir. Surgieron dificultades: desconfiaron los padres, ya no vieron el viaje con buenos ojos; peor aún: el marido habló de acompañar a su mujer. De tales vicisitudes Leda me mantenía informado, pues los otros, quizá por instinto, se cuidaban ante extraños de ventilar sospechas y resquemores. Los padres, dos viejos hipócritas, para confundirme se mostraban partidarios del viaje y el marido me rogaba, con astucia evidente, que no lo abandonara durante la ausencia de Leda, porque sin ella ¿quién lo invitaría? Estas comedias irritaban a la muchacha, que temía aparecer ante mí como una gran mentirosa. Los preparativos continuaban y, ocupada con la modista, en la manicura, en el peluquero, en las compras, a mi amiga no le quedaba un minuto del día para verme; en cuanto a las noches, las pasaba, se entiende, con la familia. "Menos mal que hay teléfono", yo suspiraba con resignación. Debo reconocer que para un rápido saludo telefónico Leda siempre encontraba la oportunidad. La esperanza en ese viaje que nos mantenía separados y que por fin nos reuniría, paulatinamente se alejaba. Cuando todo pareció perdido, Leda anunció: "Mi amor, nos vamos. Infortunadamente nos acompañan mi prima Adelaida Brown-Sequard y mi sobrinita Belinda. Sin ellas no hay Évian. Tú y yo viajamos por separado y nos encontramos en el hotel Royal. Para que no viajes completamente solo, te dejo a Lavinia. Tú la llevarás. Te confío lo que más quiero... después de ti, mi amor". Fui feliz, me abatí, me sobrepuse. Para mis adentros comenté melancólicamente: "¡Leda con una sobrinita! On aura tout vu".

»Como yo partiría antes, la verdad es que temí pasar en Évian una temporada con la gata; pero cambiamos los planes, primero voló ella y cuando aterrizamos con Lavinia en Ginebra, nos esperaba Leda en el aeródromo.

»Nuestro automóvil entró en Évian al caer la tarde. No sé por qué me acometió una ansiedad por demorar la llegada al hotel; hubiera querido prolongar el trayecto y retener junto a mí (patéticamente, como se abrazan los amantes a quienes el destino separa) a Leda, que erguida en el asiento me refería, según creo, los pormenores de su viaje. "¿Por qué eres tan linda?", le dije tomándola ansiosamente de las manos e infundiendo un tono despreocupado en las palabras. Aunque sensible a cualquier reproche, dejó pasar el que había en la pregunta y atendió el elogio de su belleza. Halagada, se irguió más aún, y ese movimiento, el largo cuello, el peinado, los ojos, que eran verdaderamente increíbles, me la mostraron por un instante como un pájaro. Ojalá que mi acompañante fuera un pájaro; era Leda, la muchacha que yo quería, y por primera vez me dolió su belleza y se me antojó lejana. "Bajemos -dije en el portón del parque-. Vamos caminando hasta el hotel." Para anular toda objeción argumenté: "La pobre Lavinia necesita ejercicio". Caminamos callados, pero de pronto oí lo que temía: "Tenemos los cuartos en distinto piso, mi amor. Esta noche no dormimos juntos. Mañana tal vez...". No dije nada.

»El señor de la recepción me alargó el papel para firmar y me indicó el número del cuarto. "¿Del lado del lago?", pregunté. "Del lado del lago", contestó. "Ah, no", dije. "Quiero del lado de la montaña. Mirando al sur." "Qué maniático", protestó Leda. "Mal signo", me

dije, “irritar a la persona querida”. Era la primera vez que esto me ocurría con Leda. Creyéndome hábil, pregunté: “Sin cambiar de piso ¿podría tener un cuarto mirando a la montaña?”. “Cómo no”, contestó el señor. Alegremente Leda empezó a hablar de terrazas donde tomaríamos el desayuno. Nos metimos todos en la jaula del ascensor, recién pintada y barroca, subimos al primer piso, caminamos por corredores anchos (construyeron el hotel en una época en que todavía sobraba lugar en el mundo) sobre inmaculadas alfombras verdes. Mi cuarto era espacioso y me recordó (estoy seguro de que había olor a alhucema) dormitorios de lejanas quintas de la juventud. El gris del empapelado armonizaba delicadamente con la seda rosada que revestía los paneles de la cama camera de bronce. Llevado por la inspiración del momento exclamé: “Estoy seguro de que en este cuarto seré feliz”. Leda me dio el más largo beso del día, cargó en brazos la gata, y me dijo “hasta mañana”.

«Arreglé mis cosas, me bañé, me di una pasada liviana, como dicen los barberos, y bajé al comedor. El hotel estaba poco menos que vacío. Mirando hacia la puerta, porque esperaba con interés la llegada de Leda, de la prima y de la sobrinita, comí frugalmente. Por último volví a mi cuarto. Fumé un cigarro en la terraza: había olor a pasto cortado y un rumor de ranas o de grillos. Me acosté, seguí despierto. Nadie es tan amargado como el amante resentido que no se queja porque no sabe si tiene razón. (Parece mentira, yo había caído en eso.) En diálogos imaginarios, toda la noche reconvine a Leda por la ruina de nuestra temporada en Évian. Admití que una mujer casada debe cuidarse y debe andar con pie de plomo con las confidentes, aunque sean primas; pero la amargura afloraba de nuevo y formulé más de una frase contundente, que aprendí de memoria, para decir al otro día.

»Me despertó, al otro día, el canto de pájaros. Me asomé a la terraza; vi el bosque en la ladera de la montaña y abajo, alrededor del hotel, muchachas con guadañas enormes, cortando el pasto. El hombre que puso la bandeja del desayuno en la terraza, explicó:

»-Estamos preparando la pelouse del parque. De un momento a otro llega la foule.

»Que llegara o no la foule me importaba poco. En cuanto a Leda, a pesar de su referencia a nuestros desayunos en la terraza, comprendí que era mejor no esperarla.

»Después anduve por el parque, me interné en el bosque, creo que me senté en un tronco y que me abandoné a la melancolía. Lo más lamentable fue que no me bastaba la pérdida del amor de Leda; también estuve triste porque tenía canas, porque envejecía, porque me quedaba poco tiempo, porque malgastaba ese poco tiempo en un hotel carísimo, donde cada día de tristeza me costaba una fortuna. Siempre fui muy desordenado, dejé todo en manos -en las manos verdaderamente enormes- del procurador Rafael Colombatti (de pie plano, de cara pálida, de traje negro) y de vez en cuando me afligió el temor, que parece de novela, de encontrarme de la noche a la mañana sin un cobre.

»Tuve que volver, porque se hacía tarde para el almuerzo. En el vasto comedor había pocas mesas ocupadas. Los comensales eran los mismos de la víspera: una familia de fuertes industriales de Lyon; un actor francés, bastante famoso (yo no lo hubiera reconocido si el maître d’hôtel no dice el nombre); un individuo joven, a quien más de una vez había entrevisto últimamente, de mofletes de color ladrillo, inflados y flojos, que le daban un aire estúpido, para mí netamente repulsivo, y una muchacha Lancker, bastante linda y dorada, que reconocí en seguida porque hablé con ella medio minuto, hará cosa de mil años, en un té del club de tennis de Montecarlo.

»Me disponía a tomar el ascensor para subir a mi cuarto, pensando que si me hubieran dejado a Lavinia, que incomodaba al fin y al cabo, tendría más entretenimiento, cuando apareció Leda. Soplando un grito murmuró:

»-Nos vamos por el día a Ginebra. Nos vamos ahora mismo.

»Tan acobardado andaba que no supe a quién incluirían las palabras “nos vamos”: a mí o a la prima y la sobrina. Como Leda agregó: “¿Qué te pasa? Hay que moverse”, entendí que mi suerte había mejorado.

»Recogí el impermeable y emprendimos el viaje, como si nos corriera el diablo. Llegados a nuestro destino pude reflexionar que la impaciencia proviene del corazón, por lo que es vano buscar motivos que la justifiquen; sólo encontraremos pretextos. Quiero decir que nada, aparentemente, tenía que hacer en Ginebra Leda, sino pasear conmigo a lo largo de un día despejado muy grande y muy feliz. Vimos el chorro de agua en el lago y los peces en el Ródano; recorrimos en la Corraterie librerías y en la Grande Rué, librerías y anticuarios (compré a Leda un pisapapel de vidrio, en cuyo interior granates formaban un ave-fénix); descansamos en el parque de Eaux Vives y comimos en un restaurante bearnés. Creo que todavía estábamos en el parque, cuando sugerí que fuéramos a un hotel. "¿Estás loco?", replicó. "Para eso tenemos el Royal." En efecto, de vuelta en Évian, se quedó conmigo, y a la mañana siguiente desayunamos juntos en la terraza. Propuso que fuéramos a Lausanne: cuando contesté que estaba listo para partir, sonrió del modo más encantador y dijo: "Iremos en el último vaporcito de la noche. Te espero en el embarcadero, a las once". Me besó la frente y se fue.

»Resolví no deprimirme, por más horas vacías que tuviera por delante. Sacaría ánimo de la dicha inmediata y aguantaría hasta las once de la noche. Por de pronto me sumí en un largo baño, me vestí con lentitud y bajé al parque del hotel. Antes de salir me encontré con Bobby Williard. ¿Lo conoces? No pierdes nada, porque es un cretino. Como si tuviera cuerda empezó a despotricar contra Évian, que llamó la segunda muerte. "La primera es Bath", confió con una risita. Explicó que el Royal estaba vacío y repitió: "No hay nadie, nadie". Por el agrado de hablar de la mujer querida y por vanidad respondí: "Está Leda". No lo hubiera dicho. Bobby me acercó su aliento sólido y gritó: "¿Sabes lo que me contaron? Que es una p... Parece que con cualquiera es la cosa". Como pude lo aparté y me interné en la sala del piano, donde nunca había nadie. Ahí estuve un rato, reponiéndome. Es increíble la amargura que me dejaron las palabras de aquel idiota. Algo recobrado al fin, le pedí al conserje prospectos de hoteles de Lausanne. Con tres o cuatro prospectos en la mano, me tiré en una silla de lona, en medio del pasto recién cortado.

Como estaba dispuesto a encarar el tiempo con mucha calma, cuando ya me ponía a leer miré despreocupadamente a mi alrededor. Detuve los ojos en el balcón de Leda y a poco descubrí el reflejo de mi amiga en el vidrio de uno de los batientes. Otro reflejo surgió de la penumbra del cuarto; en el vidrio se juntaron ambos. Yo me dije: "Leda besa a la sobrina". No sé cuándo pasé de estar divertido con el descubrimiento de un interesante fenómeno de óptica, por el que Leda y la sobrina aparecían, para un espectador colocado en mi ángulo, de igual estatura, a descubrir que Leda besaba a un hombre. Aquel momento, pido que me creas, fue como un mojón, un mojón apenas entrevisto, pero entrevisto al fin e inmediatamente descifrado como el límite entre dos mundos, el de siempre, en el que yo estaba con Leda, y uno desconocido, bastante desagradable, en el que entraría por ley fatal. Se me nubló la vista, dejé caer los prospectos, como si fueran bichos venenosos. Era curioso: a pesar del estado de caos en que me hallaba, la mente trabajó con lucidez y prontitud. Primero me dirigí a la recepción. Pregunté por la señora o señorita Brown-Sequard y por una niña que la acompañaba. Me contestaron que tales personas no figuraban entre los pasajeros del Royal. Después pedí la cuenta, pagué, subí a mi cuarto. Ahí se desató la verdadera amargura; arreglando valijas anduve por el cuarto como un murciélago enceguecido, que se da contra las paredes. Furiosamente salí de ese cuarto miserable, y en el ómnibus del hotel bajé al embarcadero. Como tuve que esperar una hora larga, cavilé. Empecé a preguntarme (todavía no he concluido) si realmente vi a Leda besándose con un hombre. Conocí la tentación de quedarme. Dije: "A lo mejor quedarme es prudencia"; pero dije después: "Quedarme es cobardía". Creo que en el fondo de mi alma supe que ya no podía encontrar junto a Leda sino ansiedad y tristeza; te aseguro que por eso partí (cualquier mujer te dirá que lo hice por amor propio). No hay duda de que en el barquito, cruzando el lago, yo me veía como dueño de mi

destino; también es verdad que de pronto volaron sobre mi cabeza enormes pájaros blancos y me aterraron premoniciones.

»Todos vamos en un barquito, con rumbo desconocido, pero me agrada imaginar que entonces yo encarnaba el símbolo de un modo particularmente apropiado. No me preguntes, porque no recuerdo, dónde paré en Lausanne. Recuerdo, sí, que por la ventana de mi cuarto, a lo largo de un día rarísimo, en que nada tenía consistencia, contemplé fascinado la otra ribera. Podría dibujarte el hotel Royal, tanto lo miré. A la noche, líneas de puntos paulatinamente lo iluminaron. Sobre esa imagen cerré los ojos y, acodado a una mesa, frente a la ventana, me dormí. Debí de estar muy cansado, pues a la mañana siguiente, desperté en la misma postura.

»En cuanto cerré los ojos (fíjate bien; yo estaba con la cabeza apoyada en la mesa, frente a la ventana que da al lago, de manera que si los hubiera entreabierto un instante habría visto el incendio) el hotel Royal quedó envuelto en llamas. Aparentemente nadie durmió aquella noche, salvo yo, que tenía ahí dentro a Leda.

»Uno diría que alguien, el mismo que desde la hora en que pisé el vaporcito maneja mi vida, me durmió. A la mañana no me permitió mirar adelante; me llevó adentro del cuarto y, porque estaba resuelto a apartarme de Leda, me enredó en compromisos. Es bastante raro que yo pidiera, antes del desayuno, comunicación con Londres. Llamé a Londres (todo esto lo dirigió el destino) para avisar que llegaba a casa en el día. Si para no volver atrás, yo procuraba atarme, me encontré con un lazo más fuerte que el previsto. Me dijeron que esa noche Colombatti se había disparado un tiro y que agonizaba en el hospital. Contesté: “Voy en el primer avión”. Después hablé con el portero y reservé el pasaje. A las once tenía que estar en el aeródromo. Miré el reloj. Eran las ocho y media. Ni bien pedí el desayuno, lo trajo una suiza, muy desleída y muy joven, tan interesada en el asunto que no se preguntó si yo lo ignoraba y habló sin parar, hasta el final de frase, dos o tres veces repetido: “Todos muertos”. Pregunté: “¿Dónde?”. Comprenderás cómo quedé al oír: “En el siniestro del Royal”.

»Después hay un rato en blanco, del que no tengo memoria. Creo que me asomé a la ventana y que bastó un poco de humo allá, enfrente, para confirmar lo peor. En el primer vaporcito yo cruzaría a Évian, pero el ascensorista declaró: “No hubo muertos”. Interrogué al portero. Éste, reforzado por el ascensorista y por todo individuo que interpelé en el hotel, repitió lo mismo: “No hubo muertos”.

»De cualquier modo cruzaría el lago y cuanto antes me echaría al cuello de Leda. Quería verla y tocarla, después de la calamidad que pudo ocurrir. El incendio, las noticias falsas, eran signos enviados para recordarme que en la vida hay penas más graves que un engaño. Yo había vislumbrado el dolor de saber a Leda muerta; tenerla viva y porfiar en el amor propio sería desafiar la suerte.

»El portero me incomodaba; alardeaba del mérito de haber logrado asiento en el avión de las once y, como si leyera en mi mente, retomando el otro tema exclamaba: “Ni un solo muerto en el Royal. ¿Usted no cree en mi palabra?”. Por mi parte razoné que el plan de echarme al cuello no sería practicable si mi rápida llegada irritaba a Leda, que aún no dispondría de reductos para ocultar, a uno del otro, a sus dos amantes. (Resolví que el rival, vaya a saber por qué, era el mozo aquel de los flojos mofletes de color ladrillo.) Me dije también que mientras yo emprendía esa vuelta a Évian, inoportuna y odiosa, Colombatti, el hombre de confianza que durante años manejó lo mío y, afanado en la celda de un escritorio con ventana a patio, permitió que yo me paseara por el mundo y recogiera halagos, moría sin mi palabra de gratitud, sin mi mano de adiós, abandonado en un hospital de Londres.

»De nuevo el destino me alejó de Leda. Me embarqué en el avión de las once. Llegué a tiempo para decir a Colombatti mi palabra de gratitud. A mi mano de adiós el suicida evitó ágilmente, pues a la hora nomás, a lo mejor en el vuelo de vuelta del mismo avión que me había llevado, huyó con rumbo a las dos Rivieras y, mucho lo temo, a Montecarlo. Parece que salió con la cabeza vendada; pero lo evidente es que yo debía de tener vendado el

entendimiento. No lo creerás: durante un rato me inquietó el efecto de tan inopinada fuga sobre el organismo de mi ex administrador. Desde luego que ni parapetado en la estupidez yo podía salvarme, por mucho tiempo, de la realidad. Después del almuerzo me enteré de los caballos de carrera, de las comilonas de caviar y de las costosas cortesanas de Colombatti. En el escritorio comprobé sus robos y puedo decir que me encontré, de la mañana a la noche, sin un cobre. No cabía duda de que vendido cuanto me quedaba, me quedarían deudas.

»Aquella noche olvidé totalmente a Leda. No te imaginas hasta qué punto me afectan las dificultades de dinero. Quizá porque no acabo de entenderlas me deprimen y me asustan. Interpreté mi desdicha como castigo, intuí infinidad de culpas, me entregué a los remordimientos. Más triste que si Leda hubiera muerto carbonizada, me revolví en la cama y no dormí hasta el otro día, yo creo que hasta el instante de llegar el negro.

»Aparentemente guardaba un silencio perfecto, pero algún ruido debió de hacer porque desperté. Estaba sentado en una silla muy inmediata, vestía jaquel, su aspecto era correcto y su piel negra. Creo que fueron los ojos, tan redondos, los que me inquietaron. Apreté el pomo del timbre inútilmente, porque los fieles criados, al tanto de la situación, dejaron mi casa como ratas a un barco que va a naufragar.

»No era un negro fantástico; era de carne y hueso y participaba con ingenua avidez en la muchedumbre de circunstancias nimias que dan su carácter inconfundible a la realidad; a pesar de todo ello resultó indudable que me lo mandaba la providencia. Era diplomático, o más bien agregado cultural, de una nueva república africana y venía a contratarme, en nombre de su gobierno, para que les dirigiera un museo; entre una frase y otra dejó oír la cantidad de libras que me pagarían por adelantado. Aunque la dijo rápidamente la retuve sin dificultad, porque era, libras más, libras menos, la misma en que yo había calculado mi deuda, después de vendidos el departamento, dos casas ocupadas y unas pocas hectáreas de campo a que no había echado mano Colombatti. “¿Dirigir un museo?”, pregunté. “Un museo de arte”, contestó, para agregar a modo de confirmación: “De arte moderno”. “¿Y ahí? ¿qué pitos toco?”, pregunté. Ignorando la vulgaridad de mis palabras respondió: “Hemos adquirido los cuadros, hemos levantado el edificio (con algún orgullo declaro que en nuestra modesta capital la construcción más importante es el templo del arte), de modo que por ahora usted colgará y distribuirá lo que tenemos; pero llegará, no lo dude, el día de encarar nuevas compras y entonces...”. Con un ademán traducible por “no hay apuro”, le rogué que siguiera. “Como dijo nuestro presidente”, continuó, “somos el mundo de mañana: el tiempo fluye al África.” No sé muy bien si el pensamiento ulterior correspondía al presidente o era de su cosecha. Mi negro alegó: “Nuestra aventura predilecta consiste en invertir para el mañana”, y predijo que un día despertaría para descubrir que todo ese arte, “bastante feo, a lo mejor, para el ojo mal adoctrinado”, equivaldría a tener en caja enormes bloques de oro. “Hemos acumulado”, afirmó, “más Picasso y Gris que San Pablo, más Petoruti que nadie. Por si todo ello fuera poco, la estatua a la patria, colocada frente al museo, es obra (no dudo de que la circunstancia le resultará grata) de un glorioso paisano suyo, el escultor Moore”. Sobre la predicción anterior, admitió la posibilidad de equivocarse, pero agregó: “¡Nos acompañan en el error, no solamente los artistas interesados y los patronos de galerías para la venta, sino todos los entendidos en la materia, hombres de negocios, damas del gran mundo, banqueros y fuertes industriales! Acaso al despertar no encontremos oro, sino papel moneda falsificado burdamente carente de valor y liquidez, producto de pintamonos. ¡Cómo alegraría el resultado a viejos que han perdido, junto a la elasticidad de las arterias, la ductilidad de espíritu, indispensable para admitir el arte nuevo!”. Al fin de la perorata aclaró, no sin dignidad, que él o su presidente, prefería hundir la patria con los jóvenes antes que exaltarla con los reaccionarios, los colonialistas y los negreros.

»Por muy real que fuera mi visitante, revelaban el origen providencial de su oferta la circunstancia de abrirme un purgatorio, un lugar donde expiar mis culpas, y sobre todo la

identidad de cantidades, entre las libras que me pagaban y las de mi deuda. Confieso que esto último me convenció, me pareció un verdadero toque mágico. “Bueno”, dije, “¿cuándo debo partir?” “Cuando quiera”, respondió con un ademán amplio, de diplomático inveterado, que me daba todo el tiempo del mundo, siquiera por un instante. “¿Hoy es miércoles?”, prosiguió. “A ver, en el avión del sábado, o si prefiere en el de mañana.” Oí mi contestación como si no fuera mía, como si hablara por mi boca un desconocido: “Tan poco puedo hacer entre hoy y el sábado que lo haré entre hoy y mañana, si no seguimos charlando”. El diplomático me entregó un cheque, anunció que al otro día, a la hora cero, ya que el avión salía a la una y veinte, me recogería en su automóvil, dio alguna indicación respecto a que la ropa de mayor abrigo no era de rigor en el trópico y partió.

»Esa mañana visité al cónsul y a un abogado; a éste volví a visitarlo a la tarde, para firmar unos papeles por los que autorizaba la venta de propiedades y el pago de deudas. Para cobrar su cuenta, le pedí que pusiera en remate cuadros, muebles y cuanto quedaba en mi departamento. Quedaba casi todo, porque apenas me llevé una valija, con alguna ropa y la única fotografía que tenía de Leda. Dentro de unos minutos voy a mi sucucho y te la traigo. Verás que Leda era tan linda como te dije: está en segundo plano, desgraciadamente un poco borrosa; la que aparece adelante y nítida es la gata.

»Bueno, sin tiempo de pensar, entré en el avión que me trajo y dormido por una única píldora contra el mareo llegué a destino. En el aeropuerto me esperaban autoridades con música; me llevaron, como a todo el mundo, a beber el vino de honor con el presidente y a poner la corona de flores en la tumba del Padre de la Patria, y por último me soltaron en mi museo. Ahí desperté, ahí empezó la aflicción.

»Porque esos cuadros y estatuas lo vuelven a uno sobre sí mismo, entendí dónde estaba, qué hice y qué dejé. Llevado por hechos fortuitos, no por decisiones mías, dejé a Leda, de quien no sabía nada. En Londres no leí diarios; me aturdí con el desfalco de Colombatti y con mi viaje al África; ocupé las pocas horas en trámites y, aunque parezca inaudito, no verifiqué la afirmación del conserje de Lausanne, de que no hubo muertos en el incendio del Royal. La duda trabajó desde el día de la llegada. Por de pronto la duda de que Leda estuviera viva y la de realmente haberla visto junto a un hombre y también la de que un engaño importara más que el mismo amor. Agrega a todo esto que yo no podía volver a Inglaterra, que me ataba aquí un contrato y adivinarás el ánimo con que vagué por mis galerías de concretos, figurativos, etcétera. Como un condenado mira los muros de la cárcel miré los cuadros, no es raro que los aborreciera.

»Te dije que desperté, pero aquello fue apenas un despertar dentro de un sueño. Antes de que las cosas tomaran aire de realidad pasó un tiempo considerable. No lo creerás: a mis habitaciones, que estaban en el ala derecha del museo, las imagino, cuando recuerdo los primeros días, en el ala izquierda. Aparentemente nadie lo advirtió, pero yo vivía en estado de delirio, esperando quién sabe qué. De todos modos me llevé una sorpresa la mañana que hallé sobre la carpeta de mi escritorio un telegrama dirigido a mi nombre. Lo abrí y leí: “Lavinia murió en el incendio. Estoy muy sola. Telegrafía a Poste Restante si voy o vienes, Leda”. Después de leer el papel comprendí que en un punto mis dudas carecieron de verdadero fundamento. Leda no podía estar muerta; había en ello incompatibilidad. Eso sí, como prueba de amor, la que tenía ante mis ojos era extraordinaria.

»No porque yo recordara el episodio de Évian; siempre, desde el principio, me pareció increíble que Leda me quisiera. Entendámonos bien, increíble pero real; un hecho favorable que no correspondía a ningún mérito mío, sino que era obra del azar.

»Ya nadie en Londres ignoraría los robos de Colombatti ni mi bancarrota, de manera que Leda estaba dispuesta a recibir a un pobre o a seguirlo al África. Hay mujeres, lo sé bien, que viven los momentos, cada uno de los momentos, como si olvidaran el pasado y no creyeran en el porvenir; que tales mujeres quemen por nosotros las naves no significa una

garantía, porque llegada la hora se van a nado; pero sería injusto incluir entre ellas a Leda. Para obrar así, alguna confusión mental, siquiera voluntaria, es indispensable. No conocí mente más lúcida que la de esa muchacha. En comparación, la mía es confusa. Por ejemplo, yo interpreté el telegrama como un regalo del destino, que llevaba la situación a un plano mágico. No estar a su altura, no obedecer literalmente, mandar en lugar del telegrama pedido una carta explicativa, traería mala suerte.

»Es claro que sobreponerse a dificultades y ventajas prácticas no es para cualquiera. Me presentaban un nudo, yo debía cortarlo, de acuerdo, pero ¿cómo? La explicación no cabía en el telegrama. Lo primero era eliminar la menor incertidumbre de Leda sobre mi indigencia total. Yo me había convertido en un pobre diablo y nuestra vida en Europa no sería la de antes. Quería explicarle también que un contrato me ataba aquí. Por un año no obtenía pasaporte. No me dejarían escapar y, si lo intentaba, quizás iría preso. Finalmente debía describirle el país. Por grande que fuera su abnegación, de puro aburrida llegaría a odiarme. Después de las tres o cuatro excursiones se entregaría al alcohol y, más probablemente, a los negritos. ¿Cómo dar a entender todo esto sin aparentar un rechazo?

»Ocupé el fin de semana en redactar mi carta, en romperla, en redactarla cuatro o cinco veces. Por último la mandé y me puse a esperar. Esperé un telegrama, una carta, a Leda en persona. Esperé largos días y largas noches, primero confiado, asustado bastante pronto. Pasé de la seguridad de contar con ella, a la inquietud de haberla ofendido, a la perplejidad y al miedo. Telegrafié: “Por favor telegrafía si voy o vienes”. ¿Qué hubiera hecho si Leda contestaba que fuera?

»No sé. No contestó eso. No contestó nada. Después de otra larga espera, la contestación llegó en una carta de letra igual, a primera vista, a la de Leda, firmada Adelaida Brown-Sequard. Entonces Adelaida Brown-Sequard, la prima, existía. Voy a buscar la carta, ahora nomás, y te la muestro. Leí sin entender. Yo me preguntaba por qué Leda no me escribía personalmente. El tono de la carta era de reproche, firme y caritativo. Si el amor propio no me hubiera cegado, afirmaba la prima, yo hubiera advertido el inmenso amor de Leda. Todos los hombres eran iguales; por el amor propio sacrificaban el amor. Después decía algo que me dolió, porque era cierto: si una vez Leda fue débil, para castigarla yo no tuve debilidad. La abandoné en Évian. No me inquietó la suerte corrida por ella en el incendio; no volví; volé a Londres. Al día siguiente, cuando Leda llegó, descubrió que me había ido al África. Ni bien le dieron el paradero telegrafió. Yo no contesté por telegrama; contesté por carta, después de unos días. El aguante de Leda, en esos días, tocó fondo. La pobre chica no fingió. Padres y marido notaron su desesperación y probablemente adivinaron la causa, pero eso ahora no importaba, porque del modo más tonto (como si me negara a entender, varias veces leí el párrafo) una mañana al salir del correo (mañana y tarde iba a preguntar si había algo en la Poste Restante) aparentemente cruzó la calle sin reparar que venía un camión, porque los testigos dijeron que se tiró bajo las ruedas, y del modo más tonto encontró la muerte.

»Creo que la carta cayó al suelo. Quedé perplejo. Las conjeturas de una muerte posible no me habían preparado para la muerte de Leda. Sin ironía me pregunté qué hacía yo en el África, si Leda estaba muerta.

»Me di a la vagancia y a la bebida. Quizás esperaba el camión que me trajera la muerte a mí también. O esperaba que los barrios bajos, o la selva, que está cerca, me tragaran.

»Abandoné el cargo. Me buscaron, me encontraron, me llevaron al museo, me amonestaron, me amenazaron con un juicio (el negro es muy leguleyo). Se cansaron y me olvidaron.

»En mi borrachera yo me decía que en estos enormes arrabales, alimentados por la selva, tenía que haber de todo. Que uno, con el tiempo, encontraría cualquier cosa.

¿Entiendes?: cualquier cosa. Un día mis pasos me trajeron a este lugar y desde la calle vi a Leda.

»Pregunté por el patrón. Me mostraron dos negros grandotes, apodados el Consorcio. Les pedí trabajo. Dijeron: "No hay". Como bastaba una mirada somera para saber que mentían, me quedé. Sobra trabajo. Llevo tres años lavando copas, regando tablones, arreglando cuartos donde las mujeres atienden sus quehaceres y a la fecha no me he puesto al día. No me pagan un cobre: en ese punto el Consorcio demuestra carácter. La comida es infecta, pero siempre hay restos, de manera que no me quejo. Y a la noche, ya se sabe, para dormir dispongo de la leñera. Aunque te parezca raro, porque vivo en un bar, ando corto de bebida; aquí el que no paga, no bebe, siglos hará que no me emborracho.

»Te aclaro que la mujer no era Leda. Por de pronto la ropa: ni compararla. Leda se vistió siempre como una señora. La de aquí llevaba la vestimenta colorinche y barata que ves en esas infelices. Después el sobrenombre. No sé cómo se llamaba, pero le decían Leto, un sobrenombre ridículo. Otro tanto para lo demás. Era menos joven, menos fina, menos linda. Eso sí, al caer la tarde, ya bebida mi copa (yo todavía tenía alguna plata conmigo) era Leda. La ilusión me dominaba perfectamente. Dios me perdone, una tarde, mientras miraba esa cara, me pregunté si la cambiaría por la verdadera y qué ganaría en el cambio. La blasfemia duró un instante y después eché a temblar.

»Tampoco duró la mujer. Se fue con un mozalbete de mirada estúpida. Ahora, si la recuerdo, ni con la mejor voluntad la confundo con Leda.

»Ya nada más que la costumbre me retenía en este tugurio, pero me quedé como quien espera algo. A la vuelta de los años, el último febrero, tras el incendio de un caserón conocido en el barrio por el Medio Mundo, apareció la gata Lavinia.

»Para ti un gato será igual a otro. No entiendes de gatos. El que entiende de una materia sabe mirarla. El médico sabe mirar al enfermo, el mecánico sabe mirar la máquina. Será un poco absurdo, pero yo sé mirar un gato. Por eso te aclaro que esta gata es Lavinia, no un animal parecido.

»No te afanes en cálculos para determinar la edad de la gata que, salvada del incendio de Évian, habría llegado quién sabe cómo, después de otro incendio, a este cafetín africano. Yo medité la cuestión, porque esa Lavinia sería vieja y ésta (lo comprobarás en cuanto le mires la boca) es una gata joven, de dos años y medio: justamente la edad que alcanzó en la época de Évian. No concluyas que son dos gatas distintas. La de acá es Lavinia, te lo digo yo, que experimenté primero con Leto. Entre la cosa misma y la parecida hay una diferencia enorme. Si pides una explicación, te recuerdo el eterno retorno de que hablan Nietzsche y otros. Tendríamos un eterno retorno limitado, por ahora, a una gata. A los elementos que originalmente formaron el animal, dispersos cuando la quemazón del hotel, un golpe de azar los habría reunido de nuevo, de manera idéntica.

»Una explicación puramente material acabaría con mis esperanzas. No cabría posibilidad alguna de que dos veces, en el breve tiempo de mi vida, ocurriera un fenómeno tan extraordinario. Si piensas que reproducir a Lavinia no es menos complicado que reproducir a Leda ¿mides mi castigo? De la muerte me devuelven la gata de mi amante, no a mi amante. ¡A mí tan luego me conmovía el mito de Orfeo! Por lo menos con Orfeo la crueldad no se agravó del sarcasmo.

»Aunque estas mesas remedan cualquier café de Europa o de los nuestros, recuerda que estamos en el borde de la selva, un laboratorio que depara lo incalculable. Años atrás yo crucé un borde así y desde entonces me interno en tierra desconocida. Todo hombre se asoma a esa tierra: la del destino, la de la buena y mala suerte; yo la habito. Por eso no interpreto los regresos o apariciones como hechos naturales; los veo como signos. Primero Leto, una aproximación, después Lavinia, la gata misma, ahora tú. Perdóname si te incomoda o asusta

que te complique con materia sobrenatural, pero todos ustedes forman un dibujo en vaivén, que acabará en Leda.

-Yo -contesté rápidamente, como si quisiera aclarar cuanto antes los motivos naturales de mi presencia- he llegado en un crucero. Ahora vuelvo a bordo. ¿Me permites un consejo, Veblen? Tú te vienes conmigo y yo arreglo con el capitán pasaje y pasaporte.

-Yo me quedo hasta que llegue Leda -declaró Veblen y emitió un chillido que dos veces me sobrecogió, porque el loro lo había repetido desde la pared.

La causa fue el dedo índice de un negrote, aplicado violentamente en el costillar de Veblen.

-Una mitad del Consorcio -explicó el Inglés- me recuerda que descuido el trabajo. Alguna mujer dejó su cuarto y yo tengo que ordenarlo. No te vayas. Vuelvo en seguida. De paso me corro hasta el sucucho y traigo la carta de la prima (verás que existe) y la fotografía de Leda y de la gata.

-Una pregunta, Inglés, ¿ésta es Lavinia?!

-Sí -contestó, mientras partía al trote, bajo la mirada del negro, en dirección al patio.

La gata no lo siguió. Se restregó contra mis piernas. Creo que si quiero, me la llevo.

No esperé a mi pobre amigo. Lo abandoné para siempre. Pagué, si mal no recuerdo; salí a la calle, tuve la fortuna de encontrar taxi, volví al barco. Al oler ese ambiente particular de a bordo me hallé en casa y me invadió una gran debilidad, hecha de alivio y de júbilo. Yo creo que no se equivocó Veblen. Tuve miedo, no sé por qué.

La obra
Haciendo torres sobre tierna arena.

Lope de Vega

Como si no bastaran las promesas del más allá, queremos perdurar en nuestra tierra, tan vilipendiada y tan querida. Casi todo el mundo comparte el afán por sobrevivir en obras, en hijos, de cualquier modo. Sin duda nos mueve un instinto y en ese punto al menos igualamos en inteligencia a dos insectos, la hormiga y la abeja, y a un roedor, el castor o castor fiber. Si reflexionáramos un minuto acerca de la inmortalidad deparada por libros, obras de arte, inventos, función pública, saborearíamos la amargura de quien se dejó atrapar en una estafa. Yo anhelo la inmortalidad de mi conciencia y no soy tan vanidoso para contentarme con sobrevivir en media docena de volúmenes alineados en un anaquel; pero desde luego me aferró con uñas y dientes a esa inmortalidad de la media docena, mi robusto bastión contra los embates del tiempo, y no es menos verdad que me hago cruces, metafóricamente hablando, ante quienes día a día se afanan en trabajos que día a día se desvanecen. ¿Cómo entender a tanto artista, cuyos productos afrontan pruebas que barrerían con los cuadros del Museo de Arte Moderno, por no decir nada de muchos libritos de los poetas? Hablo de peluqueros de señoras y grandes chefs, del todo indiferentes a la rápida ruina de sus elucubraciones, llámelas complicados peinados o sabias tortas.

En cuanto a los referidos tomitos, descuento que me asegurarán un nicho -vivienda poco alegre, pero ¿qué tiene de alegre la posteridad?- en la historia de la literatura argentina. Acaso no figure entre los exaltados ni entre los ínfimos; me conformo con un lugar secundario: en mi opinión, el más decoroso. Mi nombre es desconocido por la muchedumbre, erudita en los bandos del football y en la genealogía de los caballos. Cuando digo que soy novelista, brillan los ojos del fortuito interlocutor que me propone el asiento del vagón o la mesa del casino o del banquete, pero cuando, a su pregunta, doy mi nombre, la sonrisa

momentánea se turba, hasta que una nueva esperanza la reanima: «¿Firma con seudónimo?». «No, no firmo con seudónimo.» Tal vez el interlocutor no recuerde al novelista, pero sí las novelas. Con abnegación las enumero, aunque esa mueca en el ingenuo rostro desilusionado excluye toda duda: nunca oyó tales títulos.

Mi yerro, como escritor, fue probablemente el de contar ficciones, a la postre mentiras; las mentiras, quién lo ignora, llevan adentro un germen de muerte. Ahora contaré un suceso verdadero.

Hasta hoy me abstuve de aprovechar literariamente estos hechos, por consideración a las personas comprometidas; pero en nuestro país el olvido corre más ligero que la historia, de manera que uno puede publicar un episodio ocurrido diez años atrás, perfectamente seguro de no incomodar a los vivos ni empañar la memoria de los muertos. No hay memoria que empañar, porque nadie recuerda nada.

Lucharon siempre en mi ánimo la íntima holgazanería y la voluntad de dejar obra. Aquel año la holgazanería fue demasiado lejos, aprovechó demasiado cuanto pretexto le ofreció la vida en Buenos Aires. Como yo tenía entre manos un buen argumento -generalmente, creo tener entre manos un buen argumento- resolví salvarlo, escribirlo, aunque para ello debiera abandonar la ciudad y los compromisos, rusticar quién sabe dónde.

-Aproveche para visitar el país -dictaminó la mujer del portero.

Como desconfía de mi patriotismo -es tucumana y más de un 9 de julio me sorprendió sin escarapela- no me atreví a explicarle que mi propósito no era turístico ni patriótico, sino literario.

En el fuero interno determiné ignorar el consejo y partir a Mar del Plata. Con espuma en la cara, frente al espejo de la peluquería, hablé del proyecto.

-Francamente -comenzó el peluquero, con su habitual displicencia-, usted no abusa de la imaginación.

-El novelista -repliqué- debe ejercer la imaginación en la obra, pero en la vida ¡por favor!, déjenos elegir cualquier expediente fácil. Le digo más: conviene Mar del Plata porque es pan comido; no andaré alelado, buscando puntos de interés, ni me distraeré de la novela.

Por si ello fuera poco, estábamos en abril, cuando las últimas tandas de veraneantes han vuelto a sus reductos y cuando son más hermosas las tardes. ¿No es abril el mes de los ingleses, de los que saben?

Debatí el asunto con mi amigo Narbondo. En el barrio así lo llamamos, a despecho de su verdadero apellido, según creo Rechevsky, por estar al frente de la antigua farmacia de aquel nombre, que en el treinta y tantos compró a un anterior Narbondo, a quien conocíamos por tal, pese a su verdadero apellido, Pérez o García. Alegó el farmacéutico:

-Allá tenemos unos parientes que están muy bien. Explotan una red de estaciones de servicio, desde la costa hasta el Tandil. Ganan más de lo que gastan, usted me entiende, y año tras año levantan un chalet. Si quiere le pedimos que le alquilen uno de los mejorcitos.

-¿Cómo no va a querer? -protestó la señora-. Un artista en un cuarto de hotel muere de asfixia.

-Hago la salvedad -dije- de que José Hernández, en hoteles ¡y de entonces!, escribió el Martin Fierro, ida y vuelta. Un argumento en favor de la vida de hoteles.

-O de la vida de cárceles -observó el farmacéutico-. ¿No redactó Barca, en la cárcel de Henares, La vida es sueño? Así le salió.

Hablaban tan rápidamente que usted no tenía tiempo de rectificarlos. Ya insistía la señora:

-Una casita proporciona otra tranquilidad. Con su buena chimenea y la vista al mar, yo misma daría rienda suelta a la inspiración y escribiría una novela.

Me dejé persuadir. «No busco aventuras», reflexioné, «sino condiciones favorables para el trabajo». Los farmacéuticos telegrafiaron a los parientes, los parientes telegrafiaron a los

farmacéuticos y yo, en Constitución, me encaramé a un tren y encontré la aventura, la sórdida aventura interminable que es hoy, en esta república, todo trayecto ferroviario. A las cansadas llegué a Mar del Plata, a mi casa, donde por no sé qué agradable generosidad del destino me esperaban imágenes que la señora del farmacéutico evocó en nuestro diálogo: en la chimenea los leños crepitando, en la ventana el mar.

También me esperaban los parientes de Narbondo, el matrimonio Guillot; me entregaron la casa y con delicadeza notable miraron que nada faltara. Yo había pensado: «Prósperos nuevos ricos de una ciudad un tanto materializada. ¡Cruz diablo!». Me llevé una sorpresa. Quizás en Juan Guillot, admitidas la inteligencia, la ilustración, la rectitud, la liberalidad, quedara por perdonar una que otra futesa, innecesaria prueba de que el hombre se hallaba en pleno curso de refinamiento detrás del mostrador; pero su mujer, Viviana, doña Viviana (como todos la llamábamos, aunque tenía menos de veinticinco años), era una persona extraordinaria, en quien no sabía yo si preferir la belleza tan nítida o la gracia, el don de gentes, que me dejaba satisfecho de la vida y de mí. La definí como la esposa perfecta, no sólo para el circunstancial marido comerciante, sino para el potencial cualquiera, artista o escritor.

Cuando partieron abrí la valija, escarbé entre la ropa que me había acomodado la señora del portero -con porfía afloraron objetos relativamente inútiles: una máquina de asentar hojas de afeitar, cuyo fabricante previo tal vez una nueva edad de oro, donde no cupieran la prisa ni la impaciencia, un traje de baño que de sólo verlo usted por las dudas tomaba una aspirina, un bastoncito que requería de quien lo empuñara un coraje superior a mis fuerzas, un catalejo anhelado largamente, que después de comprado quedó en un cajón-, como pude extraje los zapatos con suela de goma, los pantalones de franela, una gruesa tricota con mangas. Con ese conjunto plenamente marrón y con la pipa encendida (pipa y conjunto que me depararon cierta fama, entre las mujeres, de espíritu curioso), me senté frente a la chimenea. Pensé: «Debo comprar una botella de whisky. Con el vaso de whisky en una mano, la pipa y un buen libro en la otra, ¿quién me echa sombra? Completaría el cuadro», reconocí, «un perro fiel. De todos modos, con o sin perro, antes de volver a Buenos Aires, me fotografiarán en este rincón. Cuando la novela aparezca, lograré que algún librero exponga la fotografía».

A la otra mañana, con la pipa humeante, me lancé a una caminata por el barrio, operación de reconocimiento que aproveché para comprar yerba, azúcar, whisky, etcétera, en el almacén y para desayunar a cuerpo de rey en la lechería.

Probablemente porque el viajero es pájaro que viaja con la jaula, al entrar en el almacén de Mar del Plata me creí en el almacén de la vuelta de casa, en Buenos Aires: el mismo olor, la misma penumbra, la misma clientela de mujeres bajas, morenas y mustias. En el mostrador, es claro, no estaba el gallego don Faustino: estaba un gallego peticito, ojeroso, pálido, gris, notablemente desaseado, que se llamaba (no tardé en enterarme) don Fructuoso. Esperando el turno, lo veía despachar a las mujeres y pensaba: la identidad de la función borra cualquier diferencia entre don Faustino y don Fructuoso. En este país, aunque de muchas maneras últimamente se rebelaron, hay (por un tiempo breve, quizá) grandes reservas de mujeres tímidas y sumisas. Cuando les toca el turno en el almacén, continúan calladas, con los ojos bajos. Así quedarían interminablemente si el gallego, don Faustino o don Fructuoso, con un tono de cordial palmada en las nalgas no las animara: «Bueno, niña, ¿qué va a llevar?». Sin levantar los ojos, con una voz humilde como laucha que no se atreve a salir de la cueva, la mujer responde: «Y... cien gramos de mondiola». El gallego pesa la mondiola y pregunta: «¿Qué más?». Después de una pausa la mujer dice por lo bajo: «Una latita de mondongo». El gallego empuña la escalera, trepa, vuelve al mostrador, pregunta: «¿Qué más?». La voz queda emite: «Cincuenta de cebollitas en vinagre». Nada indica si el pedido es el último o si una larga lista continuará. El almacenero no ignora que de tales cerebros no hay que exigir la síntesis de un pedido conjunto. Con calma el hombre se encarama en la escalera, baja con la

lata, obtiene de la clienta un nuevo pedido, lleva la escalera a otra parte, trepa en busca de otra lata, baja, obtiene otro pedido, vuelve la escalera al lugar de antes, trepa en busca de otra lata. Magnánimo con su tiempo y con el del prójimo, el almacenero acepta este inútil ir y venir, se cobra en familiaridad, en el tono de manoseo con que trata a su clientela. Hay mucha indulgencia de su parte, pero nadie ignora quién manda, quién es el amo; de verdad el gallego es el gallo en el gallinero, un turco en el harén. Me atrevo a creer que para esta relación del almacenero y las clientas, el mismo Freud hubiera encontrado una interpretación psicoanalítica.

Aunque el tiempo era desapacible, frío y ventoso, no tardé en bajar a la playa, pues las casas, con tablones que tapiaban puertas y ventanas, quién sabe por qué me deprimieron.

El mar está lejos, más allá de bañados cubiertos de maleza, que uno cruza por caminitos terraplenados. Llegué, para comprender, al fin de la peregrinación, que sólo quería estar de vuelta. Me alenté: «En una mañana fría, nada más agradable que una caminata». La verdad es que ya en la caminata, la cintura duele, como si hubiera que llevarlo a cuestas el cuerpo pesa, pies y calzado tardan, retenidos por la arena interminable.

En el borde, la arena estaba firme. Del mar se desprendía ingrávida espuma que el viento deslizaba por la playa. Las gaviotas, compañeras únicas en aquella inmensidad, evocaron mis viajes y mis aventuras de alguna encarnación previa, y de pronto, olvidando el cansancio, recorrí un largo trecho, me encontré en el balneario de Atilio Bramante, frente a casa. Por la playa no tengo un punto más próximo. Aun así, para concluir la agotadora travesía debía andar unos trescientos metros (o quinientos ¿quién calcula estas distancias?). Con el pretexto de alquilar una carpa, buscaría al bañero y encontraría una silla. Confundido por la fatiga, estúpidamente olvidé mi verdadero propósito y con la idea fija de dar con el hombre amontoné más cansancio, mientras obstinadamente empujaba mi pobre humanidad por el desierto. Por último llegué a la vivienda de Bramante, en el centro del balneario, una casita de madera, sobre postes, pintada de azul; cuatro altos peldaños llevaban a la puerta de entrada, que estaba al frente, cara al mar; a ambos lados de la puerta había ojos de buey. En uno de ellos, como en un medallón, Bramante fumaba su pipa.

Le pregunté si era él. Sin apartar la pipa de la boca, sin mirarme, rugió, según entendí, afirmativamente.

-¿Puedo pasar? -fue mi segunda pregunta.

Subí y entré. La casa consistía en un cuarto; había un catre, cubierto por una manta gris; lonas apiladas; cuerdas; un cofre de madera, con una calavera pintada y el nombre Bramante; un salvavidas, con el mismo nombre, colgado en la pared; un barómetro y olor de cáñamo, de maderas y de resinas.

-¿Qué quiere? -preguntó.

-Alquilar una carpa.

-Levanto todo -repuso-. La temporada se acabó. Por cuatro náufragos que quedan...

En esa vaga categoría despectiva, sin duda yo estaba incluido. No era cosa de enojarse: el aspecto del bañero reflejaba un tranquilo y concentrado poder que se me antojaba más que humano, como si procediera de las rocas o del mar, de algún ingrediente elemental de nuestro planeta. Atilio Bramante era corpulento, cobrizo, con la cara cruzada por una cicatriz lívida; con las manos cortas, hirsutas; con una pierna de palo. Vestía gruesa tricota azul, pantalón azul, que se perdía, en la pierna sana, en una bota de goma roja. Con tal individuo, en ese cuartito, yo me imaginaba en un barco, en medio del océano; pero no en un barco de ahora, sino en un velero del tiempo de los piratas y los corsarios. Probablemente el cofre con la calavera tenía su parte en la ilusión.

-Yo paro en un chalet de los Guillot, por eso lo veo.

-Haberlo dicho -reprochó-. En esta casa un amigo de los Guillot manda.

Con el andar torpe y pomposo de un león marino fuera del agua, bajó a la playa, trajo dos sillas de mimbre. Del cofre sacó una botella y vasos.

-¿Ron? -preguntó.

También me convidó con unas galletas revestidas de chocolate, que se llaman Titas, o algo por el estilo; fumamos y conversamos.

Así comenzó una de mis tres o cuatro costumbres de aquella calmosa temporada que abruptamente desembocó en infortunios. El agrado que yo encontraba en los paseos junto al mar, en la pipa, el ron y el diálogo con Bramante, provenía, a lo mejor, de imaginarme en esas actividades y de suponer que me documentaba para alguna meritoria obra futura. En idear pretextos para postergar el trabajo es infatigable el hombre holgazán. ¿De qué me hablaba el bañero? De lejanos recuerdos de niñez, de buques y de tormentas del mar Adriático; del balneario donde nos hallábamos, distinto de todos (en su opinión) y muy superior; del caminito de acceso, que lo enorgullecía casi tanto como el propio hijo, una suerte de Apolo rubio, rojo y robusto, cuyo cuerpo joven, cubierto de vello dorado, tendía a la forma esférica; lo avisté más de una vez, como a un capitán en el puente de mando, en el centro de la herradura de carpas del balneario contiguo. A este hijo, que había formado a su lado, el verano último lo puso al frente de uno de los dos balnearios que regenteaba; el muchacho se portaba a la altura de las circunstancias y a la tarde trabajaba en la estación de servicio, donde el matrimonio Guillot lo trataba «como de la familia», y en las madrugadas de invierno salía a pescar con la lancha, mar afuera.

Tales diálogos frente al océano duraban hasta el mediodía. Después yo juntaba fuerzas para emprender la vuelta, almorzaba como un tigre en la cantina y cuando llegaba a casa, con buen ánimo para el trabajo, caía en un siestón del que no despertaba del todo hasta la hora del té. Algún pretexto -por ejemplo, preguntarle si conocía a una muchacha para la limpieza- me encaminaba hacia el departamento de doña Viviana, que estaba en los altos de la estación de servicio. Allí, en buena compañía, yo absorbía, sin llevar la cuenta, repetidos tazones de chocolate espeso, más una cantidad notable de factura. Aunque mi conversación era pobre, por un prejuicio en favor de los escritores, del que tardaba en desengañarse, la señora me escuchaba como a un maestro, mientras yo, absorto en la visible suavidad de sus manos blancas, entreveía esperanzas descabelladas. Comportarme de tal manera no me preocupaba demasiado, porque estaba borracho por el aire fuerte y la digestión.

Los Guillot tenían un hijo: un gordo de tres o cuatro años que rodeaba en un silencioso y terco triciclo la mesa donde tomábamos el chocolate. Yo debía estar bastante enamorado de la madre, pues el chiquillo -por lo general, no los veo- me interesaba. Que al dirigirse a ella la llamara doña Viviana, me parecía una irrefutable prueba de personalidad. Un chico es un loro que repite lo que oye; yo sabía esto, pero lo había olvidado.

Mirando al gordo, una tarde afirmé:

-Sobrevivimos en la obra. Por eso hay que hacerla con amor. Por todo Viviana se ruborizaba. Misteriosa y encantadoramente ruborizada, replicó:

-Qué disparate. La obra reemplaza al autor y no hay más que resignarse. ¿De verdad usted cree que revive Chopin cada vez que toco un nocturno? ¿Cuando alguien lea la historia de Flora, de Urbina y de Rudolf, dentro de cien años, el autor sonreirá en su tumba?

-Hablamos en serio -protesté, molesto y halagado de que me citara.

-No hay que renegar de las criaturas -declaró-. Yo sé que no sobreviviré en mi hijo, pero estoy contenta de que sea él quien me reemplace.

Pensé: nadie reemplaza a nadie. También: está contenta porque piensa que de algún modo su vida sigue en el vástago. Pero no me atreví a hablar, porque sabía que no encontraría las palabras, ni me atreví a decirle que yo deseaba un hijo, porque adiviné que la frase, en aquel momento, sonaría a vulgaridad.

Mayor audacia desplegué en mis tratos con Dorila, la muchacha que la señora Viviana me mandó diariamente para barrer, fregar y planchar. Al principio me llevé una desilusión, me dije que por ese lado no había esperanzas y la bauticé la Mataca. Era baja, de color cobrizo, de pelo negro, de cara ancha, de frente angosta, de ojos pequeños, bastante apartados el uno del otro y sesgados. Me ocurrió algo inexplicable: mientras procuraba pensar en mi novela, de algún modo yo seguía por la casa los movimientos de esta mujer joven. Días u horas de convivencia bajo un mismo techo operan en las personas auténticas metamorfosis. Perplejos asistimos al paulatino florecimiento de encantos: una insospechada morbidez en el brazo, o aquella región inexplorada entre la oreja y la nuca, blanca como los lados crudos de un pan, investida de no sé qué deseable intimidad, o los ojos, que de pronto revelan una ferocidad en la que uno quisiera entrar como en las aguas de un río. Desde luego me refrenaba el peligro del paso en falso que llegara a oídos de doña Viviana. Me hubiera muerto de vergüenza, aunque lo más probable es que tal extremo resultara innecesario, a juzgar por las familiaridades acordadas por la Mataca a repartidores y medio mundo. Presumo que hubo entre ella y yo un acuerdo tácito y que nos deslizamos, no sin vértigo de mi parte, hasta lo que se llama el mismo borde.

Como un pecador que no perdiera la fe, yo confiaba en que esta rutina, por una admirable transición, algún día me abocaría de lleno en el trabajo de la novela, cuyo manuscrito me acompañó en mis andanzas fielmente, bajo el brazo. En determinado momento pareció que la previsión se cumpliría. Con relación a las dos mujeres (tan diferentes, que debo acallar escrúpulos para juntarlas en una frase) me resignaba al papel de espectador; por otra parte, indudablemente empezaba a acercarme a la historia del libro, los personajes eran de nuevo reales para mí.

Después de comer, mientras volvía a casa, mirando el cielo amenazador, una noche me encontré en plena invención de los episodios finales de la novela. Había leído en un diario, que el ocupante previo dejó en mi mesa, un suelto sobre la «costa galana». Me pregunté si con el epíteto «galana» habría alguna frase tolerable. Como respuesta, los versos de López Velarde me vinieron a la mente:

¿Quién en la noche...
(siguen unas palabras olvidadas)
no miró antes de saber del vicio
del brazo de su novia la galana
pólvora de los fuegos de artificio?

Rápidamente inventé el episodio de los fuegos artificiales, que los héroes contemplan de la mano. Sólo faltaba la voluntad de pasar todo aquello al papel. Resolví madurar el tema, rumiarlo durante la noche, postergar el trabajo para el otro día. En este punto salí burlado, porque ya en cama el sueño me abandonó, inconteniblemente urdí situaciones y frases. Muy tarde me habré dormido, porque en seguida las detonaciones me despertaron. Primero creí que eran salvas de la fiesta de mi libro. Después comprendí que ocurrían en el mundo de afuera, pero lo comprendí con una razón tan oscurecida por el sueño, que me atribuí la culpa. «Quién me manda pensar en pirotecnia», dije asustado. No era para menos. De tanto en tanto, por la, persiana entraban iracundos relumbrones, como extremas olas de un creciente mar de luz. «Que se embrome el barullo: no me va a sacar de la cama. Habrá tiempo mañana de averiguar las cosas.» Me tapé completamente con la cobija, me imaginé a mí mismo como alimaña en la madriguera. Ya el previsto sueño me solazaba, cuando reventó, yo diría que en mi propio cuarto, una bomba o un rugido enorme. El relumbrón inmediato fue vivo. Incorporado en la cama proyecté en pared y techo una sombra que me intimidó: «La pereza es la madre de los vicios», mascullé, mientras me vestía con notable prontitud. No omití la chalina, porque la

noche debía de estar fresca. «Voy a ver qué pasa. No vaya a convertirme, dentro del chalet, en pichón al horno.»

Abrí la puerta. No hacía frío. La noche tenía una insólita tonalidad de cobre. Había grupos de gente mirando hacia el lado del faro; del lado del puerto llegaba más gente. Cuando en un grupo avisté a don Fructuoso, corrí como a los brazos de un amigo.

-¿Qué pasa? -pregunté.

-Fuego, un incendio bastante gordo -contestó.

-Saboteadores -explicó uno de los que llegaban del lado del puerto-. Mientras aquí no apliquen la pena de muerte, estamos fritos.

-El país no tiene fundamento -dijo otro.

-¿Qué se quemó? -pregunté.

-Pues casi nada -respondió don Fructuoso-. Verá usted.

-La estación de servicio -dijo la señora de la lechería.

-¿No la de Guillot? -pregunté con miedo en el alma. Ya veía las llamaradas y la ingente columna de humo.

-La de Guillot -respondió don Fructuoso.

-¿Quién estaba adentro? -pregunté.

-El fuego los atrapó adentro -dijo la señora de la lechería. La chica que atiende en la frutería agregó:

-También al pobre Cacho Bramante, sin comerla ni bebería.

-¿Cacho Bramante? -pregunté un poco atontado.

-El hijo del bañero Bramante -dijo la señora de la lechería-. El balneario queda enfrente del chalet...

Interrumpí las explicaciones con la pregunta:

-¿No puede uno hacer nada para salvarlos?

-Allí arde nafta, mi buen señor -razonó don Fructuoso-. ¿Quién se arrima? Ni yo ni usted.

Un anciano que parecía muy débil opinó:

-Todos, póngale la firma, incinerados.

Me alejé de esa gente cruel. Rondé por donde pude, llegué hasta donde los bomberos cortaron el paso. Realmente apretaba el calor. De nuevo encontré a la chica que atiende en la frutería.

-¿Está llorando? -me preguntó.

-Es el humo -contesté-. ¿A usted no le incomoda el humo?

-Dicen que no estaban todos adentro -anunció. Yo no quería esperanzas, pero interrogué:

-¿Quiénes estaban?

-No sé -contestó-. Ojalá que no estuviera el Cacho.

«Pensamos en distintas personas», me dije, «pero la ansiedad es igual». La tomé del brazo, la chica sonrió, yo hallé que había algo noble en su mirada y que debajo de mucho desaliño y poca higiene no era fea.

Afirmó un muchacho corriendo:

-El que no está es Guillot. Ayer a la tarde fue al Tandil. Dios me perdone, quedé consternado. Solté a la muchacha, porque temí que me trajera mala suerte.

-Cuando vuelva -observó una mujer- ¡qué cuadro! Dijeron otras:

-Yo, en su lugar, prefería haber muerto.

-Mil veces.

-Pasto de las llamas la señora y el pobre hijo inocente.

-También Cacho Bramante, sin comerla ni beberla -repitió la chica que atiende en la frutería.

-Ya serán polvo y hollín los pobres. ¡Miren qué infierno!

-No crea. El cuerpo humano aguanta. ¿No oyó hablar de los cadáveres de Pompeya?

-No me gusta hablar de esas cosas. Tengo imaginación. Pienso en doña Viviana, llena de vida ayer, y ahora... ¿qué parecerá? Yo tengo mucha imaginación.

-Yo he visto el cadáver de un siniestro: queda un mechón de pelo áspero y la dentadura blanquea.

-Tan blanca la señora: se habrá quemado como un terrón de azúcar.

-Tanto desvelo de doña Viviana por ese hijo. Ya no hay ni hijo ni Viviana.

-Muy joven doña Viviana y muy señora.

-Ayer nomás vi al chico en el triciclo.

«Qué gente», murmuré con rabia. «Qué manera de conmoverlo a uno.» Me alejé, tratando de atender las cosas que me rodeaban, los pormenores del camino, el incendio a lo lejos; tratando de distraerme de mis pensamientos. ¿Quién no es un miserable? Casi tanto como la confirmación de la muerte de Viviana temía yo la eventualidad de llorar en público. «Es una vergüenza», repetía ambiguamente. «Si me hablan del pobre chico en el triciclo me revuelven un cuchillo adentro.» Miré el humo y me encontré pensando que tal vez una parte ínfima de esa columna negra provenía del cuerpo de Viviana. Sin querer exclamé: «Pobrecita». Procuré callar la mente, pero ya formulaba otra reflexión: «No volveré ¡qué raro! a verla, nunca». Argumenté en el acto: «¿Quién sabe? No tengo más testimonio que el rumor de la calle». Recordé las obras de Gustave Le Bon, como si las hubiera leído, y sostuve que la multitud siempre se equivoca. «Ojalá se equivoque ahora», murmuré.

No había suficiente agua o faltaba presión, o todo era uno y lo mismo, de modo que tardaron los bomberos en apagar el fuego.

Como sonámbulo rondé por allá, describiendo círculos cuyo obstinado propósito no imaginé. Los dueños de una casa me llevaron al balcón, para que viera mejor, y en otra, a medio construir, llegué al techo. Pronto bajé de estos miradores, afanado por continuar las vueltas. ¡Cuánto anduve aquella noche y aquella mañana!

-Acabará arrojándose a la hoguera -opinó la señora de la lechería.

Era increíble: hablaba de mí y todos convenían con ella. Sospecho que el mucho trajinar me habrá dado aire de loco. Fue inútil resistir: me arriaron al almacén, en cuya trastienda me sentaron a una larga mesa, cubierta por un pulcro mantel de diarios, presidida por don Fructuoso y compartida por la señora de la lechería, los fruteros, que son turcos acriollados, la chica y otros vecinos que no identifico en la memoria.

-Corra, pues, aperital con granadina -ordenó el dueño de casa.

El siniestro, como decían, les abrió el apetito; a mí me cerró la garganta. En una fuente enlozada trajeron un lechón -juro que parecía un niño rubio-, un lechón entero, con todos los detalles de ojos, orejas, etcétera. Con voracidad lo devoraron. Era admirable en esa gente la cálida fraternidad, tan generosa, tan dispuesta a no excluir a nadie, que me incluía a mí: la valoro con gratitud.

Una mujer me gritó en la oreja:

-Ahogue la pena en vino dulce.

Bebí; quería huir; cada trago era un paso que me alejaba. Aún hoy no entiendo por qué los pormenores macabros, referencias pías a cadáveres carbonizados o no, que todo el mundo aportaba en la comilona, combinados con tanto lechón, me incomodaban. Comí poco. Bebí el aperital con granadina; después, vino dulce. Mi último recuerdo es de alguien que llegó de repente y declaró de un modo indefinidamente dramático:

-Anoche lo vieron al hijo de Bramante cuando salía por una ventana.

-¡Bravo! -aplaudió la muchacha de la frutería.

Luego me enteré de que me llevaron a casa y me metieron en cama. Desperté a la madrugada. La noche íntegra soñé con Viviana y su hijo, carbonizados y vivos, o admirablemente blancos y muertos, con Bramante, con el hijo de Bramante, huyendo por la ventana como ladrón; soñé con fuego, con explosiones, con ambulancias, con carruaje de bomberos aullando sirenas.

Lo que en el sueño repetidamente interpreté como sirenas fue sin duda el viento. Diríase que arrancaría la casa. Ventanas, marcos, tirantes, unían sus quejidos al quejido de todo lo de afuera. Dominando el estruendo general bramaba el mar, inmediato, como si rodara y reventara encima.

Me levanté, en la cocinita preparé un café negro y salí, bastante arropado, a beberlo al corredor. El alba se trocó en mañana luminosa. No podía uno menos que mirar hacia la playa. Era muy notable el rumor de las olas: nunca oí un rumor tan grande. En cuanto al mismo mar, próximo y colérico, nadie hubiera dudado de su poder, si un antojo meteorológico lo ordenaba, de acabar con nuestra tierra firme. Por todos lados, el aspecto era de restos dispersos, desolación, tumulto. Los bajos y el camino del balneario estaban anegados. Las olas todavía llegaban a la casa de Bramante. Cuando divisé un punto negro y móvil entre las desnudas armazones de las carpas recordé el catalejo. Yo estaba seguro de haberlo sacado de la valija. Después de un rato lo encontré.

En el nítido lente del catalejo apareció mi amigo, el bañero Bramante. Para salvar las maderas de sus carpas luchaba con el mar a brazo partido, de igual a igual.

-Qué madrugador -me espetó el turco frutero. Tenía una inconfundible manera de modular sinuosamente las palabras.

-Usted también -repliqué.

-Pobre Bramante -dijo.

-¿Por qué? -pregunté con algún fastidio.

La imagen de Bramante atareado allá abajo, que me traía el anteojo, sugería un león, una antigua locomotora a vapor, cualquier símbolo de poder y de orgullo, pero, francamente, no el término «pobre».

-La noche entera peleando con el mar para salvar palos y estacas. No le queda otra cosa. Lo miré sin entender y repetí:

-¿No le queda otra cosa?

-Al hijo hay que darlo por perdido. Salió con la lancha ayer a la madrugada. Todos los pescadores volvieron, menos él.

-Ni volverá -dijo don Fructuoso que había llegado silenciosamente.

-¿Porqué?-pregunté.

-Con este mar -respondió el frutero.

-Que el mar se lo trague -sentenció don Fructuoso-. ¿Os digo lo que me dijo el auxiliar Boccardo? Está probado que aprovechando el viaje del marido al Tandil, el hijo de Bramante trató de deshonrar a doña Viviana. En el forcejeo la mató. Luego, para borrar crimen y rastros, el tipejo arrimó una cerilla a las cortinas: al rato los tanques de combustible completaron la faena.

Aquel día no tuve coraje de visitar a Bramante y a Guillot. Me recluí en casa, a trabajar. Para las comidas corría hasta una fonda, donde nadie me conocía ni me hablaba. Escribí con provecho. Porque al retratar a la heroína pensaba en Viviana y al explicar el dolor de los héroes refería mi dolor, escribí con elocuencia. A fines del invierno, en Buenos Aires, publiqué el libro; en mi opinión los críticos no lo entendieron debidamente.

Por cierto no dejé a Mar del Plata sin llevar antes mi pésame a Guillot -un cuarto de hora de incomodidad, en que hablé menos al deudo de su pena que de su chalet- y a Bramante. Cuando enfrenté la casita azul, el bañero asomado a un ojo de buey, como en

aquella primera mañana que ahora me parecía tan remota, fumaba la pipa. Bebimos ron, comimos galletas revestidas de chocolate y por último conversamos. Involuntariamente me puse a consolarlo. ¿Quién era yo para consolar a Bramante? La desgracia no lo apocaba. Del hijo no quería acordarse y del mar afirmó que era un bicho nada simpático.

-Pero le debo algo -admitió-. En mi largo trato con el mar aprendí que lo más natural del mundo son los cambios. Como yo estaba pobre de ideas, nuevamente lo arengué:

-No se descorazone -dije.

No lo tomó a mal. Admitía la posibilidad, confiado de dominarla. Declaró:

-NO ME DESCORAZONO, PORQUE DEJO OBRA. CON UN ADEMÁN SERENO INDICÓ LA PLAYA.

(A E.P., tan amistosa
como secretamente)

Carta sobre Emilia
Amor loco...

(Refrán español)

La otra tarde, en la editorial, frente al enrejado castillete de la caja, cuando cobré mis últimos trabajos, usted me previno que el día menos pensado la gente se cansaría de Emilia y yo le prometí otras mujeres. Bueno, mi señor Grinberg, lo engañé. No lo engañé por cálculo, ni por enojo, sino porque mi espontaneidad es tan torpe que si yo hubiera intentado una inmediata justificación, lo hubiera irritado sin convencerlo. Usted dijo: «La cara de arlequín rubio, de Emilia, y esos pechos en forma de pera de agua, son un caramelo que todo lector de la revista por demás ha relamido. Es hora de ponerse a trabajar; no de repetir la misma acuarela o el mismo dibujo: de trabajar en serio». Yo entiendo que para trabajar en serio debe uno trabajar con ganas, no como un escolar en el yugo de sus deberes. Mis ganas de retratar a Emilia no se agotaron. Basta mirarla para desechar el temor de repeticiones. Porque Emilia es un modelo infinito, siempre estoy descubriendo en su fisonomía o en su cuerpo una nueva luz, que no fijé aún. Me aventuro por mi modelo, como un explorador que descubriera bosques, montañas, torres, en el fondo del mar, y rescato para los lectores de la revista vislumbres de un mundo prodigioso, pero usted, el director, sacude la cabeza, agita una mano, grita «¡No!», reclama, en lugar de Emilia, un surtido de señoritas intrascendentes. «Vaya a la confitería», ordena, «de siete a nueve, y eche mano. Hay que moverse, hay que renovarse, amigo mío». Con el infalible instinto de un ciego, usted opina que estoy más interesado en Emilia que en el arte.

Es raro: dos veces oí las mismas, o casi las mismas, palabras. La primera ocurrió hace tiempo. Yo colgaba mis cuadros para una exposición titulada Nueve pintores jóvenes (mil años pasaron desde entonces), cuando una colega, que todavía machaca por galerías y bienales, murmuró, como quien piensa en voz alta: «Estoy por creer que te gustan más las mujeres que la pintura». Aquel día no acabó sin que llegara usted, traído probablemente por su infalible instinto, y me abriera de par en par la revista: oferta monstruosa, oferta que para cualquier pintor era una bofetada en el rostro y que acepté en el acto (aunque usted la propuso con las palabras: «Lo espero sin apuro. En la vida no se apure, si quiere salirme bueno»). Aliviado, renuncié a pintar mujeres con algo de naturaleza muerta, como las veíamos los pintores, para recrearlas como las quiere el común de los mortales. Tardé bastante en advertir que no sólo me había mudado de una convención a otra, sino que había bajado a un nivel subalterno. Estaba conforme, porque había encontrado mi camino. Ya no trataba de imitar a

maestros; era por fin yo, con descanso y con naturalidad. Hay que ser el que uno es; nada amarga tanto como una doble vida. Aunque mis antiguos amigos del grupo Pintura Nueva lo vean como una suerte de corruptor que me apartó del arte, tentándome con dinero y con mujeres, para hundirme en faenas poco menos que tenebrosas, comprendo, si reflexiono, que usted fue un segundo padre para mí. Porque lo tengo por tal, ahora le escribo esta carta.

¡Cuántas mujeres pasaron por el estudio! ¿Ha olvidado a Irene, señor Grinberg? Era alta, pálida, con largas trenzas rubias, y cuando se plantaba de espaldas, para que yo la dibujara, sus pies caían en ángulo admirable. Usted la observaba con fauces de lobo hambriento. ¿Olvidó también a nuestra Antoñita, famosa por aquella desviación de un ojo, que usted llamaba su vértigo particular? Pienso en todas ellas con alguna nostalgia, pero si las recuerdo por separado me juzgo dichoso de que estén lejos.

Invistiendo caracteres de verdadero padre, un día usted me reconvino: «Hay que asentar cabeza. En esta multitud de mujeres ¿quién no se perdería? El Gran Artista trepa, se encarama, descubre en el tropel a la mujer única y por el procedimiento de la repetición pura la impone. Entonces los del gran número nos enamoramos de su modelo y levantamos para usted un pedestal, del que nadie lo bajará al primer cascotazo». Diríase que el mundo se confabuló para que yo pareciera un ejemplo de docilidad. Isaura, que por su vigor de animal joven, desechaba la sola idea del abrigo y siempre andaba acatarrada, cayó enferma. No di con Antoñita ni con Violeta. El teléfono de Saturna funcionaba mal. Yo había perdido la pista de Irene. Preocupado, porque era sábado y el lunes debía entregar los trabajos, crucé enfrente, al parque Chacabuco, a tomar el sol. Cuando pasé del parque propiamente dicho al sector que los jubilados llaman el jardín italiano, divisé, a la izquierda, en el extremo de un sendero rojo, rodeado de simétricos canteros de césped, a mi amigo don Braulio, cubierto por el paño negro de su máquina, fotografiando a una señorita rubia y larga, vestida de verde, sentada en un banco de mármol, debajo del arco de un ciprés. Para mis adentros comenté: «Es un cuadro de Gastón Latouche». Mientras me alejaba, la idea de cuadro me llevó a la de modelo y reflexioné que dejaba atrás la solución. Volví sobre mis pasos. Con algo de cocinero que revuelve y prueba, don Braulio manipulaba sus placas. La señorita había desaparecido.

Pregunté:

-¿Quién es? ¿Crees que volverá?

-Tiene que volver. Si no vuelve ¿me como las fotografías? No, mi amigo, eso no se hace.

Después de explicarle la situación, dije a don Braulio:

-Necesito cuanto antes un modelo. Tal vez tú podrás hablar a la señorita.

-Déjalo por mi cuenta -respondió.

-Que vaya a tratar a casa. ¿Recuerdas el número?

-No importa el número. Es la casa que parece un mascarón de proa.

Aunque mi casa, que forma esquina, no parece un mascarón de proa, sino una proa, comprendí que don Braulio la identificaba; según el estado de ánimo, la veo como una proa avanzando triunfalmente sobre el verde del parque o como un agudo vértice que gravita sobre mi corazón con la sombra y el peso de muros, donde alguna que otra ventana, muy breve, se entreabre sórdidamente.

Calentaba el agua para el mate, cuando sonó la campanilla. Abrí la puerta: Emilia, la mujer única, por la que usted clamaba y ahora protesta, entró en mi casa.

-El fotógrafo me habló -dijo-. Nunca trabajé de modelo, pero vengo resuelta a todo.

Echó a reír, porque estaba en uno de sus días alegres y tontos. Creo que me enamoré inmediatamente, aunque no es imposible que en verdad el proceso llevara una semana.

Con desagrado reflexioné: «Como nunca trabajó de modelo, no sabe lo que va a cobrar; tendré que decírselo; le parecerá poco».

Para que no sospechara que yo era idiota -hacía rato que estaba callado- justifiqué mi silencio:

-Estoy pensando en algo que después arreglaremos.

-¿En qué? -preguntó. .

-Ya arreglaremos -repetí.

Insistió:

-Quiero saberlo ahora. No me pida que espere. Yo nunca espero. Odio la incertidumbre.

La curiosidad le iluminaba el rostro y le oscurecía la inteligencia. Emilia era prodigiosamente joven.

-Bueno: pensaba que deberíamos convenir cuánto le pagaré.

Como si me dijera: «Esperaba algo más interesante que esa miseria», exclamó:

-Ah.

Aquella tarde tomamos mate y trabajamos. Mi señor Grinberg, ¿le comunico los dos axiomas de mi conducta? Helos aquí: lo primero va primero y que cada cual se conozca. Si no dibujo a Emilia, acaso no dibuje. Yo con Emilia estoy contento; lo demás viene después. Permítame que alce un poco la voz, como si usted fuera sordo, para aclarar que lo demás incluye todo lo demás. Desde luego, mi situación con Emilia no es tan estable como yo la desearía (ni como ella la desearía: «La mujer quiere estabilidad» es una frase que siempre repite). Me consuelo, o trato de consolarme, con la reflexión de que la vida misma, comparable a una cambiante luz que pasa por nosotros, también es precaria. Estas ideas me traen el recuerdo de la gente de la casa de al lado, cuando yo era chico. En cuanto apretaba el verano, cargados de valijas, precedidos de camiones de Villalonga, cargados de baúles, partían a Mar del Plata, a instalarse por la temporada, pero usted, contando los bultos, calculaba que no volverían hasta quién sabe cuándo; pues mire, aunque entonces el tiempo fluía con pasmosa lentitud, antes de que usted se acostumbrara a la noción de que habían partido, los tenía de vuelta, con las valijas, con los baúles, con Villalonga. Como predica en el parque un inglés de cuello de celuloide y traje negro, sobre arena movediza levantamos un tabernáculo.

Mi vida es calma y ordenada. Por la mañana trabajo en apuntes de la víspera o dibujo de memoria, hasta que llega Tomasa, la sirvienta. Entonces, con la red debajo del brazo, me corro a la panadería, al mercado, al almacén y ¿usted lo creerá? no sin agrado elijo las compras, alterno saludos y comentarios con los conocidos, casi diría con los amigos, que encuentro ritualmente, a la misma hora, en los mismos lugares. A mi vuelta, la casa está limpia, Tomasa prepara la comida, yo sigo dibujando. Después del almuerzo cruzo al parque, a tomar el sol, y departo con jubilados, cuyo aspecto deprime a Emilia. Entrando a conversar, la gente vale por lo que dice, de modo que yo, aunque pintor, paso por alto la traza cuando es atinada la reflexión, o cuando es útil, como la que ayer sometió don Arturo, el de los ojos como huevos al plato reventados, que, según colijo, trabajó en calidad de vareador en algún stud platense, pese a que se proclame ex ascensorista del Palacio Barolo. «Tú, carbonilla en mano», me dijo don Arturo, «suda que te suda para arrancar el parecido a la personita que retratas y te juego la cabeza que mientras tanto, lo más oronda, la fulana copia al dedillo tus gestos, palabras, amén de opiniones: cosa de nunca acabar. La mujer hay que ver cómo copia».

A las cinco en punto vuelvo a casa, a esperar a Emilia, que llega con retardo. Mi dicha dura tres horas (otros tienen menos). Antes de las nueve parte Emilia y por separado acometemos un largo trayecto que preveo con temor y que luego, muchas veces, deploro: revolución de veintiuna horas, en que Emilia recorre un mundo hostil. Todo lo sé, porque ella es perfectamente sincera.

Emilia no va a su casa, a las nueve, sino al club. Créame, señor Grinberg, no sé cómo una muchacha de vivo y delicado discernimiento tolera a esa gente; porque mi indulgencia -habría que decir mi caridad- es menor, no la acompaño y sufro lo que sufro. A esta altura de nuestra relación, concurrir al club me resulta virtualmente imposible. Sin embargo, al principio, la misma Emilia me pedía que la acompañara. Yo me negaba, para demostrar mi superioridad. Es claro que si ahora yo apareciera una noche por los salones del club me volvería tan odioso como cualquier espía. Emilia va, porque a alguna parte hay que ir, pero le aseguro que no tiene afinidad con los consocios que allá encuentra: gente sin interés, ni un solo artista, la humanidad que abunda. No puedo pedirle que se quede en su casa, porque su casa la deprime. ¿A quién no deprimiría el estrépito de esa infinita reyerta de los padres y la compañía del hermano, de espíritu comercial, y de la hermana, la profesora, que no perdona al prójimo la propia fealdad y decencia? Tampoco puedo, sin provocar toda suerte de sinsabores, retenerla en casa. Emilia me previene: «Yo no quiero ser pasto de las fieras. No quiero estar en boca de nadie». Por mi parte, le encuentro razón.

Usted preguntará por qué no me casé con ella. Quien mira de afuera no entiende de vacilaciones y con rápida lógica dispara su desdeñosa conclusión. El matrimonio con Irene, con Antoñita o con Violeta no hubiera tenido sentido; cuando por fin llegó Emilia, yo me había hecho a la vida de soltero; estaba dispuesto a querer y a sufrir, pero no a cambiar de costumbres. Después, por amor propio u otra causa, Emilia no quiso que nos casáramos.

Para entender a Emilia debe uno conocer el aspecto de su carácter que me trajo más amarguras. Me refiero a la puerilidad. Recordaré como hecho ilustrativo que el invierno pasado, cuando le mandaron de Tucumán a los dos sobrinos, Norma, de cinco años, y Robertito, de siete, mi amiga continuamente imitaba a la niña, remedaba sus monerías y su modo de hablar. Una tarde, mientras tomábamos mate, me propuso que jugáramos a ser Norma y Robertito, tomando la leche. No frunza la trompa, señor Grinberg. Por amor llega el hombre a cualquier oprobio.

Cuando Emilia se pone a denigrar a sus amigos del club, tiemblo. Aunque no la contradigo, insiste, por ejemplo, en que Nogueira, un individuo que desconozco totalmente, es de lo más grosero: la apretó mientras bailaban; con el pretexto de la falta de aire la sacó al balcón, donde la besó, y por último le prometió que la llamaría por teléfono «para combinar algo». Con despecho comento: «¡Cómo lo habrás provocado!». Mi conjetura la ofende, pero al verme contrariado y pálido se enternece, pregunta si no hace mal en contarme todo. A los pocos días, cuando anuncian otro baile en el club, le pido que no vuelva a ocurrir un episodio como el de Nogueira.

-No debí contarte eso -exclama-. Además ¡hace tanto tiempo! Me parece que yo era otra. No te quería como ahora. Ahora sería incapaz de hacer una cosa así.

Con su ingenuidad no fingida, Emilia me confunde. Si no agradezco el amor que en el momento la embarga, soy ingrato; si desconfío, soy insensible, quiebro nuestra milagrosa comprensión. Estas actitudes, tan espontáneas en ella, no revelan un fondo turbio y malvado, sino (lo que no es nuevo para mí) un temperamento estrictamente femenino. Procuro, pues, olvidar la serie lamentable que incluye a Viera, a Centrone, a Pasta (un actorzuelo), a Ramponi, a Grates, a un peruano, a un armenio y a otros pocos.

Repentinamente la pesadilla ha concluido. Emilia, por milagro, cambió. De medio año a esta parte, no me trae noticias de infortunadas aventuras nocturnas con los amigos que encuentra en el club. Yo he sido muy feliz. Yo estaba acostumbrado a prever, con el corazón oprimido, los inevitables episodios, fielmente confesados al otro día, que lograban siempre el perdón, porque de verdad no eran muy serios, ni de efecto perturbador en nuestro modo de vivir, sino que tenían el carácter de penosas debilidades, detestadas por la misma Emilia, de caídas atribuibles a la confusión del alcohol o simplemente una puerilidad extrema, agravada

de buena fe. Y ahora ¿comprende usted lo que significa de pronto descubrir y luego confirmar que acabó la pesadilla muchas veces renovada?

Como le dije, últimamente fui muy feliz. La otra noche, nomás, yo pensaba que no estaba acostumbrado a que la realidad, el mundo o Emilia me trataran tan bien; que lo natural sería descubrir, primero, alguna grieta y luego, por la grieta, una verdad espantosa; que en contra de cada uno de los antecedentes de mi experiencia, día a día se corroboraba el carácter auténtico de mi increíble fortuna. No fue bastante que cesaran las infidelidades en el club; oí, de labios de Emilia, las palabras:

-Voy a quedarme, esta noche, hasta más tarde. De todas maneras, los que comenten no van a quitarnos las locuras que hagamos y los que no comenten no van a devolvernos las que dejemos de hacer.

Para tomar una resolución tan opuesta a sus convicciones de toda la vida, mucho debía quererme Emilia. Yo reflexioné que mientras una mujer lo quiera, el hombre no tiene por qué envidiar a nadie.

Amanecía cuando la dejé en la puerta de su casa. Durante el camino de vuelta, recité versos y, de golpe, con la exaltación de quien descubre, o sueña que descubre, algún portento, entendí que en la dureza de las baldosas, a mis pies, y en la irrealidad de la luz que envolvía la calle, había un símbolo de la inescrutable fortuna de los hombres. No sólo la tienes a Emilia, me dije, como quien enumera trofeos; también eres inteligente. Sí, mi señor Grinberg, yo conocí horas de triunfo.

Al otro día, por teléfono, Emilia me explicó que para «aplacar las fieras» no me visitaría esa tarde. Desde entonces alternamos días en que se queda hasta la madrugada, con días de ausencia total.

Con un poco de cordura -si yo me atuviera a los hechos y no cavilara- sería feliz. En definitiva ¿cuál es el cambio? Ciertamente hay días en que no la veo, pero hay otros en que la veo doce horas, en lugar de las tres de antes; por semana, antes la veía veintiuna horas y actualmente, por lo menos, treinta y seis.

Puedo, pues, darme por bien servido, sobre todo cuando no recuerdo que en las relaciones de amor, si una persona influye en otra, lo habitual es que esto ocurra desde el principio. Después de muchos años ¿a santo de qué influirá uno? ¿Por qué Emilia dejó de ir al club? ¿Por qué no recae en sus aventuras nocturnas? ¿Por mí? Asustado, como el enfermo que en medio de la noche se pregunta si no tendrá un mal sin cura, yo me pregunto si no se habrá deslizado otro hombre en la vida de Emilia.

Ahora le contaré lo que pasó en nuestra fiestita, señor Grinberg. En lo más ardiente del verano hay una fecha que celebramos, Emilia y yo, con una fiestita. Yo compro en Las Violetas un pollo de chacra y me ingenio para obtener el champagne chileno, preferido de Emilia, quien por su parte contribuye al banquete con almendras y otros manjares, cuyo mérito principal consiste en ser elegidos por ella. Este año temí que se complicaran las cosas, ya que en la misma noche inauguraban en el club una kermesse, con baile y tómbola, y se revelaría a las doce el resultado de una rifa que Emilia deseaba ganar. El premio era un mantón de Manila.

-Si me toca el mantón, lo pongo sobre el piano -declaró Emilia, riendo, porque sabe que un mantón sobre un piano es el colmo del mal gusto y porque sabe también que ella tiene una personalidad bastante fuerte para poner, sin riesgo, el mantón sobre el piano y lograr para ese rincón de la casa el encanto de lo que es típico de otros medios o de otras épocas-. Sobre el mantón pongo a Mabel -continuó Emilia, riendo a más y mejor. Mabel es una muñeca de trapo, con la que todavía juega.

Creo conocer a Emilia, haber advertido, a lo largo del tiempo, abundantes pruebas de su impaciencia y de su curiosidad, de modo que no me permití ilusión alguna sobre el cumplimiento normal de nuestro aniversario. Cargada de envoltorios, mi amiga llegó más

temprano que de costumbre. Trajo uvas, almendras, una botella de salsa Ketchup y hasta una palta. Como hacía calor, yo abrí de par en par la ventana. Emilia dice que un cuarto cerrado la ahoga. Poco antes de la medianoche, en alguna casa contigua, un hombre de voz vibrante y rica empezó a cantar El barbero de Sevilla. A mí la ventana abierta me incomodaba, no sólo por los enérgicos Fígaro qua, Fígaro la que conmovían el centro mismo del cráneo, sino por un vientito sutil que acabaría por resfriarme; pero no me atreví a cerrar, porque Emilia siempre clama por ventilación, al punto de que en pleno invierno me tiene con todo abierto. Imagine usted, señor Grinberg, mi sorpresa, cuando preguntó:

-¿No te sofocas, de verdad, si cierro?

La miré interrogativamente: no sabía si agradecer una amabilidad o festejar una broma.

-Se invirtieron los papeles -exclamé-. ¿Jugamos a que uno es el otro?

No me oyó, porque el reloj con picapedreros que tengo sobre la chimenea se puso a dar las doce. Emilia partió a la cocina, en busca del champagne, que se enfriaba en el hielo. Caminó de un modo extraño. Cuando volvió con la botella y los vasos, nuevamente la observé. Descubrí entonces lo que había de extraño en su modo de caminar: un no sé qué masculino. Mi convicción de que Emilia estaba imitándome fue muy viva.

De repente se me ocurrió que su premura en llegar y ahora esa corridita para buscar el champagne y las copas ocultaban el propósito de partir cuanto antes. «Está procurando formular una frase aceptable», pensé, «que empiece con “Bueno” y, después de una pausa, proponga, en tono inofensivo, “vamos hasta el club, entro para ver si gané la rifa y en cinco minutos me tienes de vuelta”». No ignoro de lo que es capaz una mujer en un baile. Me vi en la esquina del club, esperando durante horas y previ que de esa noche yo guardaría un recuerdo triste.

Hablo de la impaciencia de Emilia, pero la mía no es menor. Por salir de la duda yo estaba dispuesto a anticipar, a provocar la resolución que tanto temía. Diciéndome que era generoso, que si Emilia deseaba algo yo debía contentarla, aun a costa de mi propia ruina, pregunté:

-¿Vamos al club, a ver si ganaste el mantón? Su respuesta me dejó atónito. Emilia replicó:

-Ni locos. ¿Para qué? ¿Para saber hoy que perdí la rifa? Saberlo mañana es igual.

Un enamorado tiene mucho de tonto y de suicida. Yo insistí:

-¿Pero, Emilia, vas a aguantar hasta mañana la incertidumbre?

-Yo creo -contestó- que uno debe edificar su casita y hacer la cama en la incertidumbre. Total, en la vida, nada hay seguro.

La miré sin comprender. En su cabeza una peluca blanca no me hubiera parecido más postiza que tales palabras en su boca; reconozco, sin embargo, que habló con naturalidad.

En seguida se recostó, miró el vacío, con ojos redondos, fijos; una sonrisa que no le conocía -arrogante, obscena, un tanto feroz- afloró a sus labios. Quién sabe por qué la sonrisa aquella me contrariaba profundamente. Murmuré algo para arrancar a mi amiga de su abstracción. ¿Cómo me pidió que callara? Dijo:

-Por favor, Emilia, no hables, no me interrumpas, que estoy pensando.

Ya sé: hay mujeres que por vanidosa afectación emplean su nombre para interpelarse en voz alta; pero Emilia habló conmigo.

¿En ella se cumplía el ideal de todos los enamorados, de confundirse con la persona querida, y realmente creía que ella era yo y que yo era ella? ¿Por qué tardo tanto, me pregunté, en comprender que la suerte me entrega, en su pureza perfecta, a una muchacha enamorada? Trémulo de gratitud, estreché su mano. Ay, esa mano no estrechó la mía; diríase que Emilia se había alejado y que la dejó por olvido. Recordé entonces la frase que mi amiga pronunció minutos antes: «Yo creo que uno debe edificar su casita y hacer la cama en la incertidumbre. Total, en la vida, nada hay seguro». La frase no es de ella, me dije, ni mía

tampoco. Rápidamente razoné: hay personas impacientes (como Emilia y como yo) y hay personas que reprimen la impaciencia. Entre estas últimas no faltan ejemplares pintorescos, como el predicador inglés del parque Chacabuco. Y usted mismo, señor Grinberg, ¿no me dijo en una oportunidad: «Lo espero sin apuro. En la vida no se apure, si quiere salirme bueno»? Todo esto no significa que usted sea mi rival ni que lo sea el inglés del parque; hay más gente capaz de formular la frase aquella; lo que todo esto significa es que no sólo hay otro hombre en la vida de Emilia, sino que Emilia, cuando está conmigo, remeda a ese otro; cuando me besa, imagina que el otro está besándola y cuando la beso imagina que ella está besando al otro.

Me turbé demasiado para ocultar mi despecho; ignoro si Emilia lo advirtió. Durante una semana traté de no verla. Eso no era vida. Cuando volvió a casa me pareció que me daba a entender, aun sin hablarme, que existía el otro. Sin duda estaba jugando, con la puerilidad y buena fe propias de su carácter, a ser él. Tal vez mi situación parezca un poco absurda y bastante innoble. Pero ¿no es absurdo todo amor? ¿De verdad Fulanita será tan maravillosa? ¿Estará Fulanito justificado en desvivirse por ella? Y ¿por qué es más noble el amor retribuido que el desinteresado y sin esperanza? Tal vez piense usted que yo soy el más infortunado de los hombres. Yo sé que sin Emilia no lo sería menos. Usted dirá que tenerla como la tengo no es tenerla. ¿Hay otra manera de tener a alguien? Aunque vivan juntos, los padres y los hijos, el varón y la mujer ¿no saben que toda comunicación es ilusoria y que en definitiva cada cual queda aislado en su misterio? Yo sólo pido que mi rival no la trate demasiado bien, porque entonces ella me dejaría, y que no la trate demasiado mal, porque entonces ella, que lo imita, me trataría muy mal a mí. Últimamente cruzamos un período borrascoso, pero por fortuna pasó.

El calamar opta por su tinta

Más ocurrió en este pueblo en los últimos días que en el resto de su historia. Para medir como corresponde mi palabra recuerden ustedes que hablo de uno de los pueblos viejos de la provincia, de uno en cuya vida abundan los hechos notables: la fundación, en pleno siglo XIX: algo después, el cólera -un brote que felizmente no llegó a mayores- y el peligro del malón, que si bien no se concretaría nunca, mantuvo a la gente en jaque a lo largo de un lustro en que partidos limítrofes conocieron la tribulación por el indio. Dejando atrás la época heroica, pasaré por alto tantas otras visitas de gobernadores, diputados, candidatos de toda laya, amén de cómicos y uno o dos gigantes del deporte. Para morderme la cola concluiré esta breve lista con la fiesta del Centenario de la Fundación, genuino torneo de oratoria y homenajes.

Como he de comunicar un hecho de primer orden, presento mis credenciales al lector. De espíritu amplio e ideas avanzadas, devoro cuanto libro atrapo en la librería de mi amigo el gallego Villarroel, desde el doctor Jung hasta Hugo, Walter Scott y Goldoni, sin olvidar el último tomito de Escenas matritenses. Mi meta es la cultura, pero bordeo los «malditos treinta años» y de veras temo que me quede por aprender más de lo que sé. En resumen, procuro seguir el movimiento e inculcar las luces entre los vecinos, todos bellas personas, platita labrada, eso sí muy afectos a la siesta que hereditariamente acunan desde la Edad Media y el oscurantismo. Soy docente -maestro de escuela- y periodista. Ejerzo la cátedra de la péndola en modestos órganos locales, ora factótum de El Mirasol (título mal elegido, que provoca pullas y atrae una enormidad de correspondencia errónea, pues nos toman por tribuna cerealista), ora de Nueva Patria.

El tema de esta crónica ofrece una particularidad que no quiero omitir; no sólo ocurrió el hecho en mi pueblo; ocurrió en la manzana donde transcurre mi vida entera, donde se halla mi hogar, mi escuelita -segundo hogar- y el bar de un hotel frente a la estación, al que acudimos noche a noche, en altas horas, el núcleo con inquietud de la juventud lugareña. El

epicentro del fenómeno, el foco si prefieren, fue el corralón de don Juan Camargo, cuyos fondos lindan por el costado este con el hotel y por el norte con el patio de casa. Un par de circunstancias, que no cualquiera vincularía, lo anunciaron: me refiero al pedido de los libros y al retiro del molinete de riego.

Las Margaritas, el petit-hôtel particular de don Juan, verdadero chalet provisto de florido jardín a la calle, ocupa la mitad del frente y apenas parte del fondo del terreno del corralón, donde se amontonan incalculables materiales, como reliquias de buques en el fondo del mar. En cuanto al molinete, giró siempre en el apuntado jardín, al extremo de configurar una de las más viejas tradiciones y una de las más interesantes peculiaridades de nuestro pueblo.

Un día domingo, a principios de mes, misteriosamente el molinete faltó. Como al cabo de la semana no había reaparecido, el jardín perdió color y brillo. Mientras muchos miraron sin ver, hubo uno a quien la curiosidad embargó desde el primer momento. Ese uno infestó a otros, y a la noche, en el bar, frente a la estación, la muchachada bullía de preguntas y comentarios. De tal modo, al calor de una comezón ingenua, natural, destapamos algo que tenía poco de natural y resultó una sorpresa.

Bien sabíamos que don Juan no era hombre de cortar el agua del jardín, por descuido, un verano seco. Por de pronto lo reputamos pilar del pueblo. Con fidelidad la estampa retrata el carácter de nuestro cincuentón: elevada estatura, porte corpulento, cabello cano peinado en dóciles mitades, cuyas ondas dibujan arcos paralelos a los del bigote y a los inferiores de la cadena del reloj. Otros detalles revelan al caballero chapado a la antigua: breeches, polainas de cuero, botín. En su vida, regida por la moderación y el orden, nadie, que yo recuerde, computó una debilidad, llámela borrachera, mujerzuela o traspié político. En un ayer que de buen grado olvidaríamos -¿quién de nosotros, en materia de infamia, no arrojó su canita al aire?- don Juan se mantuvo limpio. Por algo le reconocieron autoridad los mismos interventores de la Cooperativa, etcétera, gente muy poco espectable, francamente pelandrunes. Por algo en años ingratos aquel bigotazo constituyó el manubrio del que la familia sana del pueblo se mantuvo colgada.

Obligatorio es reconocer que este varón señero milita ideas de viejo cuño y que nuestras filas, de suyo idealistas, hasta ahora no produjeron prohombres de temple comparable. En un país nuevo, las ideas nuevas carecen de tradición. Ya se sabe, sin tradición no hay estabilidad.

Por arriba de esta figura, nuestra jerarquía ad usum no pone a nadie, salvo a doña Remedios, madre y consejera única de tan abultado hijo. Entre nosotros, no sólo porque manu militari arregla cuanto conflicto le someten o no, la llamamos Remedio Heroico. Aunque burlesco, el mote es cariñoso.

Para completar el cuadro de quienes viven en el chalet, ya no falta sino un apéndice indudablemente menor, el ahijado, don Tadeíto, alumno del turno de la noche de mi escuela. Como doña Remedios y don Juan no toleran casi nunca extraños en la casa, ni en calidad de colaboradores ni de invitados, el muchacho reúne sobre la testa los títulos de peón y dependiente del corralón y de sirvientillo de Las Margaritas. Agreguen a lo anterior que el pobre diablo acude regularmente a mis clases y comprenderán por qué respondo con cajas destempladas a cuantos, por pifia y maldad pura, le endosan el sonsonete de un apodo. Que olímpicamente lo rechazaran del servicio militar me tiene sin cuidado, porque de envidioso no peco.

El domingo en cuestión, a una hora que se me extravió entre las dos y las cuatro de la tarde, llamaron a mi puerta, con el deliberado afán, a juzgar por los golpes, de voltearla. Tambaleando me incorporé, murmuré: «No es otro», proferí palabras que no están bien en boca de un maestro y como si ésta no fuera época de visitas desagradables abrí, seguro de encontrar a don Tadeíto. Tuve razón. Ahí sonreía el alumno, con la cara tan flacucha que ni siquiera servía de pantalla contra el sol, de lleno en mis ojos. A lo que entendí solicitaba, a

boca de jarro y con esa voz que de pronto se ahuyenta, textos de primer grado, segundo y tercero. Irritadamente inquirí:

-¿Podrías informar para qué?

-Pide padrino -contestó.

En el acto entregué los libros y olvidé el episodio como si fuera parte de un sueño.

Horas después, cuando me dirigía a la estación y alargaba el camino con una vuelta para matar el tiempo, advertí en Las Margaritas la falta del molinete. La comenté en el andén, mientras esperábamos el expreso de Plaza de las 19:30 que llegó a las 20:54, y la comenté a la noche, en el bar. No me referí al pedido de textos, ni menos aún vinculé un hecho con otro, porque al primero, ya dije, lo registré apenas en la memoria.

Supuse que tras un día tan movido retomaríamos el tranco habitual. El lunes, a la hora de la siesta, alborozadamente me dije: «Ésta va de veras», pero todavía cosquilleaba el fleco del poncho la nariz, cuando empezó el estruendo. Murmurando: «Y hoy qué le ha dado. Si lo pesco a las patadas en la puerta pagará lágrimas de sangre», enfilé las alpargatas y me encaminé al zaguán.

-¿Ya es una costumbre interrumpir a tu maestro? -espeté al recibir de vuelta la pila de libros.

La sorpresa me confundió enteramente, porque oí por toda contestación:

-Pide padrino los de tercero, cuarto y quinto. Logré articular:

-¿Para qué?

-Pide padrino -explicó don Tadeíto.

Entregué los libros y volví al lecho, en pos del sueño. Admito que dormí, pero lo hice, ruego que me crean, en el aire.

Luego, camino de la estación, comprobé que el molinete no había retomado su puesto y que el tono amarillo se difundía en el jardín. Conjeturé, por lógica, despropósitos y en pleno andén, mientras el físico se lucía ante frívolas bandadas de señoritas, la mente aún trabajaba en la interpretación del misterio.

Mirando la luna, enorme allá por el cielo, uno de nosotros, creo que Di Pinto, entregado siempre a la quimera romántica de quedar como hombre de campo (¡por favor, ante los amigos de toda la vida!), comentó:

-La luna hizo de seca. No atribuyamos, pues, a un pronóstico de lluvia el retiro del artefacto. ¡Su móvil habrá tenido nuestro don Juan!

Badaracco, mozo despierto, que presenta un lunar, porque en otra época, aparte del sueldo bancario, cobraba un tanto por delación, me preguntó:

-¿Por qué no apestillas al respecto al taradito?

-¿A quién? -interrogué por decoro.

-A tu alumno -respondió.

Aprobé el temperamento y lo apliqué esa misma noche, después de clase. Traté de marear primero a don Tadeíto con la perogrullada de que la lluvia entona al vegetal, para atacar por fin a fondo. El diálogo fue como sigue:

-¿Se descompaginó el molinete?

-No.

-No lo veo en el jardín.

-¿Cómo lo va a ver?

-¿Por qué cómo lo voy a ver?

-Porque está regando el depósito.

Aclaro que entre nosotros llamamos depósito a la última barraca del corralón, donde don Juan amontona los materiales de poca venta, por ejemplo, estrafalarias estufas y estatuas, monolitos y malacates.

Urgido por el deseo de notificar a los muchachos de la novedad sobre el molinete, ya despachaba a mi alumno sin interrogarlo sobre el otro punto. Recordar y chillar fue todo uno. Desde el zaguán don Tadeíto me miró con ojos de oveja.

-¿Qué hace don Juan con los textos? -grité.

-Y... -gritó de vuelta- los deposita en el depósito.

Alelado corrí al hotel. Ante mis comunicaciones, tal como lo preví, cundió la perplejidad entre la juventud. Todos formulamos alguna opinión, pues el buen callar en aquel momento era un bochorno, y por fortuna nadie prestó oídos a nadie. O quizá prestara oídos el patrón, el enorme don Pomponio del vientre hidrópico, a quien los del grupo a gatas distinguimos de las columnas, mesas y vajilla, porque la soberbia del intelecto nos ofusca. La voz de bronce, apagada por ríos de ginebra, de don Pomponio, llamó al orden. Siete caras miraron para arriba y catorce ojos quedaron pendientes de una sola cara roja y brillante, que se partía en la boca, para inquirir:

-¿Por qué no se dan traslado en comitiva y piden explicación a don Juan en persona?

El sarcasmo despabiló a uno, de apellido Aldini, que estudia por correspondencia y lleva corbata blanca. Enarcando las cejas me dijo:

-¿Por qué no ordenas a tu alumno que espíe las conversaciones entre doña Remedios y don Juan? Después le aplicas la picana.

-¿Qué picana?

-Tu autoridad de maestro ciruela -aclaró con odio.

-¿Don Tadeíto tiene memoria? -preguntó Badaracco.

-Tiene -afirmé-. Lo que entra en su caletre, por un rato queda fotografiado.

-Don Juan -continuó Aldini- para todo se aconseja de doña Remedios.

-Ante un testigo como el ahijado -declaró Di Pinto- hablarán con entera libertad.

-Si hay misterio, saldrá a relucir -vaticinó Toledo. Chazarreta, que trabaja de ayudante en la feria, gruñó:

-Si no hay misterio ¿qué hay?

Como el diálogo se desencaminaba, Badaracco, famoso por la ecuanimidad, contuvo a los polemistas.

-Muchachos -los reconvino-, no están en edad de malgastar energías.

Para tener la última palabra, Toledo repitió:

-Si hay misterio, saldrá a relucir.

Salió a relucir, pero no sin que antes giraran días enteros.

A la otra siesta, cuando me hundía en el sueño, resonaron, cómo no, los golpes. A juzgar por las palpitaciones, resonaron a un tiempo en la puerta y en mi corazón. Don Tadeíto traía los libros de la víspera y reclamaba los de primer año, segundo y tercero, del ciclo secundario. Porque el texto superior escapa a mi órbita, hubo que comparecer en el negocio de librería de Villarroel, a vivo golpe en la puerta despertar al gallego y aplacarlo posteriormente con la satisfacción de que don Juan reclamaba los libros. Como era de temer, el gallego preguntó:

-¿Qué mosca picó al tío ese? En la perra vida compró un libro y a la vejez viruela. Va de suyo que el muy chulo los pide en préstamo.

-No lo tome a la tremenda, gallego -le razoné con palmaditas-. Por lo amargado parece criollo.

Referí los pedidos previos de textos primarios y mantuve la más estricta reserva en cuanto al molinete, de cuya desaparición, según él mismo me dio a entender, estaba perfectamente compenetrado. Con los libracos debajo del brazo, agregué:

-A la noche nos reunimos en el bar del hotel para debatir todo esto. Si quiere aportar su grano de arena, allá nos encuentra.

En el trayecto de ida y vuelta no vimos un alma, salvo al perro barcino del carnicero, que debía de estar de nuevo empachado, porque en sus cabales ni el más humilde irracional se expone a la resolana de las dos de la tarde.

Adoctriné al discípulo para que me reportara verbatim las conversaciones entre don Juan y doña Remedios. Por algo afirman que en el pecado está el castigo. Esa misma noche emprendí una tortura que, en mi gula de curioso, no había previsto: escuchar aquellos coloquios puntualmente comunicados, interminables y de lo más insulsos. De cuando en cuando llegó a la punta de mi lengua alguna ironía cruel sobre que me tenían sin cuidado las opiniones de doña Remedios acerca de la última partida de jabón amarillo y la franeleta para el reuma de don Juan; pero me refrené, pues ¿cómo delegar en el criterio del mozo la estimación de lo que era importante o no?

Por descontado que al otro día me interrumpió la siesta con los libros en devolución para Villarroel. Ahí se produjo la primera novedad: don Juan, dijo don Tadeíto, ya no quería textos; quería diarios viejos, que él debía procurar al kilo, en la mercería, la carnicería y la panadería. A su debido tiempo me enteré de que los diarios, como antes los libros, iban a parar al depósito.

Después hubo un período en que no ocurrió nada. El alma no tiene arreglo: eché de menos los mismos golpes que antes me arrancaban de la siesta. Quería que pasara algo, bueno o malo. Habituado a la vida intensa, ya no me resignaba a la pachorra. Por fin una noche el alumno, tras un prolijo inventario de los efectos de la sal y otras materias nutritivas en el organismo de doña Remedios, sin la más leve alteración de tono que prepara para un cambio de tema, recitó:

-Padrino dijo a doña Remedios que tienen una visita viviendo en el depósito y que por poco no se la lleva por delante los otros días, porque miraba a una especie de columpio de parque de diversiones al que no había dado entrada en los libros y que él no perdió el aplomo aunque el estado de la misma daba lástima y le recordaba un bagre boqueando fuera de la laguna. Dijo que atinó a traer un balde lleno de agua, porque sin pensarlo comprendió que le pedían agua y él no iba a permitir cruzado de brazos que un semejante muriera. No obtuvo resultado apreciable y prefirió acercar un bebedero a tocar la visita. Llenó el bebedero a baldazos y no obtuvo resultado apreciable. De pronto se acordó del molinete y como el médico de cabecera que prueba, dijo, a tientas los remedios para salvar a un moribundo, corrió a buscar el molinete y lo conectó. A ojos vista el resultado fue apreciable porque el moribundo revivió como si le cayera de lo más bien respirar el aire mojado. Padrino dijo que perdió un rato con su visita, porque le preguntó como pudo si necesitaba algo y que la visita era francamente avispada y al cabo de un cuartito de hora ya picoteaba por acá y por allá alguna palabra en castilla y le pedía los rudimentos para instruirse. Padrino dijo que mandó al ahijado a pedir los textos de los primeros grados al maestro. Como la visita era francamente avispada aprendió todos los grados en dos días y en uno lo que tuvo ganas del bachillerato. Después, dijo padrino, se puso a leer los diarios para enterarse de cómo andaba el mundo.

Aventuré la pregunta:

-¿La conversación fue hoy?

-Y, claro -contestó-, mientras tomaban el café.

-¿Dijo algo más tu padrino?

-Y, claro, pero no me acuerdo.

-¿Cómo no me acuerdo? -protesté airadamente.

-Y, usted me interrumpió -explicó el alumno.

-Te doy la razón. Pero no me vas a dejar así -argumenté-muerto de curiosidad. A ver, un esfuerzo.

-Y, usted me interrumpió.

-Ya sé. Te interrumpí. Yo tengo toda la culpa.

-Toda la culpa -repitió.

-Don Tadeíto es bueno -dije-. No va a dejar así al maestro en la mitad de la charla, para seguir mañana o nunca.

Con honda pena repitió:

-O nunca.

Yo estaba contrariado, como si me sustrajeran una ganancia de gran valor. No sé por qué reflexioné que nuestro diálogo consistía en repeticiones y de repente entreví en eso mismo una esperanza. Repetí la última frase del relato de don Tadeíto.

-Leyó los diarios para enterarse de cómo andaba el mundo. Mi alumno continuó indiferentemente:

-Dijo padrino que la visita quedó pasmada al enterarse de que el gobierno de este mundo no estaba en manos de gente de lo mejorcito, sino más bien de medias cucharas, cuando no de pelafustanes. Que tal morralla tuviera a su arbitrio la bomba atómica, dijo la visita, era de alquilar balcones. Que si la tuviera a su arbitrio la gente de lo mejorcito, acabaría por tirarla, porque está visto que si alguien la tiene, la tira; pero que la tuviera esa morralla no era serio. Dijo que en otros mundos antes de ahora descubrieron la bomba y que tales mundos fatalmente reventaron. Que los tuvo sin cuidado que reventaran, porque estaban lejos, pero que nuestro mundo está cerca y que ellos temen que una explosión en cadena los envuelva.

La increíble sospecha de que don Tadeíto se burlaba de mí, me llevó a interrogarlo con severidad:

-¿Estuviste leyendo Sobre cosas que se ven en el cielo del doctor Jung?

Por fortuna no oyó la interrupción y prosiguió:

-Dijo padrino que la visita dijo que vino de su planeta en un vehículo especialmente fabricado a puro pulmón, porque por allá escasea el material adecuado y que es el fruto de años de investigación y trabajo. Que vino como amigo y como libertador, y que pedía el pleno apoyo de padrino para llevar adelante un plan para salvar el mundo. Dijo padrino que la entrevista con la visita tuvo lugar esta tarde y que él, ante la gravedad, no trepidó en molestar a doña Remedios, para recabarle su opinión, que desde ya descontaba era la suya.

Como la pausa inmediata no concluía, pregunté cuál fue la respuesta de la señora.

-Ah, no sé -contestó.

-¿Cómo ah no sé? -repetí enojado de nuevo.

-Los dejé hablando y me vine, porque era hora de clase. Pensé yo solo: cuando no llego tarde el maestro se pone contento.

Envanecida la cara de oveja esperaba congratulaciones. Con admirable presencia de ánimo reflexioné que los muchachos no creerían mi relato, si no llevaba como testigo a don Tadeíto. Violentamente lo empuñé de un brazo y a empujones lo llevé hasta el bar. Ahí estaban los amigos, con el agregado del gallego Villarroel.

Mientras tenga memoria no olvidaré aquella noche.

-Señores -grité, a tiempo que proyectaba a don Tadeíto contra nuestra mesa-. Traigo la explicación de todo, una novedad de envergadura y un testigo que no me dejará mentir. Con lujo de detalle don Juan comunicó el hecho a su señora madre y mi fiel alumno no perdió palabra. En el depósito del corralón, aquí no más, pared por medio, está alojado, ¿adivinen quién?, un habitante de otro mundo. No se alarmen, señores: aparentemente el viajero no dispone de constitución robusta, ya que tolera mal el aire seco de nuestra ciudad (todavía resultaremos competidores de Córdoba) y para que no muera como pescado fuera del agua, don Juan le enchufó el molinete, que de continuo humedece el ambiente del depósito. Es más: aparentemente el móvil del arribo del monstruo no debe provocar inquietud. Llegó para salvarnos, persuadido de que el mundo va camino de estallar por la bomba atómica y a calzón quitado informó a don Juan de su punto de vista. Naturalmente, don Juan, mientras degustaba el café, consultó con doña Remedios. Es de lamentar que este mozo aquí presente -agité a

don Tadeíto, como si fuera monigote- se retiró justo a tiempo de no oír la opinión de doña Remedios, de modo que no sabemos qué resolvieron.

-Sabemos -dijo el librero, moviendo como trompa labios mojados y gordos.

Me incomodó que me corrigieran la plana en una novedad de la que me creía único depositario. Inquirí:

-¿Qué sabemos?

-No se amosque usted -pidió Villarroel, que ve bajo el agua-. Si es como usted dice aquello de que el viajero muere si le quitan el molinete, don Juan le condenó a morir. De casa acá pasé frente a Las Margaritas y a la luz de la luna vi perfectamente el molinete que regaba el jardín como antes.

-Yo también lo vi -confirmó Chazarreta.

-Con la mano en el corazón -murmuró Aldini- les digo que el viajero no mintió. Tarde o temprano reventamos con la bomba atómica. No veo escapatoria.

Como hablando solo preguntó Badaracco:

-No me digan que esos viejos, entre ellos, liquidaron nuestra última esperanza.

-Don Juan no quiere que le cambien su composición de lugar -opinó el gallego-. Prefiere que este mundo estalle, a que la salvación venga de otros. Vea usted, es una manera de amar a la humanidad.

-Asco por lo desconocido -comenté-. Oscurantismo. Afirman que el miedo aviva la mente. La verdad es que algo extraño flotaba en el bar aquella noche, y que todos aportábamos ideas.

-Coraje, muchachos, hagamos algo -exhortó Badaracco-. Por amor a la humanidad.

-¿Por qué tiene usted, señor Badaracco, tanto amor a la humanidad? -preguntó el gallego.

Ruborizado, Badaracco balbuceó:

-No sé. Todos sabemos.

-¿Qué sabemos, señor Badaracco? ¿Si usted piensa en los hombres, les encuentra admirables? Yo todo lo contrario: estúpidos, crueles, mezquinos, envidiosos -declaró Villarroel.

-Cuando hay elecciones -reconoció Chazarreta- tu bonita humanidad se desnuda rápidamente y se muestra tal cual es. Gana siempre el peor.

-¿El amor por la humanidad es una frase hueca? -pregunté.

-No, señor maestro -respondió Villarroel-. Llamamos amor a la humanidad a la compasión por el dolor ajeno y a la veneración por las obras de nuestros grandes ingenios, por el Quijote del Manco Inmortal, por los cuadros de Velázquez y de Murillo. En ninguna de ambas formas vale ese amor como argumento para demorar el fin del mundo. Sólo para los hombres existen las obras y después del fin del mundo (el día llegará, por la bomba o por muerte natural) no tendrán ni justificación ni asidero, créame usted. En cuanto a la compasión, sale gananciosa con un fin próximo... Como de ninguna manera nadie escapará a la muerte ¡que venga pronto, para todos, que así la suma del dolor será la mínima!

-Perdemos tiempo en el preciosismo de una charla académica y aquí nomás, pared por medio, muere nuestra última esperanza -dije con una elocuencia que fui el primero en admirar.

-Hay que obrar ahora -observó Badaracco-. Pronto será tarde.

-Si le invadimos el corralón, don Juan a lo mejor se enoja -apuntó Di Pinto.

Don Pomponio, que se arrimó sin que lo oyéramos y por poco nos derriba con el susto, propuso:

-¿Por qué no destacan a este mozo don Tadeíto como piquete de avanzada? Sería lo prudente.

-Bueno -aprobó Toledo-. Que don Tadeíto conecte el molinete en el depósito y que espíe, para contarnos cómo es el viajero de otro planeta.

En tropel salimos a la noche, iluminada por la impasible luna. Casi llorando rogaba Badaracco:

-Generosidad, muchachos. No importa que pongamos en peligro el pellejo. Están pendientes de nosotros todas las madres y todas las criaturas del mundo.

Frente al corralón nos arremolinamos, hubo marchas y contramarchas, cabildeos y corridas. Por fin Badaracco juntó coraje y empujó adentro a don Tadeíto. Mi alumno volvió después de un rato interminable, para comunicar:

-El bagre se murió.

Nos desbandamos tristemente. El librero regresó conmigo. Por una razón que no entiendo del todo su compañía me confortaba.

Frente a Las Margaritas, mientras el molinete monótonamente regaba el jardín, exclamé:

-Yo le echo en cara la falta de curiosidad -para agregar con la mirada absorta en las constelaciones-: Cuántas Américas y Terranovas infinitas perdimos esta noche.

-Don Juan -dijo Villarroel- prefirió vivir en su ley de hombre limitado. Yo le admiro el coraje. Nosotros dos, ni siquiera a entrar aquí nos atrevemos.

Dije:

-Es tarde.

-Es tarde -repitió.

Un viaje o El mago inmortal
O cómo o para qué nos encantó nadie lo sabe.

(Don Quijote, II, 22)

Para alcanzar la muerte no hay vehículo tan veloz como la costumbre, la dulce costumbre. En cambio, si usted quiere vida y recuerdos, viaje. Eso sí, viaje solo. Demasiado confiado juzgo a quien sale con su familia, en pos de la aventura. Dentro del territorio de la República (estamos de acuerdo) todo se da; pero si puede vaya por el agua, a otro país. Imíteme quien se anime; como yo, bese anteayer a la Gorda, a los chicos y con el pretexto de que la compañía lo manda, parta al infinito azul...

En cuanto subí al barco de la carrera divisé a una corista, señorita Zucotti, que en años de juventud inflamó mi esperanza. Aunque ahora es menos linda -calculo que se le alargó una cuarta la cara- me prometí el festín de esa misma noche visitarla en su cabina particular. Como para coristas fue el viaje. El río estaba bravo, la píldora contra el mareo no se asentaba en la boca del estómago; más de una vez gemí por no hallarme en tierra firme y, ya que me hamacaba, ¿por qué no en brazos de la corista o de la Gorda?l Procuré leer. Entre mis petates encontré, amén de la falta de revistas, El diablo cojuelo. ¡Las tretas a que recurre la pobre Gorda, en el afán de educarme! No tardé una línea en comprender que con esa joya de la literatura nunca olvidaría la famosa polca que bailaban río y barco. Cuando por fin me levanté -ignoro si en toda la noche habré cerrado alguna vez el ojo, para parpadear- me reanimé con café con leche tibio y con una gruesa de medialunas de la víspera. Sobre piernas flojas bajé a tierra uruguaya.

Juraría que al chofer del taxi le ordené: «Al hotel Cervantes». Cuántas veces, por la ventana del baño, que da a los fondos, con pena en el alma habré contemplado, a la madrugada, un árbol solitario, un pino, que se levanta en la manzana del hotel. Miren si lo

conoceré; pero el terco del conductor me dejó frente al hotel La Alhambra. Le agradecí el error, porque me agradan los cuartos de La Alhambra, amplios, con ese lujo de otro tiempo; diríase que en ellos puede ocurrir una aventura mágica. Me apresuro a declarar que no creo en magos, con o sin bonete, pero sí en la magia del mundo. La encontramos a cada paso: al abrir una puerta o en medio de la noche, cuando salimos de un sueño para entrar, despiertos, en otro. Sin embargo, como la vida fluye y no quiero morir sin entrever lo sobrenatural, concurro a lugares propicios y viajo. ¡En el viaje sucede todo! Animosamente, pues, me dirigí al señor de la recepción, que me dijo:

-Lo lamento, pero con el Congreso de Fabricantes de Marionetas para Ventrílocuos, Titiriteros y Afines no me queda una triste habitación.

No hubo más remedio que cruzar la plaza, con mi valijita, y tratarse a cuerpo de rey en el Nogaró, donde, no sin cabildeos y la mejor voluntad, porque alojaban la troupe completa del Berliner Ballet, me consignaron a un cuarto de matrimonio. En el quinto piso, yendo por el corredor hacia la izquierda, mi cuarto era el último; es decir que yo tenía, a la derecha, otra habitación, y a la izquierda, la pared medianera y el vacío. Pedí los diarios. A medida que los ojeaba, dejaba caer las páginas al suelo. Por la ventana veía la plaza, la estatua, la gente, las palomas. De pronto me acongojé. ¿Por el trajinar de allá abajo, símbolo del afán inútil? ¿Por el desorden de papel de diario, disperso por mi habitación? ¿Por el frío en los pies y en los hombros? ¿Por el cansancio de la noche en vela? Reaccionemos, me dije, y sin averiguar el origen de la congoja salí del hotel, me encontré en la plaza, a las nueve de la mañana, demasiado temprano para presentarme en las oficinas de la compañía, rama uruguaya. Vagué por las calles de la Ciudad Vieja, pensando que no almorzaría tarde, que a las doce en punto haría mi entrada en el Stradella. A todo eso iba del lado de la sombra y volví a enfriarme; cambié de vereda, justamente a la altura de una negra apostada en un zaguán de azulejos verdes; como yo valoro mi salud y soy tímido, pasé de largo. A las diez visité la compañía. Me agasajaron como saben hacerlo, hasta que el jefe de Relaciones Públicas me despidió, a las diez y trece. Permitió mi buena estrella que en plena puerta giratoria me presentaran a un caballero, un charlatán que vende solares, con quien entretuve, por así decir, veinte minutos en un café de la pasiva; lo embrollé astutamente y convinimos en que a la otra mañana, a las ocho en punto, iría a recogerme al hotel, para llevarme en automóvil a examinar el santo día solares en Colonia Suiza. Antes de las once me hallé de nuevo en la calle, más muerto que vivo.

Mirando cómo evolucionaban las palomas y unas mujerzuelas que usted confundía con mendigas, me repuse un poco en un banco, al sol, en la plaza Matriz. En el Stradella articulé un menú a base de ají, pimienta, otros picantes y mostaza, mucha carne, mariscos, vino tinto y café. Comí como lobo. Porque era temprano me despacharon pronto y a las doce y media yo disponía de todo el día por delante. Para bajar mi alimentación bebí más café en el bar del Nogaró. Allí contemplé por primera y última vez en mi vida a dos altas muchachas del Berliner Ballet: una con cara de gato, ligeramente vulgar y muy hermosa; la otra, rubia, fina, una sílfide, con nariz grande y derecha, con senos pequeños y derechos.

Aunque me derrumbaba el sueño, no subí a dormir la siesta, porque el recuerdo de las muchachas era demasiado vivido. En el hall, donde permanecí en asiento de gamuza una hora larga, tuve ocasión de contemplar a buen número de brasileros, los más niños y ancianos, con el agregado de tres o cuatro señoritas con todo lo necesario para encabritar al prójimo. Una de ellas, casada con seguridad, mirando en mi dirección, propuso:

-¿Vamos a dormir la siesta?

Me pregunté si yo soñaba -lo que era bastante probable, porque el cansancio me aplastaba el cráneo- cuando se incorporó un hombrote, surgido de un sillón, a mis espaldas.

Yo también hubiera subido a acostarme, pero en mi tesitura, reflexioné, más valía cansar el animal. Me saqué a tomar aire por esas calles de Dios, las mismas que recorrí a la

mañana. Por pura curiosidad quise rever el zaguán de los azulejos. No lo encontré al principio y cuando, al fin, di con él, faltaba la eva de ébano, joven y bien modelada, que al pasar yo, horas antes, masculló su palabra: no lo digo por vanagloria. Me encaminé a la plaza Matriz; aparte de palomas, apenas quedaban niños y lustrabotas. La verdad es que yo estaba tan cansado como inquieto. Recordando que el sueño, esquivo en la cama, suele buscarnos en lugares públicos, entré en un ínfimo cinematógrafo, donde pasaban una película sueca, más bien alemana, que bajo la carnada de magníficas fotografías y tedio, resultó una formidable exhortación a la lujuria. Al salir de allí no hice más que cruzar la calle, para meterme en un barcito. Mientras bebía el marraschino, mordiendo trozos de un queso notable por lo pungente, se apersonaron al mostrador dos damiselas, lujosamente ataviadas con terciopelo, borravino y azul, anudado y levantado como telón de teatro, debajo de la cintura, por la parte trasera, y entablaron palique con el barman, sonriéndole como tamañas gatas. Cuando partieron lo felicité; respondió:

-Señor, lo que es mío, es suyo.

Sonó hueca mi risotada, no me atreví a pedir aclaración, me retiré al hotel. Ni bien entré me pasaron al comedor, donde di pronta cuenta del menú. Arrastrándome como pude subí, por ascensor, al quinto piso. No daban las diez en el reloj de la catedral cuando, en la enormidad de mi cama camera, me volteó el sueño.

A las doce y minutos me despertaron voces en el cuarto contiguo. Distinguí dos voces, una femenina y otra masculina: desde el principio escuché únicamente la femenina, que era muy suave. Imaginé a una mujer delicada y morena; una peruana, quizá. Las mujeres que prefiero corresponden a otro tipo, pero ésta me gustaba. Algunos me reputarán tonto, por hablar así de una mujer que yo no veía. Lo cierto es que me la representaba perfectamente. ¿De qué hablaban? No sé, ni me interesa. Tampoco sé por qué no me dormía; estaba alerta, como si esperara algo.

Ay, a la una empezó. Mis primeras reacciones fueron inquietud, desazón, voluntad de huir. De veras no quería estar presente, pues me jacto de no tener por costumbre el husmear al vecino. ¿Lo creerán ustedes? Me bajó pudor, como si al verme en la coyuntura me avergonzara de mí mismo. Salté de la cama, para dar nudillos en la pared, acaso por respeto al pudor universal, acaso por el maligno deleite de interrumpirlos. Iba a gritarles: «¡Piedad! ¡Un momento! ¡Ya me voy!», cuando recordé que no tenía dónde ir, porque el hotel estaba repleto. Recordé también la vulgaridad de nuestros contemporáneos y comprendí que me exponía a quién sabe qué improperios.

Había que olvidar a la pareja, so pena de caer en el insomnio, lo que era intolerable: la noche y el día anteriores fueron duros; el programa del día siguiente, que empezaba a las ocho de la mañana y abarcaba Colonia Suiza, no debía tomarse a la ligera. Yo estaba exhausto. Resolví, cuerdamente, regresar al lecho, no sin antes aplicar, una última vez, la oreja. La suavísima peruana se había vuelto más ronca; en una interminable frase, que no tenía pausas y que era un suspiro, repetía: «Te juro te juro te juro te juro». Con una mueca sardónica, murmuré: «Nunca juramento tan sentido será olvidado tan pronto». El temor de que me oyeran me paralizó. ¿Había hablado en voz alta? Por un instante, en el cuarto de al lado, hubo silencio. Afirmaría que lo hubo, pero luego el jaleo continuó, a más y mejor.

Ahora anotaré una circunstancia curiosa: la peruana gritaba, suspiraba, respiraba, resoplaba -sí, resoplaba, como la foca en el estanque del zoológico- y a ella brindaba yo mi benevolencia, jamás a su discreto compañero, que sólo de tarde en tarde se manifestaba, entonces repugnantemente, como un gordo imbécil y moribundo, que agonizara babeando.

La situación abundaba, quién lo duda, en ribetes aptos para turbar a un hombre profundamente humano. Cuando me ponía festivo, menos mal: proyectaba al punto, con carcajada insensata, la broma de correr por debajo de la puerta una tarjeta de visita, donde no sólo figura mi nombre y apellido, sino mi jerarquía en la fábrica, con el mensaje: «Señor, si se

fatiga ¿me la pasa?». Lo grave era cuando me irritaba. Si ustedes imaginaran el cariz de mi cólera, se asustarían. En mi furor, con sombrío júbilo, auguraba el fulmíneo triunfo del comunismo, tildaba de canalla al vecino y quería arrebatarle la mujer. Tragándome la rabia, musité: «Yo también tengo a la Gorda», lo que no era igual y en aquel instante resultaba tan lejano que se volvía materia de conjetura. Luego, conmovido, me comparaba con la pobre Pelusa -un libro para niños que la Gorda me propinó, más o menos de contrabando-, me comparaba con la pobre Pelusa, cuando llega junto a los altos muros del palacio, para ella de transparente cristal, contempla el festín, clama y no la oyen. No pude aguantar, corrí a la cama, me cubrí con las cobijas, que resultaron excesivas.

El esfuerzo para no asfixiarme y el calor en tal grado me congestionaron que al mirarme en el espejo, cuando encendí la luz, temí haber contraído la rubéola o el sarampión, hipótesis que, felizmente, no se cumplió.

Fuera de las mantas respiraba con libertad, pero en compensación oía a la pareja. ¿Qué murmuraba ahora la peruana? Suspiraba en voz ronquísima: «Me muero me muero me muero me muero». Casi le grito: «Ojalá y de una vez, por favor». Busqué refugio en El diablo cojuelo; seguía oyendo. Busqué refugio en el sueño; apagué la luz, cerré los ojos, traté de abstraerme; seguía oyendo. En el preciso momento en que, por lo bajo, les echaba en cara a los vecinos mi insomnio, comprobé que ellos, como lo proclamaban sus ronquidos alternados, por fin dormían. Con repugnancia comenté: «Deben de ser animales marcadamente fisiológicos», para en seguida agregar: «¡Cerdos!».

Lejos de aliviarme, la casi perfecta calma que se estableció en el cuarto de al lado me exasperaba. ¿Por qué negarlo? Ahora echaba de menos aquel rumor, tan matizado y sugestivo. Me hallé desvelado y extrañamente solo. Pensé en la Gorda; loco de mí, pensé en la vecina. Cavilé. Volví a odiar al hombre, con su reposo actual me ofendía aún más que antes.

Quise romper mi pasividad. «Si voy a actuar», me dije, «actuaré con provecho». Trabajé, pues, un plan, para despachar abajo al hombre y visitar, en el ínterin, a la mujer. No era posible eliminar totalmente el peligro de un escándalo, más o menos incómodo; pero la presa bien valía el riesgo.

Cuando yo montaba los últimos pormenores de mi plan, sonó en el otro cuarto la imperiosa campanilla de un despertador. Vi, en mi reloj, que eran las siete y media. A continuación, hubo el habitual trajín de gente que se levanta. Con presencia de espíritu, yo me levanté paralelamente, sin perderles pisada, porque tenía un propósito que no dejaría de cumplir. No era un plan delirante, como el de la noche; era un propósito humilde, como correspondía a la sensata luz diurna. Me apresuré, saqué ventaja a los vecinos, me planté en la puerta del cuarto. Lo reconozco: el plan se había reducido de modo absurdo; ahora consistía en ocupar, con la prelación conveniente, un punto de mira. Mi ambición era modesta, mi voluntad, tremenda. Yo vería a la peruana. Nadie se mofe: sólo quien poco espera contempla lo increíble. Eso, innegablemente, es lo que me ocurrió a mí.

Yo aguardaba, como dije, en mi posición estratégica. Oí los pasos; ya venían, en precipitado tropel por el corredorcito interno, que va del dormitorio a la puerta de salida. Se abrió la puerta. ¿Qué vieron mis ojos maravillados? Un anciano diminuto, flaco y gris, imberbe de puro viejo, que representaba mil años y estaba completamente solo.

-¿Puedo hacer la pieza? -preguntó inopinadamente uno de esos criados que merodean, cepillo en ristre, por los corredores de todo hotel.

-Cómo no -contestó el vejete, lo más garifo, y creí discernir, en sus ojillos chispeantes, que por un segundo me miraron, un dejo de burla.

En cuanto el viejo se alejó, articulé:

-Permiso ¿puedo pasar?

Con el pretexto de averiguar cuánto tardaría el lavadero en devolverme una camisa imaginaria, me colé en la habitación. Mientras departía con el criado, lo examiné todo. Allí no había peruanas.

Sonó, en mi cuarto, la campanilla del teléfono. Lo atendí. Me dijeron que un señor me esperaba. «¿A estas horas?», pregunté airadamente. Con desesperación recordé al charlatán de los lotes en Colonia Suiza. Hubiera querido que me tragara o, mejor, que lo tragara la tierra. Hubiera querido ser mago y hacerle creer que lo acompañaba y mandarlo solo a ver sus lotes. Partí a mi suerte.

Al entregar la llave, pregunté:

-¿Cómo se llama el señor de la habitación contigua a la mía? Consultaron libros y respondieron:

-Merlín.

El nombre me suena, pero ni antes ni después de esa mañana vi al sujeto.

Un león en el bosque de Palermo
...Hideous animal, get bence!

The Sphinx

Valga de prólogo el doctor Standle-Zanichelli. Todo empezó, pues, en el Club Atlético, el miércoles, al fin de la tarde, minutos antes de que huyera del Jardín Zoológico el león. El cuidador del vestuario, Daniel, estaba cansado: desde la mañana tuvo un día de trajín, con el club repleto. Protestaban los socios por el agua fría, bajaba a cargar la caldera, se fugaban sin pagar la toalla o berreaban porque no estaba arriba para distribuir a cada uno su oblea de jabón rojizo. Ya caía la noche. De puro nervioso, el pobre Daniel andaba soplándose las manos, y de ganas de chupar un mate, tragaba. ¿Por qué la Melania lo cebaría tibio? Faltaba poco para el mejor momento: el de cerrar el vestuario e irse a la pieza. Apenas quedaban el doctor Standle-Zanichelli (el rezagado de siempre) y un socio que esta tarde no encontró pretexto para rehuir el temido partidito del doctor. Éste, en paños menores, atento al espejo, donde dividía el pelo en mitades iguales y onduladas, peroraba ante un público de dos: el mentado consocio y Daniel. El primero asentía con tumbos de cabeza y movía los ojos, en vaivén de velocidad progresiva, entre el reloj de la pared del fondo y el horario de trenes de la pared inmediata. En cuanto a Daniel, sonreía con modestia, no entendía una palabra, sólo tenía fuerzas para esperar la partida de estos caballeros y echar llave, correr a la piecita, pedir a Melania, si no era demasiado tarde, que le cebara unos mates, tibios desde luego, con la yerba del desayuno, si quería, pero ¡tan deseados! Iría después, de una escapada, al Deportivo... El acartonado doctor Standle-Zanichelli argumentaba:

-Ustedes opinan que el medio natural del hombre es la civilización, pero yo pregunto: ¿no será el hombre una fiera inteligente que, predestinada al suicidio, inventó la civilización, camino tortuoso y largo por donde llegará al fin a devorarse a sí misma, como abyecta hiena despiadada? De miles de años a esta parte reprimimos nuestros instintos: la agresividad, la bestialidad, etcétera. Diríase, pues, que la civilización triunfó. No lo crean. Estallidos criminales por doquier, un niño delincuente por barba, psicoanalistas desatando en el prójimo un manojo de demonios, configuran otras tantas pruebas de que losinstintos recuperan terreno, de que la marea de la civilización por último baja.

-Si yo no bajo ahora -armándose de coraje confesó el Otro Socio- van cinco trenes que pierdo, mientras usted explica el peligro de reprimir los impulsos.

-Un momento -pidió con dignidad el doctor-. Lo acompaño por la escalera. No le ofrezco un lugar en mi cómodo automóvil, porque lo dejé en casa. Cumplo mi plan Vida Sana, pedaleo en bicicleta Peugeot, me conservo ágil. ¡Hay Standle-Zanichelli para rato!

El pobre Daniel cerró el vestuario. Se precipitaron estruendosamente los tres hombres por la escalera, que resonó como tambor. Lorenzo, el gallego del bar, habitualmente cortés y aún servil, asomando la pelambre profirió:

-No dejan oír la radio, bellacos. Chitón, ordeno.

-¡El libro de quejas! -rugió Standle-Zanichelli.

-Usted no aburra con el libro de quejas -replicó el Otro Socio-. Al gallego lo desparramo de un moquete. Daniel preguntó:

-¿Por qué no se matan de una vez?

La niñera de los Retner, una madre para Orlandito (niño modelo), mientras los verdaderos padres recorrían el Caribe en el crucero del Caronia, blandiendo una botella de Hierroquina informó:

-El león huyó del Zoológico.

Entraron todos en el bar -parecía un salón desprendido de algún diminuto castillo tudor- donde el aparato de radio explicaba:

-Un automovilista no identificado lo vio cruzar imprudentemente la avenida e internarse en el bosque. Pronostican portavoces de círculos policiales que en este momento el león se extendería hasta el cerco del Club Atlético.

-¡Viva la patria! -murmuró Orlandito.

-Habría que cerrar el portón -apuntó el Otro Socio.

-El jefe de la policía montada promete una operación de limpieza -respondió Lorenzo. La niñera aseguró:

-El intendente en persona ruega a las parejas y a la población estable que mantenga la calma. El aparato de radio continuó:

-A las doce en punto de la noche concluirá la operación de limpieza y el peligro.

-Un león no altera mis planes -declaró Standle-Zanichelli-. ¡En bicicleta!

-De paso podría cerrar el portón -opinó el Otro Socio. Standle-Zanichelli respondió con una carcajada ambigua, agitó la mano, partió.

-Voy a cerrarlo -aulló Orlandito, pero sólo se encaramó en el mostrador y derribó el tarro del almidón Rémy.

-Si no me empachara de lechón en Calamocha, ahora mismo lo meto en el horno -aseguró Lorenzo.

Daniel se fue a su cuarto. Diariamente, hacia el crepúsculo, una idéntica situación se repetía. Ni bien él abría la puerta, Melania, atareada en la cocinita, rodeada de tres niños harapientos y con el menor al cuello, sin volverse anunciaba: «Ya va». Sentado en la cama camera, esperando anhelosamente el mate, Daniel miraba a su mujer -flaca, desgreñada, con la ropa mal recogida-, meditaba sobre el callado trabajo de la desidia, meneaba la cabeza, con ternura murmuraba: «Es buena persona». Luego llegaban los mates fríos. Luego Melania sonreía tristemente y preguntaba: «¿Por qué no te vas a jugar un ludo con el gallego? Si andas alrededor mientras cocino, me da en los nervios». Diciéndose que averiguaría si el gallego jugaba al ludo (si no jugaba, le enseñaría cuanto antes), cruzaba al Deportivo, el club de enfrente, se agazapaba, penetraba en el cantero de las hortensias como en un bosque secreto. Al rato -un rato largo, porque las mujeres son impuntuales, aun para el placer- oía un susurro, una agitación entre las hortensias y luego divisaba a Susana, «la señora del colega» del Club Deportivo, que venía a su encuentro. Muy pronto se decían «Adiós, mi amor» y cada uno, precavidamente, volvía a su casa.

Aquella tarde la situación varió. Cuando Daniel entreabrió la puerta, con un cacharro en cada mano lo enfrentó Melania, que gritó:

-No pidas mate, porque te desuello como chancho.

-¿Así que hoy calentaste el agua? -preguntó Daniel-. Yo en tu lugar me pegaría un bañito.

-¿Huele mejor la Susana?

Nunca se hablaron tan brutalmente, pero a Daniel ese trato hoy le parecía natural. Por miedo al agua hirviendo no acometió a Melania. Se echó en la camera. De espaldas, bostezando, ya descalzo, acarició los pies, anheló a la Susana, respiró entrecortadamente, empuñó el pie derecho, emprendió un vaivén de animal en jaula. Se imaginó a él mismo agazapado, corriendo en pies y manos entre las hortensias. Después echado, a la espera; se representó luego, a lo lejos, la cabeza frisada de Susana, como de oveja, y luego a Susana, galopando en pies y manos, a su encuentro. Porque tales imágenes lo perturbaban bramó broncamente y se incorporó. Creyó que saldría del cuarto, sin dar tiempo a Melania para que le echara el agua hirviendo, y que huiría al Club Deportivo, pero recordó el león; nuevamente bramó, ahora de un modo quejumbroso, para en seguida arrojarse a la cama, acariciar los pies, retomar el vaivén.

-Si hoy no vas a la Susana -declaró Melania- iré yo, y le sacaré los ojos.

Muy resuelta, se demoró con el nudo del delantal.

Mientras tanto, en el Club Deportivo, asomada a la ventana de la cocina Susana cavilaba: «El miedoso no viene. Yo iré enfrente y le diré que si no la deja en el acto y se queda conmigo, no es hombre. Le diré por fin lo que pienso: vivir con esa mujer es una degeneración. Cuando ella abra la boca le diré que antes de dirigirme la palabra se bañe por favor».

En el bar del Club Atlético, sentados a una mesa, no lejos de la chimenea, bebían la niñera y el Otro Socio; Lorenzo, acodado al mostrador, mascullaba entre dientes palabras ininteligibles, y Orlandito merodeaba, oteándolos con odio.

-Como haremos noche aquí -observó el Otro Socio, y descubrió que la niñera, bajándose el escote, lo miraba con ojos extrañamente embotados- daremos cuenta, la señorita y yo, de sendos bifes de chorizo, bien jugosos, con huevos a caballo.

-Ni jugosos ni secos -negó Lorenzo-. ¡Pesia!

El Otro Socio llevó la mano donde tenía clavados los ojos y gritó:

-Ay.

Había recibido un codazo en el hígado. La niñera, tras defender tan fieramente el escote, reía con imbecilidad, como si hubiera perdido la fuerza.

-Me llamo Renata -informó, frunciendo los mojados labios en mohín de beso.

-Tanto monta -comentó Lorenzo-. Mal va la zorra, que no trabajo horas de más, que no, así Renatas hipen, señoritillos gruñan y afuera regruña el león de Numancia reencarnado.

Se levantó el Otro Socio y, por si lo agraviaban, avanzó provocadoramente.

-¡Yo soy un mono! -chilló Orlandito, desde lo alto de la estantería.

Derribó una botella de Cinzano y otra de whisky Caballo Blanco.

-Vais a comer -avisó Lorenzo-. Vais a comer lechón o por lo menos jabato.

Con un largo palo trató de bajar al niño, mientras Renata decía dulcemente:

-Yo, señor, le indicaré las carnes más tiernas.

En ese momento el aparato de radio anunció la captura del león, que de nuevo estaba acomodado en su jaula. Antes de que las personas reunidas en el bar atinaran a comentar la noticia, una de las expresiones más vigorosas de la naturaleza la desmintió: el rugido del león. Fue aquél un rugido tan próximo como si proviniera de la radio o de uno de los presentes (provenía, a no dudarlo, del bosque) y tan enorme, que lo incluía a todo, como si el club entero se derrumbara en las fauces de un león gigantesco. El bar quedó a oscuras.

-¡Los tapones! ¿Cómo no saltarían a favor de tamaño petardo? ¡Si ahora parece que oigo mejor! -exclamó Lorenzo.

-Qué frío -gimió Renata y se estrechó contra el Otro Socio. Abrazándola, éste advirtió:

-Con el león ahí nomás, la oscuridad no me gusta.

Ensimismado, Lorenzo contemplaba la moribunda lumbre de la chimenea. De pronto, milagrosamente, el fuego se avivó en llamaradas frenéticas. El diálogo, a continuación, fue rápido:

-Miren el hall.

-Allí hay luz.

-No saltaron, entonces, los tapones.

-El chiquilín ese ¡hay que matarlo! movió la llave de la luz.

-Qué gracioso.

Orlandito rió. Lorenzo prendió la luz. El Otro Socio habló:

-No es gracioso, Renata. ¡Fue nuestra ropa lo que avivó el fuego! ¡Mira cómo arde!

-¡El niño la arrojó toda! ¡Arrojó el montoncito de nuestra ropa! -reconoció Renata. Dirigiéndose a Lorenzo, agregó-: Si fuera usted, señor, yo cocinaría cuanto antes el lechón -guiñó un ojo- y compartía nuestra mesa. Daniel entró en el bar.

-No me agarran -gritó Orlandito-. Ni me asustan.

-Pero te asusta el león -afirmó reflexivamente Daniel-. No te atreves a salir al bosque.

-¡Bravo! ¡Proposición más excelente no se ha visto ni verá! -aplaudió Lorenzo.

-Muy bien -exclamó el Otro Socio.

-Yo quiero comer -protestó apenada y mimosamente Renata.

-Yo también padezco hambruna, sepa usted, señorita Renata -explicó Lorenzo-, pero la depongo ante el espejismo de un castigo justo.

-Ya verán, ya verán, no tengo miedo -gritó Orlandito, caminando por la cornisa de la estantería, con los brazos en alto.

Trataron de darle caza, pero se les escapó. También se escaparon, con disimulo, Renata y el Otro Socio. Lorenzo, guiado por el instinto, los halló en la cocina, despedazando y devorando una pierna de vaca. Sobre la presa hubo un cruce de miradas torvas. Pareció inevitable el combate. El Otro Socio y Renata se alejaron, porque estaban saciados. Lorenzo comió. Al rato roncaban todos.

A las diez y media de la mañana los despertó el boletín de la radio, con un bando extraordinario, ratificando la segunda, inminente y total captura del león, que por lo demás ya estaba alojado en su jaula del Jardín Zoológico. Tal como era de prever inmediatamente resonó -según opinaron todos, en las inmediaciones del club- el enorme rugido feral. Lo siguió un aterrado gritito humano, que destacó -a la manera de esas personas que se fotografían junto a los monumentos- las descomunales proporciones del rugido. Sin duda, para probar que el león no lo perturbaba, Daniel comentó:

-Esto sí que es raro. Son las diez y media pasadas y no llegó el doctor Standle-Zanichelli.

-Más que la manía pudo el miedo -dictaminó Renata.

-A mí no me agarra hoy para su partidito. No se embrome -aclaró el Otro Socio.

-Miren, miren -gritó Orlandito.

Cabeza abajo, como mono o como marmota, colgado de la caja del cortinado, miraba por la banderola, señalaba afuera. Todos se amontonaron en la ventana. Más allá del alambre tejido vieron la calle, como una franja azul, y en la franja, figuras geométricas, dos círculos, algo que a unos pareció una escuadra, a otros un trapecio, a otros un triángulo, y una mancha escarlata.

Luego se distrajeron, pues, como los animales, no mantenían fija la atención, y empezaron a pelear por Renata. El Otro Socio, raqueta en mano, repartió golpes, también a su amiga. La batalla continuó; de modo paulatino cambió el trofeo disputado: ya no fue Renata

sino manteca, jalea, pan y budín inglés. Volvieron a distraerse, ahora del enojo, para abocarse al desayuno. Daniel advirtió la ausencia de Orlandito. Gimió Renata:

-¡Se habrá ido al bosque!

Para calmarla, el Otro Socio respondió:

-No faltará comida.

-Hay que tener reservas -reparó la niñera.

-Nunca fuera tan formal mujer desnuda, ni mostrara, ay de mí, tanto caletre. Bien se me alcanza que hoy desperté con menos formalidad que un gato, pero ¿quién no cedería la merienda, y no haría cabriolas, por una ojeada al cuadro del niño Orlandito topándose con la bocaza del león?

-Quizá no lo veamos -discurrió el Otro Socio- pero saber que ocurrió sería un consuelo.

-Yo quiero verlo -pidió Renata.

-Yo voy a ver si Orlandito está en la casa -dijo Daniel.

La recorrió prontamente. Después, temeroso de que los otros lo sorprendieran, avergonzado del impulso, corrió al bosque, a salvar al niño. En el camino cruzó lo que de lejos parecía un conjunto de figuras geométricas y una mancha escarlata; resultó ser la descuartizada bicicleta del doctor Standle-Zanichelli y un charco de sangre. Daniel no se detuvo. Movió compasivamente la cabeza y, con temor, mirando a un lado y otro, penetró en el bosque. La fragancia de los eucaliptos era vehemente. En una rama, clara en la espesura, cantó un pájaro. Daniel recordó a los hijos, que a su lado, poco a poco, se incorporaban a la vida; recordó a Melania, su compañera, y a Susana, el furtivo deleite; se dijo que lo apenaría dejar un mundo tan hermoso, pero como alguien debía rescatar al niño extraviado, siguió adelante, hasta que lo encontró en el propio borde del lago de las carabelas. Tomados de la mano regresaron. En el trayecto tropezaron con Renata, cubierta de ropas ajenas, con el Otro Socio, en ropa de tenis y con Lorenzo: cada uno, por Orlandito, se exponía a un desagradable encuentro con el león.

En verdad, no corrieron peligro: minutos antes de que Daniel se lanzara en procura del niño, el león abandonaba el bosque, en el carro-jaula de la Perrera Municipal. La circunstancia no mengua, sin embargo, el mérito de ninguno de ellos, pues la ignoraban. Oyeron la primera noticia de labios de Melania y de Susana, quienes, rodeadas de los chicos, los aguardaban en el portón del Club Atlético, comentándola animadamente.

El episodio había concluido. No dejó más baja que Standle-Zanichelli, caballero de vigorosa e impermeable personalidad. Los otros, mientras tuvieron cerca al león, por su influjo se abandonaron a la antigua naturaleza animal que hay en lo profundo del hombre. Fueron agresivos, crueles, cobardes, estúpidos. Retirada la fiera por los peones municipales, en todos prevaleció de nuevo el criterio humano, sin duda impuro de hipocresía, pero también refulgente de compasión y de coraje.

Cavar un foso

Raúl Arévalo cerró las ventanas y las persianas, ajustó los pasadores, uno por uno, cerró las dos hojas de la puerta de entrada, ajustó el pasador, giró la llave, colocó la pesada tranca de hierro.

Su mujer, acodada al mostrador, sin levantar la voz dijo:

-¡Qué silencio! Ya no oímos el mar. El hombre observó:

-Nunca cerramos, Julia. Si viene un cliente, la hostería cerrada le llamará la atención.

-¿Otro cliente, y a media noche? -protestó Julia-. ¿Estás loco? Si vinieran tantos clientes no estaríamos en este apuro. Apaga la araña del centro.

Obedeció el hombre; el salón quedó en tinieblas, apenas iluminado por una lámpara, sobre el mostrador.

-Como quieras -dijo Arévalo, dejándose caer en una silla, junto a una de las mesas con mantel a cuadros-, pero no sé por qué no habrá otra salida.

Eran bien parecidos, tan jóvenes que nadie los hubiera tomado por los dueños. Julia, una muchacha rubia, de pelo corto, se deslizó hasta la mesa, apoyó las manos en ella y, mirándolo de frente, de arriba, le contestó en voz baja, pero firme:

-No hay.

-No sé -protestó Arévalo-. Fuimos felices, aunque no ganamos plata.

-No grites -ordenó Julia.

Extendió una mano y miró hacia la escalera, escuchando.

-Todavía anda por el cuarto -exclamó-. Tarda en acostarse. No se dormirá nunca.

-Me pregunto -continuó Arévalo- si cuando tengamos eso en la conciencia podremos de nuevo ser felices.

Dos años antes, en una pensión de Necochea, donde veraneaban -ella con sus padres, él solo-, se habían conocido. Desearon casarse, no volver a la rutina de escritorios de Buenos Aires y soñaron con ser los dueños de una hostería, en algún paraje apartado, sobre los acantilados, frente al mar. Empezando por el casamiento, nada era posible, pues no tenían dinero. Una tarde que paseaban en ómnibus por los acantilados vieron una solitaria casa de ladrillos rojos y techo de pizarra, a un lado del camino, rodeada de pinos, frente al mar, con un letrero casi oculto entre los ligustros: IDEAL PARA HOSTERÍA. SE VENDE. Dijeron que aquello parecía un sueño y, realmente, como si hubieran entrado en un sueño, desde ese momento las dificultades desaparecieron. Esa misma noche, en uno de los dos bancos de la vereda, a la puerta de la pensión, conocieron a un benévolo señor a quien refirieron sus descabellados proyectos. El señor conocía a otro señor, dispuesto a prestar dinero en hipoteca, si los muchachos le reconocían parte de las ganancias. En resumen, se casaron, abrieron la hostería, luego, eso sí, de borrar de la insignia las palabras «El Candil» y de escribir el nombre nuevo: «La Soñada».

Hay quienes pretenden que tales cambios de nombre traen mala suerte, pero la verdad es que el lugar quedaba a trasmano, estaba quizá mejor elegido para una hostería de novela -como la imaginada por estos muchachos- que para recibir parroquianos. Julia y Arévalo advirtieron por fin que nunca juntarían dinero para pagar, además de los impuestos, la deuda al prestamista, que los intereses vertiginosamente aumentaban. Con la espléndida vehemencia de la juventud rechazaban la idea de perder La Soñada y de volver a Buenos Aires, cada uno al brete de su oficina. Porque todo había salido bien, que ahora saliera mal les parecía un ensañamiento del destino. Día a día estaban más pobres, más enamorados, más contentos de vivir en aquel lugar, más temerosos de perderlo, hasta que llegó, como un ángel disfrazado, mandado por el cielo para probarlos, o como un médico prodigioso, con la panacea infalible en la maleta, la señora que en el piso alto se desvestía, junto a la vaporosa bañadera donde caía a borbotones el agua caliente.

Un rato antes, en el solitario salón, cara a cara, en una de las mesitas que en vano esperaban a los parroquianos, examinaron los libros y se hundieron en una conversación desalentadora.

-Por más que demos vuelta los papeles -había dicho Arévalo, que se cansaba pronto- no vamos a encontrar plata. La fecha de pago se viene encima.

-No hay que darse por vencido -había replicado Julia.

-No es cuestión de darse por vencido, pero tampoco de imaginar que hablando haremos milagros. ¿Qué solución queda? ¿Carlitas de propaganda a Necochea y a Miramar? Las últimas nos costaron sus buenos pesos. ¿Con qué resultado? El grupo de señoras que vino una tarde a tomar el té y nos discutió la adición.

-¿Tu solución es darse por vencido y volver a Buenos Aires?

-En cualquier parte seremos felices.

Julia le dijo que «las frases la enfermaban»; que en Buenos Aires ninguna tarde, salvo en los fines de semana, estarían juntos; que en tales condiciones no sabía por qué serían felices, y que además, en la oficina donde él trabajaría, seguramente habría mujeres.

-A la larga te gustará la menos fea -concluyó.

-Qué falta de confianza -dijo él.

-¿Falta de confianza? Todo lo contrario. Un hombre y una mujer que pasan los días bajo el mismo techo, acaban en la misma cama. Cerrando con fastidio un cuaderno negro, Arévalo respondió:

-Yo no quiero volver, ¿qué más quiero que vivir aquí?, pero si no aparece un ángel con una valija llena de plata...

-¿Qué es eso? -preguntó Julia.

Dos luces amarillas y paralelas vertiginosamente cruzaron el salón. Luego se oyó el motor de un automóvil y muy pronto apareció una señora, que llevaba el chambergo desbordado por mechones grises, la capa de viaje algo ladeada y, bien empuñada en la mano derecha, una valija. Los miró, sonrió, como si los conociera.

-¿Tienen un cuarto? -inquirió-. ¿Pueden alquilarme un cuarto? Por la noche, nomás. Comer no quiero, pero un cuarto para dormir y si fuera posible un baño bien calentito...

Porque le dijeron que sí, la señora, embelesada, repetía:

-Gracias, gracias.

Por último emprendió una explicación, con palabra fácil, con nerviosidad, con ese tono un poco irreal que adoptan las señoras ricas en las reuniones mundanas.

-A la salida de no sé qué pueblo -dijo- me desorienté. Doblé a la izquierda, estoy segura, cuando tenía que doblar a la derecha, estoy segura. Aquí me tienen ahora, cerca de Miramar ¿no es verdad?, cuando me esperan en el hotel de Necochea. Pero ¿quieren que les diga una cosa? Estoy contenta, porque los veo tan jóvenes y tan lindos (sí, tan lindos, puedo decirlo, porque soy una vieja) que me inspiran confianza. Para tranquilizarme del todo quiero contarles cuanto antes un secreto: tuve miedo, porque era de noche y yo andaba perdida, con un montón de plata en la valija, y hoy en día la matan a uno de lo más barato. Mañana a la hora del almuerzo quiero estar en Necochea. ¿Ustedes creen que llego a tiempo? Porque a las tres de la tarde sacan a remate una casa, la casa que quiero comprar, desde que la vi, sobre el camino de la costa, en lo alto, con vista al mar, un sueño, el sueño de mi vida.

-Yo acompaño arriba a la señora, a su cuarto -dijo Julia-. Tú cargas la caldera.

Pocos minutos después, cuando se encontraron en el salón, de nuevo solos, Arévalo comentó:

-Ojalá que mañana compre la casa. Pobre vieja, tiene los mismos gustos que nosotros.

-Te prevengo que no voy a enternecerme -contestó Julia, y echó a reír-. Cuando llega la gran oportunidad, no hay que perderla.

-¿Qué oportunidad llegó? -preguntó Arévalo, fingiendo no entender.

-El ángel de la valija -dijo Julia. Como si de pronto no se conocieran, se miraron gravemente, en silencio. Arriba crujieron los tablones del piso: la señora andaba por el cuarto. Julia prosiguió-: La señora iba a Necochea, se perdió, en este momento podría estar en cualquier parte. Sólo tú y yo sabemos que está aquí.

-También sabemos que trae una valija llena de plata -convino Arévalo-. Lo dijo ella. ¿Por qué va a engañarnos?

-Empiezas a entender -murmuró casi tristemente Julia.

-¿No me pedirás que la mate?

-Lo mismo dijiste el día que te mandé matar el primer pollo. ¿Cuántos has degollado?

-Clavar el cuchillo y que mane la sangre de la vieja...

-Dudo de que distingas la sangre de la vieja de la sangre de un pollo; pero no te preocupes: no habrá sangre. Cuando duerma, con un palo.

-¿Golpearle la cabeza con un palo? No puedo.

-¿Cómo no puedo? Que sea en una mesa o en una cabeza, golpear con un palo es golpear con un palo. ¿Dónde, qué te importa? O la señora o nosotros. O la señora sale con la suya...

-Lo sé, pero no te reconozco. Tanta ferocidad... Sonriendo inopinadamente, Julia sentenció:

-Una mujer debe defender su hogar.

-Hoy tienes una ferocidad de loba.

-Si es necesario lo defenderé como una loba. ¿Entre tus amigos había matrimonios felices? Entre los míos, no. ¿Te digo la verdad? Las circunstancias cuentan. En una ciudad como Buenos Aires, la gente vive irritada, hay tentaciones. La falta de plata empeora las cosas. Aquí tú y yo no corremos peligro, Raúl, porque nunca nos aburrimos de estar juntos. ¿Te explico el plan?

Bramó el motor de un automóvil por el camino. Arriba trajinaba la señora.

-No -dijo Arévalo-. No quiero imaginar nada. Si no, tengo lástima y no puedo... Tú das órdenes, yo las cumplo.

-Bueno. Cierra todo, la puerta, las ventanas, las persianas.

Raúl Arévalo cerró las ventanas y las persianas, ajustó los pasadores, uno por uno, cerró las dos hojas de la puerta de entrada, ajustó el pasador, giró la llave, colocó la pesada tranca de hierro.

Hablaron del silencio que de repente hubo en la casa, del riesgo de que llegara un parroquiano, de si tenía otra salida la situación, de si podrían ser felices con un crimen en la conciencia.

-¿Dónde está el rastrillo? -preguntó Julia.

-En el sótano, con las herramientas.

-Vamos al sótano. Damos tiempo a la señora para que se duerma y tú ejerces tu habilidad de carpintero. A ver, fabrica un mango de rastrillo, aunque no sea tan largo como el otro.

Como un artesano aplicado, Arévalo obedeció. Preguntó al rato:

-Y esto ¿para qué es?

-No preguntes nada, si no quieres imaginar nada. Ahora clavas en la punta una madera transversal, más ancha que la parte de fierro del rastrillo.

Mientras Raúl Arévalo trabajaba, Julia revolvía entre la leña y alimentaba la caldera.

-La señora ya se bañó -dijo Arévalo.

Empuñando un trozo de leña como una maza, Julia contestó:

-No importa. No seas avaro. Ahora somos ricos. Quiero tener agua caliente. -Después de una pausa, anunció-: Por un minuto nomás te dejo. Voy a mi cuarto y vuelvo. No te escapes.

Diríase que Arévalo se aplicó a la obra con más afán aún. Su mujer volvió con un par de guantes de cuero y con un frasco de alcohol.

-¿Por qué nunca te compraste guantes? -preguntó distraídamente; dejó la botella a la entrada de la leñera, se puso los guantes y, sin esperar respuesta, continuó-: Un par de guantes, créeme, siempre es útil. ¿Ya está el rastrillo nuevo? Vamos arriba, tú llevas uno y yo el otro. Ah, me olvidaba de este pedazo de leña.

Alzó el leño que parecía una maza. Volvieron al salón. Dejaron los rastrillos contra la puerta. Detrás del mostrador, Julia recogió una bandeja de metal, una copa y una jarra. Llenó la jarra con agua.

-Por si despierta, porque a su edad tienen el sueño muy liviano (si no lo tienen pesado, como los niños), yo voy delante, con la bandeja. Cubierto por mí, tú me sigues, con esto.

Indicó el leño, sobre una mesa. Como el hombre vacilara, Julia tomó el leño y se lo dio en la mano.

-¿No valgo un esfuerzo? -preguntó sonriendo.

Lo besó en la mejilla. Arévalo aventuró:

-¿Por qué no bebemos algo?

-Yo quiero tener la cabeza despejada y tú me tienes a mí para animarte.

-Acabemos cuanto antes -pidió Arévalo.

-Hay tiempo -respondió Julia. Empezaron a subir la escalera.

-No haces crujir los escalones -dijo Arévalo-. Yo sí. ¿Por qué soy tan torpe?

-Mejor que no crujan -afirmó Julia-. Encontrarla despierta sería desagradable.

-Otro automóvil en el camino. ¿Por qué habrá tantos automóviles esta noche?

-Siempre pasa algún automóvil.

-Con tal de que pase. ¿No estará ahí?

-No, ya se fue -aseguró Julia.

-¿Y ese ruido? -preguntó Arévalo.

-Un caño.

En el pasillo de arriba Julia encendió la luz. Llegaron a la puerta del cuarto. Con extrema delicadeza Julia movió el picaporte y abrió la puerta. Arévalo tenía los ojos fijos en la nuca de su mujer, nada más que en la nuca de su mujer; de pronto ladeó la cabeza y miró el cuarto. Por la puerta así entornada la parte visible correspondía al cuarto vacío, al cuarto de siempre: las cortinas, de cretona, de la ventana, el borde, con molduras, del respaldo de los pies de la cama, el sillón provenzal. Con ademán suave y firme Julia abrió la puerta totalmente. Los ruidos, que hasta ese momento, de manera tan variada se prodigaban, al parecer habían cesado. El silencio era anómalo: se oía un reloj, pero diríase que la pobre mujer de la cama ya no respiraba. Quizá los aguardaba, los veía, contenía la respiración. De espaldas, acostada, era sorprendentemente voluminosa; una mole oscura, curva; más allá, en la penumbra, se adivinaba la cabeza y la almohada. La mujer roncó. Temiendo acaso que Arévalo se apiadara, Julia le apretó un brazo y susurró:

-Ahora.

El hombre avanzó entre la cama y la pared, el leño en alto. Con fuerza lo bajó. El golpe arrancó de la señora un quejido sordo, un desgarrado mugido de vaca. Arévalo golpeó de nuevo.

-Basta -ordenó Julia-. Voy a ver si está muerta. Encendió el velador. Arrodillada, examinó la herida, luego reclinó la cabeza contra el pecho de la señora. Se incorporó.

-Te portaste -dijo.

Apoyando las palmas en los hombros de su marido, lo miró de frente, lo atrajo a sí, apenas lo besó. Arévalo inició y reprimió un movimiento de repulsión.

-Raulito -murmuró aprobativamente Julia. Le quitó de la mano el leño.

-No tiene astillas -comentó mientras deslizaba por la corteza el dedo enguantado-. Quiero estar segura de que no quedaron astillas en la herida.

Dejó el leño en la mesa y volvió junto a la señora. Como pensando en voz alta, agregó:

-Esta herida se va a lavar.

Con un vago ademán indicó la ropa interior, doblada sobre una silla, el traje colgado de la percha.

-Dame -dijo.

Mientras vestía a la muerta, en tono indiferente indicó:

-Si te desagrada, no mires.

De un bolsillo sacó un llavero. Después la tomó debajo de los brazos y la arrastró fuera de la cama. Arévalo se adelantó para ayudar.

-Déjame a mí -lo contuvo Julia-. No la toques. No tienes guantes. No creo mucho en el cuento de las impresiones digitales, pero no quiero disgustos.

-Eres muy fuerte -dijo Arévalo.

-Pesa -contestó Julia.

En realidad, bajo el peso del cadáver los nervios de ellos dos por fin se aflojaron. Como Julia no permitió que la ayudaran, el descenso por la escalera tuvo peripecias de pantomima. Repetidamente retumbaban en los escalones los talones de la muerta.

-Parece un tambor -dijo Arévalo.

-Un tambor de circo, anunciando el salto mortal.

Julia se recostaba contra la baranda, para descansar y reír.

-Estás muy linda -dijo Arévalo.

-Un poco de seriedad -pidió ella; se cubrió la cara con las manos-. No sea que nos interrumpan.

Los ruidos reaparecieron; particularmente el del caño.

Dejaron el cadáver al pie de la escalera, en el suelo, y subieron. Tras de probar varias llaves, Julia abrió la valija. Puso las dos manos adentro, y las mostró después, cada una agarrando un sobre repleto. Los dio al marido, para que los guardara. Recogió el chambergo de la señora, la valija, el leño.

-Hay que pensar dónde esconderemos la plata -dijo-. Por un tiempo estará escondida.

Bajaron. Con ademán burlesco, Julia hundió el chambergo hasta las orejas a la muerta. Corrió al sótano, empapó el leño en alcohol, lo echó al fuego. Volvió al salón.

-Abre la puerta y asómate afuera -pidió.

Obedeció Arévalo.

-No hay nadie -dijo en un susurro.

De la mano, salieron. Era noche de luna, hacía fresco, se oía el mar. Julia entró de nuevo en la casa; volvió a salir con la valija de la señora; abrió la puerta del automóvil, un cabriolet Packard, anticuado y enorme; echó la valija adentró. Murmuró:

-Vamos a buscar a la muerta. -En seguida levantó la voz-. Ayúdame. Estoy harta de cargar con ese fardo. Al diablo con las impresiones digitales.

Apagaron todas las luces de la hostería, cargaron con la señora, la sentaron entre ellos, en el coche, que Julia condujo. Sin encender los faros llegaron a un paraje donde el camino coincidía con el borde a pique de los acantilados, a unos doscientos metros de La Soñada. Cuando Julia detuvo el Packard, la rueda delantera izquierda pendía sobre el vacío. Abrió la portezuela a su marido y ordenó:

-Bájate.

-No creas que hay mucho lugar -protestó Arévalo, escurriéndose entre el coche y el abismo.

Ella bajó a su vez y empujó el cadáver detrás del volante. Pareció que el automóvil se deslizaba.

-¡Cuidado! -gritó Arévalo.

Cerró Julia la portezuela, se asomó al vacío, golpeó con el pie en el suelo, vio caer un terrón. En sinuosos dibujos de espuma y sombra el mar, abajo, se movía vertiginosamente.

-Todavía sube la marea -aseguró-. ¡Un empujón y estamos libres!

Se prepararon.

-Cuando diga ahora, empujamos con toda la furia -ordenó ella-. ¡Ahora!

El Packard se desbarrancó espectacularmente, con algo humano y triste en la caída, y los muchachos quedaron en el suelo, en el pasto, al borde del acantilado, uno en brazos del otro, Julia llorando como si nada fuera a consolarla, sonriendo cuando Arévalo le besaba la cara mojada. Al rato se incorporaron, se asomaron al borde.

-Ahí está -dijo Arévalo.

-Sería mejor que el mar se lo llevara, pero si no se lo lleva, no importa.

Volvieron camino. Con los rastrillos borraron las huellas del automóvil entre el patio de tierra y el pavimento. Antes de que hubieran destruido todos los rastros y puesto en perfecto orden la casa, el nuevo día los sorprendió. Arévalo dijo:

-Vamos a ver cuánta plata tenemos.

Sacaron de los sobres los billetes y los contaron.

-Doscientos siete mil pesos -anunció Julia.

Comentaron que si la mujer llevaba más de doscientos mil pesos para la seña, estaba dispuesta a pagar más de dos millones por la casa; que en los últimos años el dinero había perdido mucho valor; que esa pérdida los favorecía, porque la suma de la seña les alcanzaba a ellos para pagar la hostería y los intereses del prestamista.

Con el mejor ánimo, Julia dijo:

-Por suerte hay agua caliente. Nos bañaremos juntos y tomaremos un buen desayuno.

La verdad es que por un tiempo no estuvieron tranquilos. Julia predicaba la calma, decía que un día pasado era un día ganado. Ignoraban si el mar había arrastrado el automóvil o si lo había dejado en la playa.

-¿Quieres que vaya a ver? -preguntó Julia.

-Ni soñar -contestó Arévalo-. ¿Te das cuenta si nos ven mirando?

Con impaciencia Arévalo esperaba el paso del ómnibus que dejaba todas las tardes el diario. Al principio ni los diarios ni la radio daban noticias de la desaparición de la señora. Parecía que el episodio hubiera sido un sueño de ellos dos, los asesinos.

Una noche Arévalo preguntó a su mujer:

-¿Crees que puedo rezar? Yo quisiera rezar, pedir a un poder sobrenatural que el mar se lleve el automóvil. Estaríamos tan tranquilos. Nadie nos vincularía con esa vieja del demonio.

-No tengas miedo -contestó Julia-. Lo peor que puede pasarnos es que nos interroguen. No es terrible: toda nuestra vida feliz por un rato en la comisaría. ¿Somos tan flojos que no podemos afrontarlo? No tienen pruebas contra nosotros. ¿Cómo van a achacarnos lo que le pasó a la pobre señora?

Arévalo pensó en voz alta:

-Esa noche nos acostamos tarde. No podemos negarlo. Cualquiera que pasó, vio luz.

-Nos acostamos tarde, pero no oímos la caída del automóvil.

-No. No oímos nada. Pero ¿qué hicimos?

-Oímos la radio.

-Ni siquiera sabemos qué programas transmitieron esa noche.

-Estuvimos conversando.

-¿De qué? Si decimos la verdad, les damos el móvil. Estábamos arruinados y nos cae del cielo una vieja cargada de plata.

-Si todos los que no tienen plata salieran a matar como locos...

-Ahora no podemos pagar la deuda -dijo Arévalo.

-Y para no despertar sospechas -continuó sarcásticamente Julia- perdemos la hostería y nos vamos a Buenos Aires, a vivir en la miseria. Por nada del mundo. Si quieres, no pagamos un peso, pero yo me voy a hablar con el prestamista. De algún modo lo convenzo. Le prometo que si nos da un respiro, las cosas van a mejorar y él cobrará todo su dinero. Como sé que tengo el dinero, hablo con seguridad y lo convenzo.

La radio una mañana, y después los diarios, se ocuparon de la señora desaparecida.

-«A raíz de una conversación con el comisario Gariboto» -leyó Arévalo- «este corresponsal tiene la impresión de que obran en poder de la policía elementos de juicio que impiden descartar la posibilidad de un hecho delictuoso». ¿Ves? Empiezan con el hecho delictuoso.

-Es un accidente -afirmó Julia-. A la larga se convencerán. Ahora mismo la policía no descarta la posibilidad de que la señora esté sana y buena, extraviada quién sabe dónde. Por eso no hablan de la plata, para que a nadie se le ocurra darle un palo en la cabeza.

Era un luminoso día de mayo. Hablaban junto a la ventana, tomando sol.

-¿Qué serán los elementos de juicio? -interrogó Arévalo.

-La plata -aseguró Julia-. Nada más que la plata. Alguno habrá ido con el cuento de que la señora viajaba con una enormidad de plata en la valija.

De pronto Arévalo preguntó:

-¿Qué hay allá?

Un numeroso grupo de personas se movía en la parte del camino donde se precipitó el automóvil. Arévalo dijo:

-Lo descubrieron.

-Vamos a ver -opinó Julia-. Sería sospechoso que no tuviéramos curiosidad.

-Yo no voy -respondió Arévalo.

No pudieron ir. Todo el día en la hostería hubo clientes. Alentado, quizá, por la circunstancia. Arévalo se mostraba interesado, conversador, inquiría sobre lo ocurrido, juzgaba que en algunos puntos el camino se arrimaba demasiado al borde de los acantilados, pero reconocía que la imprudencia era, por desgracia, un mal endémico de los automovilistas. Un poco alarmada, Julia lo observaba con admiración.

A los bordes del camino se amontonaron automóviles. Luego, Arévalo y Julia creyeron ver en medio del grupo de automóviles y de gente una suerte de animal erguido, un desmesurado insecto. Era una grúa. Alguien dijo que la grúa no trabajaría hasta la mañana, porque ya no había luz. Otro intervino:

-Adentro del vehículo, un regio Packard del tiempo de la colonia, localizaron hasta dos cadáveres.

-Como dos tórtolas en el nido, irían a los besos, y de pronto ¡patapún! el Packard se propasa del borde, cae al agua.

-Lo siento -terció una voz aflautada-, pero el automóvil es Cadillac.

Un oficial de Policía, acompañado de un señor canoso, de orión encasquetado y gabardina verde, entró en La Soñada. El señor se descubrió para saludar a Julia. Mirándola corno a un cómplice, comentó:

-Trabajan ¿eh?

-La gente siempre imagina que uno gana mucho -contestó Julia-. No crea que todos los días son como hoy.

-Pero no se queja ¿no?

-No, no me quejo.

Dirigiéndose al oficial de uniforme, el señor dijo:

-Si en vez de sacrificarnos por la repartición, montáramos un barcito como éste, a nosotros también otro gallo nos cantara. Paciencia, Matorras. -Más tarde, el señor preguntó a Julia-: ¿Oyeron algo la noche del suceso?

-¿Cuándo fue el accidente? -preguntó ella.

-Ha de haber sido el viernes a la noche -dijo el policía de uniforme.

-¿El viernes a la noche? -repitió Arévalo-. Me parece que no oí nada. No recuerdo.

-Yo tampoco -añadió Julia.

En tono de excusa, el señor de gabardina, anunció:

-Dentro de unos días tal vez los molestemos, para una declaración en la oficina de Miramar.

-Mientras tanto ¿nos manda un vigilante para atender el mostrador? -preguntó Julia. El señor sonrió.

-Sería una verdadera imprudencia -dijo-. Con el sueldo que paga la repartición nadie para la olla.

Esa noche Arévalo y Julia durmieron mal. En cama conversaron de la visita de los policías; de la conducta a seguir en el interrogatorio, si los llamaban; del automóvil con el cadáver, que aún estaba al pie del acantilado. A la madrugada Arévalo habló de un vendaval y tormenta que ya no oían, de las olas que arrastraron el automóvil mar adentro. Antes de acabar la frase comprendió que había dormido y soñado. Ambos rieron.

La grúa, a la mañana, levantó el automóvil con la muerta. Un parroquiano que pidió anís del Mono, anunció:

-La van a traer aquí.

Todo el tiempo la esperaron, hasta que supieron que la habían llevado a Miramar en una ambulancia.

-Con los modernos gabinetes de investigación -opinó Arévalo- averiguarán que los golpes de la vieja no fueron contra los fierros del automóvil.

-¿Crees en esas cosas? -preguntó Julia-. El moderno gabinete ha de ser un cuartucho, con un calentador Primus, donde un empleado toma mate. Vamos a ver qué averiguan cuando les presenten la vieja con su buen sancocho en agua de mar.

Transcurrió una semana, de bastante animación en la hostería. Algunos de los que acudieron la tarde en que se descubrió el automóvil, volvieron en familia, con niños, o de a dos, en parejas. Julia observó:

-¿Ves que yo tenía razón? La Soñada es un lugar extraordinario. Era una injusticia que nadie viniera. Ahora la conocen y vuelven. Nos va a llegar toda la suerte junta.

Llegó la citación de la Brigada de Investigaciones.

-Que me vengan a buscar con los milicos -Arévalo protestó.

El día fijado se presentaron puntualmente. Primero Julia pasó a declarar. Cuando le tocó su turno, Arévalo estaba un poco nervioso. Detrás de un escritorio lo esperaba el señor de las canas y la gabardina, que los visitó en La Soñada; ahora no tenía gabardina y sonreía con afabilidad. En dos o tres ocasiones Arévalo llevó el pañuelo a los ojos, porque le lloraban. Hacia el final del interrogatorio, se encontró cómodo y seguro, como en una reunión de amigos, pensó (aunque después lo negara) que el señor de la gabardina era todo un caballero. El señor dijo por fin:

-Muchas gracias. Puede retirarse. Lo felicito -y tras una pausa, agregó en tono probablemente desdeñoso- por la señora.

De vuelta en la hostería, mientras Julia cocinaba, Arévalo ponía la mesa.

-Qué compadres inmundos -comentó él-. Disponen de toda la fuerza del gobierno y sueltos de cuerpo lo apabullan al que tiene el infortunio de comparecer. Uno aguanta los insultos con tal de respirar el aire de afuera, no vaya a dar pie a que le aplicen la picana, lo hagan cantar y lo dejen que se pudra adentro. Palabra que si me garanten la impunidad, despacho al de la gabardina.

-Hablas como un tigre cebado -dijo riendo Julia-. Ya pasó.

-Ya pasó el mal momento. Quién sabe cuántos parecidos o peores nos reserva el futuro.

-No creo. Antes de lo que supones, el asunto quedará olvidado.

-Ojalá que pronto quede olvidado. A veces me pregunto si no tendrán razón los que dicen que todo se paga.

-¿Todo se paga? Qué tontería. Si no cavilas, todo se arreglará -aseguró Julia.

Hubo otra citación, otro diálogo con el señor de la gabardina, cumplido sin dificultad y seguido de alivio. Pasaron meses. Arévalo no podía creerlo, tenía razón Julia, el crimen de la señora parecía olvidado. Prudentemente, pidiendo plazos y nuevos plazos, como si estuvieran cortos de dinero, pagaron la deuda. En primavera compraron un viejo sedan Pierce-Arrow.

Aunque el carromato gastaba mucha nafta -por eso lo pagaron con pocos pesos- tomaron la costumbre de ir casi diariamente a Miramar, a buscar las provisiones o con otro pretexto. Durante la temporada de verano, partían a eso de las nueve de la mañana y a las diez ya estaban de vuelta, pero en abril, cansados de esperar clientes, también salían a la tarde. Les agradaba el paseo por el camino de la costa.

Una tarde, en el trayecto de vuelta, vieron por primera vez al hombrecito. Hablando del mar y de la fascinación de mirarlo, iban alegres, abstraídos, como dos enamorados, y de improvisto vieron en otro automóvil al hombrecito que los seguía. Porque reclamaba atención -con un designio oscuro- el intruso los molestó. Arévalo, en el espejo, lo había descubierto: con la expresión un poco impávida, con la cara de hombrecito formal, que pronto aborrecería demasiado; con los paragolpes de su Opel casi tocando el Pierce-Arrow. Al principio lo creyó uno de esos imprudentes que nunca aprenden a manejar. Para evitar que en la primera frenada se le viniera encima, sacó la mano, con repetidos ademanes dio paso, aminoró la marcha; pero también el hombrecito aminoró la marcha y se mantuvo atrás. Arévalo procuró alejarse. Trémulo, el Pierce-Arrow alcanzó una velocidad de cien kilómetros por hora; como el perseguidor disponía de un automovilito moderno, a cien kilómetros por hora siguió igualmente cerca. Arévalo exclamó furioso:

-¿Qué quiere el degenerado? ¿Por qué no nos deja tranquilos? ¿Me bajo y le rompo el alma?

-Nosotros -indicó Julia- no queremos trifulcas que acaben en la comisaría.

Tan olvidado estaba el episodio de la señora, que por poco Arévalo no dice ¿por qué?

En un momento en que hubo más automóviles en la ruta, hábilmente manejado el Pierce-Arrow se abrió paso y se perdió del inexplicable seguidor. Cuando llegaron a La Soñada habían recuperado el buen ánimo: Julia ponderaba la destreza de Arévalo, éste el poder del viejo automóvil.

El encuentro del camino fue recordado, en cama, a la noche; Arévalo preguntó qué se propondría el hombrecito.

-A lo mejor -explicó Julia- a nosotros nos pareció que nos perseguía, pero era un buen señor distraído, paseando en el mejor de los mundos.

-No -replicó Arévalo-. Era de la policía o era un degenerado. O algo peor.

-Espero -dijo Julia- que no te pongas a pensar ahora que todo se paga, que ese hombrecito ridículo es una fatalidad, un demonio que nos persigue por lo que hicimos.

Arévalo miraba inexpresivamente y no contestaba. Su mujer comentó:

-¡Cómo te conozco!

Él siguió callado, hasta que dijo en tono de ruego:

-Tenemos que irnos, Julia, ¿no comprendes? Aquí van a atraparnos. No nos quedemos hasta que nos atrapen -la miró ansiosamente-. Hoy es el hombrecito, mañana surgirá algún otro. ¿No comprendes? Habrá siempre un perseguidor, hasta que perdamos la cabeza, hasta que nos entreguemos. Huyamos. A lo mejor todavía hay tiempo.

Julia, dijo:

-Cuánta estupidez.

Le dio la espalda, apagó el velador, se echó a dormir.

La tarde siguiente, cuando salieron en automóvil, no encontraron al hombrecito; pero la otra tarde, sí. Al emprender el camino de vuelta, por el espejo lo vio Arévalo. Quiso dejarlo atrás, lanzó a toda velocidad el Pierce-Arrow; con mortificación advirtió que el hombrecito no perdía distancia, se mantenía ahí cerca, invariablemente cerca. Arévalo disminuyó la marcha, casi la detuvo, agitó un brazo, mientras gritaba:

-¡Pase, pase!

El hombrecito no tuvo más remedio que obedecer. En uno de los parajes donde el camino se arrima al borde del acantilado, los pasó. Lo miraron: era calvo, llevaba graves

anteojos de carey, tenía las orejas en abanico y un bigotito correcto. Los faros del Pierce-Arrow le iluminaron la calva, las orejas.

-¿No le darías un palo en la cabeza? -preguntó Julia, riendo.

-¿Puedes ver el espejo de su coche? -preguntó Arévalo-. Sin disimulo nos espía el cretino.

Empezó entonces una persecución al revés. El perseguidor iba adelante, aceleraba o disminuía la marcha, según ellos aceleraran o disminuyeran la del Pierce-Arrow.

-¿Qué se propone? -con desesperación mal contenida preguntó Arévalo.

-Paremos -contestó Julia-. Tendrá que irse. Arévalo gritó:

-No faltaría más. ¿Por qué vamos a parar?

-Para librarnos de él.

-Así no vamos a librarnos de él.

-Paremos -insistió Julia.

Arévalo detuvo el automóvil. Pocos metros delante, el hombrecito detuvo el suyo. Con la voz quebrada, gritó Arévalo:

-Voy a romperle el alma.

-No bajes -pidió Julia.

Él bajó y corrió, pero el perseguidor puso en marcha su automóvil, se alejó sin prisa, desapareció tras un codo del camino.

-Ahora hay que darle tiempo para que se vaya -dijo Julia.

-No se va a ir -dijo Arévalo, subiendo al coche.

-Escapemos por el otro lado.

-¿Escaparnos? De ninguna manera.

-Por favor -pidió Julia- esperemos diez minutos. Él mostró el reloj. No hablaron. No habían pasado cinco minutos cuando dijo Arévalo:

-Basta. Te juro que nos está esperando al otro lado del recodo.

Tenía razón: al doblar el recodo divisaron el coche detenido. Arévalo aceleró furiosamente.

-No seas loco -murmuró Julia.

Como si del miedo de Julia arrancara orgullo y coraje aceleró más. Por velozmente que partiera el Opel no tardarían en alcanzarlo. La ventaja que le llevaban era grande: corrían a más de cien kilómetros. Con exaltación gritó Arévalo:

-Ahora nosotros perseguimos.

Lo alcanzaron en otro de los parajes donde el camino se arrima al borde del acantilado: justamente donde ellos mismos habían desbarrancado, pocos meses antes, el coche con la señora. Arévalo, en vez de pasar por la izquierda, se acercó al Opel por la derecha; el hombrecito desvió hacia la izquierda, hacia el lado del mar; Arévalo siguió persiguiendo por la derecha, empujando casi el otro coche fuera del camino. Al principio pareció que aquella lucha de voluntades podría ser larga, pero pronto el hombrecito se asustó, cedió, desvió más y Julia y Arévalo vieron el Opel saltar el borde del acantilado y caer al vacío.

-No pares -ordenó Julia-. No deben sorprendernos aquí.

-¿Y no averiguar si murió? ¿Preguntarme toda la noche si no vendrá mañana a acusarnos?

-Lo eliminaste -contestó Julia-. Te diste el gusto. Ahora no pienses más. No tengas miedo. Si aparece, ya veremos. Caramba, finalmente sabremos perder.

-No voy a pensar más -dijo Arévalo.

El primer asesinato -porque mataron por lucro, o porque la muerta confió en ellos, o porque los llamó la policía, o porque era el primero- los dejó atribulados. Ahora tenían uno nuevo para olvidar el anterior, y ahora hubo provocación inexplicable, un odioso perseguidor

que ponía en peligro la dicha todavía no plenamente recuperada... Después de este segundo asesinato vivieron felices.

Unos días vivieron felices, hasta el lunes en que apareció, a la hora de la siesta, el parroquiano gordo. Era extraordinariamente voluminoso, de una gordura floja, que amenazaba con derramarse y caerse; tenía los ojos difusos, la tez pálida, la papada descomunal. La silla, la mesa, el cafecito y la caña quemada que pidió, parecían minúsculos. Arévalo comentó:

-Yo lo he visto en alguna parte. No sé dónde.

-Si lo hubieras visto, sabrías dónde. De un hombre así nada se olvida -contestó Julia.

-No se va más -dijo Arévalo.

-Que no se vaya. Si paga, que se quede el día entero. Se quedó el día entero. Al otro día volvió. Ocupó la misma mesa, pidió caña quemada y café.

-¿Ves? -preguntó Arévalo.

-¿Qué? -preguntó Julia.

-Es el nuevo hombrecito.

-Con la diferencia... -contestó Julia, y rió.

-No sé cómo ríes -dijo Arévalo-. Yo no aguanto. Si es policía, mejor saberlo. Si dejamos que venga todas las tardes y que se pase las horas ahí, callado, mirándonos, vamos a acabar con los nervios rotos, y no va a tener más que abrir la trampa y caeremos adentro. Yo no quiero noches en vela, preguntándome qué se propone este nuevo individuo. Yo te dije: siempre habrá uno...

-A lo mejor no se propone nada. Es un gordo triste... -opinó Julia-. Yo creo que lo mejor es dejar que se pudra en su propia salsa. Ganarle en su propio juego. Si quiere venir todos los días, que venga, pague y listo.

-Será lo mejor -replicó Arévalo-, pero en ese juego gana el de más aguante, y yo no doy más.

Llegó la noche. El gordo no se iba. Julia trajo la comida, para ella y para Arévalo. Comieron en el mostrador.

-¿El señor no va a comer? -con la boca llena, Julia preguntó al gordo.

Éste respondió:

-No, gracias.

-Si por lo menos te fueras -mirándolo, Arévalo suspiró.

-¿Le hablo? -inquirió Julia-. ¿Le tiro la lengua?

-Lo malo -repuso Arévalo- es que tal vez no te da conversación, te contesta sí, sí, no, no.

Dio conversación. Habló del tiempo, demasiado seco para el campo, y de la gente y de sus gustos inexplicables.

-¿Cómo no han descubierto esta hostería? Es el lugar más lindo de la costa -dijo.

-Bueno -respondió Arévalo, que desde el mostrador estaba oyendo-, si le gusta la hostería es un amigo. Pida lo que quiera el señor: paga la casa.

-Ya que insisten -dijo el gordo- tomaré otra caña quemada.

Después pidió otra. Hacía lo que ellos querían. Jugaban al gato y al ratón. Como si la caña dulce le soltara la lengua, el gordo habló:

-Un lugar tan lindo y las cosas feas que pasan. Una picardía. Mirando a Julia, Arévalo se encogió de hombros resignadamente.

-¿Cosas feas? -Julia preguntó enojada.

-Aquí no digo -reconoció el gordo- pero cerca. En los acantilados. Primero un automóvil, después otro, en el mismo punto, caen al mar, vean ustedes. Por entera casualidad nos enteramos.

-¿De qué? -preguntó Julia.

-¿Quiénes? -preguntó Arévalo.

-Nosotros -dijo el gordo-. Vean ustedes, el señor ese del Opel que se desbarrancó, Trejo de nombre, tuvo una desgracia, años atrás. Una hija suya, una señorita, se ahogó cuando se bañaba en una de las playas de por aquí. Se la llevó el mar y no la devolvió nunca. El hombre era viudo; sin la hija se encontró solo en el mundo. Vino a vivir junto al mar, cerca del paraje donde perdió a la hija, porque le pareció -medio trastornado quedaría, lo entiendo perfectamente- que así estaba más cerca de ella. Este señor Trejo -quizás ustedes lo hayan visto: un señor de baja estatura, delgado, calvo, con bigotito bien recortado y anteojos- era un pan de Dios, pero vivía retraído en su desgracia, no veía a nadie, salvo al doctor Laborde, su vecino, que en alguna ocasión lo atendió y desde entonces lo visitaba todas las noches, después de comer. Los amigos bebían el café, hablaban un rato y disputaban una partida de ajedrez. Noche a noche igual. Ustedes, con todo para ser felices, me dirán qué programa. Las costumbres de los otros parecen una desolación, pero, vean ustedes, ayudan a la gente a llevar su vidita. Pues bien, una noche, últimamente, el señor Trejo, el del Opel, jugó muy mal su partida de ajedrez.

El gordo calló, como si hubiera comunicado un hecho interesante y significativo. Después preguntó:

-¿Saben por qué? Julia contestó con rabia:

-No soy adivina.

-Porque a la tarde, en el camino de la costa, el señor Trejo vio a su hija. Tal vez porque nunca la vio muerta, pudo creer entonces que estaba viva y que era ella. Por lo menos, tuvo la ilusión de verla. Una ilusión que no lo engañaba del todo, pero que ejercía en él una auténtica fascinación. Mientras creía ver a su hija, sabía que era mejor no acercarse a hablarle. No quería, el pobre señor Trejo, que la ilusión se desvaneciera. Su amigo, el doctor Laborde, lo retó esa noche. Le dijo que parecía mentira, que él, Trejo, un hombre culto, se hubiera portado como un niño, hubiera jugado con sentimientos profundos y sagrados, lo que estaba mal y era peligroso. Trejo dio la razón a su amigo, pero arguyó que si al principio él había jugado, quien después jugó era algo que estaba por encima de él, algo más grande y de otra naturaleza, probablemente el destino. Pues ocurrió un hecho increíble: la muchacha que él tomó por su hija -vean ustedes, iba en un viejo automóvil, manejado por un joven- trató de huir. «Esos jóvenes», dijo el señor Trejo, «reaccionaron de un modo injustificable si eran simples desconocidos. En cuanto me vieron, huyeron, como si ella fuera mi hija y por un motivo misterioso quisiera ocultarse de mí. Sentí como si de pronto se abriera el piso a mis pies, como si este mundo natural se volviera sobrenatural, y repetí mentalmente: No puede ser, no puede ser». Entendiendo que no obraba bien, procuró alcanzarlos. Los muchachos de nuevo huyeron.

El gordo, sin pestañear, los miró con sus ojos lacrimosos. Después de una pausa continuó:

-El doctor Laborde le dijo que no podía molestar a desconocidos. «Espero», le repitió, «que si encuentras a los muchachos otra vez, te abstendrás de seguirlos y molestarlos». El señor Trejo no contestó.

-No era malo el consejo de Laborde -declaró Julia-. No hay que molestar a la gente. ¿Por qué usted nos cuenta todo esto?

-La pregunta es oportuna -afirmó el gordo-: atañe el fondo de nuestra cuestión. Porque dentro de cada cual el pensamiento trabaja en secreto, no sabemos quién es la persona que está a nuestro lado. En cuanto a nosotros mismos, nos imaginamos transparentes; no lo somos. Lo que sabe de nosotros el prójimo, lo sabe por una interpretación de signos; procede como los augures que estudiaban las entrañas de animales muertos o el vuelo de los pájaros. El sistema es imperfecto y trae toda clase de equivocaciones. Por ejemplo, el señor Trejo supuso que los muchachos huían de él, porque ella era su hija; ellos tendrían quién sabe qué culpa y le atribuirían al pobre señor Trejo quién sabe qué propósitos. Para mí, hubo corridas

en la ruta, cuando se produjo el accidente en que murió Trejo. Meses antes, en el mismo lugar, en un accidente parecido, perdió la vida una señora. Ahora nos visitó Laborde y nos contó la historia de su amigo. A mí se me ocurrió vincular un accidente, digamos un hecho, con otro. Señor: a usted lo vi en la Brigada de Investigaciones, la otra vez, cuando lo llamamos a declarar; pero usted entonces también estaba nervioso y quizá no recuerde. Como apreciarán, pongo las cartas sobre la mesa.

Miró el reloj y puso las manos sobre la mesa.

-Aunque debo irme, el tiempo me sobra, de modo que volveré mañana. -Señalando la copa y la taza, agregó-: ¿Cuánto es esto?

El gordo se incorporó, saludó gravemente y se fue. Arévalo habló como para sí:

-¿Qué te parece?

-Que no tiene pruebas -respondió Julia-. Si tuviera pruebas, por más que le sobre tiempo, nos hubiera arrestado.

-No te apures, nos va a arrestar -dijo Arévalo cansadamente-. El gordo trabaja sobre seguro: en cuanto investigue nuestra situación de dinero, antes y después de la muerte de la vieja, tiene la clave.

-Pero no pruebas -insistió Julia.

-¿Qué importan las pruebas? Estaremos nosotros, con nuestra culpa. ¿Por qué no ves las cosas de frente, Julita? Nos acorralaron.

-Escapemos -pidió Julia.

-Ya es tarde. Nos perseguirán, nos alcanzarán.

-Pelearemos juntos.

-Separados, Julia; cada uno en su calabozo. No hay salida, a menos que nos matemos.

-¿Que nos matemos?

-Hay que saber perder: tú lo dijiste. Juntos, sin toda esa pesadilla y ese cansancio.

-Mañana hablaremos. Ahora tienes que descansar.

-Los dos tenemos que descansar.

-Vamos.

-Sube. Yo voy dentro de un rato.

Julia obedeció.

Raúl Arévalo cerró las ventanas y las persianas, ajustó los pasadores, uno por uno, cerró las dos hojas de la puerta de entrada, ajustó el pasador, giró la llave, colocó la pesada tranca de hierro.

Paradigma

All for love, or The World well lost...

John Dryden

A lo lejos retumbó un vals criollo cuando llegué a la placita que daba al río. La casa era vieja, de madera, alta, angosta, quizás un poco ladeada, con una cúpula cónica, puntiaguda, más ladeada aún, con una puerta de hierro, con vidrios de colores que reflejaban tristemente la luz de aquel interminable atardecer de octubre. Rodeaba la casa un breve jardín, desdibujado por la maleza y por la hiedra. En la verja, en una chapa, leí el nombre: Mon Souci. Más adentro, en un rectángulo de madera clavado en la pared, había un segundo letrero, con las enes al revés: TALLER DE PLANCHADO. PLANTA BAJA. Me pareció que desde la espesura del jardín alguien me vigilaba, pero se trataba tan sólo de uno de esos desagradables

productos de la estatuaria italiana del siglo XIX, un cupido que reía no sin malignidad, cubierto de racimos de lilas. Entré, subí al piso alto.

La misma señorita Eguren -una anciana delgada y limpia, con un tul en el cuello- abrió la puerta. El cuarto... La verdad es que siempre ando distraído y tengo mala memoria, de modo que me limitaré a decir que el cuarto abarcaba todo el frente y que me dejó un agradable recuerdo de orden, de muebles de caoba, de olor a lilas. Arrimamos el sillón de hamaca y una silla al balcón. Bebimos refrescos; de tanto en tanto miramos la placita, rodeada de tres calles, con el embarcadero, los mástiles, alguna vela y el río al fondo.

-¿El señor escribe? -preguntó la señorita Eguren-. Lo llamé para contarle una historia. Una historia real. Yo se la cuento y el señor en dos patadas la arregla para una revista o libro. Como quien dice, yo le doy la letra y el señor, que es poeta, le pone música. Eso sí, le ruego que no se permita el menor cambio, para que la historia no pierda consistencia ¿me explico? Tía Carmen, que leyó su libro, asegura que usted toma en serio el amor.

-Ah -dije.

-Los que hacen libros ¿por qué se avergüenzan del amor? O lo echan a la chacota o lo cubren de verdaderas obscenidades, que francamente no tienen mucho que ver.

Protesté:

-I promessi sposi, Pablo y Virginia.

-¿Son autores de mérito? -su interés duró el tiempo de formular las palabras-. Pero no me niegue que para el hombre normal el amor no cuenta. La plata cuenta, el deporte. La mujer es otra cosa y, naturalmente, los sexos no concuerdan. ¿Para usted algún libro cuenta más que la vida?

-No -dije.

-Mi buen señor, únicamente la vida es mágica. En cualquier estrechez a que uno se vea reducido cabe la vida entera. A mí por este balcón me llega la vida entera. Los bobos creen que una vieja, arrumbada en un cuartucho, no disfruta. Se equivocan. Observo, soy testigo. Ah, quién pudiera serlo para siempre.

Para probarme, quizá, que a ella nada se le escapaba, agregó:

-Ahora cambian la guardia en la comisaría. Efectivamente, en la entrada de la comisaría, sobre la calle que por la derecha bordeaba la plaza, hubo un cambio de guardia.

-Esos valses machacones vienen de la calesita -continuó-. Allá está, en el baldío; la gobierna el sin piernas Américo. A la derecha ¿ve la araucaria? la casa rodeada por el corredor es la quinta de los Várela. Al frente, en el centro de la plaza, tenemos el monumento a San Martín, rodeado por cuatro bancos verdes, concurridos por enamorados, y al fondo, si no le falla la vista, divisará la plataforma de donde arrancan los escalones de piedra ¡cuántos amigos los bajaron, parece ayer, para encontrar una lancha y huir al Uruguay!

Aguardó en silencio hasta que volví a ella los ojos. Luego empezó:

-En 1951 ocurrió el episodio: bien narrado logrará su página de bronce entre las leyendas de la patria. Los protagonistas descollaban como verdaderos héroes. Ambos eran bien parecidos, muy jóvenes, virtuosos y de condición humilde. En esto último, señor, ¿no ve la mano de la Providencia, que los modeló queribles para todo el mundo? Angélica trabajaba en el taller de abajo. Usted la tomaba por una reina entre esas chicas vulgares y alocadas. Yo se lo digo: la única seria, la única linda, la única silenciosa. ¡Y de qué hogar venía! No puedo menos que espantarme, pues los hechos son reales y confirman, señor, los cuentos de hadas, donde a la novia predestinada la descubría en la casa más miserable del pueblo el príncipe, en este caso un panadero.

-¿Un panadero? -repetí estúpidamente.

-Ya le explicaré. La madre de Angélica era la pobre Margarita, usted sabe, paralítica en los últimos años, tonta siempre, sin más conducta que una oveja. ¿Hace cuánto hubiera

muerto, si no fuera por su Angélica, tan buena hija, tan abnegada, el báculo para cualquier necesidad? ¡Le daba de comer en la boca, note bien mis palabras, como a un pichón! De inanición hubiera muerto la pobre Margarita, sobre quien corren cuentos de una sordidez que pone los pelos de punta. ¡De mi boca no los oirá! Diré, en cambio, en su honor, cuatro palabras verdaderas: adoraba a su hija. Con el hombre de la casa, el padrastro de esta chica Angélica, entra el plato fuerte, el ogro de nuestro cuento, señor mío. Por todos conocido por Papy o el Negro Cafetón, tratábase de un paraguayo corpudo, oscuro como si en el infierno lo hubieran chamuscado, de una violencia y de una vivacidad admirables, que no dejaba títere con cabeza. Amén de regentear no sé qué stud de mujeres -no me pida aclaración, porque yo, de deportes, no pesco- el terrible padrastro surcaba los siete mares del orbe como fogonero a bordo del Río Diamante. La chica restañaba las heridas y secaba las lágrimas cuando el Negro Cafetón partía en el buque, pero el retorno era en fecha cierta. No sólo por las tundas lo aguardaba con pavor: bajo amenazas de malos tratos quería casarla con Luis Chico, pelele que el fogonero manejaba con mano de hierro.

»Créame, el Papy era poderoso. Trifulcas tuvo miles, enemigos le sobraban, pues el crápula avivaba con agua fuerte su natural pendenciero. Engolosinada con tales antecedentes, la autoridad política lo apadrinaba y el negrote se abría paso en el sindicato local. ¿Cómo contrariar tamaño bravucón? Si descubría el idilio de los chicos, desollaba vivo a Ricardo, y ante la vista y paciencia de la pobre madre, postrada en el lecho, era muy capaz de vejar a la niña el infame.

-¿Quién es Ricardo? -le pregunté.

-Un panadero, ya se sabe, el amor de Angélica. Mozo gallardo, era un gusto el verlo con la canasta repleta, cumpliendo como un reloj el reparto alrededor de la plaza; no dejaba a nadie sin pan, no digamos a los Várela, buenos pagadores, pero tampoco a la comisaría, que nunca pagó un cobre, aunque reclamaban tortitas de azúcar quemada para el mate, ni al sin piernas Américo, cliente de cuatro felipes. Desde luego, no lo llevarían por delante. Ricardo era un panaderito de lealtad y de coraje probados (repito palabras pronunciadas bajo este mismo techo, en los esperanzados días de aquel septiembre, por sus compañeros de conjuración), pero ¿quién detiene con los puños a una locomotora? Y si enfrentaba con armas al paraguayo ¿en qué pararía el asunto? Angélica le recordaba: “Queremos casarnos, no separarnos. Te quiero conmigo, no entre rejas ni bajo tierra”.

»Antes de partir la última vez en el Río Diamante, el padrastro declaró: “A mi vuelta será tu boda”. Puede usted imaginar cómo cayó el anuncio a los pobres chicos. Ricardo la esperaba todas las tardes y, cuando Angélica salía del taller, tomados del brazo, gravemente se encaminaban al centro de la plaza, a uno de los cuatro bancos que miran a San Martín. Por más que debatían el intríngulis, vea usted, no adelantaban. Poco faltaba para la fecha fatal: el padrastro regresaría en la noche del primero de octubre. No encontraban escapatoria, sólo una seguridad en el alma: día a día se querían más entrañablemente y de cualquier modo evitarían el matrimonio de ella con Luis Chico, pues tenían ahorros para comprar un revólver, si no preferían suicidarse con veneno.

»La vida corre por tantas rueditas, que este idilio, rayano a su final trágico, no era el único suceso importante que ocupaba a los muchachos por aquel entonces. Como le dije, Ricardo intervenía en la conjuración contra la dictadura. Nadie sospechaba que el repartidor, con los panes de su canasta, repartía puntualmente partes y órdenes entre los confabulados. El comando local trabajaba oculto en la quinta de los Várela; los jefes reunidos allí eran notorios opositores del gobierno, conocidos por la policía, y para evitar detenciones que hubieran comprometido la suerte del golpe, en la etapa final ni asomaban la cabeza al jardín.

»Había que mandar órdenes a los oficiales de enlace y por su lado éstos debían informar de las novedades a la quinta, amén de transmitirle despachos del comando, de Buenos Aires. Como los teléfonos no eran de fiar, el panadero anduvo atareado; pero luego

vino una calma -los períodos de gran actividad, con el levantamiento anunciado para una o más fechas, inopinadamente seguidos de calmas, en las que todo parecía olvidado, eran el régimen habitual de aquellos tiempos de congoja- y aunque en la quinta de los Várela se mantenían reunidos los jefes, el mismo Ricardo perdió la esperanza en la revolución.

»Una tarde, sentados allá en el banco, mirando vagamente hacia el embarcadero y el río, en una brusca iluminación los jóvenes habrán entrevisto el plan. Lo cierto es que hablaron con el patrón de La Liebre, un lanchero que pasó montones de fugitivos a la otra banda. Tenía fama de espía del gobierno, mas por aquella época nadie dudaba de que sus pasajeros llegaran a destino, o como se diga. Francamente, sin connivencia con los mandones, el hombre no hubiera cumplido por largo tiempo el tráfico salvador. Lo más probable es que comprara la impunidad, pagando parte de lo que cobraba; no olvidemos que por encima de las peores pasiones el espíritu comercial cuidaba del último detalle en tiempos de la dictadura. El patrón de La Liebre convino con Angélica y Ricardo que los cruzaría al Uruguay en la noche del primero de octubre.

»Todo lo habían previsto nuestros enamorados. Margarita sólo pasaría un rato desamparada, pues el Negro Cafetón, aunque inferior a Angélica en fineza de atención y demás miramientos, no la dejaría morir de hambre ni de sed. Una ternura extraña profesaba el crápula por su compañera, simple reliquia de un ayer de loqueos. Generosamente los jóvenes cargaron con el riesgo del plan. “Sería más que mala suerte”, habrán pensado, “que el padrastro llegue antes de nuestra partida; que llegue y nos busque inmediatamente; que nos busque y empiece por el embarcadero”.

»El plan estaba preparado, pero en un rato el azar lo echó por tierra. El 27 de septiembre, en un encuentro casual, el patrón de La Liebre informó a Ricardo de que no podría cruzarlos a la otra banda, porque iba a pintar la lancha, para dejarla nuevita. Con el ánimo por el suelo, el muchacho concluyó el reparto de la tarde en la jabonería de Veyga. Éste, uno de los oficiales de enlace de la conjuración, le dijo que habían adelantado la fecha; que de Buenos Aires llegaron órdenes de estar listos para ganar la calle en cualquier momento; que en el primer reparto del otro día alertara a los caballeros reunidos en la quinta, pero que no los visitara fuera de las horas habituales, para no llamar la atención de la comisaría, que sin duda vigilaba, ya sobre aviso; que viera al sin piernas Américo, para que en su repertorio repitiera, de tanto en tanto, la Marcha de San Lorenzo: musiquita que significaba, en la clave de los conspiradores, peligro y acción inminente.

»El hecho es que Ricardo no encontró en su puesto al sin piernas. Como siempre, a la salida del taller esperó a Angélica. Yo los vi: se encaminaron con lentitud los pobres chicos al banco de sus coloquios. Eran patriotas, de modo que la inminencia de la rebelión -esté seguro, señor- los alegró; pero abandonar el proyecto de fuga, encarar otra vez al padrastro, ahora sin más escapatoria que un suicidio doble ¡en qué tribulaciones los habrá sumido! Un arrebato, un impulso momentáneo de la esperanza o de la desesperación, vaya a saber, los llevó al borde del agua. Ahí, junto a la escalera, encontraron al patrón de La Liebre. Recriminó con aspereza Angélica, Ricardo rogó y el hombre por fin los confundió con la propuesta de cruzarlos al Uruguay inmediatamente. Era entonces o nunca, pues a la otra mañana pondrían en dique seco a la lancha y antes de que navegara de nuevo, habría llegado el temido padrastro. Los jóvenes pidieron un instante para hablar entre ellos. Caminaron en dirección al banco y muy pronto se detuvieron. ¿Qué no daría usted, señor, por conocer las palabras cambiadas por la heroica pareja? Acaso no las conocerá nadie. En cuanto a la resolución fue evidente. Yo puedo hablar, pues ventilándome en este mismo balcón fui testigo de las consecuencias afrontadas por los chicos. ¡Las culpas que cargaron sobre la espalda!

»A la tarde del otro día, los vigilantes rodearon la quinta de los Várela. La cara en alto, los conjurados pasaron entre dos hileras de facinerosos con uniforme, rumbo a la comisaría. El sin piernas Américo no incluyó en el repertorio la Marcha de San Lorenzo; pero por orden

del comisario, que en la calesita destacó un hombre armado de mauser, a todas horas con música nos atronó. A la madrugada hubo una interrupción. No imagine que nos alivió la tregua. Fue algo horrible, porque oímos entonces los aullidos de los desventurados a quienes en la comisaría torturaban. ¡La mejor gente de la zona! Al pobre sin piernas también lo torturaron un rato, porque sospecharon que la interrupción fue adrede, para que nos enteráramos de lo que estaba ocurriendo. Aquí no acaban las calamidades. En la mañana del primero de octubre cruzó esta calle un entierro. ¡Tan debilitada estaba Margarita que le faltó aguante y, sin amparo, en pocos días murió de hambre y de sed! Me aseguraron que el fogonero, cuando llegó, gimió como un pobre negro sobre la tumba de su mujer y juró destripar con las manos a los chiquilines, aunque tuviera que buscarlos en la vecina orilla: amenazas de borracho, que valen como de quien vienen.

»Ahora yo le encomiendo, señor mío, que medite un instante sobre el punto sublime de esta narración. Usted, que leyó tanto, ¿encontró una historia de amor más perfecta? Vea con la imaginación a esos dos jóvenes, unos niños todavía, no lejos de la estatua del prócer, resolviendo entre ellos un dilema que abruma el corazón. En un platillo de la balanza está la vida de una madre adorada, la lealtad o el perjurio a la patria y a los correligionarios; en el otro, el amor de sus corazones. Mi Ricardo y mi Angélica no vacilaron.

Cuervo y paloma del doctor Sebastián Darrés

Yo no me asombro de nada, porque mi aprendizaje transcurrió en el estudio de Sebastián Darrés. Produjo el foro argentino profesionales de mayor talento, pero ninguno tuvo una envergadura y clientela comparada a la suya, por la calidad y cantidad de crápulas. La circunstancia de que tal gentuza acudiera a nuestro doctor sugiere una afinidad que no ocultaré bajo las dictadas por una gratitud intempestiva; sin embargo, por aquello de que un hombre es dos, o por el ansia de irnos de donde estamos y de ser lo que no somos, o porque ni siquiera en dechados de vileza veremos la perfección, la verdad es que Darrés había constituido un hogar ejemplar; no sólo ejemplar: rígidamente burgués, con una buena señora al frente, doña Agustina, y tres niñas que nunca fueron jóvenes y que el sábado a la tarde, a la hora del oporto y las vainillas, tocaban música para los invitados. Yo le guardaba rencor al pobre viejo, no tanto por la rutina del trabajo ni por la índole de los clientes, vigorosos cuervos que criábamos en el estudio, entre los que no faltaba el individuo pintoresco, sino por las reuniones del sábado, por el oporto y las vainillas (de las que siempre dijeron: «No son como las de antes») y por las tres hijas feas, en las que recelaba, como el zorro en la carroña, una trampa. ¿Por qué, si no alentaba la esperanza abominable de casarme por lo menos con una hija, ese hombre famoso me invitaría a su tertulia, a mí, el pinche del bufete? El pinche, para vengarse de tanto honor, olvidaba a Carmen, a Aída y a Norma, que así se llamaban las señoritas, y platicaba con la dueña de casa. No era tonta doña Agustina; aun sospecho que añoraba, como a una patria desconocida, pero que clama desde la sangre, ese mundo de aventuras, que en su manera más ingrata se manifestaba en el estudio del doctor Darrés. Como tampoco era fea la señora, en ocasiones me figuré que si ella tuviera un poco menos de edad y yo un poco más de coraje... Me apresuro a declarar que gozo de carácter serio y que si no moví un dedo para concluir con el celibato de las hijas, también me jacto de jamás comprometer la reputación de una madre, concepto que encumbro.

Hubiera sido paradójico que por obra de gente buena la desgracia golpeara este hogar. No lo permitieron los dioses. Cuando sonó el tiro justiciero, descubrimos que lo disparó un chantajista de poco seso, al que de tarde en tarde el estudio extorsionaba, por principio y para mantener la disciplina. Me pregunto si este breve acto habrá saldado la considerable deuda del doctor Darrés con la gente de mal vivir; aunque a juzgar por lo desorientados que andaban los granujas en los días que liquidamos el estudio, la deuda debía ser mutua; rondaban por la

lechería de la esquina, por el garage donde acude cuanto jubilado contiene el barrio, por la misma fonda de la media cuadra, con esa cara de hormigas apabulladas, a quienes pisotearon el hormiguero.

Desde luego asistí al velorio. La señora me dijo que su marido siempre me miró con aprecio. Iluminaba, probablemente, la escena, el mágico nimbo de una herencia de millones, pues me sorprendí meditando que en la casa faltaría un hombre; encontré que las hijas no eran tan desabridas y me vinieron a la memoria las últimas palabras que el viejo hipó entre mis brazos, cuando lo tenía medio reclinado en el suelo, contra la jaula del ascensor: «No abandone a mis palomas» (acaso por afectación de apego, llamaba así a las mujeres de su familia).

Para acatar el mandato me prodigué en visitas de pésame, hasta el mismo día en que no fue tan fácil entrar en la casa. Las reuniones del sábado, que en otros tiempos yo había execrado, se convirtieron en motivo de nostalgia. Lo que más las recomendaba era la comodidad. Ahora, para visitar a la familia Darrés, había que llamar por teléfono y poco menos que inventar un pretexto. Por cierto la desidia me adormeció. Brutalmente desperté a los diez meses, cuando llegó a mis oídos el rumor, confirmado en el bar y en los baños del club, de que doña Agustina, tras de literalmente cubrirlo de calcetines que importaba de Francia y de corbatas de seda natural, se había casado con el Ñato Acosta. ¿Quién, en Buenos Aires, ignoraba la catadura del Ñato? No me atrevo a jurar que nuestra respetable matrona. Por mi lado lo prontuario como sigue: cliente del estudio, silueta inevitable de todo género de garito, confitería y dancing, eventual traficante de alcaloides. Acosta vivía habitualmente del trajín de la pobre rubia apodada Pez Limón y el año pasado estuvo a punto de ir preso, cuando montó una agencia dedicada a la venta de pasajes para un imaginario crucero a Tierra Santa. ¡Ay de las palomas del doctor Darrés! En este amargo trance ¿cómo las protegería su campeón? Barajando posibilidades, valoré la conjetura de que palabras o hechos míos, contrarios a sus torvos intereses, llegaran a conocimiento del citado Acosta, verdadera bala perdida, y resolví mantenerme al margen de la cuestión, porque a menudo un mediador resulta perjudicial para las mismas partes. Confieso, por lo demás, que me arriesgué a lanzar el vaticinio de que a la familia Darrés podría ocurrirle cualquier cosa.

A principios de abril fue la boda de doña Agustina y no había finiquitado mayo cuando mi vaticinio empezó a cumplirse, ineluctablemente. Primero me dijeron que el Ñato Acosta ya había dilapidado, en juego y en juergas, alrededor de un millón de pesos de la viuda; después, ante mis propios ojos, bordeando el lago de Palermo en una voiturette con ruedas de color naranja, riendo de oreja a oreja, pasó Acosta rodeado de un ramillete de bulliciosas rubias: imagen que vino a confirmar, de modo más intuitivo que lógico, la primera noticia. Otras novedades trajeron mis informantes: no todo marchaba a la perfección en casa de doña Agustina; había continuas peleas entre los cónyuges y lo más triste es que la señora, por su parte muy enamorada, estaba increíblemente segura del afecto de su joven marido, aunque en más de una ocasión debió apelar al recurso de excluirlo del dormitorio, tras de cuya puerta cerrada ella se ocultaba a derramar lágrimas. Luego el final se precipitó. Ominosamente un diálogo oído en el club obró en mi ánimo como augurio. Estábamos en los baños, desnudos. Bajo la ducha de enfrente yo tenía a ese canallita de Acosta. Un consocio le preguntó:

-¿Es verdad que doña Agustina te echó de la casa?

-No te preocupes -contestó el Ñato-. Ya me llamará. Es querendona la vieja y cuando pase otra noche sin mí en su cama se pondrá a bramar como una loba.

Pudo la señora enterarse de este desplante o de cualquiera de los que por jactancia festiva repetía entonces entre amigotes el Ñato, que no era delicado con la intimidad de nadie; lo cierto es que doña Agustina muy pronto nos dejó atónitos: entabló juicio de divorcio. El resto ustedes lo saben. A las pocas horas, Acosta se había ahorcado con una de sus famosas corbatas de seda natural.

Los afanes

El primero de mis amigos fue Eladio Heller. Lo siguieron Federico Alberdi, para quien el mundo era claro y sin brillo, los hermanos Hesparrén, el Cabrío Rauch, que descubría los defectos de cada cual; mucho después llegó Milena. Nos reuníamos en la calle 11 de Septiembre, en casa de los padres de Heller: un chalet con techo de tejas francesas, con un jardín que imaginábamos enorme, con senderos rojos, de granzas de ladrillo, rodeando canteros verdes, donde crecían rosales enfermos, a la sombra de copiosas y oscuras magnolias, cargadas, en mi recuerdo, de flores nítidamente blancas. Nuestro lugar predilecto era el garage de los fondos; más precisamente, el automóvil -un Stoddart-Dayton, en continuo proceso de reconstrucción y desarme- que allí guardaban. En esa época, anterior a Milena, la familia de Heller se componía del señor, el dueño del Stoddart-Dayton, un caballero con un largo guardapolvo de franeleta amarillenta; la señora, doña Visitación, diminuta, vivaracha, locuaz, dispuesta a pelear por lo suyo, y Cristina, la hermana, siempre impecable, como sus dos trenzas rubias, siempre detrás de Heller, como un ángel de la guarda ansioso y abnegado, siempre recatada, hasta que algún enojo -con los años la circunstancia fue harto breve- disparaba su carga de acre vulgaridad. Poco antes de desaparecer el padre -partió por ocho días a Santiago de Chile, a una reunión de rotarianos, y ya nadie supo de él- nació Diego, que por ser tan niño no se mezcló con nosotros.

Eladio Heller nos cautivaba y nos repelía con su riqueza y sus inventos. Una noche yo no paraba de ponderar en casa el tren a cuerda que el señor Heller había regalado a Eladio. Otra noche de la misma semana, genuinamente escandalizado, yo movía la cabeza, comentaba, seguro de la aprobación de mis mayores:

-No está bien. No está bien. Algo habrá dicho Eladio, lo cierto es que el señor Heller apareció hoy con una caja inmensa, con un nuevo regalo, con nuevo tren: uno eléctrico.

A la noche siguiente yo volvía apenado. Decía:

-Eladio no tiene remedio. Desarmó las dos locomotoras. (Pronto descubrimos que no hay como vilipendiar al ausente, para dar calor a la convivencia.)

Intuía mi madre:

-En ese niño se oculta un maximalista con barba y todo, un ácrata.

Mi padre corroboraba:

-Destruye por destruir. Será otro presidente radical. Antes de que pasaran veinticuatro horas yo debía reconocer, en una suerte de enfadosa contramarcha:

-Las dos locomotoras funcionan. A la que era eléctrica, le puso cuerda; a la otra, el motor eléctrico. Funcionan perfectamente.

En el garage de 11 de Septiembre vi el primer receptor radiotelefónico de mi vida y el primer transmisor. Si Heller hubiera trabajado únicamente con maderas y con metales, más de una habladuría ingrata se hubiera evitado; pero la verdad es que en el garage solíamos encontrar salpicaduras de sangre. El amor a la mecánica y a las ciencias naturales nos pierde, en ocasiones, por abominables declives. Heller acababa de cumplir doce o trece años, cuando intentó una modificación en la estructura de las palomas mensajeras. Les abrió el cráneo para perfeccionarlas con el aditamiento de piedras de galena, por las que los animales recibirían órdenes enviadas con un transmisor. Nunca olvidaré aquellas pobres palomas, que un rato revolotearon pesadamente por el sombrío sótano de la casa.

A Milena la conocimos en un baile; tanto para ella como para nosotros fue el primero y, por algún tiempo, el último. Nos deslumbró la fiesta, pero más nos deslumbró Milena. Al oírle, demasiado pronto, la sentencia: «Únicamente los tontitos de sociedad van a los bailes», con dolor en el alma comprendimos que no volveríamos a otro. Aquél, lo recuerdo bien, era en el club Belgrano, para Año Nuevo. Nunca fue más verdad lo de Año Nuevo, vida nueva.

Milena trajo el cambio. Mirando retrospectivamente las cosas, yo diría que bajo su férula hubo que dar un salto atrás, renunciar a nuestra patética aspiración a ser adultos, lanzarse a los frenéticos deleites de las bandas traviesas. No ignoro el caudal de tontería y de maldad que arrastran tales bandas; mas tampoco soy tan viejo para olvidar los placeres que la nuestra nos deparó: sin duda, el de la camaradería, el del peligro, sobre todo el de ser mandados por Milena, el de participar en secretos con ella, el de estar a su lado.

Milena tenía el pelo castaño -lo llevaba muy corto-, la piel morena, los ojos grandes y verdes (menospreciaba los ojos azules de las Irish-porteñas), las manos cubiertas de mataduras. Era alta y fuerte. Nunca habíamos encontrado una persona menos acomodaticia ni más agresiva; naturalmente acometía contra las preferencias, las costumbres, la familia, los amigos, el mundo de cada cual. En su presencia no aventurábamos opiniones, aunque había un agrado en que nos maltratara, porque lo hacía con increíble vitalidad y empuje. Era resistente, valerosa, obstinada cuando estaba comprometido el amor propio; creo que muy noble. Por mi parte, no he visto una muchacha más vívida. Como observó recientemente Federico Alberdi:

-Enamorarse de una mujer tan incómoda es el peor infortunio. Jamás puede uno olvidarla. Las mujeres razonables, por comparación, parecen borrosas.

La verdad es que entonces el mismo Cabrío, que no había desarrollado sus actuales nalgas de doble ancho, la admiraba; Heller, por seguirla, descuidaba el estudio; Alberdi la amaba, los Hesparrén y yo hubiéramos dado la vida por ella. De miedo de irritarla, ninguno hablaba de amor, ya que Milena repudiaba esa pasión con una debilidad ridícula. Quien nos informó de lo que sentíamos fue la hermana de Heller. Una tarde, que esperábamos a nuestra amiga en el garage, Cristina nos dijo:

-Mis pobrecitos ¿por qué negarlo? están todos enamorados de Milena. -Ya colérica, agregó-: Parecen perros detrás de una perra.

A propósito: debo referirme al Marconi, un perro de aguas, de color café con leche, peludo y orejudo, que trajo Heller del Instituto Pasteur. Me parece que había ido Heller al Instituto para consultar algo sobre el bacilo de Metchnikoff, que por aquel tiempo le interesaba; el Cambado Hesparrén y yo lo acompañamos. No recuerdo cómo apareció el perro. Su dueño lo había dejado, por temor de que estuviera rabioso: como no lo reclamaban, aunque no estaba rabioso, iban a sacrificarlo. Mientras nos explicaban esto, el perro miraba a Heller con ojos tristísimos. Heller preguntó si no podía llevárselo. «Es delicado», contestaron; era más delicado regalarlo que matarlo, pero accedieron. Desde el primer momento se quisieron notablemente Heller y el perro. Milena argumentaba:

-No es higiénico. Están siempre juntos. No es normal. Tamaño zanguango, llueva o truene, por nada se pierde un paseo con el perro. Cuando lo veo, cadena en mano, junto al árbol, esperando que el otro baje la pata, sé que nos compromete a todos los amigos. Un día voy a comprar un matagatos y chau Marconi.

Heller nunca se entregó plenamente. El tiempo que Milena estaba con nosotros, él estaba con ella, pero en la soledad de su cuarto estudiaba medicina y física.

-Mientras uno duerme -protestaba Milena- él estudia. ¿Qué estudia? Las miserias que Dios puso en la oscuridad de los cuerpos, para que nadie las vea.

Una noche pronuncié, por fin, las palabras que ni siquiera los Hesparrén habían tenido el coraje de articular. En cuanto le dije que la quería, un prodigioso cambio se operó en Milena. Confieso que para nosotros era ella una persona imprevisible. No acabábamos de conocerla. Como me había deslumbrado con su aspereza, me deslumbró con su ternura. Lástima que yo fuera tan joven, que imaginara tan delicadas a las mujeres, que adelantara paulatinamente, pues antes de recoger el más mínimo premio, llegó, con diciembre, la hora de acompañar a mi familia a Necochea y no soy hombre que se aparte de estas obligaciones.

Aguó un tanto el veraneo, el temor de que algún Hesparrén, más probablemente el Largo, sacara ventaja de mi alejamiento. La novedad que después encontré fue otra.

Viajé, de vuelta, un sábado. El domingo me cité con los muchachos, en las Barrancas, a las dos de la tarde, para ir a ver un partido.

-¿Por qué no vienen Heller y Milena? -pregunté.

-¿Cómo? ¿No sabes? -replicó el Cabrío Rauch-. Andan muy ocupados ahora que se comprometieron.

No estaba seguro de entender.

-¿Se comprometieron? -repetí-. ¿Milena y Heller? El Cabrío afirmó:

-Lo eligió porque es el que tiene más plata.

-A éste yo le rompo la cara -dijo con amenazadora suavidad el Largo Hesparrén.

-No -aseguró el Cambado, empuñando el cuello del Cabrío-. Se la rompo yo.

Intervino Alberdi:

-El Cabrío es un mal pensado. Bueno, ¿y qué? -preguntó-. Si lo toleran desde hace veinte años, ¿por qué de repente se enojan? Además, tener dinero es una cualidad atractiva: una de las tantas de Heller.

Me encaré con Alberdi. En tono de súplica -no sé yo mismo qué suplicaba, la dicha para mis amigos o una esperanza para mí- interrogué:

-¿Crees que van a ser felices? Alberdi respondió sin vacilar:

-No.

Debatiendo el asunto, caminamos por la plaza, interminablemente rodeamos la manzana del Castillo de los Leones, para encontrarnos, por último, con el paredón de la Chacarita. Creo que me acordé del partido que íbamos a ver, cuando abrí el diario, a la otra mañana.

Se casaron a mitad de año. Casi inmediatamente criadas y proveedores trajeron noticias que, por desgracia, confirmaban el pronóstico de Alberdi. Lo que entrevimos al visitar a nuestros amigos en la casa de 11 de Septiembre, donde vivían con doña Visitación y con Cristina -Diego partió, becado, a los Estados Unidos- no desmintió aquellas noticias. Nos dijimos que todo se arreglaría con el primer hijo; hubo cuatro, pero no hubo paz.

Milena, aparentemente, enardeció a todo el mundo, salvo a Heller. Éste, en medio de las peleas, rondaba como un fantasma; desde luego, un fantasma perseguido y atacado sin cuartel, sobre cuya sombra chocaban dos bandos: Milena, por un lado; doña Visitación y Cristina, por el otro, en continua batalla.

-Por más que procure sustraerse -observó Alberdi- así no puede estudiar.

-Lo que enoja a Milena -respondió el Cambado- es que se sustraiga. Nada irrita como pelear contra un fantasma.

-¿Por qué quiere pelear? ¿Por qué no lo deja tranquilo? -inquirió, como hablando solo, Alberdi.

-¿Por qué no se separa? -agregó el Cabrío.

Esta nueva conversación ocurría en la calle. Después del casamiento de Heller y Milena, íbamos muy de vez en cuando a 11 de Septiembre, y para conversar estábamos más a gusto caminando por la calle que encerrados en nuestras casas o que en el café o en el club.

-¿Saben por qué Milena no se separa? -preguntó el Cabrío-. Por la plata.

El Cabrío era más venenoso que cobarde. Nos distrajo de nuestra indignación la verdad expresada por Alberdi:

-Milena no quiere la plata para ella; sino para educar a los chicos.

-El pato de esta boda es el perro -comentó el Cambado-. Milena lo había sentenciado; por milagro sobrevivió. Ahora dice que está viejo, que tener en la casa un perro tan viejo, por añadidura gordo, es antihigiénico. Así que veremos qué sucede.

El Largo Hesparrén me tomó de un brazo, me apartó del grupo.

-Yo creo -susurró- que llegó el momento de actuar. Alberdi no es el más indicado, porque de puro razonable le da en los nervios a Milena. Deberías explicarles a los dos que se dejen de pavadas. A Heller hay que hacerle ver que no sea terco: al fin y al cabo, qué diablos, tiene una mujer estupenda. Si yo me encontrara en su lugar, te juro que no perdería tiempo estudiando anatomía en el Testut. A Milena hay que hacerle ver que está casada con una lumbrera. Con un poco de estímulo de su parte Heller asumirá contornos de figura, dentro del campo científico nacional.

Ni lo contradije ni me comprometí. De vuelta en casa, llevé el Primus a mi cuarto, cebé unos mates y, a solas, medité por mi cuenta, hasta bien entrada la noche. En esa eventualidad, como en todo, yo era incondicional partidario de Milena, pero no podía reconvenir a Heller, porque él no tenía culpa. Aunque Milena tuviera una mitad de culpa, o más, tampoco a ella podía reconvenirla, porque inmediatamente, con su impaciencia admirable, me vería como un tránsfuga y como un traidor. Para la mitad restante había que hablar con la madre de Heller y con Cristina; por cierto, no sería yo quien señalara a estas damas que no se entrometieran. Me dormí, aliviado.

A la mañana siguiente, en cuanto abrí el ojo, oí, en el teléfono, la voz del Cabrío, con ese engolamiento que asume cuando da una mala noticia.

Me dijo:

-Parece que el pobre Heller entró en una etapa de franco disloque. Dicen que anoche fue a una reunión de espiritistas. Lo único que falta es que se haga masón.

A mí no me convence un rumor cualquiera, de modo que en el acto llamé a los Hesparrén. Atendió el Cambado. Comenté:

-Dicen que anoche Heller fue a una reunión de espiritistas.

-Sí -contestó bostezando-. Lo único que falta es que se haga masón.

¡Dos testimonios coincidentes! Quedé medio enfermo. Yo sabía lo que eran tales reuniones, porque años atrás, acompañado del mismo Heller, asistí a una, en el Centro Espiritista de Belgrano R. Fue una visión inolvidable la que tuvimos cuando una consola de caoba oscura, un tanto barrigona, bajó la escalera, paso a paso. Al comprobar que gente calificada -concurrimos con un jefe de sala del hospital Rawson, con un concejal del Partido Salud Pública- convenía en que la consola bajó por sus propios medios, temblé de veras. La conmoción llegó a prolongarse en una larga crisis, que tuvo en jaque a mi equilibrio mental. ¿Cómo puede uno tomar en serio los afanes, los compromisos cotidianos, la ambición, que mueve al hombre, si hay otra vida, si nos desplazamos entre espíritus? Alberdi y Heller, lo recuerdo como si fuera hoy, para consolarme argumentaban que, precisamente, la certidumbre del más allá justifica la hondura de sentimientos y de anhelos. A uno le replicaba yo que él no había visto la consola, y al otro, que la había visto mal o que le restaba importancia, para animarme.

Llamé de nuevo a los Hesparrén; hablé con el Largo:

-Heller, he sabido, fue a una reunión de espiritistas. Como yo tendría que estar desesperado para volver a una de esas reuniones, me pregunto si Heller no estará desesperado; así que ahora mismo voy a cumplir lo que me pediste anoche.

Era una radiante mañana de septiembre. Cuando llegué a su casa, Heller había salido. Milena me recibió en la penumbra de la sala. El cuarto -tiene su parte en nuestra historia- es de tono azulado. Cubre el piso una alfombra azul, con flores amarillas, y las paredes un papel azul, con rosetones y tréboles amarillos, en listas verticales. Sobre la chimenea hay un enorme busto, de terracota, de Gall, el de las circunvoluciones del cerebro; al fondo, revelando que el busto es hueco, un espejo muy alto; en la misma pared, a la derecha, una biblioteca, cerrada con puertas de vidrio, reforzadas por una red de bronce dorado; a la izquierda, un cuadro que representa un nadador, recogiendo, entre rocas, en el fondo del mar, una copa de oro. Desde

luego, abundan las mesas, las sillas, los sillones. Cuelga del techo una araña de madera dorada, y una mesita redonda sostiene una lámpara con pantalla de seda azul, con abalorios. Recuerdo algunas estatuas (un Mercurio, de tamaño natural o poco menos, un San Martín, como el de la plaza, pero ínfimo) y algunos cuadros (Julia Gonzaga, la belleza de Italia, huyendo, con sus damas, por una colina, a caballo, semidesnuda; tres torres inclinadas, una de las cuales parece la de Pisa; una vestal en una caverna, iluminada por una vela, etcétera). Que yo eligiera, para sentarme, en ese cuarto abarrotado de muebles, una silla tan baja y tan frágil, no fue un infortunio fortuito, sino un hecho fatal, simbólico de mi relación con Milena. Ella, tranquila, jugaba distraídamente con una pequeña momia de terracota, que tomó de una mesa; yo no sabía dónde poner mis manos. Por último dije:

-Puedo, sin parecer impertinente, mejor dicho sin cometer una impertinencia, decir algunas cosas que, bueno...

(Ahora, al meditar sobre todo esto, descubro que Milena no me conoce. Junto a ella no hablo, ni siquiera pienso, claramente; estoy intimidado. Ah, si le gritara: «Hay otro en mí, que no es tonto». No la persuadiría.)

-Lo que quieras -contestó.

-Bueno, yo no creo que deba uno vivir peleando...

-¿Te refieres a Eladio y a mí? Imposible vivir de otro modo.

-Tendrá muchos defectos ¿quién no los tiene?, pero no negarás que estás casada con una lumbrera.

-Eso es lo malo. Una mujer no necesita una lumbrera, sino un marido. Los chicos no necesitan una lumbrera, sino un padre.

La rabia le confería elocuencia, yo iba a sonreír, cuando recapacité sobre el riesgo, mientras Milena empuñara la momia, de una mala interpretación: dura resultaría la terracota contra la frente. Miré a mi alrededor. Intenté lo que en terminología militar se llama una diversión.

-Tienes razón -dije-. Has de estar sofocada en esta casa. ¿Por qué no cambias algunos muebles?

-¿Cambiar algunos muebles? ¿Por qué? No los veo. Creo que los vi cuando vine por primera vez. Ahora los uso. ¿Darme el trabajo de cambiarlos por otros? Ni loca. Aunque fueran más lindos, los vería y me incomodarían. Cuando llegué estaban estos muebles en la casa y por mí estarán para siempre.

Sin duda, Milena no se parecía a otras mujeres. Juzgué que la diversión debía concluir. Volví a la carga:

-La verdad es que no sé por qué ustedes no viven en armonía. Heller es un tipo pacífico y razonable.

-Es claro, pero yo soy una tipa violenta y arbitraria. Como todo el mundo, me echas la culpa. No se te ocurre que es pacífico, porque nada lo conmueve, que es razonable, porque es hipócrita, que soy violenta y arbitraria, porque él me subleva. Si le oyeras la vocecita que pone para ser razonable, no dirías pavadas. ¿Te cuento una cosa? Yo desconfío de los que piensan mucho. No les gusta la vida, le dan la espalda, no la conocen. Piensan tanto sobre lo que no conocen que llegan a equivocaciones monstruosas.

-Heller no es un monstruo.

Milena dijo que sí era un monstruo, me tomó de la mano, me ayudó a levantarme de mi sillita tembleque, me llevó al garage. Indicó un bastidor que había en una repisa. Ordenó:

-Acércate a ese aparato. Lo miré con recelo.

-No te va a morder -aseguró.

El bastidor consistía en dos columnas, probablemente de níquel, de unos veinte centímetros de altura, unidas, en la parte superior, por una delgada banda metálica. Me acerqué un paso. Milena me estimuló.

-Un poco más. La obedecí.

-Más -repitió-. Hasta llegar, casi, a tocarlo. ¿Qué sientes ahora?

¿Cómo decirle que en ese momento yo recordaba -revivía, es la palabra exacta- alguna lejana visita al Instituto Pasteur? No sólo evocaba el ladrido, sino el olor, aun los pelos que se adherían a mi traje y la mirada esperanzada, pero muy triste, de un perro.

Milena insistió.

-¿Qué sientes?

-¿Qué siento? ¿Qué siento? Un perro, tal vez.

-No te equivocas. Para obtener esta obra magnífica -el tono de sarcasmo era evidente-, para que en el bastidor uno sienta un perro, Eladio estudió muchos años, descuidó a hijos y mujer, sacrificó al amigo.

Un tanto ofuscado repliqué:

-A ninguno de los amigos le pasa nada, que yo sepa.

-No dije amigos, dije amigo. Su mejor amigo. Verás con tus propios ojos.

Volvió a tomarme de la mano. Abrió la puertita del tabique del fondo. Me asomé.

-Marconi -murmuré, como en sueños.

De una percha o de un gancho (no distinguí bien) colgaba el cuero del pobre perro.

-¿Y eso? -pregunté.

-Ya lo ves. Ahora Eladio fue a comprar veneno a la casa Paul, para curar el cuero. Como en el campo, cuando muere una oveja.

-Heller lo quería mucho. Habrá muerto de viejo.

-No -replicó implacablemente-. Murió en aras de la ciencia, como dijo Eladio. Yo le tenía asco, decía que iba a matarlo, pero nunca le hice mal. Eladio lo quería mucho, pero sobre todo quería que al acercarse alguien al bastidor sintiera un perro.

-¿Para eso lo mató?

-Para eso, porque es un monstruo. Un monstruo y un degenerado. Yo dije:

-Me temo que sea verdad. La besé en la cara.

-¿No lo esperas? -preguntó.

-No.

Creo que ella sonreía cuando la dejé. Afuera, bajo el esplendente sol de la mañana, me hallé un poco trémulo: «Qué alivio no estar en esa casa», pensé. «Pobre Milena. Por culpa de Heller vive una pesadilla.»

Diariamente me reunía con los muchachos, para tratar el asunto. Ahora ignoro, como ignoraba entonces, qué podíamos resolver; pero hallaba indispensables nuestras reuniones. Yo era plenamente partidario de Milena; tan absoluto en su defensa que el mismo Largo Hesparrén, siempre del lado de las mujeres, parecía decirme: «Hasta ahí no te acompaño». Tampoco participaban los amigos de mi convicción de que toda la culpa correspondía a Heller. Ante mi severidad, el Cabrío sacudía la cabeza con indulgencia. ¡El Cabrío se permitía recordarme que nadie era tan malo! Yo continuaba impertérrito, como empujado por el destino. ¿Cuánto tiempo transcurrió? Un poco más de una semana, un poco menos de veinte días. Lo recuerdo perfectamente: era de noche, hacía calor, estábamos en las Barrancas de Belgrano. Yo peroraba:

-Si lo dejamos, hará con Milena lo que hizo con el perro. Al fin y al cabo, lo quería más. Yo, les participo, lo increpo y le declaro que es un monstruo.

Llegó el Cabrío, con su aire engolado; ladeó la cabeza, para decir algo, por lo bajo, a Alberdi. Éste exclamó:

-No puede ser.

-¿Qué no puede ser? -pregunté.

Como si me tuviera lástima, Alberdi no contestó en seguida.

-¿Qué no puede ser? -insistí-. ¿Por qué no hablan? Alberdi respondió:

-Parece que ha muerto Heller.

-Vamos a 11 de Septiembre -ordenó el Cambado Hesparrén.

Nuestros pasos retumbaron como si lleváramos zapatos de madera. Sin dificultad adivinarán ustedes lo que yo pensaba: «¿Por qué me ocurre esto a mi?». (La muerte de Heller encarada como una circunstancia de mi vida, como una retribución por haberlo yo condenado tan duramente.) También: una tardía intuición del irreemplazable amigo muerto; su inteligencia, continuamente creadora, su afabilidad. ¿Cómo no entendí que Heller vivió con Milena y con nosotros como entre chicos una persona grande?

Ya había gente en la sala, cuando llegamos. Uno después de otro abrazamos a Milena. La rodeamos. Preguntó Alberdi:

-¿Qué pasó?

-No estaba enfermo -contestó Milena.

-¿Entonces? -inquirió el Cabrío.

-No imaginen cosas raras. No se suicidó. Dejó de vivir. Se cansó, el pobre, de pelear conmigo y dejó de vivir.

Ocultó la cara entre las manos. La abrazaron los hijos. Antes yo nunca la había visto en su papel de madre; esa condición, para Milena, me parecía tan absurda como la de un muerto, para Heller; tan absurda y casi tan horrenda. Pasamos al escritorio, donde habían puesto a nuestro amigo. Lo miré una última vez. No sé las horas que estuve en una silla. A la madrugada, cuando raleó la gente, me dio por ir y venir entre la pared, donde colgaba el cuadro de Julia Gonzaga, y la chimenea. Con igual ritmo mi pensamiento emprendió un vaivén. Convertida en madre, Milena sucesivamente me repugnó, me conmovió, me atrajo, me infundió respeto. En cuanto a la muerte de Heller, la atribuí a mi deslealtad, la reputé una desgracia infinita, me dije que toda muerte era parte de un proceso natural, dentro del orden de las cosas, como el nacimiento, la adolescencia, la senectud, ni más dramático ni más extraordinario que las estaciones del año.

Quedábamos pocos: nosotros y los dueños de casa. Impensadamente nos arrimamos a la chimenea. Desde un extremo del cuarto, Milena dijo:

-Mucho se van a calentar, junto a la chimenea apagada. Cristina contestó:

-Hace frío.

-No tienen sangre en las venas -replicó airadamente Milena, y vino a sentarse a mi lado.

Instantes después partió; volvió con leña, encendió la chimenea. Mirando a Cristina, exclamó:

-Es verdad. Hace frío.

Cristina preparó café. Ofreció la primera taza a Milena. En un aparte, el Cabrío comentó conmigo y con Alberdi:

-Qué raro si ahora viven en paz. Qué raro si descubrimos que era Heller el que metía cizaña.

-Tal vez ahora vivan en paz, pero eso no probaría que antes Heller metiera cizaña -opinó Alberdi-, sino que Milena y las otras, al morir Heller, abrieron los ojos.

En los días que siguieron, algunos cambios de actitud, más o menos repentinos, parecieron confirmar la opinión de Alberdi. El Cambado Hesparrén me dijo:

-¿Te fijaste? Se humanizó el mujerío. Milena, la mosca muerta de Cristina, o doña Visitación, que es la bruja en miniatura, empiezan una trifulca y de repente no sabe uno qué les da, pero se vuelven suavecitas y hasta razonables.

Era cierto. No le confesé que en mí yo notaba cambios análogos. Mirando a Milena me decía: «Hay que aprovechar que murió Heller, que está sola» y de pronto me avergonzaba de tanta bajeza, para alentar únicamente sentimientos de amistad. Resumió el Largo Hesparrén:

-Lo tengo observado. Cada uno se dispone a hacer de las suyas, interviene el recuerdo de Heller y el interesado frena en seco. ¿Me explico?

Por aquel entonces Diego llegó de Nueva York, donde trabajó algunos años, después del término de la beca. Milena dijo: «Se parece», y desde el primer momento empezó a pelearlo. Yo creo que en él todos buscábamos a Eladio; queríamos encontrar rastros de nuestro amigo en la manera de ser, de pensar y aun de moverse de su hermano. Encontramos a un excelente muchacho, que no se parecía a Eladio, porque se parecía a todo el mundo. Sobre esta cuestión coincidían conmigo el Cabrío y los Hesparrén, incluso Alberdi. Comparando a Diego con Eladio, descubrí una circunstancia curiosa: el que tenía una permanente expresión de inteligencia era Diego. Si me preguntaran de qué modo miraba Eladio, yo diría que de cualquier modo; en cambio la mirada de Diego desconcertaba por lo viva y alerta, salvo en los momentos de distracción. Nadie pensó que tales momentos revelaran un intelecto pobre.

Ya estábamos a mediados de noviembre. El calor apretaba tanto que no sé cómo pude resfriarme de cabeza, una tarde que nos derretimos en la tribuna, mirando football al rayo de sol. A la vuelta de unos días, cuando empezaba a mejorar, llegó el domingo y bien abrigado fui a ver otro partido. Volví a casa con el cráneo como si le hubieran volcado una bolsa de portland hirviendo; era un hecho: de recaída emprendí una grippe, con fiebre y chuchos. En crisis como ésta yo sobresalgo por mi admirable calma: resolví, pues, dar la espalda al mundo y, hasta la recuperación total de la salud, no asomar la cabeza fuera de las cobijas. Al principio, esta severa conducta fue necesaria, pero después le tomé el gusto a la cama. ¿Por qué negarlo? Yo siempre me entiendo con el ocio. Una tarde estaba echado, oyendo, como un pashá, un partido que la radio transmitía a gritos, con los diarios de la víspera en el suelo y los del día en la cama, con el teléfono bien a mano, por si encontraba pretexto para llamar a Milena, cuando entró una visita: Diego.

Como lo noté nervioso, le pregunté qué pasaba.

-Nada -dijo, y siguió con esa nerviosidad francamente incómoda.

-Algo pasa. Por más que lo niegues, algo pasa -insistí.

Contestó, después de un rato:

-Estuve con Eladio.

La respuesta me irritó sobremanera. Repliqué:

-No te hagas el loco.

-No me hago el loco.

-¿Entonces?

-Entonces, te digo la verdad. Eladio se aparece.

-¿Un fantasma? -pregunté-. ¿11 de Septiembre compitiendo con el Castillo de los Leones?

-No sé lo que pasó en el Castillo de los Leones -declaró Diego-. Pero que en 11 de Septiembre aparece Eladio: por esta cruz.

-Bah -rezongué y me puse a mirar para otro lado.

-Por esta cruz -repitió Diego.

-¿Lo has visto? -pregunté.

-No, no lo he visto, pero me habla.

-Juana de Arco -musité y otra vez me di vuelta. De reojo vislumbré que estaba perplejo. Tartamudeó:

-Me...me... me increpa Milena con una frase insultante y, cuando voy a contestar, Eladio me disuade.

Vacilé; había oído el inconfundible tono de la verdad.

-¿Dijiste algo a Milena de todo esto?

-No. No vayas a decirle nada, por favor. Eladio me pide que no se lo diga.

-¿Qué más te dice Eladio?

-Que va a explicarme algo importante, pero ¡qué quieres! tengo miedo, me escapo a la calle o me pego a los otros, para que me deje en paz.

-Francamente, yo no tendría miedo. ¿Estuviste leyendo a Edgar Allan Poe?

La expresión de perplejidad volvió a su cara. Era todavía un chico, un chico honesto. Proseguí:

-Ya sé. Leíste El cuento más hermoso del mundo. Ofendido, replicó:

-No leo cuentitos. Aunque te parezca increíble, mis ocupaciones no son tan absurdas.

-No me parece tan absurdo leer cuentos. Desde luego es una distracción...

-Entiendo -exclamó. Su mirada se animó de inteligencia-. Quieres decir que en la vida hay que tener un hobby.

-Bueno... ¿por qué no? -respondí, para no contrariarlo.

-Estamos de acuerdo. Yo tengo un hobby. La fotografía. Prométeme que verás la máquina que traje de Estados Unidos. Formidable. No soy nada del otro mundo, como fotógrafo, pero no soy tan malo. Además, tengo afición, que es lo principal, ¿no es cierto? Cuando me abstraigo y se me pone esa cara (yo me conozco perfectamente) no creas que estoy en babia; estoy pensando: con esta luz habría que dar tanto de exposición y tanto de abertura. Lo que no cuento a nadie es que para hacerme la mano perdí un montón de placas, fotografiando mil veces, a todo trapo, cuanto mamarracho tuve a tiro.

Si no fuera por los Hesparrén y Alberdi, que llegaron como una patrulla salvadora, el tema de la fotografía hubiera durado hasta quién sabe cuándo.

No dije una palabra de lo que me contó Diego. Quizás inmediatamente no lo advirtiera, pero quedé preocupado. En noches de insomnio pensé que se presentaba la oportunidad de averiguar si había otra vida. Meditaba: «No me asustaré, como en el Centro Espiritista; al fin y al cabo, el fantasma es un amigo. Yo no voy a asustarme de Heller. Lo vi hace poco. Por ahora, que haya desaparecido es lo raro; no que aparezca». Junté coraje, con tan buen resultado que pude presentarme, al cabo de una semana, en 11 de Septiembre. Tomé el té, con Milena, en el jardín. Como ustedes lo comprenderán, no ocuparon nuestra atención los aparecidos ni los muertos. Nunca bebí un té comparable, ni comí tostadas con una jalea de frambuesas como aquélla, ni miré a mujer que me gustara tanto. En plena despedida acordé no cejar hasta casarme con Milena. Es claro que llegó la fecha de partir a Necochea y no está en mi carácter permitir que mi familia viaje sola.

En Necochea, el sol y el mar me tomaron a su cargo: quiero decir que si usted se recalienta, durante siete horas, en la playa y cuatro veces por día devora con la voracidad del jabalí, cuando vuelve a la penumbra de su cuarto, en el hotel, duerme; pero el hombre se acostumbra a todo y, tras el período de aclimatación, empecé a cavilar sobre las apariciones de Eladio, la importancia de comprobarlas cuanto antes, etcétera. No acorté el veraneo, pero lo sobrellevé con intranquilidad.

A las dos de la tarde, en las Barrancas, el mismo día que llegué a Buenos Aires, me topé con Diego. Traía una valijita de fibra. Gritó:

-Perdóname. Ando hecho un loco.

-¿Dónde vas? -pregunté.

-A la avenida Vértiz, a tomar algo que me lleve al centro.

-Vamos al bar Llao Llao, a tomar algo que me quite la sed. Te acompaño, al centro, después.

¿Era sólo imaginación mía o le enturbió el semblante una sombra de impaciencia? ¿Por qué Diego quería rehuirme? Cuestiones de esta índole me ocupaban mientras nos acomodábamos en una mesa del bar.

-Tengo que tomar ese ómnibus -exclamó poniendo en la palabra ese un inopinado énfasis, y frenéticamente señaló el vehículo por la ventana-. Ando hecho un loco.

-¿Hecho un loco? ¿Se puede saber la causa?

-Puro apuro.

-Que se apure el ómnibus. ¿Puedo hablar de otra cosa? Respondió con una sonrisa forzada.

-Hablemos de Eladio -dije.

El semblante se le enturbió de nuevo. Diego no sabía disimular. Pensé: «Es un pobre muchacho». Pensé también: «Huele a perro». Continué con mis preguntas:

-¿Volvió a aparecer?

-Me habló. Muchas veces me habló. Cada vez que yo iba a la sala.

-¿Por qué siempre en la sala?

-Porque estaba ahí.

-¿Escondido?

-En un bastidor. Un aparatito con dos columnas de níquel, de unos veinte centímetros de altura.

-Como el de Marconi -murmuré.

-¿Lo sabías?

Levanté los hombros, para indicarle que eso no tenía importancia, y con un ademán le pedí que siguiera.

-Yo iba todas las noches, cuando dormían los demás -explicó-. Eladio me llamaba. De algún modo misterioso (transmisión del pensamiento o lo que fuera) me llamaba. Yo tenía ganas de salir corriendo y sin embargo iba. Después le tomé confianza. No vas a creerme: llegué a valorar esos ratitos de comunicación con él. Sentía que estaba con mi hermano.

-Si mal no recuerdo, Eladio quería explicarte algo importante. ¿Lo explicó?

-Lo explicó. Desde luego, el asunto no entra en el campo de mi especialidad. Si tuviera que ver con la fotografía...

-Lástima que haya otros temas.

-Éste se vincula con la radio. Eladio me dijo que durante años perfeccionó esos bastidores. Quería transmitirles un alma, como se transmite un sonido a una antena de radio o una imagen a una antena de televisión. Como cochinitos de la India empleó animales, que murieron todos. Parece que hay algo único en las almas y que hasta se diferencian de un sonido y de una imagen. Fíjate bien. Me dijo: «Puedes tener varias copias de una misma imagen o llevar a un disco un sonido, pero cuando transmites al bastidor el alma de un perro o de un gato, el animal muere». Dijo estas palabras que me parecieron raras: «Muere en el perro o en el gato y sigue viviendo en el bastidor». «Para una pobre bestia», me explicó, «la nueva vida es casi nada, tiene algo de ceguera general; pero un hombre en el bastidor puede pensar. Más claramente: lo que de un hombre recoge el bastidor es la facultad de pensar. Esa facultad no queda aislada, como el alma de un perro, porque la transmisión del pensamiento existe». Sin que nadie abriera la boca, ¿entiendes?, uno conversaba con Eladio. Además, él tuvo influencia benéfica en la casa: empezaba una pelea de Cristina con Milena y, si estaban por ahí cerca, las persuadía de que se avinieran; todo esto sin que sospecharan su intervención. Parece que influyó muchas veces en el pensamiento de todos nosotros. Diego se levantó.

-Sigue explicando -dije.

-Ahora tengo que irme -protestó-, si no voy a llegar tarde. O sucederá algo peor todavía. No me pidas que hable más. Lo que falta es muy ingrato.

-Siéntate y habla -ordené.

Movió los ojos nerviosamente: hacia mí, con asombro, hacia fuera, con miedo. Cuando se dejó caer en la silla, preguntó:

-¿Sabes que no se llevaban demasiado bien con Milena?

-¿Quién no lo sabe?

-Entonces el camino se allana. Hay cuestiones que uno preferiría callar -suspiró-. Eladio me dijo que su plan primitivo consistía en dejar escrita una monografía sobre el invento. Pensaba que el invento era una gran cosa y quería comunicarlo a la humanidad -Diego bajó la voz-. Pero dijo que Milena lo mortificó tanto que él no pudo aguantar y después de una pelea transmitió su propia alma al bastidor.

Pensé en voz alta:

-Antes había transmitido el perro Marconi, para salvarlo también de Milena.

-No. Ahí te equivocas. Lo transmitió para salvarlo, pero no de Milena, sino de la vejez. El perro se moría de viejo.

Mientras tanto yo arrugaba la nariz y pensaba: «El Marconi te dejó en herencia todo su olor. Qué olor a perro». Exclamé:

-Qué fe en el invento y qué coraje, para transmitir su propia alma. Y qué desesperación por escapar.

-Dijo que se conformaba con seguir pensando. Que seguir pensando es mejor que estar muerto. Que la inmortalidad como pensamiento estaba asegurada. Si repito de memoria sus palabras, no me equivoco. Dijo que el hombre es una extraña combinación de materia y de alma, y que siempre por la materia amenazan la destrucción y la muerte. Me refirió luego cómo procedió, punto por punto. Escondió el bastidor dentro de la cabeza -era hueca- del busto de Gall, que había sobre la chimenea de la sala y le transmitió su propia alma. Lo que perdía, pensó, lo ganaba en seguridad. Confiaba en que Milena no cambiaría el moblaje ni la decoración de los cuartos. Después yo volví de los Estados Unidos. Me llamó, me habló. Iba a dictarme, desde el bastidor, la monografía sobre el invento. Yo salvaría el invento, lo protegería, lo salvaría a él.

Diego se tapó la cara con las manos. Estuvo así un rato, en silencio. Yo lo miraba, azorado, preguntándome: «¿Llora? ¿Qué pensará la gente? ¿Qué debo hacer?». Cuando bajó las manos, su rostro expresaba resolución y también la victoriosa fatiga que deja una crisis dominada.

-Milena me dijo que no pensara más en todo esto -declaró.

-¿Milena? -pregunté, enojado por lo que adivinaba-. ¿No me dijiste que no dijera nada a Milena? ¿Eladio no te dijo que no le dijeras nada?

-Sí, al principio me dominaba Eladio. Perdió su poder, cuando me enamoré de Milena.

-¿Te enamoraste de Milena?

-¿Te parece increíble? ¿Te preguntas cómo pude enamorarme de una tonta? Yo también creí que era tonta. Si tienes confianza en mí, créeme: es impulsiva, es peleadora, pero no es tonta.

-No creí que lo fuera -protesté con despecho.

-Me alegro -respondió, y me apretó una mano-. Ella fue la que descubrió que yo la quería. Lo descubrió por la enormidad de fotografías que le tomé. «¿Por qué me fotografiarías tantas veces», preguntó, «si no estuvieras enamorado de mí?»

Mascullé:

-Qué perspicaz.

-No lo fue siempre. La pobre había creído a pies juntos en la muerte de Eladio. No sabes cómo se puso anoche, cuando le expliqué lo del bastidor.

-¿Por qué le explicaste?

-Está mal que yo le oculte nada. No sabes cómo se puso. Nunca la vi tan colérica. Primero no me creía, pero después gritó, entre carcajadas de furia, que el acto de mudarse a

un bastidor de níquel de veinte centímetros de altura, para sobrevivir en él, lo pintaba de cuerpo entero. Me preguntó si yo comprendía el abismo de miserable resignación, de ceguera a todas las bellezas de la vida, que tal acto revelaba. Afirmó que Eladio pertenecía a una horrible clase de hombres que piensa mucho, entiende todo, no se enoja, no siente; a una clase de hombres incapaces de advertir que una cosa tan rara como que alguien esté sobreviviendo en un bastidor de níquel, de veinte centímetros de altura, es abominable. Aseguró que gente de tal calaña no respetaba la vida, ni el orden natural, ni admiraba las cosas lindas, ni aborrecía las feas. Que ella no toleraría que un ser humano (aun por su voluntad, aun Eladio) se redujera a esa inmortalidad ridícula. Procuré calmarla con el argumento de que Eladio ejercía una buena influencia, desde su bastidor, sobre todos nosotros. No querrás creerme: cuando le dije: «A ti misma, en muchas de tus peleas con mi madre y con Cristina, sin duda te apaciguó», se enojó más, juró que Eladio no era quién para burlarse de ella ni de Dios.

-¿Qué quiso decir?

-Tú sabes cómo son las mujeres. Con todo su cacumen, Milena no entiende (y vale más no explicarle) que el invento de Eladio no estaba dirigido contra ella.

-¿Entonces qué ocurrió?

-Me preguntó dónde estaba el bastidor. Como yo no respondí, avanzó hasta plantárseme enfrente y levantó una mano, para abofetearme; pero cambió de idea y me dijo: «Está bien. No voy a pedirte que me ayudes». Nunca la vi tan resuelta, ni tan linda, ni tan noble. Muy pronto, el instinto la llevó a la sala. Como una fiera hambrienta anduvo buscando, no sé cuánto tiempo, una hora quizá, mientras yo me refugié en el garage, pensando en el modo de salvar a Eladio; hubo un estruendo en la sala y adiviné que el busto de Gall había caído. Acudí, pero ya era tarde. En el suelo, entre los pedazos del busto, estaba el bastidor, roto; Milena acabó de aplastarlo a pisotones. «Peleamos a brazo partido», me dijo, con la respiración entrecortada, «a ver quién podía más: Eladio para alejarme, yo para encontrarlo. Yo pude más. Fue nuestra última pelea». Se echó en mis brazos, llorando. Al rato, como descubrí que tenía fiebre, le dije que se metiera en cama. Deliró la noche entera. Hoy amaneció bien pero no le permití que se levantara. Me porté con ella como un bribón. Aproveché la circunstancia de que está en la cama, corrí al garage, metí el bastidor del Marconi en esta valija y tú me interceptaste cuando iba al banco, a guardarlo en la caja fuerte.

Mirando el reloj con desconsuelo, agregó:

-Ya es tarde. Ya cerró el banco. Yo no vuelvo con esto a casa. Con tal de que Milena no salga a buscarme... ¡Tengo que salvar el invento de Eladio!

-Si quieres, lo guardo yo -propuse.

Aceptó, aliviado. Me encaminé a casa con la valijita (y con el olor que absurdamente atribuí a Diego). Tomé la determinación de tan sólo hablar de estas cosas con Alberdi, pero luego entendí que a todos cabía igual derecho, de manera que esa misma tarde Alberdi, los Hesparrén, el Cabrío Rauch y yo, en homenaje a nuestro amigo, silenciosamente nos arrimamos al bastidor del perro.

El Cambado opina que es grande el futuro y que nos deparará a quien, meditando sobre el bastidor, recupere el invento perdido. Alberdi sacude incrédulamente la cabeza. Yo convido a toda persona de categoría y prestigio que pasa por el barrio, para agasajarla con el bastidor: hoy es una curiosa peculiaridad de esta humilde vivienda. En cuanto a Milena, no me saluda, se casó con Diego y bien sé que debería olvidarla.